

TOPOGRAFÍA  
E  
HISTORIA GENERAL DE ARGEL

POR EL MAESTRO

FRAY DIEGO DE HAEDO

L A P U B L I C A

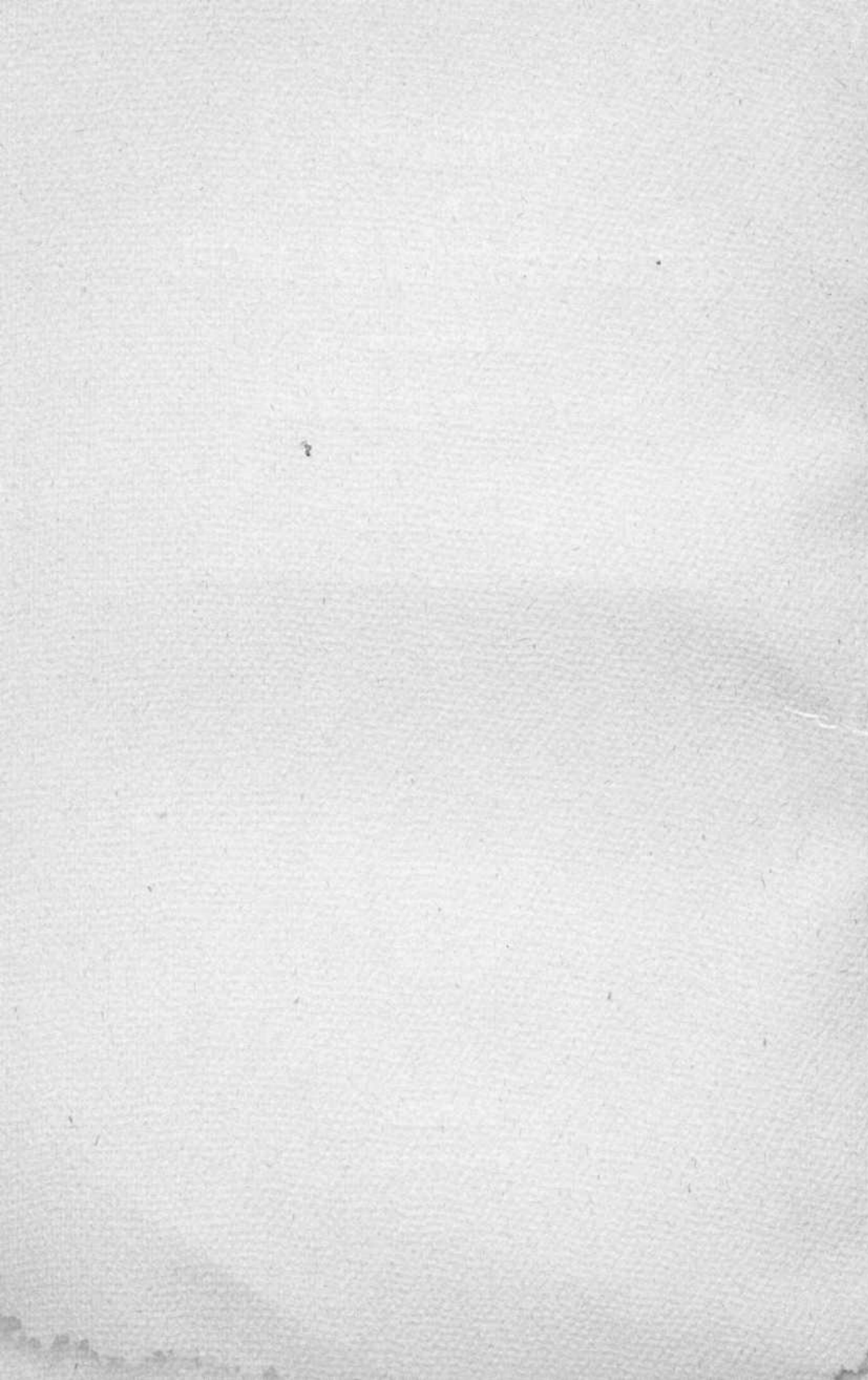
LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

II



MADRID

M C M X X I X



TOPOGRAFÍA  
E  
HISTORIA GENERAL DE ARGEL

II

+167770  
C. 1205529

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

SEGUNDA ÉPOCA

V

ESTE VOLUMEN HA SIDO COSTEADO POR NUESTRO SOCIO  
PROTECTOR Y TESORERO EL EXCMO. SR. D. IGNACIO BAUER  
Y LANDAUER. LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA SOCIEDAD SE  
COMPLACE EN EXPRESARLE PÚBLICAMENTE SU GRATITUD.

TOPOGRAFÍA  
E  
HISTORIA GENERAL DE ARGEL

POR EL MAESTRO

FRAY DIEGO DE HAEDO

L A P U B L I C A

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

II



MADRID

M C M X X I X

Imp. de Ramona Velasco, Vda. de Prudencio Pérez.—Libertad, 31, Madrid.  
Papel de la fábrica de los señores L. Guarro Casas, de Barcelona,  
expresamente fabricado para nuestra Sociedad.



R. 126667

# DIÁLOGO PRIMERO.

## De la captividad de Argel.

### ARGUMENTO.

*Entrando Antonio González de Torres, caballero de San Juan, a visitar al doctor Sosa, su amigo, en las prisiones en que está captivo y encarcelado, tratan los dos cuán infelice suerte sea la del captiverio, cuándo tuvo principio el uso de hacer a los hombres esclavos y quién fué el autor de tan bárbara costumbre, de qué manera y calidad era el captiverio, de que usaron antiguamente muchas naciones y, finalmente, de las grandes miserias, trabajos, tormentos y martirios que hoy día padecen los captivos cristianos en poder de moros y turcos, principalmente en Argel.*

### ANTONIO. SOSA.

#### DIVISIO PRIMA.

*Antonio.* ¿Es posible que no se ha de cansar este tirano cruel? *Sosa.* ¿Quién es? Oh, señor, sea v. m. muy bien venido. *Antonio.* Y v. m. muy bien hallado. *Sosa.* ¿Qué cosa es ésta, qué novedad? *Antonio.* Si la venida es cosa nueva, no lo es el deseo y voluntad de cumplir con lo que debo, porque desde que este inhumano y cruel bárbaro de su patrón ha cerrado estas puertas, y con un rigor tan extraño ha mandado que ninguno entrase a estas prisiones hasta agora, de continuo no cesé importunarle para que me diese esta licencia;

pero yo en toda mi vida he visto ni pienso veré jamás hombre (si tal merece le llamen) más enemigo de toda razón y bondad, porque jamás fué posible dexarse vencer della y de mis importunaciones, o a lo menos de las muchas intercesiones que busqué para esto. *Sosa*. Pues y agora, ¿cómo fué esto? *Antonio*. Como suele ser con estos tales, que hacen a la postre por un ruin y con mucha facilidad lo que obstinadamente niegan a todos los buenos; rogóselo un moro vecino mío, y su gran alma y amigo, el cual luego lo acabó. *Sosa*. Muy cierto estuve yo siempre y muy seguro que en un ánimo tan rico de toda bondad y virtud, y en un pecho do cabe tanta nobleza como ésa no cabría aquel olvido, que aun entre los muy grandes amigos suele ser muy ordinario, porque como no aman más que la prosperidad del amigo y todo lo miden y regulan por su provecho, son de la misma condición que la fuente Pismota, de los campos de Siracusa, en Sicilia (que muchas veces habrá visto, pues allí ha estado muy continuo), la cual fué en otros tiempos muy celebrada de gran número de autores y poetas, y se llamaba Cyane (por causa de la fábula de la hermosa ninfa Cyane, que imaginaron haber acaecido allí), y tiene esta propiedad natural hoy día que crece con el crecer de la luna, y en menguando, también ella luego mengua y va decreciendo. *Antonio*. Esa confianza merezco yo, sin duda, que de mí se tenga, y cuando para ser en esta parte el mismo que siempre fuí, no me obligaran tantas razones que hay tan particulares y urgentes, y una tan verdadera y tan estrecha amistad como la nuestra, confirmada con tales obras y en tantos tiempos, bastara a lo menos la calidad y triste suerte del captiverio tan inhumano en que le veo. Porque siendo de tanta aspereza y rigor, con tantas cadenas, tantas traviesas, tanto encerramiento, tanto disgusto y enojos, ¿cuál será el hombre (aunque no le conozca ni haya visto) que crueldades

Isido. lib. 3.  
de sumo bo-  
no.

Diodo. Si-  
culus. lib. 6.  
Plutarc. in  
puracalis.  
Ovid. lib. de  
ponto.



como éstas no le muevan y desee venir aquí para aliviar estos trabajos? *Sosa*. Esa tan buena voluntad (y más para quien no la tiene merecida), ni se puede pagar ni servir con todo el agradecimiento del mundo, por muy grande que sea.

*Antonio*. Tampoco no seríamos christianos, si como tenemos una misma fe y participamos de un bautismo y adoramos a un mismo Dios y padre de Nuestro Señor Jesu Cristo, con el cual juntos hacemos un cuerpo, siendo él la cabeza y nosotros miembros suyos, y unos de otros no fuésemos también en todo hermanos y leales compañeros; no teniendo por comunes o ajenos, mas por propios y por muy particulares, todos los trabajos y miserias de los otros y, en conclusión, participando en todo con los que temen a Dios y guardan sus mandamientos. Y si buscamos particulares causas y razones con que un hombre sea forzado a moverse de compasión y a desear remediar a otro (cuanto humanamente le fuere posible), ¿qué más causas, ni qué razones, que verle de la manera que le veo envuelto en tanta cadena y cargado de tanta miseria? A los ladrones, a los malhechores, a los salteadores de caminos y que a otros desuellan las caras, a los que a una tierra ponen fuego o abrasan algún templo o ordenaron algunas traiciones o se levantaron contra algún Rey, aún no los tienen desta manera; y que a un hombre (que sólo tiene por culpa, para un bárbaro como éste, haberle traído la triste suerte a sus manos para que sea su captivo) que le tenga tan desnudo, tan hambriento, tan cargado de traviesas, atado a una piedra, encerrado tanto tiempo, solo, solitario, escondido y soterrado en un tan remoto, tan frío, tan húmido y obscuro aposento; ¿hay crueldad o maldad como ésta? ¿Y cuál es aquí la mazmorra do me dicen que tres veces le han metido cargado de hierro, y que todas le sacaron ya por muerto? ¿Es esta do está el agujero? *Sosa*. Esa misma; déxela, véngase acá. *Antonio*.

Ad ephes.  
cap. 4.

Psal. 118.

Válasme Dios, y cómo hiede. ¿No hay más respiradero que éste? ¿Por aquí sólo entra la luz? Apenas tiene palmo y medio, y abajo ¿cuán grande es la mazmorra? *Sosa*. Es profunda veinte palmos, ancha nueve y larga once y rodeada de tres partes desa cisterna que ahí ve. *Antonto*. Y aun por eso y por la continua humedad grande que dentro debe haber huele ella tan mal, válasme Dios, agora acabo de creer lo que muchas veces he oído decir públicamente y platicar a muchos moros y turcos por todo ese Argel, que este alcayde Mahamet, el judío su patrón a ningún Dios reconoce, ni teme, ni adora; ni es moro o turco, ni judío, ni christiano; y sin duda así debe de ser, porque demás de ser público, el mismo dice que siendo de nación judío, en Animay, lugar distante de Marruecos doce leguas, de su propia voluntad, y siendo ya hombre, se hizo moro, y por despecho de los suyos y para afrentar más los judíos que no le daban el favor que quería (como él dice) no se quiso hacer moro sino dentro de Hierusalem, común patria de los judíos, y después cautivado en una galeota, aquí cerca de Metafuz (cuando el Emperador Carlos Quinto en el año 1541 puso campo sobre esta tierra) del famoso Cigala, ginovés, se bautizó luego a pocos días y vivió quince años cristiano con tanta hipocresía y disimulación que (como él mismo lo cuenta con grande risa) le tenían por un santo. Y cogiendo después lo más que pudo robar de la plata de su patrón (que le era encomendada), huyó con ella a la ciudad de Venecia, y de allí a Constantinopla, no a volverse otra vez moro o turco, mas a vestirse solamente del pellejo y semejanza de moro, porque jamás hombre le ha visto entrar en mezquita de moros, ni hacer oración o cerimonias de moros, o oler algo que sea de moro. Y también creo ahora lo que todos dicen de su vida y costumbres más que gentílicas, porque dicen comúnmente que no es otra sino ocuparse días y noches en re-

volver moneda, contar moneda, pesar moneda, trafagar moneda, atesorar moneda y hundir oro, plata, alquimia y hacer a escondidas falsa moneda. Y, finalmente, debe ser también muy gran verdad que así como es este monstruo en todas sus acciones y costumbres, en tratar, conversar y platicar con tantas astucias, engaños y mentiras, que anda por proverbio: malicioso y astuto como el alcaide Mahamet, el judío. Es tan al contrario de todos, que (también, sin duda, al contrario de otros hombres) ninguna ley o secta aprueba, ninguna tiene por buena ni aun por necesaria; mas en todo es un impío ateo, cual Epicuro, o Protágoras, o Diagoras Milesio, o Theodoro Cirenáico, o Enomero Egiata, o Caliomacho, o Luciano y otros; persuadiéndose, sin duda, que ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el infierno o otra alguna parte del mundo, hay alguna deidad que tenga cuidado de nosotros y gobierne o se cure de las cosas de los hombres. *Sosa*: Sea como fuere y tal cual se quisiere, ni por eso, ni por más inhumano y cruel que en sus obras sea conmigo, me quejaré del en esta parte, porque todo bien considerado y con ojos de cristiano que entiende las cosas de Dios, especialmente en este particular de mi captiverio, sirve de ministro de Dios, que con su eterna sabiduría y providencia le escogió para que fuese (y no otro) el executor de su ira, provocada tantas veces y con tantas culpas de mí. Aunque Nabucodonosor afligió y aun destruyó y llevó a Babilonia captivo al pueblo que Dios mucho quería, no por eso, ni por los grandes males que hizo, se quejó Dios del o quiere que alguno le maldiga, mas antes por ese mismo caso y porque en todo fué vara de su castigo divino, le llama y pregona por siervo suyo, honrándole y ennobleciéndole con un título tan magnífico y tan ilustre, lleno de tanta gloria y honra, y lo que no se puede disimular, que aun este mismo título y blasón de honra quiso el Señor que quedase escrito

Athæus.  
Epicurus.  
Protágora.  
Diagoras.  
Theodosus.  
Enomerus.  
Calliomach.  
Lucianus.

Jere. c. 25  
& 27.

en los libros de su santa escritura, y firmado para una eterna memoria y fama inmortal del mismo Nabucodonosor. Y de la misma manera vemos también que Ciro, Rey de Persia, aunque gentil y sin verdadero conocimiento de Dios, porque a su tiempo había de ser, como fué, instrumento y flagelo de su ira y verdugo con que castigase infinitos pecadores y destruyese muchas tierras de idólatras particularmente, y aun antes que naciese muchos años le honró en gran manera, pre-nunciándolo al mundo y profetizando de muchas cosas y llamándolo su pastor, su Cristo y ungido por su mano; y esto por boca del mayor y más ilustre de todos los profetas antiguos, el profeta Isaías, cuauto más que este mal tratamiento y suerte de mi cautiverio, que tan extraño le parece, no es cosa nunca vista ni usada en Argel y Barbaría, para que digamos que mi patrón (aunque malo) es sólo el que entre tantos más procura señalarse en tan bárbaras crueldades, porque si echamos los ojos por todo este Argel, y aun por los demás pueblos de Barbaría y Turquía, ¿cuál es el baño o casa y habitación destes bárbaros infieles, que no sea, en efecto, una grande, continua y cruel carnicería, en la cual todos ellos de continuo y con terriblísimo odio del nombre de Jesu Cristo Señor Nuestro, no bañen sus manos en la sangre cristiana inocente? ¿No veis cómo todos se precian, cómo todos se honran, cómo todos tienen por punto y aun por gran gloria, y gloria muy particular, tener (a quien más puede) sus casas todas llenas de cautivos cristianos? ¿Y tenerlos apretados, encogidos, encerrados, desnudos, descalzos, hambrientos, secos, mirados, afligidos? Mira el infinito número de tantos a que tienen cargados de hierros, atados a las cadenas, echados en tierra con grillos, soterrados en mazmorras y aun trabajando (con todo esto) de continuo en molinos con que muelen a fuerza de brazos. Y al último considera los palos continuos, los azotes, las

coces, los puños, los dolores y tormentos con que cada día, y aun cada hora y momento, hartan su rabia en ellos, y hallaréis que, sin duda, entre los grandes milagros de Dios y maravillas muy notables de su mano, ésta es una, y no de las menos espantosas, que pueda la flaca carne un pobre captivo desdichado llevar una carga tan terrible y pesada. No es este captiverio como el que allá en cristianos se usa y entre gente do la razón y equidad vale algo y prevalece. Harto nos contentaríamos que siquiera fuese tal cual en los tiempos pasados se usaba entre los bárbaros y entre toda suerte de idólatras, que no temían ni conocían a Dios; pero así como a las personas de espíritu generoso, el amor de la bondad y virtud hace venerar y casi que adorar la antigüedad que pasó, teniendo una grande envidia a las hazañas y hechos heroicos de los ilustres varones pasados, que quisieran imitar si pudiesen; así, al contrario, esta vil canalla, moros y turcos, nacidos realmente para afrenta de los hombres, como, en efecto, no son más que las puras heces del mundo, son también la propia centina de todos los vicios y maldades que reinaron en el mundo. Porque jamás hubo, ni se hallará maldad o iniquidad alguna, ni modo o invención de pecado y vicio o malicia que ellos no sólo cometan y huelguen de imitar sin vergüenza, mas que no adoren y tengan por pura virtud y aun por sumo bien. Y particularmente en lo que toca al tratamiento de sus captivos (que la dura suerte enemiga trajo, por desgracia, a sus manos), ¿cual de todos estos bárbaros hay, que por principales captivos que tenga y hombres de reputación en su casa, no procure, aun en esos más que en otros, ejercitar sin piedad y de continuo todos los horrendos tormentos que los antiguos y fieros tiranos(monstruos del mundo)inventaron para afligir y atormentar a los hombres? *Antonio.* Desa manera, ¿también será de opinión que éste nuestro captiverio de Ar-

gel es el más duro y más trabajoso y cruel de cuantos en el mundo ha habido? *Sosa*. Ninguna duda tengo en eso, y créame que es ésa la pura verdad por muchas razones y causas. *Antonio*. En extremo huelgo que me diga eso. *Sosa*. ¿Por qué? *Antonio*. Porque no há muchos días que platicando desto con algunos amigos míos captivos, no faltó quien eso mismo afirmase, y también yo era de ese mismo parecer, por lo que puedo juzgar de eso poco que he leído. Mas como entonces no faltó quien lo contrario dixese, quedóme un vivo deseo de saber la resolución deste negocio, y, por tanto (ya que ella vino tan a propósito), esta merced me ha de hacer que me diga por extenso las razones que le mueven, con todo lo demás que en esto le ocurren, y que con plática tan buena pasemos este tiempo que me vaca hasta que este bueno de su patrón venga y me mande echar fuera de casa. *Sosa*. Basta que me lo mandéis para que yo no haga otra cosa; pero sea con condición que no esperéis de mí agora lo mucho que sobre esta materia hay que decir y tractar, porque dado caso que el estado de cautivo es el más vil y baxo ser de hombre y la cosa más apocada que en el mundo puede haber, no lo es (empero) el tratar y disputar de su naturaleza, calidades y condiciones, con lo demás que necesariamente se había de decir si la materia fuese, como convenía, bien tratada y entendida. Antes digo y afirmo que es tan grave este negocio y la materia en sí tan vaga, tan varia, tan rica, tan copiosa y abundante de doctrina y, en suma, tan capaz de toda erudición y saber, por la mucha noticia de historia, lección de varios autores, memoria de diversos casos y experiencia del mundo que, para tratar de ella se requiere, que para lo hacer como conviene y el negocio lo merece, sería, sin duda, necesario un ingenio excelente y un raro juicio y peregrino muy diferente del mío, a lo menos con más reposo y contento, y, por tanto, si la grandeza

de la materia venciere, como es forzoso, mis fuerzas y saber, la culpa será de quien con la afición se engaña y piensa de mí que valgo para alguna cosa. *Antonio*. Soy contento de aceptar ese partido, y recibo sobre mí toda la culpa, si alguna pudiese haber.

#### DIVISIÓN SEGUNDA

*Sosa*. Habiendo, pues, de mostrar que este infelice cautiverio en que vivimos los cautivos de Argel y Barbaría es el más cruel, como dixe, y el más inhumano y desdichado que en el mundo ha habido, revocaré esto (para que mejor se entienda) a su principio, tomándole un poco de lexos. Y así notaremos, primeramente, que siendo nosotros hijos de Adán, y desterrados en este valle de lágrimas, no es posible que de lo que nuestro padre sembró cojamos otro fruto que cardos, espinas y abrojos, los cuales continuamente nos pungen, lastimen y causen dolor, y así vivimos todos tan sujetos a trabajos y miserias, y éstas son tan grandes y tan continuas, que los antiguos sabios griegos, hombres de raro y excelente juicio, llamaron a esta vida en que vivimos, no vida, mas una continua y perpetua calamidad. Y por la misma razón hubo muchos, los cuales, como lo escriben Marco Tulio y Plinio, dixeron que harto mejor fuera para los hombres, o no nacer, o a lo menos, salir presto desta triste y trabajosa vida. Y en la verdad, a no saber por la fee que Dios nos dió que todo esto es castigo de nuestra culpa y la propia marca del pecado con que andamos señalados los que tan liberalmente nos hicimos sus esclavos, con justa razón nos podíamos quejar (como los mismos autores hacen en otra parte) diciendo que la naturaleza es madre para todas las otras cosas y para los hom-

Gen. c. 3.

M. Tull. in  
Tusc. Plin.  
lib. 3. in prin-  
cip. Auson. in  
carmine.

M. Tul. lib.  
de nat. deo-  
rum Plin.  
lib. 7.

bres sólo madrastra. Pero entre número tan grande y copia de tantos males, ninguno hay que se pueda igualar ni comparar con la infelice y miserable suerte del cautiverio, porque aunque sea verdad que los trabajos todos que padecemos, y cada uno en particular, nos cuestan muy mucho, y que no podemos pagar este gravísimo tributo sin que sea muy a pesar de nuestro gusto, pues en unos nos va el contento, en otros el reposo, en otros la hacienda, en otros la salud y otros nos roban la honra, otros el valor y reputación, y otros tan varios casos y no pensados desastres nos arrebatan los amigos, a los cuales llamó el poeta la mitad de nuestra alma, y aun otros los hermanos y los padres y los hijos, que siendo tan dulces prendas, se pueden decir toda la alma; pero la esclavitud es de tan dura y triste suerte, que ella por sí sola no solamente causa cada uno de los males que dijimos, pero todos ellos juntamente y aun cuantos en el mundo puede haber. Y en un punto priva al triste y desdichado cautivo de todos cuantos bienes tiene y puede en este mundo tener. Y por tanto, con mucha razón llamó la escritura divina a la esclavitud, escoba que de una mano y en un momento todo barre, sin dexar cosa o bien alguno, y navaja muy afilada que no dexa un cabello desde la cabeza y barba hasta los pies. Y al cautivo comparó a la tabla, en la cual escribió el escribano y formó lindas y hermosas letras bien talladas, las cuales después todas, enojado y con cólera, súbito y arrebatadamente, borra de manera que la tabla queda tan limpia y tan sin rastro o señal de escritura, como si jamás en ella alguno hubiera puesto la mano; y en otra parte le llama árbol que no es bueno sino para mástil de nave, porque está seco todo, sin fruta, sin hojas y sin ramas, todo liso y sin verdura y no sirve en el monte para más que avisar a quien le mira de lejos que por allí va el camino. Esto mismo significó el profeta Joel

Horatius.

4. Reg. c. 12.



cuando, amenazando al pueblo de Judá y Jerusalén con el cautiverio, decía que serían como la viña que estando hermosa, rica y cargada de abundante fruto, tan gustoso y agradable, en un punto la vendimian toda los enemigos, y queda después tan desierta, tan fea y tan destrozada, que parece ya no ser lo que antes ser solía, o que serían como la higuera, a la cual no sólo despojan de su fruto tan lindo y tan suave, pero aun la descortezan, y sus ramos (que estaban tan reparados y tan vestidos de verde y linda corteza) los dexan desnudos, blanqueando y sujetos a las aguas y nieves del cielo, y puestos al sol (sin ningún abrigo) que los seque y los queme. De manera que una súbita y terrible tempestad de agua, granizo y viento no despoja más presto un sembrado de su fruto y a una fresca y hermosa arboleda de sus lindas flores y graciosas hojas, que la triste suerte del cautiverio a un desdichado cautivo de todo cuanto bien antes tenía. *Antonio*. Y cuando más no le quitase que la dulce libertad que Dios le dió, que mayor pérdida ni desgracia puede ser. *Sosa*. Dice muy bien, porque la libertad, como define Marco Tulio, es un libre poder y facultad para vivir, como y de la manera que cada uno quisiere, y, por tanto, es lo propio y más excelente bien del hombre, y como dice San Bernardo, es toda la hermosura del alma y todo el valor humano, como lo es la piedra fina del anillo y el riquísimo diamante que en él está engastado. Otros le llaman poder y señorío divino, porque lo mismo que es y para que sirve el querer y voluntad de Dios en el gobierno del mundo, es y sirve en su manera también el querer del hombre y su voluntad en el mundo pequeño, que es el mismo, y en las cosas de la tierra, las cuales son gobernadas por la libre voluntad con que el hombre así gobierna. Por lo cual dixo muy bien Diógenes, como escribe Plutarco, que preguntando qué cosa había en el mundo mejor de todas, respondió la libertad, y las

Joel. c. 1.

Tul. in para  
do. pen. ins.  
de iur. pers.  
S. Ber. in.  
cant.

Pla. in. tim.

Plut. in apo  
pth. ff. de re  
gul. iur. l.  
idem.

leyes la llaman bien inestimable y más precioso que todos los bienes del mundo. Siendo tan gran bien la libertad y tan precioso, antes lo que a todo lo más precioso da precio, valor y lustre, hay pérdida que con la pérdida de tanto bien se pueda comparar y igualar. No sin causa dixo Catón que todo cuanto oro había no podía ser justo precio para por él se vender la libertad. Marco Tulio, que para conservar tan grande bien, la muerte, que es lo último de todos los males, no se había de temer; y así vemos que muchos y infinitos varones griegos, romanos y bárbaros, por cobrar o defender su libertad, se ofrecieron a infinitos peligros y trabajos, como Trasilbulo Ateniense y Dion Siracusano, y otros quisieron antes morir con crueles tormentos, como Anaxarcho y Zenón Eleate, y aun matarse a sí mismo con sus manos, como hicieron Catón Uticense y Bruto. Pues ¿qué dire de los astropeos y numantinos, ambos pueblos de España, que quisieron antes degollar a sus hijos y mujeres y matar a sí propios con sus manos y al último encender con vivas llamas a sí y a todos sus bienes y la patria, que no verse captivos y en poder de enemigos? Y no es esto solamente en los hombres, porque muchas mujeres sabemos que hicieron lo mismo. Como fué la hermosa Sophonisva, mujer del Rey Siphax, y esposa de Masinisa, la cual, viendo serle forzoso ser captiva de romanos, quiso antes prevenir esa infamia matándose con sus propias manos. Lo mismo hizo la magnánima cartaginense, mujer del capitán Asdrúbal, porque viendo que su marido se entregara a Scipión, el menor, y no quisiera antes morir libre que vivir esclavo, después de le decir muchas afrentas, débil, apocado y cobarde, arrojó a sí y a los hijos que tenía por la mano en una muy grande hoguera; también lo mismo hicieron las mujeres de los cimbro y teutones, aunque bárbaras, porque viendo a sus maridos vencidos de Mario, ahorcándose con

L. Libe. ff.  
de reg. iur.  
Tul. 10. philipp.  
& Tusc. Luc. can.  
lib. 4.

Tull. lib. 2.  
q. tusc. Valer.  
Max. lib. 3. c.  
3. Plut. in vitis.

Apia. lib.  
de bel. hispani.

Appi. ii. de  
bel. cart.

App. eodem  
lib.

sus manos, ataban los hijuelos a los pies, porque muriesen con ellas y no pudiesen ser esclavos. Y de las mujeres cántabras españolas se escribe que viéndose en aprieto de guerra, las mismas madres degollaban sus propios hijos y los comían sólo porque no los captivasen los enemigos. Finalmente, la graciosa Cleopatra, por no se ver cautiva y esclava de Augusto, se mató con una víbora. Pero no es mucho que hiciesen esto los que se gobiernan por razón, pues de los muchachos españoles escriben que, uno dellos, viendo una vez a sus padres y hermanos captivos, los degolló él mismo con su mano, por no los ver en un tan miserable estado. ¿Y qué diremos de los brutos animales? Precian todos ellos en tan gran manera y estiman tanto aquella manera de libertad que la naturaleza les dió, que por no perderla se ponen a peligro de perder el propio ser y la vida, y en perdiéndola no hay halagos, no beneficios, que los amansen o los hagan vivir contentos; antes siempre el pajarito, aunque regalado, busca por do huir de la jaula, y el tigre, y león, aunque doméstico y bientratado, cómo romper las cadenas y huir. Y al fin, de puro pesar y coraje muchos se dejan morir. Y ansí considerando este negocio y mirando, como hago algunas veces, a un hombre por muy eminente que sea, pero captivo, esclavo y despojado de tanto bien como es su libertad, y sujeto, por otra parte, a un vil moro o turco borracho, cuyos antojos han de ser la regla y orden con que ha de vivir y andar un paso y moverse, y no de otra manera, cuando como embelesado, sin saber determinarme si le tenga en cuenta de hombre. A lo menos me parece la más baja, la más vil y la más apocada cosa del mundo. No trato yo de un siervo de Dios, que liberalmente y de su propia voluntad renuncia toda su libertad y querer, y para no hacer ni querer más de lo que Dios y sus ministros quisieren, porque ese tal nunca pierde la libertad; antes le queda la mayor y más libre

Plut. in Mario.

Seb. Must.  
1 i. 2. Geog.  
Suet. lib. 2.  
& Plut. in Anton.

Muest. li. 2  
Geograph.

D. Hier. ad  
Celantium.

que en el mundo puede haber, sirviendo de voluntad a su Dios, como dice San Hieronymo, y el ser y el valor deste tal es el mismo que el de los ángeles del cielo, con quien en esto se parece. Los cuales, con no tener más voluntad, en efecto, que la de Dios, y ser imposible a su estado querer otra cosa, de lo que Dios quiere, no por eso pierden su libertad, ni en parte, ni en todo, dejando en alguna cosa de ser libres; pues eso mismo quieren sin fuerza, y eso mismo aman libremente. Mas fuera deste caso un hombre criado libre para todo, nacido libre en todo, y tan propriamente libre, que ninguna cosa le es más propia y natural que la misma libertad: ¿qué podemos decir qué es, o en qué cuenta y concepto le tendremos, si eso mismo le falta, y en sus obras, y en sus miembros y sentidos, ni voluntad tiene, ni querer? ¡oh libertad! Veo que no por otra causa (llamamos por desprecio, a un caballo o mulo, alimaña, bruto, bestia, y si otro más vil y afrentoso nombre tuviéramos, ése sin duda le pondríamos), sino porque no sabe, ni se puede gobernar a sí mismo, de manera que haga libremente lo que quiere, sino que en todo ha de seguir tras de otro, y otro le ha de regir, encaminar, gobernar y aun agijar a palos y azotes de continuo. Pues si todos estos nombres merece un animal, y por tan vil cosa se tiene, que es vergüenza muchas veces mentarle, solamente platicando con los hombres, ¿qué diremos de un hombre siendo captivo y esclavo, si ese estado le hace tan semejante a un bruto? No decimos que el captiverio le quite el juicio y razón para discutir en todo, ni la voluntad libre que allá dentro en su alma está plantada, para interiormente querer, desear, amar y aborrecer, escoger, aprobar, determinar, proponer y esperar, y producir otros muchos actos de la misma voluntad, y de otras potencias del alma, a que los teólogos llaman inmanentes ilícitos interiores. De manera que en lo que toca a

esa parte de su natural dominio y mando interior, nada le falta, nada perdió, todo como antes le queda; pero si consideramos la ejecución y efecto de todas esas operaciones que produce, y la otra mitad del mismo hombre corporal, que si no es de tanta nobleza es, sin duda, una muy grande y muy notable parte de su natural, libre, verdadero y perfecto señorío, cuanto os parece que siendo esclavo, y en el punto que se captiva un triste hombre, queda de todo eso robado, tiranizado y violentamente usurpado. Entenderse ha esto mejor si consideramos que dió Dios al hombre un cuerpo admirable, y en perfección tan maravilloso y estupendo, que es un sumario y ajuntamiento de todas cuantas perfecciones están repartidas y derramadas por todas las demás criaturas. Porque así como aquel excelentísimo pintor Zeno Teracleonte, para pintar una imagen perfectísima de Helena, que pusiesen en el templo de Juno de la ciudad de Cotrón, que en aquellos tiempos era de las más célebres y famosas de la magna Grecia (a que hoy día llamamos, por la mayor parte Calabria y tierra de Otranto), tomó para retrato de su obra, las más hermosas mozas nobles que había en aquella tierra, y las puso delante de sus ojos para dechado, sacando de cada una lo más lindo y más perfecto. Así Dios con el deseo que tenía de hacer al hombre una perfectísima criatura, aun en la parte más baja y de menos calidad que es el cuerpo, sacó de todas las criaturas las perfecciones más principales, que en ellas estaban derramadas, y las juntó en el cuerpo del hombre, en copia tan grande y en perfección tan maravillosa, que los griegos llamaron al hombre Microcosmos, que quiere decir mundo pequeño. Y particularmente puso en él un número de sentidos excelentísimos, que obedeciesen al hombre y le sirviesen de ministros de su libre voluntad; dióle también una multitud de miembros de estraña y admirable compostura,

M. Tull. II.  
I. de inuen.

Griegos.

orden y proporción, hechos con tan divina arte y sabiduría para todo uso y ejercicio, que Galeno, médico clarísimo y filósofo excelente, no se cansa de maravillar y repetir que es el mayor milagro de la naturaleza, y la cosa en que Dios (según parece) mostró más su divina sabiduría y bondad infinita; y de aquí vino que los platónicos llamaron al hombre milagro grande y venerando animal. Y aquel Trimegisto Mercurio, que de todos los antiguos fué tan celebrado, decía que el hombre fuera hecho para en él se conocer las obras divinas de Dios, y para testimonio de su grande y admirable poder, y para que se entendiese hasta dónde podía llegar la naturaleza. Y por esta misma causa dice San Agustín: espántanse los hombres de las altezas de los montes, de las grandes olas de la mar, de las altísimas corrientes de los ríos y del circuito de las estrellas y planetas; y dexan de se maravillar de sí mismos, siendo cierto que el mayor de cuantos milagros se pueden hacer por el hombre, es el mesmo hombre. Todo esto fué dado al hombre para que no le faltando executores, y ministros de sus deseos y voluntad, en este mando, regimiento y señorío dellos, se conociese y manifestase, para cuanto es lo que puede y lo que vale. Y aunque no se niega que el captivo y esclavo trae continuamente acuestas este mesmo cuerpo tan perfecto como Dios y la naturaleza le dieron, sin que falte alguna cosa, para el cumplimiento de todos los sentidos, miembros y sus partes; pero decidme, ¿qué manera de dominio o señorío usa, o qué libertad puede tener y usar sobre todos ellos y cada uno por sí? Mas antes al contrario, ¿qué le falta para que en ese uso y mando de todos ellos, no sea como un bruto animal, sin querer ni voluntad? ¿Puede por ventura hacer ninguna cosa ese desdichado hombre (si hombre se puede llamar), si primero el bárbaro y borracho de su señor y aquel a quien vive sujeto, no lo consiente, no

Gal li. 5. de usu partiu.

Platonici.

Mer. him. vide coment. Sseph. aquæ in Plin. lib. 30. c. 1.

S. Aug. li. 10. conf.

Psal. 138.

Mirabilia facta est si cutia tua ex me.

lo permite, no lo manda, no lo quiere y no lo ordena, adonde como y cuando se le antoja, aunque no sea más que mudar un pie, mover un ojo, y aun tocar una paja? ¿Qué cosa es la esclavitud o servidumbre, sino, como definía Marco Tulio, una obediencia de ánimo, quebrantado, abjecto y apocado, que carece de su arbitrio y de toda voluntad? ¿Y qué importa en ese caso que la esclavitud no toque en la sustancia del alma, ni en sus potencias naturales, y que la voluntad libre quede en su ser interior, si por otra parte el uso y señorío del cuerpo, de los miembros, y de los sentidos, y el mando della, sobre sus ministros, y el gobierno de este reino, le han tiranizado y por fuerza ocupado? Verdad es que de derecho ella, y no otro, es el señor verdadero y natural de todo eso, pero ¿qué tal la paró la esclavitud? Y con ella, ¿cómo queda, sino retirada, oprimida y desobedecida? Y gozando desto otro a quien el señorío, por fuerza y violencia, se ha pasado. Tiene el cautivo voluntad libre, pero es como si en esta parte corporal ninguna tuviese: es señor del cuerpo y de los sentidos, pero no goza de más que del nombre y del título; tiene miembros, pero como si fuesen de otro prestados, y no suyos, o como si no naciera con ellos, y lo peor es que esos no sólo no sirven ni obedecen a la voluntad del miserable cautivo, pero a pesar y a mal grado suyo ha de hacer con ellos casi todo al contrario de su querer y deseo y contra su misma voluntad; y aun esto por fuerza, y con muy buenos palos y azotes, y ¿por mando de quien, o por cuya orden? Por la de un vil moro canalla, o de un turco bestial, como antes dije, o de un borracho y sucio renegado, sin juicio ni razón, que es otra y no pequeña desventura. Porque, como dijo muy bien M. Tulio, siendo toda servidumbre miserable, entonces es intolerable cuando se sirve a un sucio, desvergonzado y afeeminado. Y, por tanto, considerando bien esto y mirando como

M. Tul Paradox.

M. Tull. in Philipp.

dije antes, un infelice cautivo queda desta suerte con el cautiverio tan manco, tan falto de una tan grande, tan notable parte de su propio ser y valor, y siendo semejante y tan emparejado con un bruto y vil animal, y, finalmente, tan despojado de sí mismo, ¿qué valor puede ser el suyo? ¿O en qué cuenta se ha de tener, sobreviniéndole una tan extraña mudanza y transmutación tan nueva y tan desigual? Y, por tanto, no siendo, en conclusión lo que antes era, no se quién digamos que es de nuevo, o cómo le podremos llamar. *Antonio*. Si por mí voto fuese, yo le llamaba un monstruo, porque, en efecto, quien es tan al contrario y al revés de los otros hombres, no conviene que se llame hombre; mas, pues tiene partes de hombre, y juntamente le falta una tan grande y tan principal de lo propio de hombre como es la libertad, ¿qué puede ser sino un monstruo, o medio hombre imperfecto? *Sosa*. No es eso muy diferente de lo que los jurisconsultos afirman, porque dicen que el hombre, de esclavo y cautivo, vuelto libre, es hombre hecho de nuevo. Dando llanamente a entender en esto que en cuanto es esclavo no es hombre, mas un monstruo, como dijimos, no criado de Dios, porque no le hizo de esa manera, mas libre y en todo perfecto; ni producido de la flaca y descuidada naturaleza, aunque tan amiga de burlas y novedades, como dijo Aristóteles (porque no tiene ella la culpa de que un hombre nazca sin libertad y esclavo), mas inventado y formado de la maldad y malicia humana, que se quiso (hasta en esto) señalar, inventando monstruosidad tan extraña y tan en extremo afrentosa para la naturaleza humana, como es hacer a los hombres esclavos, quitándoles la libertad con violencia.

L. quærs  
area. de sol.

Arist. li. 2.  
de animal.



DIVISIÓN TERCERA

*Antonio.* Siendo, pues, eso verdad, muy bien se sigue que hacer a un hombre esclavo es más notable maldad y la más vituperosa afrenta que al hombre se puede hacer. *Sosa.* Es verdad, y ¿queréis ver que es así? En el mundo no se puede mayor injuria decir, ni hacer mayor afrenta a un hombre que llamarle o tratarle de esclavo, y si no mirad las leyes humanas, y los fueros, y el uso y costumbre general de todo el mundo (aun entre cristianos, do la equidad y justicia se observa), ¿se juzgan o tienen alguna cosa por más vil que a un hombre sin libertad y esclavo? Por tan vil, que ni dicho ni testimonio suyo, aunque sea con mil juramentos, se admite o se puede y debe creer. Por tan indigno de bien, que una blanca que adquiere con su propio sudor y fatiga, no la puede poseer, ni aun decir que es suya. Por tan bestial, que ni el testamento ni la donación que hiciere tiene subsistencia o es válida; por tan digno de desprecio y tan indigno de favor, que, aun para defender su misma persona, no puede ser oído ni parecer en juicio. Por ser tan afrenta de los hombres, nunca los antiguos quisieron o permitieron deprendiese las ciencias humanas, y, por tanto, las llamaron artes liberales, porque a todos los ingenios libres convenían, y a solos éstos era lícito deprenderlas y estudiarlas. Por ser tan profano, que los eginenses no consentían por ningún caso que estuviesen presentes a los sacrificios de Neptuno, ni los romanos permitían que esclava alguna entrase en el templo de la diosa Matuta, como escriben Plutarco y Ovidio. Y en señal desto, cuando las matronas romanas hacían la fiesta de aquella diosa en el templo, metían dentro del una sola esclava, a la cual todas daban mucho bofetón, en señal que no era lícito entrar allí esclava ninguna, lo cual también observaban mucho los de

L. servi. ff. de reg. jur. l. de testib. lib. 6. de testib. l. fin ff. de testib. l. pater familias de verb. sig. ff. qui test. facere non possunt l. seru. C. de iud. Polid. de invent. rerum & alii.

Plut. in problem.

Plut. vbi supra. Oul. in fastos.

Charonea, patria del filósofo Plutarco, porque en tal fiesta se ponía un sacerdote a la puerta del templo desta diosa, con un azote en la mano, y a voces decía que no entrase algún esclavo o esclava. Y lo mismo usaban los de la isla de Coe, que sacrificaban a Juno. Por ser tan infame, los masilienses tenían por sacrilegio y gran deshonra si a alguno dellos llevasen a enterrar en las andas en que enterrasen algún esclavo. Y así dice Valerio Máximo que tenían a la puerta de la ciudad dos arcas o andas, una de las cuales servía para los libres y otra para los esclavos muertos. Por tan abominable, que siendo costumbre y uso general que todo cuerpo muerto después de lavado le ungiesen, al del esclavo y captivo no se permitía. Los atenienses ordenaron con público decreto que ningún esclavo se llamase Harmodio o Aristogitón, como se llamaban dos nobles mancebos, los cuales, por dar libertad a Atenas, mataron al tirano Hyppia, por les parecer que con esto se deshonraba el nombre de aquellos nobles mozos. Pues la honra, el título y el ser que el derecho da a un esclavo es que le llamó y declaró por no más que un cuerpo muerto o sin ser, mas antes que es el mismo nada y como si no fuera en el mundo. Pero ¿qué más queréis ni qué más vileza puede ser que la suya? Pues muchos vicios, los cuales en cualquier hombre que sea libre y de cualquier condición y suerte que sea no se permiten y son intolerables, en un captivo y esclavo (por grande que él fuese antes) no sólo los escusamos, pero ni aun se echan de ver o se tienen y juzgan por vicios o por yerros, porque luego respondemos no es mucho haga eso, pues en fin es un esclavo. Pues si un hombre trata, platica, comunica o conversa con un esclavo, ¿en qué cuenta le tienen todos, sino que a la mesma hora le juzgan y publican por apocado, vil, infame y belitre? Muy bien debía entender esto el Santo Patriarcha Noé aun antes mucho que hubiese esclavitud, y debía de conocer cuán

Textor. p. 1.  
fol. 380.

Val. Max.  
lib. 2. c. 1.

M. Tull. lib.  
2. de legibus.

Aug. II. 9.  
c. 2. Ale. ab  
Ale. lib. 3. c.  
6.

De reg. iur.  
I. quid attinet.

extrema vileza, oprobio, afrenta, deshonra, vituperio y abatimiento sería, pues, enojado justamente contra el malvado de Cham, su hijo, y queriéndole dar el justo castigo del desprecio y afrenta grandísima que contra su padre había usado, viéndole tomado del vino y desnudo, en recompensa y cambio de aquella afrenta, le dió y dejó la esclavitud por la mayor de todas las afrentas y maldiciones, diciendo: ¡Maldito tú, hijo Chanaan, esclavo serás de los esclavos de tus hermanos! Y porque la esclavitud es de tanta infamia, los antiguos Reyes de Francia piísima, christianísimamente y sobre grandísimas penas, ordenaron (lo que hoy se observa entre franceses) que en todos sus reinos y señoríos por ningún caso se consintiese ni permitiese que hombre que profesase la ley de Cristo, aunque fuese un negro de Sape o Manicongo, fuese captivo o esclavo de otro, reputando (y con mucha razón) que era esto una grande infamia y deshonra de la fe de Jesu Cristo y del nombre cristiano, ser esclavo y cristiano. Y lo mesmo se usa hoy día y se observa en Roma con grandísimo rigor, porque juzgó aquel nobilísimo Senado y pueblo romano (y no sin causa) que sería grande afrenta para una tal ciudad como aquélla, cabeza del mundo, patria común de todas las gentes, maestra de nuestra fe cristiana y domicilio de todas buenas artes y policía humana y un dechado de la verdadera nobleza, ensuciar y manchar aquella tan illustre corte, que ordinariamente en ella reside, si en ella se mezclase o se hallase una tan infame y vituperosa cosa como un hombre cristiano esclavo.

*Antonio:* Deso seré yo muy buen testigo, como quien vió en Roma, y no una vez sola, dar a muchos esclavos que yo antes conocí, libertad a los ojos, y muy a mal grado de sus propios amos y señores. Mas para que irnos a Francia, ni a Roma, a buscar esas razones, para probar lo que decís; aquí en Argel (do estamos) vemos esto, y nó es para olvidar: que los mes-

Gene. ca 9.

mos cristianos libres, así mercaderes como otros que residen en esta tierra, aunque conozcan muy bien un captivo, y no sólo sepan todos en cristiandad sus méritos y calidad de persona, pero le hayan conversado y tratado, y quizá teniendo esto entonces por merced y beneficio, ahora que le ven en captiverio, y de libre vuelto esclavo, si el desdichado se llega un poco a ellos, de tal suerte le reconocen y miran, y así le muestran un cierto olvido, un descuido, un como no acordarse del, como si el desventurado hombre fuera alguna cosa venida de nuevo mundo, incógnita y nunca vista, y muchas veces se muestran del tan asquerosos y con tan gran fastidio y pesadumbre en hablarle, como si ellos perdiesen de su ser y reputación en comunicarle, o como si la esclavitud con alguna metamorfosis estraña hubiese trasmutado en otro sér al pobre y desdichado captivo; finalmente, pasa muchas veces este negocio de tal suerte, y se muestran tan aborridos de sólo mirar a un captivo, que ya no les falta más que santi- guarse en viéndole. *Sosa.* ¿Y deso os maravilláis, en gente que todo mide, y en todo se gobierna por sólo su interés y provecho? ¿Cómo y no vemos cada hora, que aun otros esclavos y captivos como nos, a quien halla en libertad y en la cumbre de nuestra prosperidad, o amábamos, o familiarmente tratábamos, o con beneficios y buenas obras particularmente obligábamos; después que aquí venimos, ni nos tratan, ni nos conversan, ni nos buscan, ni nos miran? Y que alguno haga eso, alguna vez, ¿no notáis cuán diferente amistad es la suya, qué diferente amor con que nos tratan; antes cuán fríos, cuán tibios y pesados en tratar y hablar se nos muestran? Las obras ya no se les acuerdan, las obligaciones les parecen ser acabadas, el respeto debido, no ser ya necesario, y aun toda crianza, por común y ordinaria que sea, mal empleada para con el que ven sin libertad. Pues aún más quiero

Propiedad  
de mercaderes.

decir, para que se entienda mejor la extrema infelicidad del triste captiverio, su bajeza y vileza. ¿Quién negará que aun ese mismo no hacer caso, ese mismo olvido, ese mismo desprecio, aun el mismo cautivo no le tenga y le use para sí mismo y consigo mismo? ¿Qué cosa más ordinaria vemos, sino que dado que un hombre en su libertad fuese toda la discreción del mundo, y toda la providencia y saber, aunque el punto de su brío y generosidad fuese tan alto que estuviese en el cuerno de la luna, en el punto que es cautivo, él mismo no se acuerda de sí, ni mira por sí, ni hace caso de sí, ni sabe qué cosa es honra, ni punto, ni primor, mas él mismo se abate, se apoca, se desprecia y aun se invilece consigo de tal suerte, que algunos y no pocos llegan a tanto, que no saben más que pensar en la esclavitud, ni hacer, sino, como esclavos, cien mil poquedades y faltas, de que mucho se afrentaría el más baxo hombre, de otra suerte y estado. De manera, que lo que Plutarco escribe de Dionisio, gran tirano de Siracusa y Sicilia, que habiendo perdido el reino y siendo cautivo de Timoleón y desterrado a Chorintio, sin respeto de lo que antes fuera, se andaba por las tabernas y burdeles de Chorintio, roto, sucio, en compañía de pícaros, tratando con las rameras, enseñando y contendiendo con las mujeres baxas, que ganaban su vida a cantar, sobre quién mejor lo sabía hacer, y estándose el día en la carnicería y mal cocinado, tragando con los ojos lo que no podía comprar con dineros. Esa misma vileza tan baja y poca reputación de sí mismo se ve en los más de los captivos. Infelicidad, por cierto, muy grande desde tan desventurado estado, pues no basta que nos robe y nos quite un número e infinidad tan grande de tantos bienes, sino que nos ponga en tan bajo ser, que no consienta consigo algún modo o manera de bien. *Antonio*. Harta desventura por cierto, y miseria la mayor que en el mundo puede ser.

Plutarco. in  
tim. iust. li.  
20. Ovi. lib  
de ponto.

DIVISIÓN CUARTA

*Sosa.* Algunas veces, y no son pocas, que me paro a pensar en esto y me represento delante este triste captiverio, no hallo a qué compararlo, que todo no me parezca muy poco. Unas veces me parece un terrible y muy espantoso naufragio, y muy mayor que fué el de Bias o Estilbón, filósofo. Porque dado caso que estos dos, perdiendo toda su hacienda, salieron a playa desnudos en cueros, podían, empero, decir y con verdad, como dijeron, que llevaban consigo todos sus bienes. Porque no perdieron con la hacienda la libertad, ni la honra, ni el señorío o uso de sus miembros y sentidos, no la patria, no los parientes, no los amigos, no el punto, no el primor, no el brío, no la generosidad, ni valor de ánimo; ¿mas cuál cristiano captivo hallaremos, por muy principal y cabal que sea, del cual podamos decir que no perdiese todo esto, o le quedase alguno de tantos bienes? Otras me parece que es lo mismo que la mágica de aquella famosa Circes hechicera, la cual a los compañeros de Ulises, que por mala suerte y fortuna aportaron a su tierra, los convirtió en extraños y diversos animales y en figuras muy diferentes, tanto que el mismo Ulises, su capitán y compañero en tantos años y en tantos trabajos, y tan verdaderamente amigo, encontrando con ellos y teniéndolos delante sus ojos, no los echaba de ver ni conocía. Y no sólo digo esto por lo que antes decía, mas también porque si salimos por esas calles, qué vemos sino infinitos cristianos muchos y muy principales captivos, con quien tratábamos antes, tan disfigurados y mirrados, de miserias infinitas y aflicciones que padecen, que más parecen cuerpos desenterrados que figuras de hombres vivos. Paréceme también otras veces aquella transmutación pitagórica que acaeció al honrado Apuleyo, aunque hay esta diferencia, que

Biasphus.  
Estilbon. Vale.  
Maxi. lib.  
7. Senec.  
Epistol. I.

Circes. Maga.  
Hom. in  
Odisea.

Apuleyo se volvió en asno de oro y el desventurado captivo en un vil monstruo de muy bajo ser y precio. Paréceme también otras que es éste aquel nuevo mundo tan diferente y extraño, que imaginó Demócrito, y que Anaxarco o su discípulo persuadió al ambicioso Alexandro; do tanto que entra en el captivo, nada halla de lo que había en el otro de do viene. Porque acá halla otro Dios, otra ley, otros templos, otros sacerdotes, otras cerimonias, otras costumbres, otro hablar, otro escribir al revés, otro comer en el suelo, otro sentarse en cuquillas, otro talle, otro vestido y otro trato y aun otro vivir, en todo muy diferentes. Acá no hay justicia, sino fuerza; no dar, sino robar; no templanza alguna, sino todo crápula y lujuria; no fortaleza, sino temeridad; no verdad, sino mentira; no amistad, sino cada uno para sí; no lealtad, sino engañarse unos a otros; finalmente, acá no hay estados, no puntos, no primores, no dignidades, no bríos, no cortesías, no crianza. Acá la libertad se convierte en esclavitud, la honra en afrenta, la gloria en abatimiento, la nobleza en vileza, el valor en vituperio, la grandeza en poquedad y aun las virtudes todas en vicios. *Antonio*. Desa manera, digámoslo todo. *Sosa*. ¿Cómo? *Antonio*. Que haga cuenta el captivo que, en el punto que lo es, nace de nuevo otra vez. *Sosa*. Y aun en otro valle más abundante de lágrimas de lo que fué el primero, a do naciendo de su madre, tocó la tierra llorando, que es otra particular condición y notable propiedad muy digna de considerarse, para que se entienda mejor el infelice estado y desdichada suerte deste triste captiverio. Porque menos mal fuera aún si quitándonos el captiverio la libertad con aquellos infinitos bienes y riquezas que diximos, nos dexara así quedar pobres, lacerados y mezquinos, que no era poco mal y desventura. Pero ¿qué más infelicidad y desdicha puede ser que en lugar y en cambio de esos tantos bienes que nos quita, nos hincha y carga de tan-

Apuleius.  
lib. de asin.  
aur.

Plutar. in  
Alexan. Vale.  
Ma. lib. 2.  
Plin. lib. 2.  
cap. 1.

ant. lib. 2.  
M. lib. 2.  
lib. 2.  
lib. 2.  
lib. 2.  
lib. 2.  
lib. 2.

lib. 2.  
lib. 2.  
lib. 2.

to y tan infinito número de males, de tantas miserias y tan grandes desventuras, que ni hay entendimiento que los comprenda, ni juicio que los pondere, ni memoria a do quepan, ni lengua que los pueda decir? Quien mira a un captivo, y más si es captivo en Argely Berbería, ¿qué ve sino un montón, una suma y ayuntamiento de todas las miserias y trabajos en uno? Si en el mundo hay hambre, si sed, si nudez, si frío, si calor, si palos, si azotes, si injurias, si afrentas, si cárceles, si cadenas, si necesidades, si angustias, si pesares, si tormentos, si martirios, si dolores, todo lo hallaréis en un captivo; y no de cualquier suerte, sino sin algún modo, peso o medida, y sin algún término o fin. De manera que ni aun una hora, o siquiera un momento, puede respirar el desdichado y alentar de una larga y trabajo tan terrible. De manera que con haber alteración y reposo en las demás cosas naturales, no se halla eso ni puede ser en un desventurado captivo; mas sus penas y martirios son más continuos y sin cesar que los afanes que fingen del desdichado Sísifo, hijo de Eolo, y de Ixion, y de las hijas de Danao; y ansí no se ha decir que vive un triste captivo en trabajos, sino que está ahogado, muerto y enterrado en los trabajos. ¿Y qué digo muerto y enterrado? Aun eso fuera alivio y descanso si, cayendo sobre la carga, acabase el triste captivo, y con él también sus penas, sus martirios y tormentos; pero vive y está muerto, ahógase y no acaba, anda enterrado y, con todo, tiene sentido. De manera que cuando piensa que se le acaban los tormentos, revive para sufrirlos y padecerlos de nuevo. Y por esa causa llama la Escritura divina tantas veces (y con mucha razón) a la esclavitud diluvio de grandes aguas, que llegan hasta el cuello, porque por una parte la copia de los trabajos del captivo es tan grande y general como lo son las aguas de un grande y universal diluvio; y por otra parte, si llegan al cuello y le

Sisyphus.  
Ouid. lib. 4.  
Metamor.  
Ixion, thesaurus.  
Tibullus.  
lib. 1 Filiæ  
Danai Ouid. in  
ibí & Tibullus  
lib. 1.

Esai. cap. 8.  
& ca. 30 & Je-  
re. ca. 27.



tienen como ahogado, no acaban de matarlo y consumirlo, y ansí viviendo el triste captivo muere, y, muriendo, siempre vive. *Antonio.* Mas ¿cuán mal y cuán poco será creído eso si se dixese o contase en la cristiandad? Y todo es verdad y muy grande, que aun eso es poco para lo que se podría decir. *Sosa.* Bien lo creo y no me maravillare yo deso, porque siendo tan diferente el captiverio que entre cristianos se usa, ¿cómo juzgará ninguno de lo que en su vida nunca ha visto? Allá conócese a Dios, y témese a Dios, y profésase dotrina de Dios, y de Dios de piedad y padre de misericordias, y por tanto, en sus obras y en el tratamiento de los esclavos no pueden olvidar la misericordia que en la cuna y en la misma leche mamaron; pero acá todo es al contrario. *Antonio.* Y aun por eso no me maravillo que, viéndose los moros y turcos tan bien tratados allá y con tanto regalo, cuando para acá se huyen (de no poder conseguir aquel vicio), y se ven aquí hambrientos, desnudos, descalzos y sin bien o remedio alguno, suspiran tanto y se quejan, y aun maldicen al día en que determinaron huirse, como yo mismo oí decir a muchos que de Nápoles, Sicilia y de España han venido. *Sosa.* ¿No se acuerda del turco que el mes de Julio llevó los veinte y cinco cristianos en una barca, y con ellos fué a España? *Antonio.* ¿Cómo le contaron eso? *Sosa.* Desta manera. Había estado aquel turco algunos años captivo en Italia, y particularmente en Piombino, puerto de mar en Toscana, y pensando que acá en Argel se hallaría mejor entre los suyos, huyó en principio del año con otros en una barca que hurtaron de un pescador, y llegados a Berbería y después a este Argel a salvamento, y viendo cómo las cosas pasaban, no se hallaba acá el turco (que venía avezado a la vida y bondad cristiana) entre esta vil canalla de moros; y ansí, arrepentido a pocos meses, que no fueron más de seis, con cuanto otros turcos y genízaros

le daban sus amigos y ofrecían lo que tenían, resolvióse en volverse a cristianos, no siendo él cristiano, y comunicando éste su intento y deseo con algunos cristianos captivos, tanto hizo que a los diez y seis de Julio, a dos horas de noche, tomó en esa playa una barca de pescadores, y con los veinte y cinco cristianos (que ya tenía llamados) con gran fiesta y contento se fué para España. *Antonio*. Así fué ni más ni menos, porque mucho antes que se fuesen lo supe de dos amigos míos que con ese turco se fueron. *Sosa*. Pues, ¿y qué me dice del otro moro que luego, el Octubre siguiente, se fué de aquí a Sargel (lugar de la marina que está desta ciudad para poniente sesenta millas), y llevando consigo por tierra doce cristianos, españoles casi todos, tomó allá una barca, y embarcándose con ellos se fué a Mallorca y a España? *Antonio*. Y aun deso nos maravillamos más todos, porque había sido captivo en España y había más de seis años que de allá había huído, y se había aquí casado y tenía de la mujer dos hijos muy pequeñitos, y con todo, siendo moro, reconocía de tal suerte el buen captiverio y tratamiento que le dieron los cristianos, que se holgó de su misma voluntad dexar la patria, los padres, los hermanos y aun la mujer y los hijos tan queridos y irse a vivir entre estraños y quizá a ser captivo otra vez. Y si estamos por exemplos, otros dos moros se fueron de la misma manera el año de 1576 de Bizerta a Sicilia, do antes habían sido esclavos. Y en el mes de mayo de 1578 se fué de aquí otro turco a Mallorca y otro a España en el mismo año en el mes de septiembre, y otro en el mes de noviembre de 1578, con dos cristianos, se fué a Orán, los cuales todos quisieron más la esclavitud de allá que la libertad que aquí tenían, y lo mismo he oído decir y contar de otros muchos que los años pasados se volvieron de la misma manera y suerte. *Sosa*. No me podrán luego decir que es fuera

Mense Jul.  
1579.

Mense Oc  
tu. 1579.

Mense Au-  
gusti 1577.  
Mense Mail  
1578 Mense  
Nobemb 1578.

de razón lo que acostumbro hablar; que hace mal el que aquella esclavitud de tierra de cristianos llama y la nombra esclavitud; esta nuestra, sí: ésta es esclavitud, éste es captiverio, y captiverio muy de veras y no de burlas. ¡Aquí se gusta la hiel, aquí se come el amargo, aquí se pasan miserias, aquí se sienten tormentos, aquí se padecen martirios, aquí se derraman las lágrimas y se oyen los suspiros! *Antonio*. ¿Y cómo si es eso verdad? Maldito sea el que primero inventó tan cruel y tan bárbara invención. Cómo ¿no bastaban tantos trabajos, tantas miserias y tan infinito número de males que oprimen, deshacen y consumen de continuo nuestra desdichada naturaleza, sino que aun así la habían de afrontar cargada de una tan pesada y tan inhumana miseria? ¿Quién fué el mal hombre o demonio (para mejor decir) que inventó, que introdujo en el mundo tan diabólica maldad? *Sosa*. Ya empecé antes a decir que no crió Dios a los hombres esclavos, mas hizo igualmente a todos libres, como, sin duda, fueran todos siempre, si ellos quisieran conservar el estado y orden de vida que él al principio les dió. Tampoco la naturaleza es causa de desorden tan grande, porque nunca ella hasta agora ha mudado, mas seguido siempre el primer estilo y orden que en el principio la puso Dios. Y por tanto, se quejaba con razón el siervo Estrofilo en la *Aulularia* de Plauto, viéndose por ser esclavo despreciar, y decía con mucha gracia que la naturaleza pare igualmente a todos libres. Mas la causa desto es que como el pecado perturbó en los hombres la orden que Dios les dió, y particularmente fué causa que los hombres, como brutos animales, se persiguiesen unos a otros con guerras, violencias y tiranías, a vuelta de otras muchas maldades que desto se siguieron, entró en el mundo y se introduxo la esclavitud, captivándose los hombres unos a otros y privándose de su natural libertad. De manera que la esclavitud

Plaut. in  
Aul.

es, como dixo el jurisconsulto, propio fruto y efecto de la guerra, porque con ella y por ella se introdujo en el mundo. Y por esta causa dixo Laurencio Valla que esta palabra latina *servus*, que en lengua vulgar quiere decir esclavo, viene deste verbo, *servo*, que en lengua latina significa guardar, porque a los hombres que los capitanes de la guerra no querían se matasen, guardaban para venderlos o rescatarlos o para servirse dellos en las cosas necesarias. Y por la misma razón a los esclavos y captivos los llaman en lengua latina *mancipia*, porque en la guerra los asían con la mano, no los queriendo pasar por el hilo de la espada. De lo cual primeramente se sigue que, a falta de que hoy día no se vive conforme aquella orden natural que Dios al principio dió y quiso que guardasen los hombres, se usa la esclavitud en el mundo. Y así, cuando los autores escriben que el tiempo en que reinaba Saturno, Rey muy justo y sabio, era la edad de oro, y que entonces vivían todos los hombres recta y justamente, y conforme a la ley natural, dicen luego, para prueba desto, que entonces todas las cosas eran comunes, todos los hombres iguales, porque no se sabía qué cosa fuese esclavo o señor. *Antonio*. Desmanera hacer hoy día o tener algún hombre por esclavo será muy grave pecado, pues según eso es cosa contra la misma naturaleza.

ff. de statu.  
hom. l. 4 & 1.  
Inst. de iure  
gent. & pan-  
dectis de ca.  
& post. lim.  
rever. ff. de  
statu. hom. l.  
libertus.

Just. lib. 43  
Plutar. in  
comp. Numae  
& Licurgi.  
Macrob. lib.  
I. Satur. ca. 5.

#### DIVISIÓN QUINTA

*Sosa*. En eso se puede ver cuánto puede el uso y la costumbre en todas las cosas humanas. Porque dado caso que al principio no se pudo sin grande pecado comenzar a captivar y hacer los hombres esclavos, perturbando sin causa y deshaciendo inicuaamente el estado y dignidad en que Dios criara

los hombres, mas porque después este uso (aunque malo) fué, para evitar mayores males, tácitamente aprobado y de todos generalmente aceptado en el mundo, causó esta aceptación y aprobación general que lo que antes era ilícito fuese lícito entre los hombres por el común consentimiento. Y aún dice San Agustín que no sólo aceptaron los hombres y aprobaron con mucha razón este uso; pero que fué muy necesario y cosa muy justa que ordenasen, como todas las gentes han ordenado por ley, que el captiverio y privación de libertad fuese justa pena de la maldad que comete aquél que con guerra injusta perturba y acomete a los otros. Lo cual también Aristóteles confirma con muchas razones en los libros de su policía. Esto es lo que comúnmente dicen los juristas que la servidumbre es de derecho de las gentes, siendo por naturaleza todos libres, y aun esta ley y uso general de los hombres aprobó muy claramente después la divina Escritura por bueno, pues no sólo nos dice en el Viejo Testamento cómo muchos grandes santos (cuyas obras nos propone para exemplo) tuvieron grande cantidad de esclavos, como fueron los santos Patriarcas Abraham, Isaac y otros; pero en el Nuevo los Apóstoles San Pedro y San Pablo encomiendan en gran manera a los esclavos que sirvan, obedezan y honren a sus señores con temor, tremor y simplicidad de corazón, como a Jesu Cristo, aunque sean ignorantes idiotas. *Antonio*. Satisfáceme todo eso. Pero ¿cómo se entenderá lo que dicen que escribe Aristóteles, que hay algunos, los cuales, naturalmente, son esclavos y siervos, como los ignorantes y los menos perfectos, los cuales, naturalmente, dice él que son siervos y súbditos de los hombres sabios para que dellos sean regidos y gobernados? *Sosa*. Verdad es que no crió Dios iguales todos los hombres; mas en tal grado que unos a otros son superiores en juicio, sciencia, prudencia y otras virtudes. Y Platón,

S. August  
lib. 19. de ci-  
vit. Deica. 15.

Arist. lib. I.  
poli. c. 3 & 4.  
C. manumis.  
ff. de iust de  
iure. inst. de  
iure perso.

I. Petri. c. 2  
ad Ephe. 6. I.  
Ad Ti. 6.

Lib. 1 pol.  
cap. 3 & 4.

Plato. dial.  
3. Stob. ser.  
42.

en el diálogo de las leyes, escribe, y Estobeo hace dello mención, diciendo que el primer grado y justa razón de dignidad y superioridad es que los padres en todo lugar dominen a sus hijos. El segundo, los generosos a los de baxa sangre. El tercero, los viejos a los mozos. El cuarto, los señores a los siervos. El quinto, que los que poco pueden sirvan a los más poderosos. El sexto y mayor de todos, que conforme a la naturaleza los ignorantes sigan y los prudentes vayan delante gobernando y dominando. Lo cual también Aristóteles confirma

Polit. lib. 7  
cap. 14. Augu.  
sup. Gen.

en sus policías, afirmando ser natural la servidumbre del mozo para con el viejo. Y San Agustín dice: Hay también una orden natural entre los hombres, que las hembras sirvan a los varones y los hijos a los padres. Porque es justo que el entendimiento y juicio más flaco sirva al de más fuerza y más perfecto. Y Marco Tulio dixo que los prudentes eran libres y

Tull. Para-  
dox. 5.

siervos los ignorantes y necios. Y lo mismo escriben otros infinitos autores. Pero a todo esto se ha de responder que esa servidumbre es de otra especie y calidad muy diferente de aquella que vamos agora tratando, y que decimos que por causa de las guerras se introduxo entre los hombres. Porque esa esclavitud no es forzosa o necesitada, ni propiamente dominio, mas solamente una natural obligación que tienen de honrar y reverenciar los mozos a los viejos, los baxos a los hombres de honra, los hijos a los padres y las mujeres a los maridos. Demás desto, ese dominio es

S. Ambros.  
in epist. ad  
Colos. D. Ba-  
silius libr. 5  
desp. cap. 20.  
Joan. Drie.  
lib. 1. de lib.  
Chris.

todo para provecho y utilidad de los mismos tales siervos, cual recibe el ignorante del sabio, el necio del discreto, el hijo del padre, y los que poco pueden de los poderosos y ricos que los defienden, amparan, proveen y remedian sus miserias y necesidades. Y ansí dicen muy bien los doctores que aun en el estado primero de inocencia de tanto bien y perfición se hallara, sin duda (si en ella perseve-

ramos) esa misma servidumbre. Porque como entonces no nacieran todos los hombres iguales en dones, gracias y talentos naturales, también no fueran todos iguales ni tan perfectos en la justicia, esciencia y prudencia, etc. Y así necesariamente dominaran unos y otros fueran dominados, no para provecho del que fuese superior ni para remediar miserias o necesidades de los que fuesen inferiores, las cuales no se comparaban entonces con aquel estado felice, mas para aconsejar los más perfectos a los menos perfectos y enderezarlos a mayor sabiduría, mayor justicia, mayor prudencia y perfección. Pero la esclavitud introducida por las guerras entre los hombres de que tratamos es una servidumbre forzada, y el dominio es violento y para provecho solamente del que domina y es señor, el cual puede disponer y hacer de su esclavo lo que de su caballo, alienándolo como ni más ni menos que cualquier otra cosa suya propia. *Antonio*. Por cierto, linda invención ha sido ésa; en harta obligación somos todos los captivos al traidor que tal cosa enseñó al mundo; de manera que el que inventó degollar a los hombres inventó también hacerlos captivos. *Sosa*. Ansi es. *Antonio*. ¿Quién diremos que fué ése y el primero que inventó la guerra? *Sosa*. Por cierto, ningún agravio se hiciera a quienquiera que él haya sido si lo mismo se usara con él que con aquel facinoroso atrevido y malvado que puso fuego al famoso templo de Efeso, porque por decreto común de todos se ordenó, so graves penas, que ninguno escribiese, ni nombrase o publicase su nombre, mas que fuese sepultado en un perpetuo y eterno olvido. Plinio dice que los lacedemonios fueron los primeros que inventaron la servidumbre de los hombres. Pero la verdad es que como ellos no fueron los que primeros inventaron la guerra, cuyo fructo (como diximos) es la esclavitud y servidumbre, tampoco ellos, sino los que primero guerrearón en el

Lib. 4 & 5 ff.  
de sta. ho.

Pli. lib. 7 c.  
56.

- Just. lib. I.** mundo, fueron los que hicieron a los hombres libres captivos. *Antonio.* ¿Pues quién diremos que fueron esos? *Sosa.* Justino piensa que Vexoris, a quienes otros llaman Sisostres, Rey de Egipto, fué el primero que usó la guerra, y que Tanais, Rey de Scitia, fué el segundo; y que el Vexoris conquistó hasta Ponto y el Tanais hasta Egipto. Pero verdad es lo que de la Escritura santa se colige: que el primero que en el mundo comenzó a guerrear y perturbar la paz humana, sujugando y captivando los hombres, fué el soberbio y fiero gigante Nemroth, hijo de Chus, nieto de Cham y biznieto de Noé, el cual edificó la gran torre de Babilonia, y con guerras y violencias dió principio a la primera monarquía y reino de Babilonia y asirios a los 1788 años del mundo y a los 3411 antes de la venida de Cristo, y esto significa la Escritura sagrada cuando llama a este malvado gigante, robusto, valiente, cazador, delante el señor, dando a entender que el modo y las artes con que se hiciera tan gran señor fuera siendo pública y abiertamente y sin temor o vergüenza alguna de Dios, cazador, no de las fieras del campo o animales silvestres, mas de los hombres que vivían sin algún temor y en la libertad que la naturaleza les había dado, sin saber qué cosa fuese captiverio ni violenta sujeción. Verdad es que Beroso, aquel antiquísimo historiador babilónico tan celebrado de tanto número de autores sagrados y profanos, o otro, quienquiera que fuese, que juntó aquellos pedazos de historia que en nombre de Beroso andan por el mundo, afirma que los antiguos caldeos dexaron en sus libros escrito cómo antes de aquel general y famoso diluvio de la tierra (de que hace mención la santa Escritura) hubo junto al monte Libano una grandísima ciudad muy populosa, la cual se decía Enos, habitada de gigantes, los cuales de Levante a Poniente señoreaban generalmente todo el mundo, y que éstos, confiados en sus fuerzas y
- Vexoris, o Sisost. Rey de Egypto. Thana. Rey de Sithia.**
- Reyno de Babilonia.**
- Gene. c. 10.**
- Gene. cap. 7. Sebas. Mus. lib. I. Geogra.**



grandeza inmensa de cuerpos, habiendo hallado el uso de las armas, oprímán, sojuzgaban los demás hombres; y que eran en un extremo tan grande y fuera de todo modo lascivos que indiferentemente usaban con las propias madres, hijas y hermanas y aun con los mismos hombres y con las bestias. Y dice más, que éstos fueron los primeros que inventaron los pabellones o tiendas del campo y los instrumentos de la música y todas las demás lascivias y delicadezas de la carne, y que eran tan bestialmente crueles que comían a los hombres y abrían los vientres de las mujeres preñadas para comer las tiernas criaturas que tenían en sus entrañas, despreciando toda religión y viviendo sin temor o respeto alguno de Dios.

*Antonio.* ¡Válasme Dios y qué cosas tan horrendas! ¿Es posible que tales cosas hiciesen hombres? *Sosa.* No es de maravillar, porque siendo verdad lo que dice Marco Tulio, que no hay tan bárbara nación que si ignora cuál Dios se ha de adorar, no sepa a lo menos y conozca que le hay. Y en tanta manera es este conocimiento a los hombres natural, que dice Jámblico, excelente filósofo platónico, que el hombre entiende y sabe esto aún antes de todo uso de razón, y los griegos llamaron a este conocimiento prolepsim, esto es, conceto y formación de la cosa anticipada en el ánimo. Siendo así y estando los entendimientos de aquellos fieros gigantes tan ciegos en cosa tan clara y tan manifiesta naturalmente, y sus juicios tan pervertidos y trastornados que ni reconocían a Dios ni hacían caso de su honra y veneración: faltándoles desta manera el propio y natural freno de la malicia humana, que es el temor de Dios, no es, como digo, de maravillar cayesen en bestialidades tan grandes y espantosas. Y esta opinión dicen algunos que parece favorecer la sagrada Escritura, porque primeramente dice en el libro del Génesis, que antes del diluvio hubo muy muchos gigantes varones muy poderosos, muy nombrados y

Mar. Tul.  
lib. I. de natura deorum & lib. I. de leg. 2. de divina Lactantius lib. I. diu inst.

Jambli. Platonius.

Græci auto.

Stephanus aquæ com. in Plin. lib. 2. cap. 7.

Gene. c. 5.

famosos, porque parece que éste tan grande poder y fama en el mundo, debía ser por los grandes hechos en armas y conquistas que hicieron. Y añade más la Escritura: que eran los pecados dellos tantos y tan grandes, que por eso envió Dios el diluvio que los mató. Y si es así, que éstos tales fueron los primeros que inventaron la tiranía en la tierra para sojuzgar y dominar a los hombres, no podía la esclavitud tener más abominable principio, ni autores de más abominable malicia y maldad. Mas lo que a mí me hace más duda es lo que dice el mismo Beroso, que aun antes del diluvio general había aquel tan universal y tan poderoso imperio y señorío con que aquellos gigantes dominaban todo el mundo, de Levante a Poniente, y universalmente sujetaban por fuerza a todos los hombres. Porque la Escritura divina (cuyo autor es el Espíritu Santo) claramente dice, como arriba refería de Nemroth, que él fué, y no otro, el que primero comenzó a hacerse poderoso en la tierra, dominando y sujetando públicamente y por fuerza las gentes, limitándolo a que se entienda solamente después que fué el diluvio. Y más dice que éste fué el primero que reinó en Babilonia, y dió principio a la monarquía de los asirios, los cuales de su hijo Asur tomaron ese nombre y apellido, la cual monarquía todos los doctores en general, tanto nuestros griegos, latinos, como hebreos, en aquel mismo lugar y en otros, dicen que fué la primera que hubo en el mundo y no otra, y lo mismo afirman también todos los historiadores antiguos, profanos y gentiles: como Apiano, Eliano, Diodoro Sículo, Estrabón, Trogo Pompeo, Plinio, Justino, Plutarco y otros muy muchos, los cuales escribieron, o en alguna manera trataron, desta materia. Y cuando quisiesen decir que estos gigantes que tenían aquella monarquía, y de los cuales habla Beroso, fueron aquellos que vivían al tiempo que Dios mandó a Noé, varón justo, que fabricase

Causa de  
dudar.

1. Ratio.

Ge. c. 10.

2. Ratio.

Appian.  
Eliano. Dio-  
doro. Trogo.  
Justino. Pli-  
nio. Plutarch.

la Arca, que fué cien años antes del mismo diluvio, y de los cuales dice la Escritura divina que eran gigantes famosos y poderosos, no sé con cuanta razón se podría afirmar esto, porque si el poder de los tales fué tan general como lo quiere Beroso y tan extendido por todo el mundo y la causa de su fama fuera ésa, cosa era ésta tan notable que es maravilla cómo la Escritura divina en ninguna parte hizo della mención, como hizo de otras cosas muy menores, menos importantes y de menos calidad. Quanto más que aquellos gigantes de que allí habla la Escritura diciendo que eran famosos y potentes, no fueron los inventores de las tiendas del campo, ni de las armas y la música, como Beroso dice que fueron aquellos que tenían la monarquía, porque esa misma Escritura manifiestamente atribuye la invención de las tiendas a Jabel, sexto nieto de Caín, diciendo que fué padre y autor de los que habitaban en las tiendas del campo, y eran pastores. Y habiendo necesariamente de vivir los hijos juntos en compañía del padre, y el padre también con ellos en uno, y, por tanto, habiendo todos de seguir una misma manera y orden de vivir sin alguna diferencia, y emplearse los hijos en lo que se ocupaba el padre, y diciendo la Escritura que vivían en los campos y no en ciudad alguna o población grande y famosa, como aquellos gigantes de Beroso hacían, y demás afirmando que eran pastores, cuyo oficio y cuidado es pastar sus ganados y labrar las tierras, no ser soldados y conquistar gentes y provincias peleando y muy lejos de sus casas, se colige claramente que ni los gigantes de Beroso fueron los inventores de tiendas de campo, ni Jabel, ni sus hijos, fueron aquellos gigantes conquistadores y autores de la monarquía tan general; y quanto a la invención de los instrumentos de la música, la misma Escritura sancta atribuye esto a Jubal, hermano del dicho Jabel, como también la de las armas y cosas

3. Ratio.

Gen. c. 6.

4 Ratio.

Gen. c. 4.  
Jabel. Hon.  
Aug. Dunens.  
lib. 5. chrono-  
nico.

5. Ratio.

de hierro a Túbal Caín, tercero hermano destes dos. Y ni dice que estos tres hermanos eran aquellos famosos gigantes que fueron antes del diluvio, ni otros que tuviesen tales y semejantes cuerpos. Júntase a esto más que aquellos famosos gigantes de quien habla la Escritura vivían cien años antes del diluvio y aun al mismo tiempo que anegó toda la tierra, y es cosa cierta que murieron en él. Y al contrario, aquellos tres hermanos, Jabel, Jubal, Caín, según parece de la misma Escritura, fueron muchos tiempos primero. De lo cual todo se puede, finalmente, colegir que aquella monarquía de gigantes de que habla Beroso es más algún cuento viejo y antiguo que no historia verdadera, y, por tanto, no le haremos agravio si no se recibiere con tanta veneración como algunos hacen a los dichos de aquel libro, que adoran como oráculos de Apolo, principalmente que muchas personas muy dotas y de grande erudición han notado con gran juicio en aquel mismo libro, que con tanta gana atribuyen a Beroso, no pocas cosas muy diferentes y al contrario de lo que autores de mucha calidad y verdad escriben, y otras muchas no hallan en él, las cuales muchos escritores antiguos y de mucha autoridad citan de Beroso, como claramente os mostrara si hiciera a nuestro propósito o estuviéramos en otra parte, de otra suerte y manera; y, por tanto, les parece (y con razón) que aquellos fragmentos y rapsodia de libro ni deben ser de aquel famoso Beroso babilónico tan celebrado y que tan difusamente dicen que escribió de los tiempos y edades antiguas del mundo, ni de tanta autoridad que no sea lícito apartarnos de lo que dice y afirma cuando (especialmente) la razón nos favorece como más copiosa y doctamente escribe Gaspar de Barros en su curioso Itinerario, aunque Hétor Pinto en sus coliquios lo reprende ásperamente; pero sea como fuere, de una manera o de otra, esto es cierto, y de todo lo que diximos resulta por ave-

Gas. Bar. in  
suo itene.

Hetor Pin.  
p. I.

riguado y sin duda que el uso de la guerra y el dominar por fuerza a los hombres tuvo su principio después del diluvio en Nemroth, gigante bárbaro y fiero, y no otro fué aquél que primero inventó la esclavitud y el quitar a los hombres por fuerza la libertad, sujetándolos con armas y derramamiento de sangre, y a la verdad no podía nacer una tan grande monstruosidad sino de otro muy grande monstruo, y una tan extraña barbarie sino de un bárbaro, y una tan fiera crueldad sino de un fiero y cruel gigante. Así escriben algunos que el Nemroth era de tan vasto y espantoso cuerpo y de miembros tan excesivamente grandes que llegaba su estatura a treinta codos en alto. *Antonio*. ¿Es posible? *Sosa*. Así lo afirma Honorio Augusto, dunense, doctísimo varón en letras divinas y humanas, que fué contemporáneo de Ruperto, Abad de la Orden de San Benito en los tiempos del Emperador Enrique V. Ni desto nos habemos de espantar, porque siendo la naturaleza humana en aquellos primeros tiempos tan robusta y tan gallarda, como, al contrario, es agora (con el discurso de tantos años y tiempos y con tantas miserias y alteraciones) tan debilitada y flaca, podía entonces fácilmente producir tan grandes y tan maravillosos efectos y partos, concurriendo principalmente la voluntad del Señor y algunas particulares constelaciones y concursos de planetas, que, sin duda, había entonces; y como han cesado y faltado en el mundo, cesaron también aquellos monstruosos y espantosos efectos. *Antonio*. Sí, mas para un hombre es tan extrañamente excesiva la grandeza de treinta codos, que parece cosa increíble naciese de las mujeres una así grandísima monstruosidad como ésta. *Sosa*. Muy más es para espantar lo que Plutarco, tan insigne autor y fidelísimo escriptor, escribe en la vida de Sertorio, donde dice que en Mauritánea, que hoy se reparte por la mayor parte en los reinos de Tremecén, Fez, Marruecos y Suz, abriendo delan-

Gigante  
Nemroth.

Honor. lib.  
5. chronico-  
rum.

Arist. I. de  
coelo.

Plutarchus  
in vita. Ser-  
torii, & Stra-  
bo. lib. ulti-  
mo, de situ  
orbis.

te el mismo Sertorio el sepulcro de aquel famoso Anteo, hallaron dentro un cuerpo muerto que tenía de grandeza setenta codos. Plinio, diligentísimo y curiosísimo escritor, dice que en la isla de Creta, a que llamamos agora Candía, ruinando un cierto monte se descubrió un cuerpo muerto de grandeza de cuarenta y seis codos. Y Solino, no menos célebre autor, escribe que en la guerra que los romanos tuvieron cuando conquistaron aquella misma isla de Candía, la gran corriente de un río descubrió y desenterró un cuerpo humano, largo treinta y cinco codos, y que L. Flaco y L. Metelo, legados en aquella guerra, avisados desto lo fueron a ver y miraron diligentemente con sus ojos. También Joan Bocacio, en el libro de la genealogía de los dioses, hace mención de lo que difusamente escribe Fazelo, autor moderno y muy diligente de las cosas de Sicilia, cómo en el año del Señor 1342 ciertos hombres rústicos, abriendo los fundamentos de una casa a las raíces del monte Trapana (que habéis visto tantas veces navegando por la costa de aquel reino de Sicilia en las galeras de vuestra Religión), hallaron en una grandísima cueva asentado un cuerpo humano, de tan monstruosa grandeza que el bordón que tenía en la mano izquierda a que se acostaba era tan grande como un árbol de nave; de lo cual, espantados, llamaron gran multitud de gente, la cual, concurriendo al espectáculo y maravilla con las armas en las manos, y entrado dentro con hachas encendidas y tratando (después de haber perdido el miedo) inconsideradamente aquel cuerpo con las manos, se deshizo todo y el bordón también en polvo, si no fué una gruesa y grande verga de plomo que estaba dentro del bordón, que del suelo llegaba a la mano del gigante, con algunos dientes de increíble grandeza, y la parte delantera del cerebro, la cual era tan grande que en ella cabían algunas salmas de higo; los cuales dientes y pedazo de cabeza afirma

Plin. lib. 7.  
c. 16.

Solin. libr.  
de mirab.

Jo. Bocati.  
lib. 4. c. 68.  
Fazel. I. de  
cad. li. I. c. 6.

Fazelo que hasta su tiempo (y ha poco más de 80 años que escribió) se veían colgados al pie de un Crucifixo en una iglesia de la misma tierra. También en el año del Señor de 1548, fray George Adorno, Caballero de vuestra Orden, de nación ginovés, y que entonces era general de las galeras de la Religión, como el mismo Fazelo escribe y me lo afirmaron algunos sicilianos, personas honradas, que lo vieron con sus ojos andando cazando en los campos de Siracusa de la misma isla de Sicilia, halló en una gran cueva otro cuerpo humano, alto veinte codos, el cual, tocándolo con poca advertencia y resguardo, se volvió todo polvo, excepto alguna parte del cerebro, costillas y otros huesos, que luego envió, por un gran milagro, al gran Maestro de la Religión, que entonces era fray Juan Homedes, aragonés. Mas ¿para qué me fatigo en alegar tantos testimonios de autores? Bien me podéis creer para salir desahogada, pues os diré la verdad, que en los años que estuve en aquel reino de Sicilia, como sabéis, no sólo en Siracusa y en Catania, pero en Augusta, Letim, Franca Forte, Melitelo y Mineo, y en otros lugares que están al pie de aquel famoso y altísimo monte Etna, a que vulgarmente llaman Mongibello, no una vez, más muy muchas, vi y tuve en mis manos y en mi poder cantidad de muelas y de huesos humanos de toda suerte que hallaron en algunas cuevas a que llaman en aquella tierra grutas, de los cuales algunos señores sicilianos me hicieron merced y gracia: los cuales eran extrañamente grandes, y de su proporción y correspondencia que podían tener con los demás miembros, colegíamos que eran de gigantes de admirable estatura y grandeza. *Antonio.* ¿Que tanta podría ser? *Sosa.* No era posible que al punto se supiese. Bien es verdad que si tuviéramos la medida cierta, justa y verdadera de algunos miembros de aquellos cuerpos, no fuera mucho que en alguna más cierta manera atináramos a saber

Faze. eo-  
dem lib. 1.  
ca. 6. decad. 1.

Pitágoras. la grandeza dellos, cómo y de la manera que aquel excelentísimo filósofo, Pitágoras, colegió la del cuerpo del grande y famoso Hércules. *Antonio.* ¿Cómo fué eso no lo sabremos? *Sosa.* Aunque salimos un poco fuera del hilo y derecho curso de nuestra plática, por haber sido rara invención y nacida del ingenio de un tan ilustre filósofo como Pitágoras, y, por tanto, digna de saberse, os la diré como Aulo Gelio, autor de tanto crédito y nombre, la escribe: Notó primeramente Pitágoras que el espacio del estado que hacía Hércules con su paso (el cual estaba lineado y medido en Pissa, ciudad de Grecia, en la provincia de Acaya, por do pasa el famoso río Alfeo, junto al templo de Júpiter Olimpo) era de grandeza de seiscientos pies, y vió, por otra parte, que si los otros estadios ordinarios, de otros, eran también de seiscientos pies, todavía eran muy menores. Y así halló que la planta del pie de Hércules era tanto mayor cuanto excedía de la proporción el estadio Olímpico a áquel de los otros; habiendo, pues, hallado la medida del pie, midió con ella todos los demás miembros del cuerpo de Hércules y halló que era tanto mayor de cuerpo que los otros, cuanto el estadio Olímpico era mayor que los otros estadios hechos a medida, y así que venía a ser mayor de cuerpo que los otros cuatro brazos y un pie. *Antonio.* Por cierto ingeniosa y sutil invención fué esa. *Sosa.* Como de quien era; mas volviendo a nuestro propósito, son tan grandes y tan manifiestas las experiencias de que hubo en el mundo gigantes de espantosa y admirable grandeza, y éstos no pocos, que no hay de qué espantarnos que Nemroth tuviese un cuerpo de treinta codos en alto, ni aun de lo que Homero y Virgilio y otros escriben de los grandes ciclopes y lestergones y del terrible Polifemo que habitaban en el monte Etna, aunque envolvieron la verdad en otras muchas cosas fabulosas y poéticas. *Antonio.* Creo yo, sin duda, que

Aul. Gel.  
lib. I. noct.  
atti.

Ingeniosa  
y sutil inven-  
ción de Pitá-  
goras para  
medir el cuer-  
po de Hércu-  
les.

Homerus 9.  
Odiseæ. Vir-  
gil. 3. Eneid.  
Diodorius Si-  
culus li. 5.



ese mal hombre Nemroth (porque así merece que le llamen) era en el cuerpo tan grande y tan monstruoso gigante, como decís, no debía ser menos monstruoso ni menos bestial en la alma, juicio y condición de lo que era en el cuerpo; antes, a mi parecer, todo cuanto en él había, debía ser de verdadero cíclope y lestrigón, o de otro fiero Polifemo o de Efiáltes, Egeon, Tifon y Briareo y otros tales gigantes antropófagos horrendos, pues que tan enemigo fué de su misma naturaleza y ser humano, que inventó una tan fiera crueldad contra los hombres, y no tuvo vergüenza de ser el primero que la usase en el mundo. *Sosa*. Y aún menos daño fuera si su mal se diera por satisfecho con las dos tan bárbaras maldades que hasta ahora diximos, que son revolver el mundo con guerras, muertes, y a los hombres, que Dios y naturaleza hicieron libres, quitarles un tan glorioso título y privilegio tan inestimable y excelente de la libertad, haciéndolos cautivos y esclavos; sino que demás desto se ha de tener por muy cierto que también él fué, y no otro, el que inventó tras esto la bárbara y tan infame maldad, que tanto ha que se usa en el mundo: vender los hombres por dineros, haciendo dellos feria y trato de ganancia, trocándolos o rescatándolos, como si fueran animales del campo, por oro, plata y otras cosas. Y no podía ser menos, porque andando la soberbia tan acompañada de la codicia y siendo tan unánimes, como dicen san Agustín y san Bernardo, que ni la soberbia se puede hallar sin codicia ni la codicia sin soberbia, que de nación celestial, como dice san Gerónimo. Porque en el cielo nació y se halló primero, y, por tanto, tira siempre a su principio, apeteciendo lo alto; y la grandeza persuadió a este mal hombre (como persuade a otros) hacerse mayor de todos y no consentir que alguno le fuese ní mayor ni igual, mas sujetos todos inferiores y esclavos. Así también la codicia, su compa-

Plinius. li. 3. cap. 8 & lib. 7. ca. 2.

Polife. Virgil. lib. 2. Enei. Ephialtes. Virg. inculice, & 6. Eneid. Aegæon. Virgil. lib. 10. Eneidos. Tiphon. Virgil. lib. 9. Briareo. Virg. lib. 6. Eneid.

S. Augustus, Epist. ad Comiten.

S. Bernar. sermone 37 ad sororem.

Inocen. lib.  
de vita con-  
dit. humanæ.

ñera (otra no menor furia infernal), no podía estar quieta en su pecho, y, por tanto, ésa, sin duda, le hacía andar por el mundo robando, haciendo presas, cometiendo hurtos, usando violencias y tomando por fuerza lo ajeno. Y como el natural desta sanguijuela es, como dice Inocencio, nunca decir basta, sino trae más y más: después de haber Nemroth desnudado a los hombres de la libertad, de la ropa y hacienda, ella le haría inventar la nueva arte de ganancia, vendiendo a los hombres y poniendo precio a lo que por su grandeza y excelentísima dignidad no es posible tenerle. *Antonio.* Desá manera, probable cosa será que ese mismo y no otro fuese el que primero en el mundo inventase cadenas, grillos y cárceles con que tuviese atados, y a buen recaudo, los cautivos, porque no se le huyesen. Y, en conclusión, él, por consiguiente, inventaría, primero que todos, el mal tratamiento y miserias, compañeras de la triste esclavitud.

#### DIVISIÓN SEXTA

*Sosa.* Por cosa muy probable tengo todo eso, porque dado caso que dicen algunos que Tulo Hostilio, Rey de Roma, fué el que inventó las cárceles y grillos, eso se entiende en la ciudad solamente de Roma; antes la santa Escritura dice que en tiempo de José, hijo del Patriarca Jacob, ya había en Egipto cárcel donde le metieron, y grillos también, pues los tuvo, como dice el Salmo, en sus pies. Y cuando estas cosas no fuesen al principio inventadas para solos los cautivos, mas o para castigar malos o para buena orden de justicia, creo yo que como el estado de cautivo y siervo fué siempre el más miserable de todos, esas miserias de cárceles, penas y grillos necesariamente acompañarían también en todo tiempo la mi-

seria del cautivo, usando dellas los malos hombres, luego al principio del cautiverio, para con los desdichados esclavos. Así Justino llama a los azotes y cadenas compañeros del cautiverio, y lo mismo sería de la hambre, sed, nudez, trabajos, afrentas, miserias, que son los más ciertos y más continuos compañeros del infelice cautivo. *Antonio*. ¿Qué más pudieran inventar los demonios del infierno para abatir tanto más al hombre cuánto más le había Dios sublimado? ¿Cuánto más honra y provecho fuera para el mundo si un tan bárbaro y tan fiero hombre no naciera jamás en él? Gentil honra se ganó él por cierto; y qué trofeos llenos de gloria, qué exemplos tan ilustres dexó a los que después del viniesen al mundo. *Sosa*. Sea como fuere, a lo menos no pareció eso desa manera a los hijos y descendientes de Nemroth: antes en ninguna cosa procuraron ellos más parecer al tronco de do procedían, que siguiendo ese mismo camino y pisadas de su padre, poniendo en ello el sumo de todo bien, gloria y bienaventuranza. Y por esta causa, su hijo Asur, a que otros llaman Belo, prosiguiendo adelante, con grandísimo cuidado y diligencia, lo que su padre había comenzado, y haciendo lo mismo su nieto Nino, marido de la Gran Semiramis (la cual también, a exemplo dellos, conquistó a Etiopía, y acometió la grande India), y otros, que después por largos años sucedieron a éstos, no siendo menos diligentes ni menos codiciosos desta gloria y honra de subjugar y cautivar a los hombres, ampliaron maravillosamente y en gran manera aquella monarquía de Asiria con grandes violencias que hicieron a los hombres y con grandes conquistas de reinos y provincias que sujetaron y asolaron, se hicieron muy famosos hasta Sardanápalo: el cual, de apocado como del dicen, perdió la monarquía juntamente con la vida. *Antonio*. Por esos y otros tales se dixo aquel proverbio: de mal cuervo, mal

Just. lib. 3.

Just. Ex  
Trogo Pomp.  
libr. I. Assur.  
Nino. Semy-  
ramis.

Sardanapa.



huevo. No hacen menos deso los leoncillos, los grifos, los tigres, las fieras y las aves de rapiña, que cuando pequeños deprenen de los padres lo que después siendo grandes usan y tienen por continuo ejercicio. *Sosa*. Poco aprovechan ahora esas quejas, ni que demos voces a los muertos, como dice el proverbio, sin provecho. Mejor será que antes de pasar más adelante notéis una cosa muy digna de consideración que desto se ofrece aquí: que siendo hoy día la monarquía una cosa de tanta majestad y de tan maravillosa y excelente grandeza; y para decir la verdad, una propia representación y semejanza (cuanto en el mundo puede ser) de aquel supremo señorío que Dios tiene sobre todas sus criaturas, a las cuales gobierna y sustenta, y siendo (como dixeron Aristóteles y otros) entre todas las maneras de gobierno de los hombres, como son Dimocracia, Oligarquía, Aristocracia, Monarquía; esto es, el estado popular; estado do pocos dominan, estado de optimados, estado de uno solo; esta última es la mejor, la más segura, la más útil y la más provechosa y quieta, y, por tanto, de grandísimos bienes para los hombres, y, finalmente, siendo, por tanto, una merced y beneficio particular que Dios concede a los que en ella viven, considerad de cuán viles y baxos, o para mejor decir, de cuán feos, vituperosos y abominables principios tuvo el comienzo y origen, como son soberbia, codicia, fuerza, violencia, muertes, derramamiento de sangre, hurtos, robos, injurias, cautivar y afrentar los mismos hombres, poner confusión y revolvimiento en el mundo; porque con estas artes fundó Nemroth la primer monarquía del mundo, y no con otras. Juntamente con esto mirad que tales son las deidades que los hombres adoramos con el cuerpo y con el corazón por tierra, y de que tanto nos espantamos como abobados. Considerad también qué medios y qué invenciones hallaron los

Arist. lib. I.  
Rector. Cua-  
tro modos de  
gobierno.

Monarquía  
es la más ex-  
celente.

hombres para que por ellas los llamasen divos y aun los tuviesen y honrasen por dioses, consagrándoles templos, altares, estatuas y sacerdotes a sus nombres, porque no fué sólo Nemroth el que esto hizo en el mundo, ni el que solamente se hizo desta manera monarca, con tan buenas artes, porque si habéis leído, como pienso, los libros y historiadores, habréis también notado en ellos que todas las monarquías que ha habido en el mundo y casi todos los reinos, señoríos, imperios, grandezas y majestades que inventaron los hombres; desta misma manera y modo, y a imitación desta de Nemroth, nacieron en el mundo y tuvieron su principio, ni hubo alguna que no comenzase de alguna notable maldad o traición. Muy claramente os lo mostrara si no temiera enfadaros y alexarnos mucho de nuestro principal intento y propósito. *Antonio*. Si no es más que por eso, suplicoos no dexéis de me hacer esa gracia, porque ni yo podré recibir sino muy mucho contento en oír cosa tan buena, ni porque nos divertamos un poco para saber cosa tan curiosa se pierde algo de nuestro intento, al cual volveremos luego. *Sosa*. Soy contento de hacer en cosa tan buena vuestra voluntad, aunque será con mucha brevedad, comenzando de la monarquía de los babilónicos, que sucedió inmediatamente a ésta de los asirios, cuyo autor fué Nemroth, con tantas maldades como deximos (aunque algunos no la llaman monarquía, sino reino de los babilonios, porque no fué tan general como la de los asirios, y duró tan poco que no pasó de setenta años); como consta del profeta Jeremías; el que le dió principio fué el Gran Nabuc Donosor, y los méritos, arte y modo con que llegó a esta grandeza no fueron otros sino que se reveló a su natural señor Sardanápalo, y lo mismo persuadió a otros muchos cómplices y allegados que tuvo para esto; y negándole la obediencia, siendo traidores, pusieron a Sardanápalo en tan grande deses-

Sueton. lib. de Calig. & li. 12 de Domitiano, & Iampridia in vita Atogabili [sic].

Monarchia Babiloniorum.

Hierem. Propheta c. 25 & 27. Nabuch. Donosor. Justinus, ex Trogo, lib. 1.

- Sardanapalus.** peración, que viendo que la traición no tenía remedio alguno, encendió una muy grande hoguera en la sala de su palacio, y después de arrojar en ella todo cuanto bueno y precioso tenía, al último se echó él también en las vivas llamas del fuego, do se hizo polvo y ceniza. Darío medo, tío, suegro y compañero de Ciro, fué el que privó de la monarquía a Baltasar, último rey de los caldeos, a quien otros llaman Laborsodaco. Pero ¿en qué manera? Con procurar que sus propios criados se conjurasen contra él y le matasen cruelmente en su casa, estando sin ninguna sospecha dellos, como el día antes le había profetizado el profeta Daniel, declarándole la visión de la mano y de las letras que había visto escritas en la pared por usar tan fieras crueldades en toda Babilonia, que a los niños asaetaba pasándolos con flechas, ya los que estaban mamando a los pechos de las madres arrojaba con grande inhumanidad, dando con ellos en las paredes y abrasando toda la ciudad, como otra Górra y Sodoma, y como antes muchos años tenía profetizado Esafas. De Ciro, que después quedó solo en la monarquía (quitándola de los medos la puso solamente en los persas), escriben que no comportando compañía en el mando y señorío, no pasaron más de dos años, aunque otros ponen seis, se levantó contra Darío, su tío, hermano de su madre y su suegro, y por fuerza hizo que se contentase vivir como particular y no como emperador y monarca, y que, por tanto, no le duró más la vida y dominio, aunque Justino dice que esto usó con su aguelo Astiages, padre de su madre, rey que era de los medos, porque cuando su madre le parió le mandó echar a las fieras del campo, que le matasen y comiesen. Pero de cualquier suerte que sea, no le pareció que podía ser monarca si desta manera no violaba el débito y obligación natural de la sangre y parentesco. Filipino, padre que fué del grande Alexandro, poco a poco se hizo señor de toda Grecia, no tanto con las armas cuanto con infini-
- Anales Caldeorum.**
- Daniel, c. 5.**
- Esaias, c. 13 Ciro Persa.**
- Galatinus, & Fabrus, de abreviatione. 70. hebdomadam, dani. Justinus lib. I.**
- Philippus Mecedo. Demóstenes in Philipp.**

tos engaños, mentiras, mañas y crueldades, como Demóstenes se queja tantas veces en sus oraciones Filípicas, y del escriben que traía muy ordinariamente en la boca aquel dicho ajeno de espíritu real y generoso: Entrará la volpeja do no puede el león. Y dexando desta manera y con estas artes abierto el camino a su hijo Alexandro, a quien después llamaron el Magno, no tardó mucho que el hijo pareciese al padre, rompiendo la guerra a Darío, rey de los persas, y violando la paz que con él tenfa, sin ser en cosa ofendido o provocado, mas solamente ciego de la ambición, y al cabo de tantas destrucciones de provincias, ciudades y pueblos, con infinitas muertes de hombres, grandes robos y violencias que hizo por toda la Asia, como le dixeron los embaxadores de los scitas, sin ningún temor llegó a lo que tanto codiciaba, como verse monarca y único señor de una gran parte del mundo, aunque ni con esto se dió por satisfecho. Al mismo Alexandro sucedieron sus capitanes en diversas partes de aquel imperio nuevamente conquistado, desmembrando y repartiendo aquel señorío por muchos y cómo les pareció: a Casandro cupo Grecia; a Antígono, Asia; a Ptolomeo, Egipto; a Eumenes, Capadocia; a Lisimaco, Tracia, y a otros, otros reinos y provincias. Pero alcanzaron esto, unos con procurar y otros con permitir y consentir que aquel tan admirable mancebo en la flor de su edad fuese atosigado con un fortísimo y terrible veneno que su copero le dió en el vino a la tabla. Rómulo, autor del imperio romano, fué hijo de Rea, y aunque los romanos, por honrarse, fingieron que del dios Marte había concebido y parido de un parto a Rómulo y Rémulo, hermanos, la verdad es que ella concibió y se empreñó ocultamente de cierto hombre, y así fueron espurios y bastardos; y el Rómulo, dando después principio a su reino, mató a su propio y uterino hermano Rémulo, y aunque después los romanos ma-

Alexander Magnus.

Quin. Curtius lib. 6. Plutarchus in eius vita & Arrianus lib. de rebus gestis Alexandri.

Cassander. Antigonus. Ptholom. Eumenes. Lisimachus. Quint. Cur. lib. ultimo.

Livius lib. 1. decad. 1.

ravillosamente lo ampliaron con excelentísimas cosas que hicieron en las armas; pero cuántos fueron los engaños, mentiras, disimulaciones, fuerzas y violencias que usaron aún con sus propios amigos y confederados!; mostraban unas veces que los querían ayudar y favorecer; otras se ofrecían liberalmente a defenderlos de los enemigos y contrarios, y a la postre, con aquella fingida amistad y blandura, oprimían tiránicamente a todos y se hacían señores, tanto de los mismos amigos como de los enemigos. Acuérdomé que cuentan del poeta Estesicoro, que fué uno de los siete poetas líricos muy celebrados, como escribe Suydas, y de quien hace mención Plinio, Horacio y Quintiliano como de persona rara y doctísima, que, queriendo persuadir a los imirenses no se fiasen de Falaris, su capitán, que por hacerse tirano de aquella ciudad, como después se hizo de Girgento, pedía disimuladamente le diesen alguna gente y soldados para la guardia de su persona, usó de un apólogo, el cual no dexaré de os decir, porque maravillosamente por él conoceréis qué tales eran también los engaños, astucias y disimulaciones que decía de los romanos. Decíales Estesicoro que había sido un caballo, señor libre de todo un grande prado, do a su placer comía y bebía, y que un ciervo venía de noche y le comía toda la yerba y pasto; de lo cual, quejándose a un hombre, su vecino y amigo, le respondió que no se enojase, que el remedio era muy fácil, porque no era necesario más que el caballo consentiese que él le pusiese un freno y una silla, y cabalgando en él, con una lanza en la mano, vería qué venganza hacía de aquel ciervo su enemigo; la cual, consentiendo el caballo, con el deseo inflamado que tenía de la venganza, siendo enfrenado y ensillado y cabalgado del hombre, en lugar de verse vengado quedó en perpetua servidumbre. Esto mesmo decía el que pretendía Falaris, debaxo de tan buen color y apariencia

Poeta Estesicorus. Fazzellus lib. 9. cap. 2 l. decad.

Suidas. Plinius. lib. 10. Oratius lib. 4. Quintilianus lib. 4. & 11. Phalaris.

Apológus. Estesicor.



de equidad, que siendo su Capitán general le diesen soldados de guardia, pagados del común, para seguridad de su persona, porque su intención era poner después con el favor de esos mismos el freno a la ciudad y hacerse señor della y de todos los ciudadanos. A punto y ni más ni menos hacían astuta y engañosamente los romanos, que so color de favorecer y defender los amigos, como metían un pie en los reinos y provincias de otras gentes, luego se hacían dellas señores; con esta maldad, poca fe y menos verdad se hicieron poco a poco señores de España con achaque de socorrer a los saguntinos contra los cartagineses, y de Grecia con favorecer a los griegos contra Filipo y Perseo, Reyes de Macedonia, y de Asia con defender a Atalo, Rey de Pergamo, y a otros contra el grande Antíoco, Rey poderosísimo, y de la misma manera de otras muchas provincias, con que se hicieron señores de mucha parte del mundo, hasta el tiempo del gran Julio César. Del cual bien sabéis, y es tan notorio, que para hacerse monarca y tiranizar a Roma y el mundo todo, recogió así los más perdidos mancebos y más viciosos que había en Roma, y con el favor destes tales tomó las armas y alzó las banderas contra su patria, persiguió al Senado, degolló tantos varones ilustres y robó el mundo, provincias y ciudades, con grandísimos estragos y asolamientos. Pues cuántos hubo después que sucedieron en aquel imperio y monarquía romana, que para llegar a ese estado no tuvieron otro camino, ni otros merecimientos, más que matar a sus propios y naturales señores. Desta manera se hizo Emperador Calígula, ahogando al viejo Tiberio, su tío y señor, con una almohada que le puso sobre la boca. Desta manera Nerón, matando por el ministerio de su madre Agripina, a su padre adoptivo y padrastro, el emperador Claudio, dándole a comer un bollo hecho y amasado con ponzoña. Desta manera Otón se hizo se-

Astucia de Romanos.

Saguntini, Philippus Rex Macedo. Perseo Attalus. Antiochus.

Jul. Caesar. Suetonius. lib. 1. Lucanus. lib. 2. Plutarchus. in eius vita & aliis.

Caligula. Suetoni. lib. 4. Nero. Idem Suetonius lib. 5.

Otho. Idem.  
lib. 7. Vite-  
llius.

Idem. Suet.  
lib. 8.

Vespasian.  
Idem. Suet.  
lib. 9.

Parthi. Bap-  
tista Eгна-  
tius libr. de  
prin. Roma  
& Onophrius.  
Pagninus lib.  
de Romano  
Imperio.

Arsaces.  
Persa. Eгна-  
tius libr. de  
prin. Rom.  
Onophrius,  
ubi sup.

ñor de Roma matando a estocadas, públicamente en las plazas de Roma, al buen viejo Galba, y Vitelio, que le sucedió y que fué un monstruo de la gula y luxuria, también por esta vía llegó a ser Emperador, conjurándose contra Otón y trayéndole a tan grande desesperación, que tomó por remedio matarse con sus manos a puñaladas. Y Vespasiano, para llevarse de delante los ojos a Vitelio y quedar con el imperio de Roma, le hizo prender por su hermano Flavio Sabino Vespasiano, y atándole una soga a la garganta, llevar desnudo por toda Roma a la vergüenza, echándole lodo y tirándole a la cara con todas las inmundicias de las calles, y cansados destas burlas y de atromentarlo con mucha crueldad, echarlo en las públicas privadas. Esto mismo hicieron otros infinitos para hacerse Emperadores romanos, de los cuales, si quisiese hacer mención particular, ni los días ni las horas bastarian. ¿Pues qué sería si me pusiese a contar de otros reinos y señorios de bárbaros y de los infames principios que casi todos tuvieron para llegar a sus grandezas? No os diré más que de cinco o seis, los cuales entre todos fueron o son más notables y de más majestad en el mundo. Los partos, que acabaron de destruir las reliquias del imperio que los griegos aún tenían en muchas provincias de Asia, y que fueron tan poderosos muy muchos años, y tanto que eran el terror de los romanos y los desbarataron no pocas veces en batallas, con pérdida de mucha gente, ¿de dó pensáis que tuvieron principio, sino de ciertas cuadrillas de ladrones que salieron de Scitia a robar por Asia después, y no en mucho tiempo se hicieron señores de mucha parte de ella y de todo Oriente? Arsaces, de nación persa, que fué el que abatió después la soberbia destes partos, y con destrucción dellos volvió a restituir a los persas la antigua gloria de su imperio, y de cuyo nombre se gloriaron tanto los que por muchos años le sucedieron, que

de su nombre se llamaron todos Arsaces, aunque algunos dicen que era un hombre honrado, mas particular. Pero la verdad es que no fué sino un vil pastor osado y atrevido, acostumbrado a robar por las estradas y públicos caminos. Pues de Mahoma bien sabemos por mal nuestro, y con tanto daño, con tantas maldades, fingimientos y engaños persuadió a muchos bárbaros que era alguna cosa y dexó por muerte a sus califas y subcesores el imperio que habfa conquistado de Arabia, Persia, Media, Partia, Babilonia, Siria, Egipto y de otras provincias de Asia y Oriente. También los turcos, que por nuestras discordias, mortal sueño y descuido son hoy día señores de un tan grande y tan estendido señorío, ¿no tienen por autor y principio de su grandeza a Otomanó, turco, hombre fiero, ladrón público y salteador de caminos, el cual, con favor de otros ladrones tales como él, comenzó a robar y matar hasta sus propios naturales y de su misma nación, hacerse violentamente señor? Y el Tamorlanis que después vino, siendo un vil pastor y coxo de una pierna, y después ladrón famoso, con cuantas violencias, crueldades inauditas y asolamientos espantosos con que puso terror en el mundo y se hizo señor de muchas provincias de Asia y Oriente y las dexó a sus hijos, que las supieron mal conservar. Y del gran Soff, que hoy día es tan principal señor y Rey de Persia, Media, Partia, Asiria, Mesopotamia, y Biatria, Carmania, Gedrosia y otros grandísimos y riquísimos reinos y señoríos de Oriente, que deciendo de la sangre del mesmo Tamorlanes, ¿no escribe nuestro Joan de Varros, varón doctísimo y diligentsísimo, que en los años del Señor 1490, poco más o menos, con favor de ladrones, homicidas, desterrados y otra gente perdida y de mala vida, a quien prometió campo franco y dió licencia general para todo robo, violencia y destrucción que quisiesen? Con éstos y desta suerte se hizo tan

Mahoma.  
Egnatius ubi  
supr.

Turcha,  
othoma. Ignat.  
ubi sup.  
Ludovicus  
Calcondilæ  
& Paul. Jovius  
de Imper.  
Turcarum.

Tamorlanus.  
Egnat.  
19. ubi sup.  
Mexia in Silva,  
& alii.

Sophius.  
Mag.

Joa. Varos.  
lib. decad. 1.  
Egnat. lib. de  
prin. Ro.

gran señor y dexó a sus hijos un imperio de tantas riquezas y grandezas.

DIVISIÓN SÉPTIMA

Pero dexando esta materia, que es un piélago infinito, y querer decir todo sería nunca acabar, y volviendo a nuestro propósito, del cual me hicistes alongar tanto, sabed que cuando san Agustín y Justino dicen que en los tiempos primeros los reyes que tenían el imperio de las gentes y naciones no los levantaba a ese estado la ambición popular, sino la moderación y virtud del ánimo notable, conocida entre los buenos. Esto se ha de entender solamente de algunas provincias o reinos particulares, como fué Italia: en la cual fué en aquellos tiempos antiguos elegido por rey Saturno, que fuera echado del señorío de la isla de Creta o Candía, de su mismo hijo Júpiter, y llegado a Italia, como le conociesen los hombres que era varón justísimo, amigo de paz y bien público, y en todas las cosas muy sabio, le eligieron por Rey, maravillados de su gran valor, y gobernó la Italia con tanta prudencia, amor y concordia de todos, que por eso dice Plutarco y Macrobio lo que antes ya diximos: que en tiempo de su reinado fué la edad de oro, llena de toda felicidad, en la cual todos vivían en común, y que no había diferencia entre el siervo y el libre. Pero este Rey y los demás semejantes fueron muy pocos en comparación de la multitud tan grande de otros que imitaron y siguieron Nemroth, que abrió aquel camino y estrada, y rompió sin temor el velo de la vergüenza humana, y con su exemplo facilitó a los hombres la maldad de la violencia, fuerza y tiranía. Y luego otros muchos, espoleados de la ambición y mala inclinación, se hicieron violentamente y con opresión de los demás, príncipes, reyes,

S. Augus.  
lib. 4. de civit.  
Dei. Justi. lib.  
1. Seneca.  
epi. 3.

Plutar. in  
comparatio-  
ne Nummæ &  
Licurgi. Ma-  
crobis. lib. 1.  
Saturn.

señores y tiranos en el mundo. Y no contentos aún con lo que poseían, codiciaron luego lo ajeno y comenzaron a hacer guerra unos a otros, robándose, matándose y destruyendo a los vecinos, y aun también cautivándolos y trocándolos o vendiéndolos por algún precio, según la codicia y avaricia les decía. Entonces, en la edad cruel y de hierro (como dicen), del infierno vinieron al mundo (como ingeniosamente fingió el poeta Hesiodo) las furias enemigas de los hombres, las cuales, desterrando el amor, la paz, concordia, justicia y verdad con las demás virtudes, que de perseguidas y de todos desechadas se fueron al cielo; el odio, enemistad, guerra, discordia, injusticia, mentira, falsedad, con todos los demás vicios y maldades se derramaron por el mundo, apoderándose dél, porque de su naturaleza son de feísimas y abominables caras y parecer; porque no espantasen a los hombres se vistieron de las ropas y hábitos de las virtudes, los cuales en subiendo ellas al cielo, les cayeron y quedaron acá en la tierra, y se pusieron máscaras y colores de virtudes porque no las desechasen y aborreciesen si se conociese su engaño. Y cuanto a la esclavitud, esto es muy cierto, que tanto que Nemroth con las guerras y tiranía a que dió principio, la introduxo en el mundo: luego (como dice), sin ningún trabajo, ni contradicción, fué persuadida y acetada de la mayor parte de las gentes, y tan generalmente usada de todos, que aún los varones más justos, y santos amigos de Dios (como Abraham y su sobrino Loth, que fueron casi en aquellos tiempos), tenían esclavos, y dellos se servían en las cosas necesarias de sus casas y haciendas, y así cuando se salieron de Caldea y Mesopotania, por mandamiento de Dios, que fué 261 años después que se confundieron las lenguas en la edificación de la torre de Babilonia, de que fué principal autor el mismo Nemroth, y de donde tuvo su Rey principio, como antes refe-

Hesio. in  
theogonia.

Abraham.  
Loth.

Gen. ca. 10.

rimos de la Escritura divina, entre las demás cosas de sus bienes, que recogieron y llevaron consigo, dice que fueron

Gen. ca. 12. las ánimas, que en Harán (de do partía), habían hecho, esto es adquirido y comprado, porque hasta entonces, ninguno de los dos tenían hijos o hijas legítimos o bastardos que hubiese hecho y engendrado, sino que aquellas ánimas eran los esclavos y esclavas en que consistía una buena parte de su mucha hacienda y riqueza, Y así luego abaxo el mismo capítulo, haciendo la misma santa Escritura mención de cuán

Gen. ca. 12. rico era Abraham (cuando forzado de la hambre baxó de tierra de Canaan, do había poco que era llegado a la tierra de Egipto, en la cual había copia de bastimientos) entre otras cosas que nombra de gran riqueza, dice que tenía esclavos y esclavas, de los cuales nacieron después 318

Gen. ca. 14. vernáculos valientes, hombres que Abraham tenía en su casa y servicio, con los cuales venció a los cuatro reyes que habían desbaratado a los otros cinco reyes de Sodoma y Gomorra, y les hizo dexar a Loth, su sobrino, y a todos los demás cautivos, juntamente con la presa grande y rica que llevaban, porque como dicen Festo Pompeo y el Jurisconsulto,

Fest. Pomp.  
lib. de Rom.  
no. 1. servus  
urban. §. si  
aliis Vernæ  
ff. deleg. & l.  
supernernis.  
C. de exiven-  
di. Lau. Vall.  
lib. 1. eleg. C.  
5. M. Tul. in  
Verrem.

verna y vernáculo, son los esclavos que nacen de las esclavas en nuestra casa. De donde viene, como elegantemente dice Laurencio Valla, que también esta palabra vernáculo por transición significa todo lo que en nuestra casa o patria nace, Y por esa causa llamó Tulio a la culpa que en casa se comete: *Crimen vernaculum, et domesticum*. Después, en tiempo del Patriarca Jacob, nieto de Abraham, la costumbre de comprar y vender a los hombres era ya tan común y tan aprobada de todos, que se tenía por una parte y no mala de mercancía en que algunos empleaban sus dineros y caudal.

Joseph. Y, por tanto, cuando los hermanos de Joseph se resolvieron que era mejor venderle a los mercaderes que no matarle,

nunca tomaron este propósito y determinación si hubiera allí do vivían, y en toda aquella provincia de Siria, costumbre o uso en contrario, o pudiera haber algún escándalo en la gente que tal cosa viese que hacían, y lo mismo nunca los mercaderes madianitas de tan buena gana acetaran la venta, ni desembolsaran su dinero para la compra de Joseph, si en Arabia, su patria (porque en aquella parte está la tierra de Madian) no trataran en la misma mercancía ellos y otros mercaderes, ni tampoco éstos le vendieran después en Egipto a Putifar, Capitán general del rey Faraón, ni él le comprara, si no fuera aquello muy acostumbrado y usado, generalmente en todas aquellas partes. Finalmente esto es verdad, y se ha de tener por sin duda, que el uso de tener esclavos y comprarlos y venderlos era en aquellos tiempos muy común y tan general por todo el mundo, que desde aquellos tiempos se ha continuado hasta nosotros, que de los antiguos heredamos todos los vicios y males. *Antonio*. No podía ser menos, porque persuadir un vicio, o viciosa costumbre, poco trabajo y aun poco tiempo es menester, porque la yerba mala por sí misma echa raíces y va cada momento creciendo. *Sosa*. Antes, como decía Séneca, la mala costumbre o vicio es como cáncer que va siempre creciendo y multiplicando, y como enfermedad contagiosa que solamente con el toçar de la mano se apega, y fácilmente en el que está cerca se pasa. *Antonio*. Una cosa se ofrece que holgaría saber, pues tan general y tan usada fué en aquellas edades antiguas la esclavitud, comprar y vender a los hombres, ¿qué tal era el tratamiento que hacían a los esclavos? *Sosa*. El deseo de saber eso (si bien os acordáis), fué la causa de toda esta nuestra plática, y es el intento principal de cuanto aquí vamos tratando, y cierto cosa muy digna de saberse, y que alguno de tantos escritores antiguos nos dexara más luz de la que yo os podré

Gen. c. 37.

Sene. lib.  
de tran. vitæ.

ahora dar, pues no nos podemos servir para saber esto, sino sólo de algunas conjeturas, y así creo yo que, pues, bárbaros tiranos, insolentes y crueles, fueron y no otros los que primero inventaron la esclavitud y la introduxeron en el mundo y la fueron con el tiempo después conservando, continuando y multiplicando entre los hombres: que entrañas tan bárbaras y tan duras, que cosa tan impía y horrenda estimaron por suma gloria y honra, no serían muy piadosas en tratar a los desdichados y miserables cautivos. Aunque considerando, por otra parte, algunos cautiverios de personas y naciones particulares antiguas de que hacen mención las muy antiguas historias notadas algunas crueldades de algunos hombres con sus esclavos, no fué en ningún tiempo ni edad la esclavitud y cautiverio tan cruel como entre estos bárbaros se usa. A lo menos esto es muy cierto que no eran en aquellos tiempos los esclavos atormentados como hoy día son los que viven cautivos entre los moros y turcos, gente bárbara, crudelísima, instrumentos de crueldad inhumana, porque comenzando de lo más antiguo que sabemos, de Joseph, leemos que en tiempo de su esclavitud fué bien tratado de su señor Putifar; y aun después, siendo gravemente infamado de un tan feo delito y tan horrendo, no hizo más su señor que meterlo en la cárcel. Los hijos de Israel, dado caso que estaban cautivos en poder de los egipcios, los cuales naturalmente y con odio vehementísimo los aborrecían y abominaban, manifiesto es que todos los 400 años que duró su cautiverio vivieron, no solamente sin persecución, trabajo o premio o molestia, pero como libres y señores, hasta que al cabo de tantos tiempos el mismo Dios y no otro, el que ordenó y permitió (para tener ocasión de mostrar a aquella gente lo mucho que a sus padres había querido y lo que por ellos haría si le sirviesen, y finalmente para ser gloriosa-

Esclavitud,  
ninguna tan  
cruel como la  
que se usa en  
Argel.

Gen. ca. 40.

Gen. ca. 15.  
Actor. c. 7.



mente magnificado en Faraón) que fuesen por algunos días maltratados, no lo habiendo sido antes, y que de envidiados (por haber crecido tanto en número, bienes y riquezas), los forzasen nuevamente, con palos y malos tratamientos, hacer adobes y ladrillos. Pero juntamente con esto, se estaban ellos bien hartos en sus casas y labraban sus campos, pastaban sus ganados, cogían sus frutos y criaban sus hijos, lo que necesariamente había de aliviar en gran manera aquel poco de trabajo, aunque fuera muy mayor. *Antonio*. Desamano agora muchos ser esclavos en Berbería; no llamo yo a ésa esclavitud. *Sosa*. No les parecía a ellos así, pues daban voces al cielo y clamaban a Dios muy quexosos, como si fuera aquel el más terrible de todos los trabajos del mundo. *Antonio*. Esa gente era de la casa de Dios, avezada a sus regalos y contentos, y, por tanto, de regalones cualquier trabajo (aunque pequeño) les parecía incomportable e insufrible. *Sosa*. Sea como fuere, la verdad es que su esclavitud no tenía más tormento que diximos y, a mi juicio, si no fué tan regalado, a lo menos no fué demasíadamente trabajado el cautiverio que ellos después padecieron en Asiria, cuando Salmanasar conquistó el reino de Samaria y llevó consigo cautivos al rey Osee con toda la nobleza y gente israelítica, y dado caso que ya en aquel tiempo el odio, la malicia y crueldad en hombres había crecido en gran manera, y el rey Osee y las diez tribus de Samaria habían sido muy rebeldes y traidores al rey Salmanasar, vemos que, después de los haber sujetado a pura fuerza, se contentó solamente con los pasar a las tierras de Asiria, donde el tratamiento que les hizo fué darles nuevas habitaciones en las comarcas de Haylán y Abor, ciudades de los medos, no maltratándolos con palos, cadenas y mazmorras, sino fué a sólo el rey Osee, que, por no estar seguro dél, no se huyese y así causase

Exod. c. I.

Exod. c. I.

Asirios.

4. Reg. c.  
17.

nuevas alteraciones de guerra, con razón le puso en una cárcel; pero los demás así vivían libres y tan ricos y abundantes de hacienda, criados, heredades y ganados, como los mismos naturales, y como la Escritura nos lo muestra del buen

Thou. c. 10. Raguel, padre de la virtuosa Sarra y suegro del mozo Tobías, que fué riquísimo hombre, siendo uno de aquellos mismos cautivos. No fué más duro ni más áspero el cautiverio de las

Chaldeos. 4 Regu. c. 24. Donosor, rey de los caldeos, el cual en la monarquía sucedió a los asirios, y en la primera y segunda vez los pasó casi a todos a Babilonia, porque aunque se mostró poco humano

2 Paral. c. 36. con los dos reyes Joaquinaes, padre y hijo, y muy cruel con Sedecías, porque éste particularmente le fué más ingrato y perjuro que los otros; pero a la demás gente de la nobleza y pueblo judaico dexó vivir en Babilonia como propios naturales,

Jerem c. 29. a do (como el Profeta Jeremías lo escribió después) podían plantar viñas y huertos, edificar casas, gobernar sus familias,

Josephus. de anti. lib. 18. cap. 12. criar y casar sus hijos, y así dice Josefo que edificaron en aquella cautividad, a las riberas del río Eufrates, una hermosa ciudad, que llamaron Nearda, muy populosa y adornada de muchas sinagogas y escuelas, en que profesaban y enseñaban a sus hijos todas las artes y ciencias, y a do dicen los doctores que se compuso el Talmut que llaman babilónico, que los rabinos tanto estiman y alegan. De manera, que no sólo no los estorbaban los caldeos que viviesen en su ley, mas esta-

ban los judíos y vivían en aquella cautividad tanto a su comodo y gusto y con tanta libertad, que hasta hacer escuelas podrían y estudiar todas las artes libremente. Y no habiendo más razón para los caldeos usar de tanta benignidad y buen

tratamiento con los judíos (que tan ingratos, perjuros y rebeldes habían sido) que con otros, es muy claro argumento que lo mesmo debían usar con las demás naciones que con-

quistaban y con los cautivos que tomaban en la guerra. Y aun en esto también se verá cuán mal les iría en aquella esclavitud de Babilonia, que duró setenta años, pues aun después, cuando Ciro, que otros llaman Artaxerxes, rey de Persia, en el primer año de su Imperio dió licencia general para que todos los que quisiesen volviesen a su patria, infinitos dellos quedaron en Babilonia, do estaban a su placer, de los cuales aún hoy día vive en aquellas tierras grandísimo número de hijos y descendientes, como contaba aquel gran Patriarca Abisú, que de aquellas partes vino a Roma en el año del Señor de 1563. *Antonio*. Lo mismo he oído yo decir a muchos en España, que anduvieron muchos años por aquellas partes y reinos del gran Sofí y le sirvieron en las guerras que tuvo con Solimán, emperador de turcos, y tercer aguelo deste que ahora reina (de lo que Paulo Jovio también hace mención), y afirmaban que son tantos por allá como las arenas de la mar, y tan ricos, que la principal riqueza y tratos de aquellas tierras está todo en sus manos y poder; por esta causa muchos dellos (baxando de Babilonia, Mesopotamia y otras provincias por el caudaloso y anchísimo río Eufrates, que pasa por medio de Babilonia, hasta la ciudad de Bacora y estrecho de Persia, y por otras partes, con riquísimas mercaderías) contratan con los nuestros y con otras varias naciones de Oriente, tanto en los reinos sujetos a la Corona de España y antes a la de Portugal, que son: Ormuz, Diu, Daman, Chaul, Goa, Chochin, Cananor, Scylán y otros, como en otras partes de toda aquella grande India Oriental. *Sosa*. Si ahora son por allá tan ricos de los bienes de la tierra, no eran menos, sin duda, en aquellos tiempos y en aquellas tierras de Babilonia, y en cuanto duró aquel cautiverio, porque solamente aquellos pocos que volvieron a Judea y a la patria con Zorobabel, Esdras y Neemias, tan cargados de riqueza vinieron que ellos solos

Esdr. lib. 1.  
cap. 1.

Paul. Iouio  
hist. lib. 36.

Lib. 1. & 2.  
Esdr.

podieron reedificar de fundamento el sumptuosísimo Templo de Salomón y suplir los gastos de cuarenta años que tardaron para ponerlo en perfección, en los cuales gastaron un infinito y grandísimo tesoro. *Antonio*. Dichosa esclavitud se puede decir ésa, y bien diferente de la que se pasa entre esta maldita canalla.

#### DIVISIÓN OCTAVA

*Sosa*. Esos duelos lloraremos a un tiempo, mas prosiguiendo nuestra plática adelante. A los asirios y caldeos sucedieron en la monarquía los medos, alzándose contra Sardanápalo, último Rey, de Arbacho o, como otros le llaman, Arbaces,

Medos.

Just. lib. 1.

governador de la Media, cuyo imperio dice Justino que duró trescientos cincuenta años, de los cuales no sabemos cómo tratasen los cautivos; mas de creer es que en general harían con

Just. lib. 1.

ello lo mismo que hicieron antes los asirios y babilonios, puesto caso que algunos en particular harían lo que Justino escribe que hizo un medo en aquel tiempo con un su esclavo persa que se decía Sibares, que le tenía con grillos y cadenas en prisión; al cual Ciro, que después fué Rey de Persia, halló una mañana en el campo huído, y, quitándole los hierros, le tomó por compañero en la guerra que quería hacer contra su aguelo Astiages, y después le hizo muy grande hombre y gobernador del reino de Persia y le casó con su hermana.

Persas.

Sucedieron después los persas en la monarquía del mundo, cuando Ciro hizo guerra a su aguelo Astiages, último rey de los medos, y le privó del imperio, del cual Xenophón y Justino escriben grandes loores, alabando grandemente la clemencia real que usaba con aquellos que conquistaban, como fué Creso, rey de Lidia, que había ido contra él en favor de los babilonios, porque habiéndole prendido en la batalla, no sólo

Just. lib. 1.  
Xenoph. in  
Ciropadía.

le dió la vida, pero le restituyó el patrimonio. Y lo mismo, y aún más, usó con los lidios, porque revelándose contra Ciro y siendo de nuevo conquistados dél, contentóse con no les hacer otro mal más que quitarles las armas y caballos y mandarles que se diesen a buen tiempo a placer de bailes y convites. Después los reyes de Persia que a Ciro sucedieron a ninguna gente y nación aborreció más ni tuvieron mayor odio, ni persiguieron con más guerras muy crueles y continuas que a los griegos, a los cuales acometieron muchas veces, especialmente Darío y Xerxes, con grandes y potentísimos ejércitos, destruyendo, matando y cautivando infinitos de aquella nación, y la causa desto era porque pretendían los persas ser señores de toda la marina de Asia la menor. Y los griegos, como estaba toda llena o poblada de muchas y grandes colonias dellos, no sufrían que fuesen de los persas molestados, mas como a parientes los amparaban y defendían con grande esfuerzo y diligencia. Ultra desto pretendieron los persas extender sus dominios allende del Helesponto, por los reinos y tierras de Grecia, y a esta codicia y ambición se opusieron valerosamente los atenienses y lacedemonios; en las cuales guerras se señalaron tantos reyes y excelentes capitanes, como fueron Leónidas, Agesilao, Lisandro, Melcíades, Temístocles y otros, que fueron gloria y honra de toda la Grecia. En todas, pues, estas guerras, no es menos, sino que usaron algunas crueldades inhumanas contra los cautivos griegos, siendo la principal causa el gran odio con que estas dos naciones combatían, cuales fueron las que Quinto Curcio y Justino cuentan que usaron con aquellos griegos que salieron a recibir a Alexandro Magno, cuando por Persia entraba victorioso, que unos venían sin manos, otros sin pies, otros sin ojos, otros sin orejas, cosa muy miserable para ver. Y así movió esto a Alexandro y a todo su ejército a muy

Leonidas.  
Agesilao.  
Lisandro.  
Melcíades.

Themisto.  
Plutarc. in vi-  
tis eorum.

Curtio. II. 5.  
Just. lib. 9.

grande compasión (lo que también hacen muy de ordinario y es muy común a los soldados y gente baxa); pero de ordinario no hacían los persas más que tomar los enemigos por cautivos para servirse dellos o presentarlos a los parientes, amigos y señores, o venderlos por dineros. A los persas sucedieron los griegos, los qualès, quando mucho, vendían los cautivos que tomaban en la guerra sin usar, como los bárbaros, bárbaras crueldades, y aun esto no lo usaban siempre ni con todos los cautivos, porque si Filipo, rey de Macedonia, vendió a los tesalos y otros griegos que cautivara quando conquistó sus ciudades, como dice Justino, también, según Just. lib. 8. el mismo Justino dice, habiendo vencido a los atenienses dos veces y pudiendo degollar a todos, los envió libres sin precio ni dinero alguno. De la misma manera si su hijo Alexandro, habiendo vencido a los tebanos, los vendió por dineros, también usó con los atenienses tanta humanidad, que no obstante que le fueron al principio muy odiosos y obstinados enemigos, a todos cuantos cautivó en una batalla mandó liberalmente dar libertad, y no usaban menos desta humanidad otros griegos, aun para con bárbaros, porque Alcibiades habiendo desbaratado en Asia a Farnabazo, capitán general del rey de Persia—dice Plutarco—que a todos los sacerdotes cautivos, que eran muchos, mandó luego dar libertad sin dinero ni rescate alguno. También es manifiesto y público lo que Alexandro hizo quando venció a Darío, rey de Persia, y cautivó a su madre, muger y hijos, porque no sólo los trató a todos con el mismo respeto, honra, cortesía y regalo con que eran servidos y tratados en sus casas (y tanto que decía la madre de Darío, que no se tenía por cautiva, mas que en aquel estado era más libre y señora que nunca, y así vencida de cortesía y generosidad tan grande, en muriendo Alexandro no quiso vivir, mas ella se mató); pero quando Darío (que de-

Griegos.

Just. lib. 8.

Just. lib. 7.  
& 9.

Just. lib. 9.

Plut. in Alcibiade.

Plutarco. in  
vita Alex.  
Quin. Cur.  
lib.

seaba en extremo cobrar aquellas prendas de su alma tan amadas que había perdido y que estaban en cautiverio) ofreció por sus embaxadores al rey Alexandro muy gran copia de oro por su rescate y una buena parte de Asia y de su reino, se tuvo Alexandro por afrentado que para darles libertad le ofreciesen talla ni dineros. Y a su capitán Parmenio, porque le dixo que si él fuera Alexandro acetara aquel partido, le respondió con mucha cólera que también él lo hiciera si fuera Parmenio y no Alexandro: significando que aquello era muy ageno de la generosidad de un Príncipe y Rey como él; el cual en aquella guerra que hacía no pretendía interés de dinero, sino honra, gloria y fama. La mesma grandeza de ánimo mostró con los demás cautivos, que fueron muchos dinastas, sátrapas y capitanes de persas, y otras naciones que en la guerra tomó, a los cuales no sólo no maltrató ni consintió que fuesen agraviados; pero recibió por amigos y puso en el número de los más allegados a su persona y les restituyó lo que perdieron y aun añadió mucho más de lo que tenían. En conclusión no se hallaría que él, o alguno de sus capitanes, rescatase por dinero algún bárbaro o cautivo destos. Desta misma manera, opinión y generosidad, fué el valeroso rey Pirro, también griego, el cual, luego que venció al cónsul Valerio Livivo, dió humanísimamente libertad a doscientos romanos cautivos de los más principales, y como dice Justino, tuvo por cosa muy baxa y de poca honra vender o rescatar por dinero a los que había cautivado en la guerra, antes se tuvo como por afrentado que los romanos le moviesen este partido y ofreciesen cantidad de oro en rescate y cambio de los que había prendido en la batalla y estaban en su poder, como se ve de la respuesta que les dió sobre este caso, que escribió Ennio, y Tulio refiere en sus Oficios. Y cuando los griegos reservaban algunos esclavos y cautivos para servirse dellos en las cosas ne-

Parmenio.

Pyrrh. Rex.

Just. lib. 17.

Ennio Poet.  
Tul. libr. 1.  
offi.

cesarias, es cosa manifiesta que estos tales eran de las más bárbaras naciones, como getas, capadoces y otras semejantes. En esta parte hay tan poco que quearnos de los griegos, que antes le son en mucha obligación todos los cautivos y esclavos, porque éstos fueron los primeros que honraron el cautiverio, y con sus esclavos repartieron mucha parte de la honra de sus personas, pues con éstos se honraban y acompañaban; destos iban rodeados por las calles y públicos lugares, y en tener gran cantidad destos en sus casas ponían el punto de su nobleza y gloria. De los lacedemonios, escribe Plutarco en la vida de Lúculo, que en tres cosas se servían de los cautivos que tomaban en la guerra. Primeramente en labrar los campos, de los cuales pagaban a sus amos cierta renta o pensión, quedándose ellos con lo demás, que no era poca ganancia y felicidad de esclavos. Lo segundo en exercitar todos los oficios mecánicos, porque ellos a sola la guerra atendían. Y el tercero en aparejar las camas y tener cuidado de darles de comer, que era gran confianza. A estos tales esclavos llamaban ellos heliotas. Esta misma costumbre y uso de servirse desta manera de los cautivos tenían los atenienses y los llamaban penestos. Lo mismo usaban los de Candía en aquellos tiempos antiguos, y los tales esclavos se llamaban acerca dellos elareotes, como escribe Fazelo en su historia; otros dicen que los llamaban Efarmiotas, a los cuales se les permitían todas las cosas, excepto el ejercicio de letras y profesión de armas. Pues de mal tratamiento y darles tormento eran los griegos tan enemigos que aun cuando alguno cometía un gravísimo delicto y maldad el mayor y más grave castigo que le daban era darle cargo de alguna atahona, de donde nació el paremia y proverbio griego tan usado de Aristófanes y de otros poetas griegos (de quien lo tomaron los latinos): enviáronle a la tahona. ¿Qué

Phaz. lib. 4.  
decad. I.

Tertor p. 2.  
Thucidí de  
bello. Pelo-  
pon.

Plautus in  
Amphi. Te-  
rentius in An-  
dria.



diré de la moderación de ánimo y paciencia con que desimulaban sus yerros y faltas, aun cuando eran provocados justa y debidamente? De lo que acaeció a dos dellos con sus esclavos (porque de todos no es posible hacer memoria) se podrá muy bien ver esto. El primero fué Arquitas, del cual escribe Valerio Máximo que tenía un esclavo villico, esto es, capataz o aperador que gobernaba y tenía cuidado de una su posesión, el cual, habiéndole enojado por cierta cosa que hizo mal hecha, todo se inflamó en cólera y fué para le dar; mas vuelto en sí y considerando cómo no era razón que se dexase vencer, contra un esclavo, de la furia de la ira, paró, y díxole: «Yo te castigara si no conociera que estoy ahora con cólera»; aunque otros cuentan esto de otra manera, porque dicen que los esclavos eran muchos y que les dixo, viéndose lleno de cólera: «Dichosos sois, pues que yo y no otro se enoja contra vosotros», y con esto que volvió las espaldas y se fué. El segundo fué Carilao, lacedemonio, contra el cual, siendo un su esclavo descortés y hablándole con audacia y poco respeto, no por eso le movió, mas solamente le dixo: «Si no estuviera enojado te matara». *Antonio*. Con algunos destes moros o turcos nuestros patrones lo hubieran ellos que les dieran con sus mismas manos a la hora quinientos palos, con que los dexaran molidos como sal y más muertos que vivos. *Sosa*. No dudo yo nada deso, porque basta ser gente de vil ánimo, cuyo propio natural es dexarse vencer de cualquier movimiento de ira y cólera. Pero del magnánimo es (como decía Séneca) teniendo el enemigo en su poder, bastarle por venganza que pudo acabar consigo no querer vengarse, y así el excelente Petrarca decía: «novilísimo género de venganza es perdonar». A los griegos sucedieron después los romanos en el imperio, y aunque tuvieron infinitas guerras con tan varias naciones y tan bárbaras, raras veces usaron

Architha.  
Vale. Max.  
lib. 4. ca. 1.  
Tul. libr. 4.  
Tus. quæst.

Plutarc. in  
Apoph. Theg.  
lib. I. & 8.

Seneca, lib.  
4. de virtuti-  
bus.

Franc. Pe-  
tra.

Romanus.

del derecho de la guerra y de lo que les concedía el uso y costumbre general de todo el mundo, que era poder vender a los que vencían y cautivaban peleando; mas deste rigor usaron solamente con algún pueblo o gente demasidamente rebelde y que hubiese cometido gravísimos delitos contra el Senado y República romana. Porque lo ordinario era contentarse con lo que publicaban en aquel mote que tomaron por empresa, que decía: «perdonar a los sujetos y sujetar a los soberbios».

Tit. Livio.  
Tacito. D. Alicar. Plutar.

Y Tito Livio, Cornelio Tácito, Dionisio Halicarnaseo, Plutarco y otros dan buen testimonio de cuán humanamente trataban los romanos generalmente a sus esclavos y cautivos, pues dicen que éstos gobernaban sus haciendas, guardaban sus casas, eran sus despenseros, y de quien todas las cosas fiaban; éstos eran los mayordomos, los tesoreros, los ayos de sus hijos y los secretarios de sus pechos, de quien confiaban sus honras y personas. Tales fueron: Tiro, de M. Tulio; Demetrio, de Pompeyo; Antígono, de Julio César; Emporio, de C. Graco; Quilio, de Porcio Catón; Dafnis, de M. Cauro; Hiparquees, de M. Antonio; Menecrates, de Sexto Pompeyo; Pacus, de Catón Uticense; Cecilio, de Pomponio Atico, y otros infinitos que sería muy largo contar. También es muy

Plut. in vitis eorum.

cierto lo que escribe Plutarco, que se holgaban mucho de casarlos y hacer deprender todo género de oficios y artes mecánicas. Y mucha parte de su grandeza y reputación consistía en tener grandes familias llenas de estos tales esclavos, en lo cual se señalaron más L. Lúculo, M. Craso y el riquísimo

Cornel. Nepos.

Pomponio Atico, como del escribe Cornelio Nepos, y particularmente dice de M. Craso que él mismo en persona asistía cuando los maestros enseñaban a sus esclavos, y muchas veces él era el maestro dellos. Y para más favor de todos los esclavos ordenaron los romanos, como escribe Festo Pompeo, que en los idus de agosto, que son a los 13 de

aquel mes, fuese fiesta general de todos los esclavos porque en tal día el rey Servio Tulo naciera de una esclava. Plutarco escribe, entre otras costumbres de humanidad y generosas, que Numa introduxo entre romanos que en los días de las fiestas Saturnales, los siervos y esclavos comiesen con sus señores a la tabla, porque les diesen algún gusto de honra cual conviene a hombres libres. ¿Qué más queremos para prueba de la bondad y humanidad de los romanos que usaban con sus esclavos y cautivos, sino que, como hicieron algunas leyes para reprimir la audacia de algunos y castigar los que con sus señores eran ingratos y desconocidos, hicieron también otras muchas en favor de los demás, mandando no fuesen sin razón y justas causas inhumanamente tratados? Del emperador Adriano sabemos que a una matrona romana, porque castigó cruelmente a unas esclavas que tenía en su casa, la desterró por cinco años de la ciudad de Roma. Plutarco *in Coroliano*, Macrobio y Tulio dicen que en aquellos tiempos eran los esclavos humanamente tratados por sus servicios, porque habitaban juntamente con los patrones, y que la mayor pena que se le daba a un esclavo, aunque fuese infiel contra su patrón, era que le hacían llevar por la vecindad al cuello aquel palo en que se ata el timón del carro y era llamado de los de casa y vecinos por afrenta furcifero, esto es, portador de la horca, porque aquél palo se decía horca. Y así dice Plutarco en el mismo lugar que mandando una vez un romano a unos esclavos suyos (que no usando del sólito y acostumbrado castigo) atormentasen a otro esclavo que había hecho por qué, y que estando ellos atormentándole, acaso pasó por allí la pompa de los fuegos y fiesta que hacían a Júpiter, y que viendo los romanos que en aquella pompa y procesión iban atormentar de aquella manera al esclavo, los escandalizó en extremo aquel doloroso espectáculo, y no había ninguno que

I. uni. C. de lat. liut. li. I. C. pro quibus causis, servi, per. li. § in potest, & § sed, & maior inst. desur. per. & de hisquisunt & l. per servio. ff. qui sine malo. l. vix excertis ff. de ins. l. 1. C. de emen. servio. Adrian. Imperator. Columela de rust. lib. I. ca. 8. Plutarco. in Coroliano. Macro. lib. I. Satur. Tulio. lib. I. de divin.

no maldixiese y blasfemase aquel siervo que tal oficio hacía. Y aún más dice que los dioses (que no eran sino los demonios) aprobaron tampoco esto, que en sueños aparecieron a Tito Latino (a quien Tito Livio llama Latino, y Macrobio, Anio) y le mandaron que dixese al Senado que aquel esclavo fuera cruelmente tratado. Por lo cual los romanos, por orden y parecer de los sacerdotes, castigaron muy bien al patrón, y juzgando que la fiesta se profanara con hacerse delante los que en ella iban tan cruel castigo, ordenaron que otra vez de nuevo se volviese hacer la pompa y los juegos a Júpiter. Y de Augusto escriben que viendo a un principal senador romano, que se llamaba Vedio Polion, muy indignado contra un esclavo suyo porque le quebrara un vaso de cristal de gran precio, y, por tanto, le mandaba echar en un estanque de peces, se indignó contra el Vedio Polion, que de aquella manera y por aquella causa quisiese así tratar al pobre esclavo, y mandó que le soltasen y no le hiciesen mal, y luego en su presencia quebrasen cuantos vasos de cristal tenía aquél senador en casa. ¿Qué más amor podían mostrar los romanos a los esclavos, sino que como en la vida los amaban y trataban como a hijos, también en la muerte los enterraban en sus sepulcros? Así vemos en muchos sepulcros romanos antiguos, entalladas letras que dicen: hizo Hulano este sepulcro para sí y para sus sucesores e hijos *et libertis suis libertabusque*. Esto es, para sus esclavos y esclavas; por esto no es de maravillar si leemos en las historias romanas tan admirables exemplos de amor y fidelidad que muchos esclavos mostraron para sus señores, como refiere Macrobio, y Textor en su oficina los recopiló; que quiero entreteneros un rato con algunos dellos y comenzaré por éste. Publino Casiano Filotimo fué esclavo y instituído por heredero de su amo en todos sus bienes, se echó en el fuego para quemarse juntamente con su señor, que

Val. Max  
lib. 1. c. 7.

Macro. I. de  
Satur. cap. 6.

Plut. in  
Apoph.

Macro. lib.  
I. Satur. c. 6.

Macro. lib.  
I. Satur. c. 6.  
Text. p. 2 fol.  
340. Plin.  
lib. 6.

entonces se usaba hacerse ceniza los cuerpos muertos siendo principales, y después guardar las tales cenizas en algún vaso o lugar honrado.

Eros, esclavo de Marco Antonio, al cual, como su señor, siendo vencido de Augusto César (desesperado del mal suceso), le hubiese mandado traer una espada para matarle con ella, el esclavo tomó la espada, como que quería herir a su amo, y al punto la volvió contra sí y se atravesó con ella, y muerto cayó delante los pies de su señor.

Euporo, esclavo de C. Graco, que iba huyendo de sus enemigos por el monte Aventino, se puso a la defensa de su señor con todo el cuidado y fuerzas que pudo, y no le pudiendo defender de la muerte, se hirió a sí mismo cruelsísimamente, y cayó muerto sobre el cuerpo de su amo. Como los enemigos de Urbino (que estaba escondido en el campo Reatino) le anduviesen buscando para matar, un esclavo del sobredicho se vistió con los vestidos de su señor y se echó sobre la cama de su amo con este intento; que entrando los enemigos de tropel, ciegos y furiosos, pensasen que era Urbino, y con aquel primer ímpetu le matasen, como sucedió, y en memoria de un hecho así fidelísimo, Urbino hizo al esclavo muerto una estatua con el título y letra que contenía esta fidelidad tan digna de memoria.

Ancio Restion, estando a muerte condenado, huyendo de noche, un esclavo suyo le iba siguiendo con amor grande que le tenía, y habiéndole ascondido por algunos días con su trabajo y diligencia le alimentaba, y sintiendo que los enemigos estuviesen ya cerca en busca de su amo, a un viejo, que acaso allí encontró, ahogó y le echó encima de una pila de leña que luego dió fuego, y salió a los que buscaban a Restion diciendo que al malvado ya le había castigado y atormentado más ásperamente que él lo acostumbraba, y juntamente les

mostraba cómo le quemaba en la hoguera, con lo cual Restion quedó libre y se pudo huir.

Estando Cipión sentenciado a muerte por haber puesto espías para matar a Augusto César, un siervo suyo le llevó hasta el Tiber en un cesto sobre sus espaldas, y en una barca le llevó hasta la ciudad de Ostia; y de allí le puso (haciendo el camino de noche) en una casería de su padre que llamaban el Campo de los Laureles y después se embarcó, y el naufragio que padeció en el mar le hizo aportar a Nápoles, donde desimuladamente le ocultó, y siendo este esclavo preguntado allí del Centurión, ni con promesas ni amenazas le pudo persuadir que descubriese a su amo.

Aquiencio Poligno Italiense (siendo preso de sus enemigos), un esclavo suyo le mató porque no fuese entregado a Pompeyo, su enemigo, y por no quedar con vida, muriendo su amo, se mató a sí mismo.

Dexando esta materia, que sería bien larga si nos quisiésemos detener en ella, sabed que en estos mismos tiempos que los romanos florecían, los partos, de los cuales escribe Justino, que en todas las cosas de la guerra no usaban otra gente que de sus esclavos, confiando tanto de su virtud y esfuerzo, que ponían en sus manos la defensa de sus personas, hijos, casas y bienes. Y dado caso que por esta razón no era lícito a la gente vulgar dar libertad a un esclavo, de todos en general eran tan bien tratados los esclavos como los hijos propios, y así les enseñaban todas las artes de la milicia con grande cuidado e industria. Y tenían tantos destos esclavos, que cuando Marco Antonio, con todo el poder de Oriente, acometió a los partos entre cincuenta mil de a caballo que contra él salieron, solos cuatrocientos y cincuenta partos eran libres, y todos los demás, cautivos y esclavos. De los germanos (cuyo valor en estos tiempos, poco más o menos, fué conocido de los

romanos) escribe Cornelio Tácito que aunque usaban muchos tener esclavos, así de los que cautivaban en la guerra como de otros que se vendían y jugaban la libertad, no consentían, como gente de generoso espíritu, que los esclavos fuesen azotados o apaleados, ni que los pusiesen en prisiones y cadenas o mandasen a trabajar, si no fuese muy raro y poquísimas veces, aunque, según eran naturalmente en extremo coléricos, si contra ellos tomaban cólera y con ella se cegaban que arremetían a matarlos como propios enemigos. De los indios, escribe Herodoto que no usaban entre sí ni consentían esclavitud alguna o servidumbre, y no debía de ser esto porque (como dice Plinio) nunca de sus tierras salieron a conquistar otras ajenas, mas como gente sin vicios, aborrecían, naturalmente, lo que en sí es contrario a la misma naturaleza. De los albanos era costumbre y uso que los sacerdotes que tenían cargo de las cosas sagradas y sacrificios fuesen esclavos, de manera que a estos solos encomendaban un cargo de tanta importancia y honra en la República, y los más dellos eran todos (como los gentiles creían) del espíritu profético de Dios, con que profetizaban muchas cosas que, si así era, lo merecía la piedad y bondad de sus señores. De la suerte que tengo dicho fueron tratados siempre los cautivos, desde el principio y primeras edades hasta los tiempos de los romanos, en que pasaron muchos y largos años, ni en lo general hubo otros tratamientos más crueles o inhumanos. Si algunos excedieron en esta parte los límites de razón y fuera de lo que ordinariamente se usaba, eran algunos tiranos, los cuales por eso fueron llamados monstruos de los hombres, porque la profesión suya era no ser en sus obras semejantes a los hombres. Tales fueron los siracusanos, cuya ciudad fué en todo tiempo madre abundante y fecunda de espíritus crueles y tiranos, los cuales tuvieron en otros tiempos esta costumbre: que para conocer

Germanos.

Indios. Herodot 1. 5. c. 5.  
Textor. p. 1  
fol. 371.

Albanos.

Textor. p. 1  
fol. 355

Fazellus  
ll. 4. ca. 1. de-  
cad. 1.

Herrar los esclavos. Arist. in poli. li. los esclavos de los libres los señalaban con una marca o sello de fuego, como hacen a los caballos y a otros animales, de los cuales tenían una muy gran cantidad, y se llamaban caliceros, como escribe Aristóteles. Estos eran entre los siracusanos lo mismo que entre los lacedemonios, los heliotas, y acerca de los atenienses, los penestos, y acerca de los de Candía, los elariotas, porque su oficio era ganar para sí el victo y vestido cavando y labrando la tierra. Y, como dice Suyda, crecieron una vez éstos en número tan grande que, temiendo los siracusanos no se levantasen con la tierra, los echaron fuera della.

#### DIVISIÓN NOVENA

Antonio. Dessa manera el herrar en la cara los esclavos no es invención de nuestros tiempos, que tan comúnmente se usa. Sosa. Verdad es. Pero los que primero usaron una tan grande inhumanidad y bárbara como ésa, no fueron sino tiranos inhumanos y crueles, cuales fueron los siracusanos que diximos, aunque antes lo habían usado los samios, de los cuales dice Plutarco que, habiendo ellos vencido a los atenienses en una batalla naval en ausencia de Pericles, capitán ateniense, estamparon en la frente a los cautivos que tomaron una lechuza, que eran las armas de los atenienses, aunque decían ellos que en aquello pagaban a los atenienses en la misma moneda, porque los atenienses a ellos antes les habían herrado, cuando los vencieron con una samena, que era una suerte de navío llamado así de aquella isla de Samo donde se usaba, y donde Polícrate, tirano, le había primero inventado por el tiempo en que vivió Pericles. Acaeció antes de la venida de Cristo, cuatrocientos y cuarenta años poco más o menos, lo que también después imitaron algunos, como el



tirano Alexandro Fareo, de quien dice Tulio que se servía de un esclavo herrado con letras en la cara, y como fueron aquellos persas, de quien escribe Quinto Curcio, que herraron en la cara con letras persianas a los griegos cautivos que después salieron a recibir con gran fiesta a Alexandro Magno que entraba por Persia victorioso. Y Suetonio Tranquilo, escribiendo las horrendas y espantosas crueldades de Calígula, emperador, pone ésta: que hizo herrar en las caras a muchos que condenara y mandara trabajar en las minas y otras partes como crueldad, no de hombre, mas de monstruo y fiero monstruo. Valerio Máximo hace también mención (si bien me acuerdo) de un siervo de Ancio Restion, al cual el cruel señor había herrado en la cara con ciertas letras; pero en esto se conocerá cuán inhumana cosa y ajena de valor romano era ésta reputada, que el mismo Valerio Máximo llama a este esclavo así herrado, sombra, imagen de la crueldad de su amo. Por tanto cuando no fuera más que por tan infames autores, era indigna de ser imitada de los hombres, y más cristianos, que profesan más bondad y virtud, cuánto más que sin otra razón bastaba ser cosa tan fea y tan vituperosa, porque poniendo en la cara de un desdichado cautivo o esclavo un sobrescrito tan largo ¿qué otra cosa es, sino un público testimonio y pregón general, que suena a grandes voces por las calles, que sepan todos y conozcan que Hulano, señor de aquel esclavo, es un hombre de mala condición inhumana y cruel? Desta manera se vengó Diógenes de ciertos atenienses, como dice Laercio, que viéndose dellos herrado en la cara, escribió sus nombres en un poco de papel y lo fixó en la frente de manera que por toda la ciudad por do pasaba leían y veían todos los nombres y autores de aquella crueldad inhumana, lo cual era, sin duda, una muy grande y honrosa venganza. En una cosa como ésta habemos de conceder

Alexandro  
Phareo. Tull.  
lib. 2. offi.

Quint. Cur.  
lib. 5.

Suetonio.

Val. Max.  
lib. 6. c. 8.

Plut. in  
Apoph.

que los turcos, con ser tan bestiales, tan inhumanos y tan crueles, nos ponen en muy gran vergüenza, porque con ser tan deseosos de mostrar su ferocidad en los pobres cristianos, y preciarse tanto de las invenciones de tormentos y afrentas que inventan cada hora contra ellos, jamás hasta ahora han querido usar desto, ni herrar ningún cristiano en la cara, reputándolo por una muy gran ofensa de Dios, y murmurando de nosotros que no tenemos vergüenza de afear y deshacer una tan linda y excelente obra de Dios como el rostro de un hombre, si no fué sólo este cruel y ferísimo tirano Asan, renegado veneciano, que fué rey de Argel, y sólo entre los turcos ha comenzado hacer esto como que al pobre Martínez, español y buen cristiano, porque huyó le mandó herrar en la cara, aunque los moros de Fez y Marruecos, que son allá más nuestros vecinos y que han visto que nosotros, cristianos en España, usamos de tan inhumana crueldad y tan generalmente, también comienzan a introducir y usar con cristianos esta fiera crueldad; pero confiesan y dicen que es un gran pecado. *Antonio.* Ese escrúpulo habían ellos de tener en otras más graves maldades que usan cada hora; pero en cuanto a este caso no me parece mal lo que dicen. Y de mi voto cosa es ésta que no se había de permitir con tan grande facilidad entre gente cristiana. *Sosa.* Allá lo vean los que por su cargo tienen obligación de juzgarlo, y volvamos a tratar de los tiranos. A esta crueldad tan notable de los siracusanos y samios, añadieron más los agrigentinios (cuya república fué otra segunda madre, y no menos abundante de tiranos inhumanos), el duro y continuo trabajo que daban a sus cautivos y esclavos, porque venciendo en una muy gran batalla a los cartaginenses, cuyo capitán general era Amílcar, con la industria y esfuerzo de Terone, que entonces era tirano de aquella famosa ciudad de Girgento y con la ayuda y

favor de su yerno Gelón, tirano también de Siracusa (lo cual acaeció poco antes que el rey Xerxes, rey poderosísimo de Persia, fuese vencido del valeroso Temístocles, capitán ateniense, en la batalla naval junto a Salamina, y casi al tiempo que los favios fueron muertos junto a Roma y que M. Coroliano fué con los volscos contra Roma), y repartiendo los cautivos que se tomaron en aquella batalla, los cuales eran tantos que hubo agrigentino que no tenía menos de quinientos, mandaron que luego los hiciesen trabajar, unos en labrar las tierras y labrar las viñas, otros en traer piedra, cal, arena, madera y otras cosas necesarias para los edificios públicos de la ciudad, y otros en tallar grandes piedras y columnas con que edificaron sumptuosísimos templos de los dioses y aquellos maravillosos caños o acueductos (que de un cierto Feace, agrigentino, sobrestante a la fábrica, fueron llamados feaces), cuyos fundamentos y reliquias hoy día parecen postradas por tierra, ponen gran maravilla y espanto. El exemplo déstos siguieron luego otras ciudades y lugares vecinos, los cuales habían también tomado mucha cantidad de cartaginenses por esclavos, que huyendo por los campos, montes, acogiéndose a las poblaciones cercanas, fueron a dar en sus manos y los hacían servir en las cosas necesarias y tocantes al bien público. Y como los tiranos contienden sobre quien más inhumano será, como los buenos príncipes sobre la virtud y generosidad de ánimo, otros tiranos que luego después sucedieron y fueron señores de Siracusa, como Gelo, Hiero el mayor y Trasíbulo, inventaron otra estraña crueldad, que usaron en los cautivos, porque quedando dentro en la ciudad de Siracusa en unas grandes pedreras, de que sacaban piedra para los edificios de la ciudad, unas cuevas y huecos soterranios muy grandes, no obstante que el lugar era horrendo, oscuro, húmido y frío, ordenaron que este lugar sirviese de prisión para

Teronius, tiranus Agrigenti. Gelon tiran. Siracusan. Xerxes. Fazelus. decad. 2. lib. I. cap. 3. Themistocl. M. Corolia.

Pheacas Agrigentinus.

Tirani Siracusani Gelo. Hiero. Trasibulus.

*Latomia*  
*Siracusanæ.*

*Tucidides*  
de bello Pe-  
lop.

*Tullius*, 7.  
in Verren.

*Thucidides*  
de bello Pelopon.  
Diodor. Sicul. Plut. in  
Nicia. Fazel.  
lib. 3. decad.  
2. cap. 1.

*Gelippus*.  
*Nicias Atheniense*.  
*Demosten.*

los cautivos y otros prisioneros, do los tenían de noche encerrados y de día los sacaban a los servicios y trabajos ordinarios, como los agrigentinos hacían. Estas son aquellas latomias tan nombradas y aquellas cárceles tiránicas de que hacen mención tantos autores con muy grande encarecimiento de palabras y que fueron muchos años instrumentos de la grande crueldad de muchos tiranos famosos. *Antonio*. ¿Son éstas, por ventura, las que saliendo fuera por los campos de Siracusa están para aquella parte do mana la graciosísima fuente y abundantísima de Galermo? *Sosa*. Esas mismas. *Antonio*. Hartas veces las he visto yo, y con grande admiración mía y de otros caballeros de nuestra religión mis amigos, los cuales, cuando nuestras galeras venían a Siracusa (que es muy ordinario, como sabéis) me llevaban por aquellos lindos y hermosos campos a pasear y a ver aquellas antiguallas tan grandes y tan admirables de aquella antiquísima y muy famosa ciudad. Y en verdad que mirando aquello que quedó desas cárceles y huecos tan horrendos, siente la persona un espanto y temor tan grande que hacen temblar las carnes y erizados los cabellos. *Sosa*. Desas latomias, haciendo mención *Tucidides*, *Diodoro* y *Plutarco*, escriben una cosa digna de ser notada y por la cual veréis cuán inhumanos y crueles fueron antiguamente los siracusanos con sus cautivos y esclavos. Habiendo ellos echado de la ciudad y tiranía a *Trasíbulo*, que había sucedido a *Hiero*, su hermano, y cobrado su libertad, no tardó mucho que tuvieron con los atenienses aquella trabajosa guerra de que escribe *Tucidides* largamente, en la cual y en un batalla muy reñida, desbaratando y venciendo a los atenienses con el favor de los lacedemonios, perpetuos enemigos de los mismos atenienses, enviándoles en socorro al valeroso capitán *Gelippo*, con buen número de soldados, tomaron vivos a *Nicias* y a *Demóstenes*, capitanes generales atenienses, con 7.000 soldados, que se

rindieron, y degollaron otra gran multitud que serían como hasta diez y ocho mil hombres. Eusebio Cesariense en su historia dice que aconteció esto el año de cuatro mil setecientos y ochenta del principio del mundo, en la olimpiada noventa y tres, de la edificación de Roma trecientos cuarenta y dos, antes de la venida de Cristo cuatrocientos veinte y dos años. Recogidos los cautivos y llevándolos a la ciudad, luego los metieron dentro de aquellas grandes latomias, do por ser el número dellos tan grande, estaban tan apretados que no se podían revolver. Después no pasaron muchos días que sin piedad ninguna mataron cruelmente a los dos capitanes, Nicias y Demóstenes, cosa hasta entonces no vista, después de cautivo un hombre, ensangrentasen en él la espada, y principalmente en tales personas como dos capitanes generales, aunque Justino dice que el capitán Demóstenes, antes desto, por no se ver cautivo y en libertad, se mató con sus propias manos con los demás capitanes. También no fueron menos crueles, porque no contentos de tenerlos tan miserablemente carcelados, no les daban a comer más que dos panes de cebada por hombre (siendo aquella tierra una de las más abundantes de trigo que hay en el mundo) y una cotila de agua, que era cierta medida pequeña de que usaban los siracusanos. Con este mal tratamiento y con las necesidades grandes y miserias que padecían, juntamente con la estrechura del lugar para tan gran número de gente y con el hedor grande y aire corrupto, murió allí miserablemente una grandísima copia dellos, y si por veces sacaban algunos para trabajar en las pedreras y otras partes, no podían ir sin buenas guardias que les ponían con muy gran diligencia y cuidado. Duró todo esto muchos días, hasta que al último, enfadados y cansados ya de maltratarlos, vendieron muchos dellos por esclavos, poniéndoles primero una señal de hierro en la

Justin. lib.

4.

frente en que estaba impreso un caballo para que en todas las partes do llegasen fuesen de todos conocidos. *Antonio*. Si tan gran deseo tenían de hartar en ellos su rabia, ¿no fuera mucho mejor que de una vez los acabaran y les cortaran las cabezas? *Sosa*. Harto menos mal fuera ése con el cual excusaran otros muchos, pero como entre malos pocas vces falta un bueno, o que a lo menos no sea tan malo, no faltaron entonces entre los siracusanos algunos que usaron con los pobres atenienses cautivos mucha humanidad y cortesía, porque a muchos que eran de noble sangre y otros que en sus rostros y en su buen gesto y postura lo parecían, sus amos les dieron libertad y licencia para volver a sus tierras, o a lo menos los dexaban vivir y andar por do querían como libres, y, lo que es digno de advertir y notar, que dieron a otros la misma libertad sólo porque les oían cantar versos del excelente poeta Eurípides, que entonces era muy afamado, y porque se los enseñaban hacer, porque, en efecto, fueron siempre los sicilianos muy aficionados a la poesía, como hoy día son. Y así muchos destes tales atenienses cautivos andaban después por toda Sicilia ganando la vida con recitar y cantar versos a quien les daba alguna cosa, como hoy día los ciegos ganan la vida diciendo oraciones y coplas; otros se fueron y volvieron a Grecia, do siendo llegados iban luego a buscar al poeta Eurípides y le daban muchas gracias como autor de su bien y libertad, pues por causa de sus versos la habían habido y alcanzado en Sicilia. *Antonio*. Mas ¿qué bueno fuera si lo mesmo nos pudiera aprovechar en esta tierra? yo fiador que en Argel no faltasen hartos poetas y quizá no menores de los que en Sicilia hubo entonces. *Sosa*. Yo lo creo, porque hartos buenos ingenios y aun doctísimos en todas las buenas artes y ciencias vemos cautivos hoy día en Argel, y que cautivan cada día los cosarios desta tierra,

Plut. in Nicia.

Poeta Eurípides.

Sicilianos. Aficionados a la poesía.

pero tratamos con gente muy diferente, muy agreste y bestial, que ni saben qué cosa sea culto y ornamento de ingenio ni de otra cosa hacen caso, sino de la crápula y luxuria, y de vivir como animales del campo. No pasó mucho tiempo, que otra vez perdieron los siracusanos la libertad, porque no tardó más que sesenta años que el famoso Dionisio el mayor se alzó contra la patria y se hizo señor della. Este, aunque tuvo muchas y raras virtudes del cuerpo y del ánimo, pero en la crueldad fué en extremo señalado, y por tanto, viviendo siempre con continuos temores y recelos, tanto que aun de sus propias hijas no fiaba le hiciesen el cabello y la barba porque no le degollasen: tampoco se tenía por seguro de los cautivos que tenía en muy gran número, porque acaeció tener alguna vez, como dice Justino, tres mil juntos y estos cargados de hierros y cadenas y encerrados en las latomías y cárceles que diximos, a los cuales después su hijo, el segundo Dionisio, soltó por mostrarse al principio benigno y adquirir el favor y gracia popular; y para más seguridad inventó el Dionisio mayor una cosa notable y digna de memoria, y fué que con un artificio admirable, extraño y nunca visto, hizo hacer en el cóncavo de aquellas latomías un eco naturalísimo (parte del cual aún hoy día se ve) adonde era imposible por naturaleza (como ahora lo es, en lo poco que quedó) que un cautivo o prisionero carcelado hablase abaxo una mínima palabra muy pasito que luego no fuese entendida clara y distintamente de las guardas, que estaban arriba en una torrecilla, artificiosamente puesta en el medio del convexo y sobre los huecos de aquellas latomías. *Antonio*. Yo me acuerdo haber también visto este eco y la torrecilla que dice cuando contemplaba esas latomías, porque la mayor parte della aún hoy día está en pie. *Sosa*. Así es, y es cosa maravillosa cómo el tiempo no la haya consumido, pues conforme a lo que cuentan Euse-

Dionisius  
Siracusanus  
senior.

Fazellus  
decad. 2. lib.  
3. cap. 1.

Valer. Ma-  
xim lib. 9. ca.  
21. M. Tul.  
lib. 2 off. & li.  
5. Tusquil.  
quæst. Just.  
lib. 21 fol. 174.

Eco artifi-  
cial.

Euseb. in  
cron.

Fazellius  
decad. 2. lib.  
2. cap. 3.

Dionisius  
junior. Aga-  
tocles. Hie-  
ro. 2. Hiero-  
nym.

Just. lib. 19.

Tul. libr. 1.  
offici. & in pi-  
sorie. Horat.  
Car. lib. 3. od  
5. Lactantius.  
Justit. liq. 5.  
cap. 13.

bio y Fazelo, ha más de 1900 años que fué Dionisio el mayor, y aquella torrecilla hecha por él. Los crudelísimos tiranos que después sucedieron en aquella tiranía, como el segundo Dionisio, hijo del primero, y Agatocles, Hiero el segundo, Hierónimo y otros, el mismo estilo y manera de tratamiento usaron con sus cautivos, y no les pareció necesario añadir otras crueldades, porque hartas eran las que habemos dicho que sus antecesores usaron inhumanamente con los pobres hombres cautivos. Sólo los cartagineses, como fueron siempre gente bárbara, fiera y cruel, y tanto que tenían entrañas para crucificar vivos, por muy leves causas, a los más insignes capitanes y varones que en su República había, como hicieron a los capitanes Hanon y Hamilcar, como escribe Justino, libro 22, y aun para quemar y tostar vivos a sus propios hijos que sacrificaban a Saturno, hasta que Darío, Rey de Persia, por sus embaxadores les mandó, como largamente escribe Justino, que no lo hiciesen. También fueron a los que a la esclavitud y cautiverio añadieron particulares tormentos y muy exquisitos modos de crueldades, como lo mostraron en aquel valeroso capitán romano M. Atilio Regulo, al cual habiendo tomado vivo a las manos, encorajados de que antes fuesen por él vencidos a los ojos de Cartago, y particularmente sintiéndose afrentados de que los romanos por voto y parecer del mismo Regulo (que había ido sobre su palabra a tratar este negocio) no quisiesen condescender a ciertos pactos y conciertos injustos que los cartagineses pidían, metieron desnudo en una jaula de hierro, do le atormentaban con las agudas puntas de los durísimos clavos que pasaban todas las tablas de la jaula y no le dexando dormir de noche, el regalo que cada día le hacían era que le ponían con los ojos abiertos por fuerza a los fuertes rayos y grandes ardores del Sol. Y como algunos dicen, a la postre, cansa-



dos destes tormentos, le crucificaron eu una cruz: la misma crueldad inhumana mostraron otra vez con los cautivos romanos que tenfan, a los cuales, como dice Valerio, por hartar su bárbara feridad los ponfan tendidos en tierra y hacían que los navíos que echaban a la mar pasasen por encima dellos y los hiciesen pedazos. Y particularmente de Aníbal se dice que de los cautivos romanos a unos dejarrataba y cortaba las piernas y a otros forzaba, por su pasatiempo, a que en su presencia combatiesen hermanos con hermanos, parientes con parientes, y así se degollasen unos a otros. Después, en la declinación del imperio romano, cuando salieron de Setentríon tantas y tan bárbaras naciones que se derramaron por el mundo como un diluvio general, como fueron godos, vándalos, hunos, hérulos, lombardos y otros muchos que derramaron tanta sangre humana, con extrema ruina y destrucción de muchos reinos y provincias, y que hicieron tantos robos, usaron tan grandes violencias, cometieron tantas maldades, no me acuerdo haber leído en tantos libros y historias de sus hechos que imitasen ni las inhumanidades de los tiranos siracusanos y agrigentinos, ni la crueldad de los cartagineses, ni que, pasada la furia de la guerra, reservasen los cautivos para instrumentos de su crueldad o para más que para rescatarlos por dineros (como dende principio usaron siempre los hombres de guerra) o para los trocar por otros de sus naciones cautivos o para servirse dellos (como también era costumbre) en los servicios necesarios hasta tanto que los pecados de los hombres truxeron a la tierra este cruel azote y tan fiero de la secta de Mahoma, vituperio y afrenta de la humana naturaleza, maestra de errores, impiedad y mentiras, enseñadora de tan monstruosos vicios cuales nunca el mundo vió, y sola inventora de crueles inhumanidades y bárbaras que los suyos usan ordinariamente

Vale. Max  
lib. I. ca. 2. &  
li. 9. ca. 2.  
Diodor. Siculus

Val. Max.  
lib. 9. c. 2.

Gottl. Vandal.  
Hun. Eruli.  
Lombardi.  
Blond. de rest.  
Italiae. Jo. Carrion in epitome  
Supple. chron. Philip. Bergon.  
Antonius. Sauei.

Cautiverio de Mahometanos.

Moros y Turcos.

para con los otros hombres. Los secuaces desta (como en la primera leche beben el odio tan encendido contra el nombre cristiano, y juntamente con eso son, generalmente, todos, como diximos, gente inculta, sin doctrina, fiera, agreste y bárbara), en esto principalmente se señalan y quieren los conozcan por legítimos discípulos de Mahoma, sin en ellos se hallar cosa que sea de hombres, persiguiendo cruelmente, robando, tiranizando y atormentando a los míseros cristianos que por mala suerte caen en sus manos, cuyas invenciones (y no más que ordinarias) de diversos martirios, tormentos, cadenas, grillos, traviesas, molinos, masmorras, aflicciones, vejaciones, afrentas, engaños, miserias, necesidades, maltratamientos y otros trabajos, con la perpetua hambre y sed, sin faltar un momento que les dan; si yo y vos como testigos de vista y aun de experiencia comenzásemos ahora a decir y a contar por sus números particulares especies y propiedades, sería texer una muy larga, y liada de males, a que ni hallaríamos principio ni podríamos dar cabo y fin.

#### DIVISIÓN DÉCIMA

*Antonio.* Y pues, ¿qué diría si, como está encerrado en estas prisiones, saliese por esas calles y caminase todo Argel como yo y otros, que no tenemos que ver con los ojos, ni oír con las orejas, ni encontrar por esas calles otra cosa sino infinito número de cristianos, martirizados todas las horas y momentos con diversos, extraños y muy crueles tormentos?

*Sosa.* No dexo de conocer que aun hasta en eso me ha hecho nuestro Señor muy grande y particular merced que esté aquí en esta cárcel encerrado para que no vea con mis ojos tantas crueldades y males, que para un corazón cristiano causan doblado tormento y aumentan mucho más este triste cautive-

rio. *Antonio*. Y cómo si tenéis razón; la mayor lástima es del mundo; ninguno acaba de entender eso sino quien es testigo de vista, porque, sin hacer ninguna diferencia, de cualquier manera que un cristiano sea cautivo en tal tierra como ésta, o le hagan bogar por la mar en las galeotas, o le dexen acá en tierra, ¿cuál de todos es el que no anda cruelmente señalado de la rabia destes lobos y bárbaros bestiales? *Sosa*. Muy bien dice, esa es la verdad, y en cuanto al bogar en esos baxeles (que es el más común y ordinario tormento que padecen los pobres cristianos cautivos), ¿qué menos es una desas galeotas del toro de bronce o del caballo de metal, con los cuales *Falaris* y *Emilio*, crudelísimos tiranos, atormentaban los hombres mezquinos y desdichados? Ya veis que no bogan los cristianos en estos baxeles de turcos y moros como ellos en las galeras cristianas, porque el oficio, arte y continuo ejercicio destes bárbaros no es sino robar por todas las tierras y playas de los estados y reinos cristianos, y, como unas harpías infernales, no viven sino de rapiña continua; de manera que dos meses que reposan y no salen en corso por esos mares, y no hacen (como ellos dicen) galima y robos, ellos y sus hijos, y los moradores desta ladronera, a la hora se mueren de hambre y miseria. Y que esto sea así (dexando tantas experiencias ordinarias que vemos cada día), decidme: ¿no os acordáis cómo el año pasado, quedando toda esa canalla tan rica por causa de la grande presa que hicieron cuando tomaron la mal afortunada galera *San Pablo*, de vuestra religión de Malta (en la cual cautivados fuimos), que ultra la grandísima copia de toda ropa, sólo en moneda tomaron más de 160.000 ducados y 290 ánimas, de que hicieron una grosísima ganancia? Y saliendo luego en término de mes y medio en corso otra vez (llevando doce gruesas galeotas y otros baxeles, con los cuales este capitán de la mar, *Arnauf Mami*,

Trabajos de los cautivos que bogan. Diodor. Siculus li. 19. & Plut. in paleis.

El primero de abril, 1577.

A 22 de mayo.

A 14 de agosto.

A 19 de septiembre.

Cossarios, turcos y moros, que dicen de nuestras galeras.

renegado esclavón, salió amenazando todo poniente, islas y marinas de España), y siendo vueltos (después de tres meses que anduvieron en corso por todos esos mares sin traer más que un pobre hombre pastor que tomaron en la isla de Ibiza) muy corridos y afrentados, por les suceder lo que jamás otra vez acaeció, se morían generalmente todos en Argel de hambre, principalmente los arraeces, leventes y soldados, y cuando luego otra vez quisieron salir en viaje y a la rapiña con que pudiesen vivir, decid: ¿no fué necesario a todos los arraeces empeñarse y tomar dineros a cambio, viéndose desesperados? *Antonio*. Muy buen testigo soy yo que mi patrón Moratraez, español maltrapillo, y otros amigos suyos lo hicieron. Y no hay para qué decirme, ni a ningún otro que conozca esta tierra (como es verdad), que todos estos ladrones y los que dellos dependen (que son todos los moradores de Argel y mucha parte de moros) en faltando galima (como ellos dicen) y no robando no se pueden sustentar dos meses ni vivir, porque, en efecto, ése es su pan y sustentación cotidiana? *Sosa*. Pues a esa necesidad del corso continuo, juntad más el contento y grande gusto que sienten en exercitarle, porque (como ellos dicen con razón y más verdad de lo que quisiéramos) estando las galeras cristianas trompeteando en los puertos y muy de reposo cociendo la haba, gastando y consumiendo los días y las noches en banquetes, en jugar dados y naipes, ellos, a placer, pasean por todos los mares de Levante y Poniente sin ningún temor y como libres y absolutos señores dellas, y aun, como quien anda a caza de liebres por pasatiempo, aquí toman una nave cargada de oro y plata que viene de Indias y allí otra que viene de Flandes, y acullá otra de Inglaterra, y luego otra de Portugal, y más adelante otra de Venecia, y después otra de Sicilia, o Nápoles, o Liorna o Génova, cargadas todas abundantemente

de grandes y admirables riquezas. Y otras veces llevando por guías renegados (de que hay en Argel grandísimo número de todas las naciones cristianas), y aun no siendo casi todos los cosarios otros que renegados, y todos pláticos en las tierras y marinas de la Cristiandad, muy a bel placer y en mitad del día o cuando se les antoja, desembarcan y saltan en tierra y caminan sin temor ninguno por ella diez, doce, quince leguas y más, y estando los pobres cristianos descuidados saquean muchos pueblos, cautivan infinitos hombres, toman muchachos sin número mamando a los pechos de las madres, y cargan de toda suerte de ropa, muchas y muy buenas riquezas, de lo cual, todos cargados y a sus pasos contados, se vuelven llenos de risa y contento a embarcar en sus baxeles, y aun muchos de los renegados trayendo por las manos atados a sus propios padres, hermanos y parientes, los cuales venden o hacen volver moros y turcos, sin haber un solo que se ponga delante ni les diga una palabra. Desta manera (como sabéis) tienen arruinado y destruído Cerdeña, Córcega, Sicilia, Calabria, riberas de Nápoles, playa romana, Ginovesado, Mallorca, Menorca, Ibiza y la costa de toda España, en la cual, particularmente, les va muy bien por causa de los moriscos que habitan en ella, los cuales, siendo más moros que los que viven en esta barbaria, los recogen, acarician y avisan de todo lo que quieren y desean saber. Desta manera, en veinte días, o treinta, o poco más, que salen de sus casas vacíos, pobres y hambrientos, vuelven hartos, ricos y abundantes, y sus baxeles cargados todos y metidos en el hondo de riquezas, gozando en una hora y sin trabajo de todo lo que el codicioso indiano y perulero desentierra de las entrañas de la tierra y de las minas de oro y plata con tan grande ansia y cuidado, y de lo que el avaro mercader, con tan manifiestos peligros de vida, fué tantas mil leguas buscar a las Indias y otras partes de

Nótese

Poniente y Levante y ajuntó con tantos sudores y fatigas. Y así, como vos mismo veis, hinchén sus casas y magazenes y todas las boticas desta ladronera de mucho oro, plata, perlas, coral, ámbar, drogas, azúcar, hierro, acero, cobre, estaño, plomo, alumbre, azufre, lacre, tincal, brasil, tintas, granas, paños, lanas, telas, lienzos, holandas, algodón, vidrios, cristal, trigo, vino, aceite, sal y salumes, con otras infinitas mercaderías con que han hecho y hacen esta ciudad la más rica de cuantas hay hoy en Levante y Poniente. A la cual llaman los turcos (y con razón) sus Indias y Perú. *Antonio*. No ha muchos días que en casa de mi patrón, unos chacales desos villanos y bestiales turcos (que, en efecto, tales y tales parecen en su arte y modo de hablar y vivir), venidos ahora de Constantinopla en las dos galeotas que vinieron a saber cómo pasaban las cosas de Fez, trataban eso mismo (hablando con unos renegados y otros leventes de la galeota de mi patrón), y afirmaban que allá por toda Turquía, Rumania, Anatolia y Suria, hablan todos de Argel, como nosotros acá de las Indias de Castilla y Portugal. Y no sólo estos villanos (que en Turquía nunca salieron de miseria, y de guardar vacas y cabras) tienen esta opinión de Argel; pero entre los muy principales turcos y renegados, que son baxás y andan ordinariamente puestos en gobiernos importantes de reinos y señoríos, no hay cosa más codiciada y que ellos procuren con más ambición por medio de todos los favores posibles, y con presentar muy grandes sumas de dineros a los del supremo Consejo del Turco, que ser Rey de Argel, aunque no sea más de los tres años que ordinariamente les dura el gobierno. Deste Asán, renegado veneciano que al presente es aquí Rey, ¿no sabemos todos cuántos competidores tuvo en Constantinopla y cuán grandes sumas de dineros presentó a Mahamet, Gran Baxá, y a la Sultana, mujer del Baxá Piali, hermana deste Gran Turco Morat, que ahora

Turcos de  
Argel.

Novemb.  
1878.

reina, y cómo Ochali (general del Gran Turco en la mar) su patrón, echó la hiel, y con su favor y de otros grandes Baxás sus amigos acabó le diesen este Gobierno? Todo esto no era porque no le diesen otros muy grandes y principales en otras partes, que desechó, sino porque realmente no es menos Argel para los turcos de lo que son para castellanos y portugueses las riquísimas minas de las Indias de Levante y Poniente, como antes lo decía, y esto sin ningún peligro, costa, ni trabajo, como pasan y padecen los nuestros que a ellas van, y cuando no hubiese más oro ni plata y las otras riquísimas mercaderías de las que antes nombró, ¿qué más riqueza puede ser que tantos millares de ánimas y de cautivos cristianos que traen cada hora y momento estas galeotas, bergantines y fragatas, que venden por toda Barbaría y Turquía, de que sacan un infinito tesoro de los precios y rescates? ¿Cuál de los Reyes desta tierra, con enviar casi todos los años grosísimos presentes y no de otra cosa más que de moneda de oro y plata, de que cargan las galeotas con grandes caxones y cofres llenos, tanto para el Gran Turco como para los grandes Baxás del Supremo Consejo y otros, al cabo de tres años que les dura el gobierno, no se vuelve a Constantinopla con cuatro y cinco galeras y galeotas, cargadas todas y llenas también de oro y de plata?—En conclusión: aun para lo que es, se ha dicho muy poco de las grandes riquezas desta tierra, y todas de los robos y del corso destos ladrones y corsarios que habitan en ella. *Sosa*. Presupuesto, pues, todo eso y cómo andan tan engolosinados de la arte tan dulce de robar, con provecho tan grande y tan sin temor ni miedo de cristianos, ni de los pesados carros de la mancha, de sus galeras de que burlan con gran desprecio, es consiguiente que hagan lo que vemos. Esto es, que no cesan de continuar su corso todo el invierno y verano, no haciendo caso de mal

tiempo o tempestad con que tengan uno o dos días no más para poder atravesar a esas islas, porque llegados allá tan seguros y tan a placer se están allí como en sus casas y en los puertos de Barbaría y Argel, y abonanzando los tiempos y no lo estorbando alguna tempestad, luego libremente discurren por una parte y por otra, buscando y aguardando los baxeles y naves cristianas, tomándolas al improviso o metiéndolas con la artillería en el fondo, y para esto jamás reposan ni el día ni la noche, o tengan viento favorable o no, caminando siempre a remo, sin hacer jamás la vela porque no sean de lexos vistos y descubiertos, y llevando (como ellos dicen) el viento en el puño y brazos de los cristianos y aun (conforme lo que requiere la arte de los cosarios) navegando ordinariamente a fuerza, contra el viento y corrientes de la mar. Imagine ahora, pues, cada uno (que vos muy bien sé que lo sabéis) qué fatigas, qué angustias y qué sudores pasarán los desdichados cautivos, los cuales todas las horas y momentos, sin cesar y sin algún breve reposo, han de bogar y llevar el peso tan terrible de un tan continuo trabajo; pues a una acémila o macho que sirve de traer leña y agua para casa, ordinario es, acabado su trabajo, darle su ración de paja y cebada, sin faltarle; y a un pobre cristiano que echa la alma y las entrañas bogando (como diximos) las noches y días y que sirve con tan grandes sudores ¿qué le dan, cómo le tratan o qué le hacen? Cuan- to a la comida, bien sabéis que apenas le dan un poco de maza- morra hecha polvo, o dos o tres pedazos de bizcocho hediendo y casi podrido, y cuando mucho, por regalo, algunas pocas veces, un poco de vinagre medio agua, para que pueda hallar en el desabrido bizcocho alguna manera de gusto y sabor, sin otra cosa que coma el pobre y desconsolado bogador. Y cuan- to al beber, cada uno se ha de proveer de la agua que pudie- re, cuando en alguna parte la hacen muy de priesa y arreba-



tadamente porque no sean vistos y sentidos, que si esto no hace, bien se puede morir un cristiano reventando de sed, y no hallará quien de compasión le dé o mande dar una gaveta de agua: antes muchas veces, con la codicia insaciable que tienen estos ladrones de robar continuo, dexan de hacer agua y tienen tan poca compasión de los míseros cristianos, que perecen de pura sed o falta de agua, que unos se mueren dello y otros son forzados de la última necesidad a beber la misma agua salada de la mar, como ahora acaeció en el baxel de Mami Corso, en el cual se murieron de sed 32 cristianos bogadores, y de nuevo tomados; y me juraron estos esclavos, de mi patrón, que fueron en él, que más de ocho días no bebieron ellos ninguna otra agua que la salada de la mar; pues el tratamiento son fieros y crudelísimos azotes que les dan, sin jamás cesar ni parar, con duros y ñudosos palos de acebuche y otros árboles, y con recios corbachos hechos de nervios, con grosísimos estropos de cáñamo, y éstos a dos manos y a toda fuerza, y no un solo cómitre, mas el arráz y todos cuantos turcos y renegados van en la galera o galeota, los cuales todos son cómitres, todos verdugos, todos saltan en cruxía, todos mandan, todos a diestro y siniestro descar-gando terribles y espantosos golpes sobre los pobres cristia-nos desnudos, procurando cada uno dellos a contienda mos-trarse más inhumano y cruel para con ellos, abriéndolos por las espaldas, descalabrándolos en las cabezas, rompiéndoles los dientes, arrancándoles los ojos y moliéndoles los huesos, sin quedar parte del cuerpo que no quede martirizada y toda negra, magullada y llena de fieros cardenales, y regando abundantemente las cruxías con la sangre cristiana que co-gieron los azotes y combachos, que por todas las partes van dellos cayendo y goteando y aun estropeándolos de los miem-bros, manos y brazos sin ningún modo ni manera de piedad

Jun. 1579.

humana, y suele ser ordinariamente esta rabia tan general en todos, que aun los viles mozos moros y renegados se levantan también de sus bancadas y a puños, puntapiés, azotes, bofetadas hartan su furia en los pobres cristianos, que van echando la alma y a toda fuerza bogando. Y no contentos con ésto, aun muchos sin ninguna piedad arremeten a los pobres cristianos, y con una rubia ferina, con los propios dientes les arrancan las orejas y les cortan las narices, como vemos cada día. De manera que no parece una galeota menos de un infierno, por la cual discurren por todas partes los demonios atormentando a gran furia a los infelices cristianos cruelmente, y no se oyendo allí otra cosa, sino golpes de todo género de tormentos y voces infernales que les dan, llamándolos canes, perros, cornudos, canalla, enemigos de Dios, maldito tu Cristo, maldita tu Ley y tu fe, maldito el Dios que adoras y que crees: lo cual todo, ¿qué ojos pueden ver y mirar, ni qué orejas (si no destas fieras inhumanas y bestiales) pueden sin gran lástima y dolor oír, que no los espanté en gran manera un horrendo espectáculo, y tan terrible como éste? Pues mándenles hacer algún servicio del baxel, calarremo, levarremo, fornillar, hacer tienda, llevarla, arbolar, desarbolar, zarpar ferro, izar la vela, ligar y atezarla, hacer caro, barrer, lavar los remiches, hacer ropa a la banda, sacudir capotes, jalecuos, bonetes, forrar gamberras, siéntate aquí, múdate allí, hacer agua, alijar el baxel, despaltar, meter la ropa, hacer estiba, y aun gobernar con la cabeza cuando van a la vela; finalmente, comer, beber, dormir y todos los muy menudos servicios del baxel o cosas tocantes a los bogadores, no la saben decir o mandar estos bárbaros crueles, sino descargando palos y más palos, puntapiés, coces, puños, moliendo y atormentando continuamente a los pobres y desdichados cautivos. Pues ¿qué penas y trabajos hay tan

grandes en el mundo que con estos se puedan igualar o comparar? *Antonio*. Otra cosa suelen ellos muy ordinariamente hacer, la cual no sé yo si la habrá visto como yo, y es que, haciendo zofra o comida, o cuando muy contentos de alguna presa que hicieron se emborrachan de vino y arrequín, en un súbito, mandan luego desnudar toda la chusma y que todos se echen sobre cruxía de pechos, y saltando los más dellos en pies y arremetiendo a los palos, corbachos y duros estropos, no se hartan hasta que los muelen todos a golpes y se tiñen de la sangre cristiana que mana de las espaldas como fuentes, tanto las manos como las ropas y calzones, y desta manera quedan contentos y triunfantes y otros dando grandes risas, oyendo los gritos, los gemidos y las voces dolorosas de los pobres cristianos. *Sosa*. Oferina crueldad y peor que de unas bestias; no hacían más aquellos monstruosos tiranos Falari y Arunco, de los cuales escriben que recibían gran contento de las voces lastimosas que formaban los que hacían tostar vivos y atormentar en el toro y caballo de bronce. No hacía menos aquella bestia cruel Calígula, emperador, que haciendo atormentar a un músico excelente, se burlaba de sus gemidos y voces que daba en los tormentos, diciendo que aun para aquello tenía dulce y muy graciosa voz. Lo mismo me contaron que hacía ese sucio renegado Ochali, calabrés tiñoso (a quien esta canalla tiene y estima por único y rarísimo hombre del mundo), que fué general del turco en la mar. Porque habiendo tomado entre otros a un caballero italiano de nuestra religión, cuando se perdieron sobre la Licata, en Sicilia, las nuestras tres galeras de Malta; después, algunas veces estando borracho, o (como otros dicen) cada día, decía a grandes voces: «Tomen aquel perro de San Juan y dénle 200 palos a la hora.» Desta manera, asiendo dél por los pies y manos y echado de pechos sobre cruxía, desnudo,

Diodor. Siculus lib. 19. Tul. 6. in Verreon.  
Plutarc in parallelis. Suet. lib. 4.

A n n o D o m i n i 1569.

si el Ochali le mandaba dar 200 palos o azotes, le daban 300 y más, estando el Ochali mirando esto en popa, riéndose muy contento de oír las voces del mezquino caballero. *Antonio.* Ese caballero muy bien le conozco yo, y se llama Lanfre Duché, al cual no pocas veces oí en Malta decir esto que dixiste, y no es de maravillar que el Ochali mostrase odio tan terrible y tan encendido y tan particular con los caballeros de San Juan, porque ellos son los que siempre le han puesto el freno y reprimido su audacia de cosario y ladrón dende el tiempo que comenzó a robar en compañía de Dargut, Rey de Trípoli, vecino propincuo de Malta. Pero ¿qué renegado hay el cual después de despreciar la fe de Christo y echar de sí a Dios y recoger al demonio en su pecho, no haga otro tanto, y que en todo vicio y maldad, y particularmente en ser cruel contra los pobres cristianos, no sea peor que una bestia o, para mejor decir, no menos que demonio encarnado? ¿Cuál es su regalo y contento sino bañar las manos en la sangre cristiana y verlos deshacer a tormentos? Todos esos dolores, palos, azotes y mal tratamiento que dixiste que padecen los cristianos que bogan en las galeotas, ¿quién los causa? O de ¿quién nacen sino de los mismos renegados, los cuales por mostrar que son buenos turcos (siendo la verdad que tan poco tienen de turcos como tienen de cristianos, sino que todo su intento es vivir a rienda suelta en toda libertad de la carne), se precian de martirizar a los pobres cristianos, y en esto y en toda crueldad exceder a todos los moros y turcos? Y aun muy muchas veces esta feridad muestran y los mismos tormentos usan con los amigos y conocidos de su patria y aun con los parientes y hermanos propios, sin jamás se compadecer dellos ni les mover su carne, que ven martirizada y su sangre propia derramada.

Dargut, rey  
de Trípoli.

DIVISIÓN UNDÉCIMA

*Sosa.* Hasta ahí puede llegar la dureza y feridad de un pecho para ser muy mayor que la de una fiera y tigre, pues obligaciones tan grandes, de la misma naturaleza como esas, aun no son parte para los mover y ablandar. Deses manera no me maravillo que llevando los pobres cristianos que bogan tantos, tales y tan crueles verdugos, tan hambrientos de su sangre que tan inhumanamente los tratan sin piedad, se mueran tantos a puros palos y de hambre y tormentos y que tan copiosamente todas esas galeotas den pasto a los peces echando (todas las veces que salen en corso) tantos cuerpos a la mar. *Antonio.* No puede ser menos, ni es posible declarar la lástima que sea ver, demás desto, a los desdichados cristianos reventando del trabajo y tormentos, unos caer sobre el remo muertos, otros sobre las bancadas, otros sobre las pedañas o ramiches, y aun otros que de desesperados ellos mismos se ahorcan con alguna sogas que atan al banco, de la cual echándose a la mar quedan colgados, como hicieron ahora dos, uno en la galeota de Mami raez, cuando vino de Poniente, que era de nación napolitano, y otro español en la de Jaffer arráez, renegado ginovés, cuando estos días vino con las otras galeotas del corso de Levante. Y los que quedan vivos ¿qué tales vuelven? No quiera otro debuxo más natural que esos pobres cristianos esclavos de su patrón que ahora han venido de viage, que habrá visto por ese patio: mire qué cuerpos y qué figuras traen, cómo vienen secos, mirrados, disformes, que no se conocen, y tan aniquilados de todo, que no les quedó más que los huesos y la piel, de manera que están vivos y pueden hacer en ellos (a los ojos) una natural anatomía de todos los huesos, nervios, venas, arterias y car-

Mense setemb. 1578.

5 novembr.  
1578.

tilagines. *Sosa*. Harto me llegaron al alma y al corazón cuando anteayer se llegaron todos aquí y me vinieron a ver con lágrimas en los ojos, recontando cada uno (con suspiros) sus trabajos y dolores. Y en verdad que con tenerlos delante de mis ojos, algunos no conocía, y preguntándoles particularmente con gran lástima la causa de tan disformes y espantosas figuras que traían, ultra todos esos tormentos, trabajos y miserias que hasta ahora diximos que padecen todos los cristianos que bogan en las galeotas y bageles de estos bárbaros, contaron dos cosas que me hicieron quedar atónito. La una es que, después de partidos de Argel y siendo llegados en pocos días a Biserta, espalmando allí (porque pensaban atravesar a Sicilia y Calabria, do era la intención de los turcos de la galeota hacer su corso y galima) mandó el arráez, como hombre plático en el arte marinesca, que reconociesen todo el aparejo del bagel, jarcia y remos: de manera que todo fuese listo a punto, y en cumplimiento, porque después en el viaje no se viesen en alguna falta, mengua y necesidad, hizose así. Pero llegados después a la Galippia, lugar de la mesma costa de Berbería, que está más allá de Biserta y de la Goleta, hacia Levante, en frente de Trapana, ciudad de Sicilia, en queriendo dar fondo, con la fuerza grande que los cristianos hacían en la boga, se rompió un remo por el medio, en la parte que tenía un nudo, de manera que más fué aquello un apartamiento de las partes del palo que la naturaleza había juntado en aquel ñudo, que no rompimiento o quebrantamiento alguno. Visto esto por los turcos y renegados a la hora dan todos voces: «¡Traición, traición!», y levantan a los pobres cristianos que se habían acordado con el remo (cuando aparejaba y reconía los remos en Biserta) para que cortase con el escoplo aquel remo y los otros (porque si acaso en el corso les diese caza alguna galera o bajel

cristiano), quebrando los remos la galeota quedase manca y no pudiese caminar ni huir. No fué dicho esto cuando, sin otra razón, fué de todos aprobado por verdad y afirmando ser así, arrebatan luego al pobre y desdichado remolar (que es un buen mozo español, natural del Puerto de Santa María, esclavo de nuestro patrón), y para que dixese toda la orden del trato y concierto que máginaban había entre él y los demás cristianos y cuáles eran sus cómplices, le desnudaron en carnes, y tendido en cruxía, asido de pies y manos, le dieron más de 300 palos en las espaldas y otros tantos en la barriga, estómago y corvas de las piernas, hasta tanto que le molieron todo y de blanco le volvieron con los cardenales y azotes todo negro y le dexaron por muerto; dando siempre voces el pobre mozo que tal cosa ni aun por la imaginación le había jamás pasado, sin ser creído ni oído. Y queriendo también hacer lo mismo a otros, que en el mismo banco bogaban con él, y de quien formaban sospecha, y después a los demás cristianos, miró acaso y con atención un turco cómo el remo rompiera (como diximos) por el ñudo, sin haber señal ni de escoplo ni de otro golpe, y dando voces que ni el remolar, ni los cristianos tenían culpa, a gran fuerza pudo aquietar los demás que ya atacaban a los pobres cristianos y se aparejaban para los desollar con azotes, estando todos perdida la color y temblando con temor de los tormentos. *Antonio*. Bien lo creo, pero maravillome yo, y no poco, que tan fácilmente se pudiese quietar esa canalla, según suele en casos semejantes y con otras muy menores ocasiones, encorajarse contra los pobres cristianos, a tuerto y a derecho y sin querer escuchar la verdad y razón, sino que emborrachándose de ira ha de ser lo que ellos dicen. *Sosa*. Desu manera acaeció en el segundo caso que me contaron, y fué que, volviendo del curso al cabo de mes y medio (que gastaron robando y descurriendo por las

marinas de Sicilia, Calabria y Nápoles, trayendo la galeota cargada de muchos cristianos y de mercaderías riquísimas de todo precio y suerte con que venía metida en fondo) llegaron a la Panaria, una de las ocho islas pequeñas que están junto a Sicilia, de la parte de Tramontana (a que los antiguos llamaron *Eoliae*, *Vulcaniae*, *Lipariae*, *Ephesiadae*). Y según Plinio y Estrabón, en sus tiempos no se hallaban más de siete, como sean ahora ocho, aunque Servio puso nueve. Estando, pues, allí reposando un poco la chusma fatigada de tan continuo bogar, halló un cristiano que le faltaba un zapato de dos que un turco le había encomendado que le guardase con otra ropa, como hacen todos y es costumbre encomendar al cristiano que boga junto a su lugar y bancada. De lo cual alterado el cristiano, temiendo no le diese el turco de palos y revolviendo cuanto por allí había y no le hallando, rogó a los otros cristianos que estaban allí cerca de su banco que pasasen de mano en mano el zapato que le quedara y la palabra (como es de su costumbre) por todos si acaso alguno había visto o hallado otro zapato parejo y compañero de aquél, haciendo esto con toda la simplicidad del mundo aquel pobre cristiano y sin malicia alguna, acaso miró en ello un renegado, y avisando al arráez, alzan luego todos los turcos y renegados la voz y dan gritos que los cristianos se querían alzar y levantar con el bajel, porque aquel zapato que pasaba de mano en mano era la contraseña del negocio entre ellos ya acordado. Y, por tanto, sin otra ocasión ni razón, cerrando todas las orejas a las disculpas muy claras que los pobres cristianos les daban, como fieras y rabiosos leones arremeten al desdichado cautivo que buscaba el zapato sin imaginar tan gran mal, y por más que daba voces que le oyesen y entendiesen su inocencia, le arrebatan y desnudan al momento y le atan las manos atrás, y ponién-



dole a los pies una muy pesada piedra atada con una soga y haciendo las tres ostas (la entena en cruz y la pena a la mar) le alzan por una polea en el aire, y le dieron tantos, tan terribles y fieros tratos de cuerda, que le descoyuntaron todos los miembros, los nervios y los huesos y le dexaron a la postre ya por muerto y sin habla. Pero fué el cristiano tan buen hombre, que por más que le interrogaban demandando de los cómplices y de la orden de la conjura, nunca los tormentos pudieron acabar con él dixese más de la verdad, antes llamando siempre a Dios y a la Virgen su madre bendita, daba voces que todo era maldad y falsa imaginación. Aprovechó todo esto muy poco para que fuese creído y aquellos fieros y crueles corazones ablandasen; mas luego, a la mesma hora y punto, hacen también desnudar a todos cuantos cristianos había y poner en la cruxía de popa a proa tendidos, y con grandes alaridos y voces (que hundían el cielo y tierra) los abrieron todos con azotes y cruellísimos palos, hasta tanto que cansados los verdugos se quedaban sin aliento. *Antonio.* Triste y horrendo espectáculo y digno por cierto de humana compasión. Ha tocado en una cosa que, cuando otra no fuese, esa sola bastaría para que la suerte de los pobres cristianos, que bogan con tan terribles trabajos en galeotas y navíos destes bárbaros infieles, sea la más infelice y desdichada del mundo, porque siendo incomportable y de las más pesadas cosas del mundo vivir o tratar con un hombre sospechoso y desconfiado, el cual no sigue la razón, mas aquello que el humor fantástico y confusa imaginación le representan, y a sólo esto tiene y cree por verdad, ¿qué tormento puede ser si demás deso aún es un vil bárbaro y sin juicio y que ordinariamente se emborracha y con el palo en la mano y con terribles azotes os quiere hacer bueno todo lo que por una parte el vino y por otra el odio y temor lo hacen

imaginar? Por esta causa, eso mismo que acaeció a esos pobres cristianos esa vez acaece casi a todos los demás que bogan en esas galeotas de ordinario cada hora y momento, y no sólo por causas y ocasiones como éstas, mas por otras muy menores, muy pequeñas y livianas, y tanto que para desollar a los míseros cristianos bogadores y deshacerlos a palos con azotes y tormentos, basta sólo que uno hable pasito con otro, o se ría para él o le mire de hito, y aun si es de noche y en el angosto lugar del ramiche de una pequeña galeota (do están encogidos con pies y manos) alguno mueve tantito un brazo, o un pie, o alza tantito la cabeza, o muda un barril, gaveta, o zapato, o estropajo a una parte, al punto son los guardas sobre él con el palo y azotes a dos manos y, achacándole alguna maldad, luego le muelen a palos. Son cosas éstas que parecen increíbles a quien no los vido con el ojo y con experiencia tocó; pero son tan ordinarias y de tan grave tormento, que por eso no nos maravillamos de que se muera tanto número de cristianos cada día en el corso, y que otros, de aborridos y aun desesperados ellos mismos, se den la muerte con sus manos, mas antes cómo sea posible que vuelvan algunos vivos a Argel y no queden todos allá sepultados en la mar. En conclusión, muy llanamente se puede decir y afirmar que considerado lo mucho que padece un desdichado cristiano que boga en cualquiera galera o galeota, hasta allí puede llegar y no más la miseria, el trabajo y tormento de esta vida. *Sosa.* ¿Y cuál es el hombre que tenga algún sentido que no le parezca lo mesmo? Aunque en la verdad los trabajos que padecen los otros que acá dexan en tierra poco menos que esos, y de tal suerte y manera, que también a quien los mira con atención maravillan y espantan. *Antonio.* Ni yo niego ser eso así, porque, en efeto, estos bárbaros no los dexan de poner al remo porque tengan dellos alguna compasión humana o

para que acá en tierra puedan ser más bien tratados. Porque el odio y aborrecimiento que generalmente todos nos tienen es tan vivo y tan encendido, que todo nuestro tormento es para ellos alegría y contento, sino que como entienden que las fuerzas y complisión destes tales no son para los trabajos y tormentos de la mar, dexándolos acá en tierra, reservándolos para otros tormentos que juzgan por más confortables y que mejor podrán sufrir, siendo como realmente son muy grandes, muy espantosos y horrendos. *Sosa*. Por tanto lo decía, y así bien veis cómo a todos los dexan cargados de tantas cadenas y hierros con que no se pueden mover; unos con muy gruesos grillos, otros con pesadas traviesas, otros con grandes calzas de hierro, otros con espantosas cadenas, de las cuales unos traen a los hombros, con otras ciñen los cuerpos, y aun con otras los cuellos y las espaldas, y aun otros con muy graves collares de hierro con sus ganchos y campanillas. Y también no pocos veréis que todo esto traen junto, con que no se pueden mover ni dar un paso. Y con esto hallaréis que a los más encierran dentro, en las casas y en los baños, y en aposentos oscuros, húmidos, hediondos, y aun a muchos debaxo de tierra, en cuevas angostas y oscuras mazmorras, y allí los mandan y hacen moler de continuo a la luz de la candela, si la tienen, en molinos de mano que aposta para esto hacen y tienen todos en sus casas. En el cual trabajo hacen también de ordinario ocupar todo el día y la noche a los otros que dexan estar en los patios fríos y húmidos, y al cabo, sin les dar más que agua y dos panecillos de cebada o salvados, y esto con tantos guardianes a las puertas como si guardasen bestias bravas que teme no salgan fuera a matar y degollar la gente. Pues si por caso dexan salir algunos fuera de casa, bien sabéis que ha de ser o para trabajar en las obras o para labrar los edificios o para ayudar en las murallas, y con los traer tan

Trabajos  
de los cauti-  
vos que asis-  
ten en Argel.

cargados de cadenas, de traviesas y de grillos, los hacen arrancar en las pedreras las piedras, traerlas acuestas a casa, amasar el barro, garbillar la cal, juntar la arena, carrear el ladrillo, la madera y los mármoles. El servicio todo de casa, ¿quién lo hace sino estos mezquinos y con las mismas cadenas acuestas? Ellos proveen la casa de leña, traen el agua acuestas, llevan a los hornos el pan, van a los molinos, barren las casas, lavan los corredores, patios y zaguanes, curan los caballos, gobiernan todas las bestias, los campos ellos los labran, las vacas y ganados ellos los apascientan, las viñas ellos las cavan, los jardines ellos los plantan, las huertas ellos las siembran, las riegan, las cultivan y las guardan. Y en todos estos trabajos, casi siempre, los más traen a las espaldas un moro o vil negro por guardián, el cual con un muy duro palo o bastón en la mano, por do van les va de continuo moliendo y pisando las entrañas a palos, sin los dexar reposar ni aun limpiar el sudor. Y si acaso, fatigados del inmenso trabajo como del cruel peso de los hierros y cadenas, afloxan algún tanto o dexan de los hombros caer en tierra las cadenas que sustentan (por tomar algún alivio los cansados y atribulados miembros), por ningún caso se lo permiten o consienten, sino que el triste y mezquino cristiano (como si fuese de mármol o acero) ha de tener los pesados hierros a cuestas y la azada en las manos. Y desta manera tan inhumana y cruel y sin parar siquiera en punto ha de trabajar y sudar, echando el alma y la vida. Juntase a esto que, como veis, de continuo los traen a todos (sin alguna excepción) descalzos, desnudos, hambrientos, al sol, a la luna, al agua, al viento, por el frío y calor, y si acaso les dan un pequeño pan de salvados con que hartan la grande y cruel hambre, con una mano se lo dan y con otra descargan el palo, llamándolos siempre perros, canes, judíos, canalla, cornudos y malditos. Pues ¿qué diremos de tantos que siendo

desta manera tan inhumanamente tratados, demás desto aun los fuerzan en los días que les vaca del trabajo a que vayan a ganar jornada que paguen a sus amos y patrones, y si no saben alguna arte de manos (como no saben los más), los hacen ir por esos campos y montañas lexos diez y doce millas a hacer leña o a vender agua por las puertas en barriles tan pesados y tan grandes que traen a los hombros, desolladas las carnes, o trabajar en muchas obras que los vecinos y otros hacen y labran de nuevo, o zapar y cavar en las viñas y jardines todo el día, o pisar pólvora, o barrenar escopetas, o pisar barro, o hacer adobes y otras cosas semejantes de que saquen algunos asperos, ganados a puro sudor, los cuales, a la noche, cuando vuelven a las casas entregan a los inhumanos patrones, y triste del que esto no hace o pretende excusarse de hacerlo, porque con azotes y palos, con puños y coces, le muelen y atormentan? Y si a lo menos, vueltos a la noche fatigados y en su mismo sudor todos bañados, les diesen un pedazo de pan duro o bizcocho, o siquiera un poco de trigo o cebada mal cocida en agua y sal, o un poco de desabrido pilao, o de sobra de su arroz, que a los asnos no se niega (para que el triste y tan trabajado cautivo cobre fuerzas y algún aliento), menos más sería aún. Pero ¿qué más bárbara crueldad que con no poder el desdichado ganar la jornada para su avaro patrón, sino sudando y muriendo todo el día, también le es necesario que procure su comida, cual, como y ha do él quisiere, y que se sustente asimismo, porque de otra manera es forzado que como camaleón viva de los aires y vientos?

*Antonio.* Y aún esa es la causa porque todas esas calles y lugares de la ciudad están llenas de continuo de infinitos cristianos, tan enfermos, tan flacos, tan gastados, tan consumidos, y tan desfigurados, que apenas se tienen en los pies o se conocen. Y muchos destes no dexan de ser muy

honrados, y principales personas, sacerdotes y religiosos, y muchos viejos cargados de cañas, que es compasión, la mayor del mundo solamente mirarlos. *Sosa*. No es posible que un cuerpo de carne flaca y, aunque fuera de acero, con un peso tan grande de tantos trabajos, tan continuos y de tantas miserias acompañado, no se consuma y deshaga. ¿Pero pasáis así por la bárbara crueldad tan inhumana desta vil y bestial canalla? Que si un pobre cristiano gasta la complisión desta manera y vencida la naturaleza de los inmensos trabajos cae malo y enfermo, de tal suerte endurecen sus entrañas para con él, que no sólo no le curan ni dan gallina o una purga, o jara-be, o un caldo y algún regalo de hombres; pero ni un pedazo de pan bueno o un jarro de agua fría, o siquiera un pedazo de estera y serán viejo, o una poca de paja para que en ella recline sus flacos y cansados miembros, o, a lo menos, le digan si le ven: «Cristiano, ¿qué te duele? ¿cómo estás?» Y hallando en la calle un perro, enfermo y malo, lo llevarán luego a sus casas, teniendo a gran servicio de Dios gobernarle y curarle, y a un hombre cristiano de alma y razón, como ellos, y de un mismo ser y especie, y que, en fin, es su dinero y hacienda, si acaso está enfermo y, aunque le vean estar muriendo, le desechan luego de sí, como cosa empestada, abominable y maldita, y ni aun le quieren mirar más, antes le echan en un muladar.

#### DIVISIÓN DUODÉCIMA

*Antonio*. Más que eso hacen otros, y es que la hora que enferma, mandan no les den más pan, diciendo que para qué le han de perder, pues aquel perro está malo y se muere. *Sosa*. Ni más ni menos respondió el otro día mi patrón, estando yo muy trabajado y enfermo; mandó que por ningún

caso me diesen más los dos panecillos de salvados que de antes me solían dar. Pero llegaos a esa puerta y echad los ojos en aquel portal que está enfrente y veréis que están allí hasta cinco o seis cristianos portugueses (de los que ahora truxeron de Fez y Tetuán), echados por aquel suelo y sin tener con qué cubrir sus flacos miembros, en un frío como éste, si no son sendos capotes ya muy viejos: los cuales ha quince días que allí yacen al sereno y sin abrigo, con terribles calenturas, y pasando el patrón seis y siete veces por ellos, ni aun mirarlos quiere, cuanto más compadecerse para mandar les den, a lo menos, agua y pan. Y el otro día, muy aburrido y enojado dellos, decía al viejo cristiano y portero de esas puertas: «Cómo, ¿y no acaban de morir aquellos perros? ¿aún todavía viven? Mira que en muriendo los saquen luego de casa y los lleven a Babaluate que los coman allá los perros y aves.»

*Antonio.* Oh bárbaros, gente fiera, inhumana; pues aun eso es piedad y regalo para lo que hacen otros infinitos cada día que a un cristiano enfermo, aunque le vean salir el alma, le han de hacer trabajar, y si tantito se cansa o no se puede levantar del suelo, le muelen luego a palos diciendo que lo hace de vellaco. A otros verán por esas calles y caminos, todos descoloridos y disfigurados de la enfermedad y dolores, los llevan delante de sí y por detrás los van aguijando a palos y aun con aguijones de hierro y puntas de palo, picando más que a bestias. Y como el pobre cristiano, por más enfermo que sea, aguijado y lastimado del aguijón, es forzado a moverse y apresurarse, vanle detrás diciendo: «así, así, hora estar bueno, mira cane cómo hacer malato», y así, con grandes risas y palos y aguijando le llevan medio muerto a la viña o jardín, y a palos le hacen luego echar mano del azadón y cavar hasta la noche. Y con todo esto es nada para lo que he visto hacer a otros, y cada día lo usan muchos, que al pobre cristiano en-

Terribles  
crueldades.

fermo le sacan a la campaña o llevan a sus viñas o si se hallan en la mar le desembarcan en tierra, y hecha una gran hoguera de leña, atadas las manos, le echan dentro de aquel fuego, y por ser éste un espectáculo tan horrible y espantoso, es forzado que el pobre cristiano, viéndose echar en el fuego, salte luego y huya por no morir, y viendo esto los inhumanos y crueles bárbaros, danle voces, y como burlando le dicen: «Acosi, acosi, mirar cómo mi estar barbero bono y saber curar, si estar malato y ahora correr bono. Si cane decir dole cabeza, tener febre, no poder trabajar, ni saber cómo curar a fe de Dio abusar vivo, trabajar, no hablar que estar malato». ¿Qué hará entonces el mísero y desdichado cautivo? ¿Qué dirá? ¿Qué responderá? Pues si dice que está malo, el remedio que le dan es quemarle vivo. ¿Y cuál será el que allá, en tierra de cristianos, oyéndonos contar y referir todas estas cosas, no nos diga que son fábulas bien fingidas y cuentos de gente cautiva, para más encarecer su cautiverio y mover a compasión, siendo la pura verdad y aun muy menos de lo que pasa y se podía decir? *Sosa*. Ni yo me maravillare, si no lo creyeren allá, porque, como antes decía, entrañas criadas con la pura leche de Dios y de su doctrina y corazones, do por la mayor parte el mismo Dios, fuente de infinita piedad, tiene asiento y morada, ¿cómo se persuadirán que hombres de juicio y razón y no bestias usen con otros hombres semejantes crueldades? ¿Y quién creará y juzgará que es posible que siendo esta miserable canalla tan míseros, tan avaros, tan apretados, tan desventurados en su ropa y hacienda que por solo un real se fatigará todo un año, y por no perderle hundirán todo el mundo, y en perder un asno que les cuesta dos ducados dan terribles gritos y voces que son perdidos, arruinados, muertos y sin remedio de vida, y por esto da infinitos suspiros y derrama arroyos de lágrimas, al contrario que en perder uu



cristiano, que suele muchas veces ser todos sus bienes y hacienda, si le ven enfermo, si morir o expirar, se hagan tan animosos y magnánimos que ni sientan pena, ni tristeza o algún dolor? ¿Que es posible que en un caso como éste y en una pérdida tan grande y de tanta importancia para ellos desprecie los millares de escudos y se huelgue de quedar pobres y aún queden contentos con que ellos con sus manos se causen todo este daño y maten a los pobres cristianos quitándoles la alma y la vida? Sin duda es esta evidentísima muestra y argumento del entrañable odio y terrible que naturalmente nos tienen y al nombre cristiano, pues tanto puede y acaba con ellos que les hace alegrarse con su daño y que vence en ellos la inclinación tan vehemente que sobre todas las naciones tienen al dinero e interés, pues aún os diré más que suelen muchos dellos decir, y así como lo dicen lo creen y persuaden (a lo menos mi patrón lo afirma por gran verdad), que el año en que más cristianos se les mueren (y de la manera que dixé), entonces con más abundancia les entra la buena ventura por casa. *Antonio.* ¡Oh voz, no de hombre, más de tigre!, ¡o palabra verdaderamente de bestia que eso dice y afirma!, y ¿qué más diría un bruto, o salvaje y animal sin alma, sin juicio y sin entendimiento humano? O para decir mejor, ¿qué demonio enemigo de la naturaleza humana y deseoso de toda su destrucción pudiera más decir y desear? Desafortunadamente no me quiero maravillar que le tenga su patrón de la suerte que le veo y se precie más que todos de usar con sus cautivos tan crueles invenciones. *Sosa.* No lo dice él así, mas que es el más manso, el más benigno y piadoso de cuantos hay en Argel, y para que esto creamos nos dice de continuo y muy en su seso que si él nos diese cada día doscientos palos por hombre como suelen hacer otros a sus esclavos, sabríamos qué cosa es esclavitud. *Antonio.* Agradézcale la cortesía y buena

crianza. Y en verdad no dexa el bárbaro de decir algo en eso, porque una de las más comunes y ordinarias crueldades que usan estos bárbaros contra los cautivos cristianos es ésta, y es esto tan ordinario que ninguna cosa les es más cotidiana y con tanta facilidad lo hacen que para ello basta un súbito y arrebatado antojo que les viene a la fantasía, sin causa ni razón, pues el modo es sin modo, o tasa y moderación alguna, porque no se hartan ni se cansan hasta que los dexan por tierra tendidos, molidos como la sal y casi muertos. Porque lo digamos todo, ¿con quién piensa que les dan? Creo que lo habrá visto; con unos muy gruesos palos y nudosos bastones. ¿Y de qué manera? A todas dos manos juntas, descargando con la mayor fuerza que pueden. ¿Y en qué parte? No les abren las espaldas solamente, pero les muelen los huesos, y como cuando majan el esparto, los revuelven de otra parte y les dan otros tantos en la barriga y estómago, que son lugares tan dolorosos. Desta manera les pisan los hígados y las entrañas y los paran como cueros y atambores todos hinchados, y a la postre les hacen lo mismo en las corvas y pantorrillas. Y porque no quede parte de todo el cuerpo sin este dolor y tormento, dánles otros tantos en las plantas de los pies, que les atan con una sogá en un palo y con ella los alzan hacia arriba, colgando el cristiano boca abaxo, y finalmente, al cabo de todo esto, usan otros atar una tabla sobre las palmas y manos juntas del cristiano y sobre ella descargan con el corbache unos golpes tan terribles que, lastimando los nervios, causan un dolor admirable y espantoso. De manera que cuando de cansados los dexan, quedan tan lastimados, tan hinchados, tan inútiles de sus miembros y todo el el cuerpo, que ni moverse pueden o mudarse del lugar, y ansí muy pocos son los que, si allí luego no mueren, vivan muchas horas o días. Desta manera, los días pasa-

dos mató aquel moro mi vecino al buen padre don Lodovico Grasso, siciliano, nuestro amigo, a puros palos, y el guardián de los esclavos del Rey, al virtuoso padre fray Latancio de Police, religioso de San Francisco, siciliano. Desta manera mató este rey Asán, veneciano, con su mano al buen mozo napolitano Juan Francisco. Desta manera Cadí Raez (ese turco y gran borracho, capitán que fué de Biserta) mató con sus manos y a puros palos al viejo Juan, siciliano. Desta manera mató el Rey, en su casa, al mallorquín Pedro Soler, porque tentó de huir de su patrón para Orán. Desta manera mató también a otro hombre, catalán, que truxera de Cataluña cautivo en una fragata, y se decía Peroto, porque no le decía a su gusto lo que pasaba del armada española. Desta manera, y en su presencia, mandó el mismo Asán, rey que ahora es, matar con infinitos palos al animoso Cuéllar, español, porque tentó con grande ánimo alzar aquella galeota del puerto a media noche y acogerse con otros 30 cristianos. Desta manera ese capitán de la mar, Mami Arnaut, renegado albanés, mató con sus manos y de sus renegados en un día a Juan Gasco, francés, y a Felipe y a Pedro, italianos, esclavos suyos, porque no se habían embarcado y temían ir en viaje con él, y fué tanta la sangre que después de molidos y hinchados los cuerpos con los palos salía dellos (sin aquella cruel bestia se hartar), que me juró quien a todo se halló presente que corría por el patio de la casa a do los mató un arroyo muy copioso, y que jamás se pudo hasta ahora lavar con ninguna agua. Desta manera mató Borrassquilla, aquel tan cruel renegado ginovés, capitán de galera, a dos cristianos suyos, porque con temor de que no los embarcase para Constantino-  
pla se habían ausentado. Desta manera Asán, corso renegado que fué de Asán Baxá, hijo de Barbarroxa, mató con su mano a Georgio, el griego, su esclavo, porque no dormiera en casa

A 7 de jul.  
1578.

A 10 de se-  
tiembre 1578.

A 15 de  
otub. 1578.

A 12 de de-  
ciembre 1578.

A 13 de he-  
ner. 1579.

A 20 de He-  
bre. 1579.

El primero  
de mayo 1579.

A 28 de ju-  
ni. 1579.

A 10 de  
agosto 1579.

A 15 de se-  
tiembre 1579.

A 20 de  
otub. 1579.

- A 30 de nov. 1579. dos noches. Desta manera el guardián del baño del Rey mató al pobre Simón, el calabrés, porque no fué a trabajar al Burgo con los otros. Desta manera mandó ese mismo rey Asán
- A 24 de diciembre 1579. matar en su presencia y aposento a Juan, vizcaíno, porque le tomaron huído camino de Orán. Desta manera también
- A 17 de ener. 1580. mandó matar el mismo Rey otro mozo español, natural de las Montañas, que se decía Lorenzo, porque le truxeron unos alarbes del camino de Orán para do iba huído, y dentro de
- A 29 de mar. 1580. dos días murió. Desta manera los genzaros, a 29 de marzo, molieron a palos al pobre Luis, veneciano, y murió a los 16
- A 22 de abril 1580. de ha, el Rey en su presencia al honrado Vicencio Lachitea, gentil hombre siciliano y escribano de su trigo; y como digo destos dixera de otros muchos que ansí este bárbaro y cruel rey Asán, veneciano, como otros, en todos estos tres años, que ha que estamos en Argel, han de esta suerte o de todo estropeado, o poco menos que muerto, que tengo por memoria escrito. *Sosa*. Y también me dixeron algunos que es uso y costumbre, principalmente en Turquía, que si toman un cristiano huído de su patrón o con sus encantamientos le hacen volver a casa (cosa muy ordinaria entre los turcos), porque hay entre ellos muchos adevinos que dicen cosas de porvenir por la familiaridad y trato ordinario que tienen con los demonios, con cuya ayuda (si algún esclavo se va de su señor) hacen ciertas señales en casa de su amo, diciendo algunas palabras que a los oyentes ponen terror y espanto, y luego al pobre cautivo que va huyendo le amedrantan terriblemente, poniéndole delante infinidad fantasmas y serpientes horrendas, por lo cual el desventurado tiene por bien volverse a casa de su patrón, ultra los crueles palos que le dan, le cuelgan piernas arriba y boca baxo y con una afilada navaja le retajan todas las plantas de los pies y sobre las he-
- Con encantamientos se tornan los cautivos.

ridas y llagas profundas le echan sal molida, la cual, penetrando por la carne y por los nervios heridos y lastimados, causa un tan vehemente dolor que ninguno se le puede comparar ni igualar. *Antonio*. No sé yo lo que allá pasa, pero en Argel también se ha visto, y no pocas, mas muchas veces, usar dese tormento. *Sosa*. Y aun con todo eso no se dan por satisfechos; tanta es la rabia y el odio entrañable que los mueve y incita a hartase en la sangre de los pobres cristianos, porque (como sabe) pocos son los que luego tras esto no les cortan o cercenan las orejas, y aun las narices también. *Antonio*. ¿Y cómo si lo hacen? ¿Qué cosa más ordinaria en Argel, ni que ellos acostumbran a hacer con mayor pasatiempo, risa y gusto? Y comencemos dese mismo rey Asán, renegado veneciano, hasta el menor y postrer turco, ¿cuáles son los que no se hayan señalado con cristianos, si los tienen en tal crueldad como ésa? Miren esas calles, esos baños, esas casas y todas esas galeras, galeotas y bergantines: ¿en qué parte no se topan y se hallan cristianos señalados de las manos destas fieras, sin orejas y narices? Una cosa es mirarlo y otra oírlo decir y contar; confieso que muchas veces yendo por este Argel y viendo tanto número de cristianos faltos de sus miembros y señalados destes bárbaros infieles tan cruelmente, me acaece desear aquello que se dice del gran emperador Constantino, porque si bien me acuerdo leía una vez en un libro que entrando este buen emperador en la congregación de los padres del Concilio Santo Niceno (que fué el primer que en la Iglesia de Dios y después de los Apóstoles, se hizo público y general en el mundo), y echando los ojos el buen emperador en aquellos varones de Dios, que estaban por su orden asentados, vió cómo a unos faltaban los ojos, y a otros las orejas, a otros las narices, a otros los labios, a otros las manos y a otros los brazos y las piernas, porque muy poco antes

Eutropius  
lib. 10 & his-  
to. Ecclesi.

el emperador Diocleciano y su hijo adoptado Maximiliano, persiguiendo la Iglesia de Dios, habían (ultra de tantos millares de mártires que mataron) disformado también y desmembrado de aquella suerte a infinitos santos varones y obispos gloriosos, algunos de los cuales entonces, con la paz que volvió a la Iglesia, se habían ayuntado en aquel santo Concilio a tratar de las cosas pertenecientes a la fee y religión cristiana, y considerando consigo el buen Emperador la fee, constancia, fortaleza y paciencia con que todo aquello padecieron por la honra y gloria de Cristo, y que, en efeto, fueran todos verdaderos mártires y testigos de la verdad de su dotrina y fee, no se pudo tener que no se arrojase a ellos, y a unos besaba los agujeros y cuevas vacías de los ojos que les sacaron, y a otros las narices abiertas, a otros los lugares de las orejas, a otros las manos decepadas y brazos cortados. Y, finalmente, no reputaba todos aquellos benditos miembros señalados por Jesucristo por menos que unas santas y gloriosas reliquias. Esto mismo se me representa cada hora y momento que paso, como dixere, por esas calles, o entro en estos baños, o visito las galeotas, o me hallo en las misas do se ayuntan los cristianos, porque siempre topo y hallo cristianos sin narices y orejas y aun estropeados, sin brazos, sin piernas, sin ojos y en todo señalados destos enemigos de Cristo y de nuestra santa Fe. *Sosa*. En verdad que tiene más que sobrada razón; así yo con el deseo que tengo muy grande de hacer eso mismo si nuestro Señor me dexa salir desta cárcel a que estoy, tengo aquí para memoria los nombres de algunos que después que aquí estamos cautivos les cortaron las orejas o narices estos bárbaros crueles, enemigos de Dios y de sus santos. *Antonio*. Ha hecho muy bien, y es justo que los conozcan y se tenga compasión de una crueldad tan inhumana. Veamos, ¿y quién son éstos? *Sosa*. Los prime-

ros de que yo supe después que aquí estamos fueron dos cristianos napolitanos, los cuales se llaman uno M. Angelo y otro M. Juan Angelo, que aún están aquí en Argel, a los cuales este Asán, veneciano, Rey de Argel, en su presencia mandó cortar las orejas sólo porque le dixeron que trataban de irse, y no se pasaron muchos días que lo mismo mandó hacer y en su cámara a un honrado español, de Málaga natural, que se dice Diego de Roxas, porque se quiso huir, y que le pegasen a la frente las orejas y hiciesen pasear (como hicieron) por Argel a la vergüenza. Y de allí a tres meses las hizo cortar a un sardo, que se dice Martín, porque también se huyó. Y luego después a Constantino, calabrés, y después a Juan, el milanés, y a Francisco, siciliano, de allí a dos meses; y después a tres meses a Jerónimo, piamontés, y de allí a cuatro meses a Iusepe, el calabrés, y todos éstos por una misma causa, que fué huírse por tierra a Orán, y a un pobre mozo mallorquín, que se dice Miguel, le mandó también cortar las narices y orejas, porque halló que hacía una barca en el jardín de su amo. Y por la misma razón, por se hallar principio de otra barca en un jardín, mandó hacer lo mismo a Hernando, un cristiano español, natural de la Mancha. Y de allí a cinco meses, en su presencia y cámara, mandó hacer lo mismo y cortar las orejas a dos muy buenos cristianos, uno de los cuales se decía Sebastián, vizcaíno, y otro Cola de Mazara, siciliano, y el otro Juan, ginovés, y colgar a todos tres de la entena de su galera por los pies y boca abaxo; perdonando después al vizcaíno y siciliano, mandó cruelmente asaetear y matar con arcabuzazos al bueno del ginovés, que es largo de contar, y todo porque estos tres fueron de los principales que a los 23 del mes de junio alzaron la galera que el mismo Rey enviara a Bona a cargar allí de trigo y manteca, y a los 11 de febrero deste año en que estamos mandó el mismo Rey cor-

A 15 de setiembre. 1577.

A 26 otu. 1577.

A 8 de henero 1578.

A 10 de hebrer. 1578.

A 13 de l mismo.

A 13 de mar. 1578.

A 16 de junio 1578.

A 2 de otubre 1578.

A 3 de henero 1579.

A 11 de mar. 1579

A 3 de agost. 1579.

11 de hebr. 1580.

tar las orejas y narices a dos mozos mallorquines, uno de los cuales se dice Juan y otro Paulo, porque fueron acusados que dentro en un jardín escondieron otros cristianos que determinaban huirse por tierra a Orán, y luego de allí, a tres días, trayéndole seis cristianos que habían huído por tierra, mandó a los dos que no eran suyos dar muchos e infinitos palos, y a los cuatro que eran esclavos suyos, y todos cuatro mallorquines, cortarles las orejas en su presencia, cuyos nombres hasta ahora no he podido saber. *Antonio*. No es de maravillar que un tirano como éste, y el más cruel de cuantos han sido reyes de Argel, haga eso tan de continuo y, como todos dicen, con tan gran gusto que parece que de otra cosa no se precia más que de mostrarse enemigo de la religión cristiana. Y con ser Rey, es de su misma condición tan baxo, tan vil y tan sin honra, que no tuvo vergüenza los días pasados, dentro, en su propio aposento y con sus manos, ahorcar a un negro suyo moro, no se afrentando de cuantos estaban presentes mirando que un Rey era el verdugo de su negro. *Sosa*. Mas ¿cómo será posible que entre tan vil gente como estos turcos, genízaros y renegados se halle honra ni primor, siendo cierto que, demás de que en todo el imperio turquesco no se hace profesión de valor o de honra, ni es virtud, ni bondad alguna favorecida, sino la fuerza y violencia, y los turcos y los genízaros son todos vil canalla, guardapécoras y villanos, como ellos dicen por su nombre chacales, y los renegados xabregueros, sulleros, ladrones y toda la inmundicia y vileza de cristiandad, habéis visto en todos ellos, no digo hombre hidalgo y noble, pero bien nacido y de padres medianos? Y ese Asán veneciano, que tanto se precia y tan pocas obras tiene de Rey, decid, ¿no es hijo de un barquero y no era un vil grumete de una nave ragusea, cuando Dargut arráez le tomó y le dió a un renegado,

A 14 de  
hebr. 1580.

A primero  
de julio de  
1579.



de quien después le heredó el Ochali su patrón? Es tan inseparable compañero de la virtud la misma honra, que es imposible haber honra do no se halla virtud, ni que un enemigo de virtud tenga cuenta con la honra; mas volviendo a nuestra plática, después del Rey el que más soberbia tiene y presume es ese renegado albanés Mami Arnaut, capitán de los cosarios y de la mar de Argel; pero ¿quién más que este fiero enemigo del nombre de Jesucristo, señor nuestro, tiene su casa y baxeles llenos de cristianos sin orejas y narices, y no hablando de aquellos tantos que en los años pasados desmembró desta manera, como a fulano, el esclavón y Francisco Darga y Juan Sánchez, ambos españoles, y otros muchos de que él mucho se precia y dice que los tiene por trofeos en su casa? A los 30 del mes de mayo del año 1578, ¿no cortó las orejas y narices a dos pobres sicilianos porque no podían bogar? Y en el mes de octubre, cuando D. Juan de Córdoba le dió caza en Cerdeña, ¿no cortó a otros dos, uno Pedro, español, y otro Juan, maltés, las orejas y narices porque no bogaban a su gusto, y ahora a un su renegado, también aibánés y Arnaut como él, no cortó las orejas? A un pobre mozo de Ibiza, esclavo de su patrón, por no más que cortó un ramo de un árbol de un jardín de un moro que se le vino a quexar cortó las orejas. ¿Pues qué menos hace que este, esotro borracho el cadí Ruez, de nación turco y capitán que fué de Biserta? Luego que aquí llegamos, a dos meses, las cortó a un buen hombre, de nación griego, porque se había huído. Y el agosto siguiente también las cortó a Francisco, aragonés, porque había huído, y luego el año siguiente, a los dieciocho de marzo, hizo lo mismo a Pedro, valenciano, por haber huído. Y poco ha hizo un año, de la misma manera cortó las orejas a tres sus cristianos porque huyeron, uno de los cuales es griego y se dice Alexo, y otro francés y se llama Perón, y otro

Virtud y honra se corresponden.

A 30 de May. 1578.

Otu. 1578.

A 7 de Mayo 1580.

Iun. 1577.

Ago. 1577.

18 de Marzo 1578.

A 20 de Heb. 1579.

Jul. 1578.

napolitano que se dice Miguel. Y esotro (otro que tal) Agibali raez, de nación turco, ¿no las cortó también a Federico, napolitano, porque no bogaba a su contento? Y Asán raez, el ginovés del morabuto, ¿no las arrancó con sus propios dientes a Cristóbal, español, porque cansó de bogar? Y el otro Asán raez, también renegado ginovés, ¿no cortó las narices a Dominico, francés, porque reñio en la bancada con otro cristiano forzado y le dió algunos puños? Y luego de allí a tres meses hizo lo mismo a Federico, napolitano, porque se le rompió un remo. Y Morat raez, el griego renegado, ¿no las cortó a Cristóbal, siciliano, porque no pudo elevar el cerro con tiempo. Y su compañero Iza raez, de nación turco, ¿no hizo lo mismo a Antonio, el romano, porque se embarazó con la boga y tocó con su remo en el de otro? Y ahora poco ha, ese renegado genovés, el Borrassquilla, tan cruel, ¿no cortó las orejas al pobre de Estéfano Italiano, su esclavo, porque estando de camino para Constantinopla se escondió? Y desta manera, y por estas causas, ¿no hacen casi todos cada día esta misma carnicería en los pobres cristianos? ¿Qué estandartes, qué banderas, qué despojos, o qué trofeos procuran más los generosos tener conservados en sus casas y a los ojos de todos de los hechos que hicieron y hazañas de sus padres, de lo que estos bárbaros se precian de tener a los cristianos desmembrados y señalados de sus manos? ¿Están ellos jamás en tierra que no se emborrachen del vino, y borrachos que no arremetan a los cristianos y les corten narices y orejas? Y si van por esas mares en corso, ¿cuál es la galeota dellos que no vuelva por uno o dos pares destes desnarigados y sin orejas? *Antonio.* ¿Y por qué no decís la fiera crueldad de que luego tras eso usan con los que cortan las orejas y narices, que no contentos con los afean desa manera y sin causa, cortado que les han las orejas y narices, se las hacen comer por fuerza

corriendo dellas la sangre, fresca como hacen cada día, y tras esto, so pena de muerte, les hacen beber una taza de vino, que celebran con gran gusto y contento? *Sosa.* ¡Oh, bárbaros más que fieras! Cierto estos tales no merecen llamarse hombres. *Antonio.* Pues usan aún de otra muy gran crueldad, que muy de ordinario hacen cuando las galeras cristianas les dan caza, o los cosarios a ellas: que si los pobres cristianos fatigados y desmayados del bogar en una cáza (la que ellos hacen con la mayor furia del mundo y a las veces todo un día sin comer, ni beber, ni afloxar) caen sobre el ramiche faltándole las fuerzas y el vigor natural, a la hora arremeten a ellos y con las escarcinas y alfanjes, a unos cortan los brazos a otros los abren por medio, y a otros de un golpe les apartan las cabezas. Desta manera este capitán Mami Arnaut, renegado albanés, cortó la cabeza a Benito, esclavón, porque cayó de cansado cuando D. Juan de Cardona le dió caza en Cerdeña, y lo mismo hizo también a Pedro, el mallorquín, Cadí raez cuando el año pasado le dieron caza las galeras de Florencia; y Argibali también cuando D. Juan de Cardona con las galeras de Nápoles le dió caza junto a Córcega y Cerdeña, que fué el año pasado, porque un cristiano, maltés, que se decía Guillermo, su esclavo, de la boga muy cansado y casi muerto cayó sobre el remo, a la hora aquel bestial turco le cortó con el alfanje la cabeza y la enclavó en el estanterol, diciendo a grandes voces que mirasen los demás cristianos aquello, porque si alguno dejaba el remo lo mismo le había de hacer. Desta misma suerte el Asán del morabuto, renegado ginovés, dándole caza las galeras de Sicilia, cortó un brazo a Rodulfo, calabrés y bogavante, porque amortecido del continuo bogar, y a boga arrancada y de veinticuatro horas continuas, cayó sin acuerdo ninguno, y con aquel brazo cortado azotaba a los otros cristianos que bogaban, hasta tanto quél escapó. Ansi

Octu. 1578.

Jun. 1578.

A 28 Mayo  
1578.

Octu. 1572.

1571.

de la misma manera Mahamet Bey, nieto de aquel cruel Barbarroxa, cortó un brazo a un espalder de su galera y azotaba con él a todos los demás cristianos della, cuando en la jornada del Navarino (que fué el año que se perdió la armada turquesca), dándole caza el marqués de Santa Cruz, se vió muy apretado; pero aprovechóle muy poco, porque siendo la galera del marqués, que era la patrona de Nápoles, muy ligera, le alcanzó, y entrando al punto, los mismos cristianos sus esclavos que bogaban arremetieron a él y allí en la popa le hicieron pedazos. *Sosa*. Yo no sé en qué cuenta se tenga esta bárbara y vil gente, o si son tan bestiales que no nos tengan a nosotros por de carne y nacidos de mujeres y a ellos de otra especie y sustancia, porque si nos tienen por hombres y de la misma sustancia que ellos, ¿cómo es posible que no se compadezcan y se muevan a piedad, mas se huelgan en nos dar tan grandísimos y dolorosos tormentos? La semejanza, dice Platón, es causa del amor, y ellos no aborrecen sino a los que son hombres como ellos y que se parecen a ellos. *Antonio*. ¿Pues qué me dirá de los muchos cristianos que con terribles e inhumanos tormentos nunca vistos han muerto estos bárbaros infieles aquí dentro en Argel, de los cuales muchos, sin duda, fueron excelentes y gloriosísimos mártires? Creo que desde que el tirano Aruc Barbarroxa, el primero, se hizo señor de esta tierra y comenzó a ser ladronera de corsarios, que son infinitos los que con sus manos carniceras y con muertes espantosas han muerto y despedazado. *Sosa*. Algún día os mostraré unos papeles que aquí tengo, en los cuales recogí con la mayor diligencia que pude las muertes y martirios que les dieron los turcos en esta ciudad de Argel, y creo que hallaréis en qué alabar al Señor.

Barbarroxa, año 1516.

DIVISIÓN DÉCIMOTERCIA

*Antonio.* Esa palabra mire que no se la perdono, porque en extremo me holgaré se me haga esa merced. *Sosa.* A su tiempo así será, porque aún no los he acabado de limpiar y poner en perfección. Y hablando ahora solamente de lo que ha sucedido en Argel estos tres años que estamos aquí cautivos, ¿qué muertes y tan crueles han dado estos moros y turcos bárbaros a no pocos cristianos? Acuérdomme que la semana que aquí llegamos esa fiera Mami Arnaut, capitán de la mar, porque faltó en esa casa un jarro de barro (a que ellos llaman bardaca), que cuando mucho valdría dos reales, por ser de los que de Constantinopla traen para su servicio, mandó ahorcar a un pobre cristiano español, que, según los de su casa me dixeron, no le tomó ni le miró. Y el primer día que el patrón mandó me llevasen a ver la tierra con un cristiano mallorquín, plático, que fué luego a los tres días que llegamos (y en que pensó él me hacía un gran regalo por me ver muy melancólico), me mostraron las piedras del zoco y otras partes todas manchadas de sangre, y preguntando yo la causa, me dixeron que no había muchos días que Rabadán Baxá, renegado sardo, que entonces era Rey deste Argel, mandara arrastrar a la cola de un caballo a Andrés de Iaca, siciliano, que fué una crueldad muy extraña; y enganchar vivo a otro su compañero, calabrés de nación, que se llamaba Antonio de la Mantia, y ahorcar a otro tercer compañero de los dos, y esto por los pies y de una entena de galera, y allí apedrearle todos los hombres y muchachos de la tierra, porque se quisieron alzar con la galeota de su patrón, como en aquellos papeles tengo más largo escrito. Y el mes de mayo siguiente vimos aquel

19 de Abr.  
1577.

A 22 de  
Abr. 1577.

19 de Abr.  
1577.

- 18 de May. 1577. admirable espetáculo, digno de eterna memoria, cuando con terrible crueldad estos bárbaros apedrearon y quemaron vivo aquel mártir muy constante de Cristo, fray Miguel de Aranda, de nación valenciano, y de la orden de Montesa. Y a los primeros de agosto siguiente, aquel borracho y renegado Mahamet, el Tudesco (el cual, siendo atambor de una compañía de españoles cuando el conde de Alcaudete, D. Martín, en los campos de Mostagán fué roto, desbaratado y muerto de Asán Baxá, rey de Argel, hijo de Barbarroxa, a pocos días, viéndose cautivo, renegó), mandó sin ninguna piedad quemar vivo a Vicencio, napolitano, estando muy enfermo, porque se desherró y huyó de su galera. Y no pasaron muchos días que ese mismo gran borracho renegado, porque le dixerón que N. Morales, un español de Málaga natural, se quería huir, le mandó quemar vivo a la hora, y estando ya casi muerto y ahogado del fuego, unos turcos le desataron del patíbulo, contra la voluntad del patrón, y dentre las llamas le sacaron ya sin acuerdo alguno; una muy gran maravilla cómo escapó de la muerte y vivió; lo que, visto por el renegado tudesco, arremetió a él como una bestia, y sin ninguno lo poder estorbar, le cortó una oreja, y, echando mano a las narices para hacer otro que tanto, con fuerza y violencia, se lo arrebataron dentre las manos. Y en octubre siguiente, el alcaide Asán, renegado griego, mandó, como viste, ahorcar—antes él, con sus manos, ahorcó—al buen Juan, su esclavo, de nación navarro, porque en su jardín encubriera en una cueva hasta quince cristianos, que esperaban una barca de Mallorca para huir. Y si todos aquellos diez meses siguientes no estuvieran los arraces todos y baxeles fuera de Argel, sin duda cada semana viéramos destas crueldades no pocas. También el año siguiente, en el mes de setiembre, mandó este rey Asán, renegado veneciano, quemar vivos y atados a un solo
- A 4 Agosto 1577.
- A 26 de Ago. 1558.
- A 7 de Agosto 1577.
- A 3 de Octubre 1577.
- A 15 de Setiembre. 1578.

patíbulo a aquellos dos buenos cristianos y de nación napolitanos, Maestre Angelo y Juan Angelo, porque le dixeron que se querían huir, y estando ya como muertos, dos arraezes (que aquella noche partían en corso, con temor que si en tierra de cristianos se supiese esto no les hiciesen lo mismo a ellos si cautivaban) contra la voluntad del rey los sacaron del fuego chamuscados, casi muertos, y llevados delante del rey (que desto estaba muy indignado) los mandó luego, en su presencia, cortar a ambos las orejas. Y a los tantos de diciembre del mismo año, porque un pobre mallorquín (que se decía Alfonso) encubrió en un jardín a tres cristianos del mismo rey, que se querían huir, le mandó dar ochocientos palos y después ahorcar por los pies, do al cabo de seis horas expiró. También a los 29 de marzo del año siguiente, este capitán de la mar (de que tantas veces hemos hablado), Mami Arnaut, renegado albanés, estando en Argel con ocho baxeles o galeotas (con que salía en corso para Poniente), porque un su esclavo, esclavón de nación, que se decía Francisco de Lustrigán, no bogaba a su gusto, con una maza de hierro (de que usaba por azote o estrobo, al cual él por risa llama bozayan) le dió un gran golpe en la cabeza, con que ensangrentado todo y rota la cabeza quedó tendido, y no acabado de espirar le mandó echar a la mar; y también Danardi, renegado griego y de casa del mismo capitán (que entonces iba por arraez de una galeota), llegados que fueron todos a la Cabrera, isla junto a Mallorca, despoblada, porque un cristiano no bogara a su gusto, el cual era napolitano y se decía Santoro, le hizo desembarcar y, encendiendo una gran hoguera, le hizo echar en ella vivo, atado de pies y manos; y a los mismos días que esto acaeció en aquella isla, aquí en Argel pidieron los tagarinos (moriscos que son de España) a este rey les dexase quemar vivo a un solo soldado de Almería, que se decía

16 Deziembre 1578.

29 Marzo 1579.

A 10 Mayo 1579.

A 12 Mayo 1579.

Antonio Albornoz (que poco antes cautivara en aquella costa, y es natural de la ciudad de Buxacara, junto a Vera), por decir que en España habían ahorcado a un morisco pariente dellos, y hecha ya la hoguera y que le quería llevar al martirio, inspiró Dios en su patrón, que era un moro, que le cautivara, y no quiso que le quemasen. También a los 30 de Agosto mandó este rey colgar, por los pies, de una entena de su galera al buen Juan, de nación genovés, mancebo de 23 años, y allí a flechazos y con arcabuzazos matar, porque fuera (como dijimos) en el levantamiento de la galera que dos meses antes alzaron los cristianos en Buxía, y a los 16 de diciembre de 1579 el capitán Mami Arnaut mató en el río de Bona, do internaba al buen Pedro de Cardona, mi amigo, dándole con una maza de hierro en la cabeza porque no bogó dos paladas a compás y juntamente con los demás, y a los 20 de octubre de 1580, el dicho Mami Arnaut, junto a Calabria, cortó con su mano la cabeza a un mancebo cristiano, su esclavo, porque dando él caza a un navío, cayó desmayado en el ramiche: llamábase este mancebo comúnmente Napoli, porque era napolitano. Y también a los 12 de enero de 1580 mandó el mismo rey Asán ahorcar a un buen mancebo francés, que se decía Simón, porque ascondiera dos cristianos suyos en un jardín do se aparejaban para huir. Estas muertes sucedieron después que estamos en Argel; pero en Tetuán y en Buxía, Biserta, Túnez, Susa y Trípol, lugares todos desta Berbería, han sucedido otras muy muchas que por no ser mi intención tratar dellas, sino sólo de lo que acaeció en esta tierra, las callo. *Antonio.* Es esta materia tan larga, que si de todos los que matan cada año hubiésemos de hacer relación y memoria particular sería no acabar; realmente la crueldad desta gente y el gusto con que matan los cristianos, y las invenciones de muertes y martirios que para eso inventaron son



de manera que no parecen de hombres, mas de bestias y demonios infernales. *Sosa*. ¿Y quién dirá otra cosa si los mira como empalan un hombre vivo, metiéndolo todo aquel agudo palo por baxo hasta el colodrillo y le espetan como un tordo, invención, sin duda, de demonios infernales? Desta suerte es también lo de la maza de hierro con que rompen a un hombre las piernas, los brazos, las espaldas y huesos todos, y despedazado le echan a un muladar que le coman las bestias y aves del cielo. Desta suerte es la crueldad de entapiar los hombres vivos, echando copia de tierra y pisándola sobre él a grande fuerza con los pisones. Desta suerte es el tormento tan terrible de enganchar un hombre vivo, de que usan muy a menudo, porque, como sabéis, plantan una horca en el campo, de tres palos, y del de arriba cuelgan una polea o garrucha con su soga, y abaxo deste palo atraviesan otro de los dos postes, diez o doce palmos distante del primero; en éste clavan un gran garabato o gancho de hierro muy agudo y muy firme, y alzando el pobre y mezquino cristiano con la soga de la polea con que atan por medio del cuerpo a lo más alto de la horca, le dexan caer de golpe sobre el garabato, y como es muy agudo de punta, por cualquier parte o miembro del cuerpo que toque en él queda traspasado y colgando, o de una pierna, o de un brazo, o de una espalda, o de un lado, o de otra parte, y algunas veces de la barba. Y desta manera, dando voces y lastimables gemidos, le dexan, hasta que al cabo de dos ó tres días acaba, con terribles dolores, miseramente sus días. Con estas crueldades tan extrañas, usan de otros muchos tormentos que son largos de contar, y no hay palmo de tierra desos campos de Argel, y de toda su marina, que no den testimonio destas sus carnicerías, porque todos ellos están llenos de huesos y cenizas de muy muchos cristianos, y de la sangre dellos tan teñidos y bañados, que ni Tracia vido más crueldades en las

Modos y  
invenciones  
de crueldades  
ordinarias de los  
turcos.

casas de su tirano Diómedes, ni Libia más miembros fijados a las puertas de Anteo, y Grecia, cuando más triste estaba, vió más despedazados en Pisa, en el palacio de Enomao. Y siendo cualquiera destes tormentos de que usan tan terribles, y el espectáculo de tan grandes crueldades tan horrendas, que solamente oírlo decir y la representación imaginaria dello hace temblar las carnes y erizar los cabellos con espanto, ellos, al contrario, aunque tengan todo esto delante de sus ojos y laven las manos en la sangre inocente, fresca y reciente, no por eso muestran alguna suerte o manera de compasión natural de un hombre para otro de la misma carne y sangre, mas antes no hay contento que se compare al que ellos entonces sienten, ni puede haber día de más alegría, fiesta y regocijo de lo que suele ser para ellos aquel en el cual cometen alguna destas grandes e inhumanas crueldades. En aquella hora dexan todo el trabajo (lo que no hacen en sus viernes, pascuas y fiestas), corren por las calles como locos, júnctanse en las plazas y en corrillos, hartándose de risa por todas las partes, casas y terrados; hasta las mujeres dan voces, alaridos y rompen el cielo con gritos; y, finalmente, el rumor, alboroto e confusión de la gente es tan grande, que se hunde la ciudad, de manera que aun aquí en estas prisiones claramente las oímos y sentimos. *Antonio*. Otra cosa hacen muy digna de notar, como diximos más largamente en la TOPOGRAFÍA. Si acaso el patrón del cristiano que han de martirizar no le ofreció liberalmente para aquella obra y sacrificio tan santo, mas ellos entre sí le escogieron por más idóneo y conforme a su intención, como particularmente suelen hacer a los sacerdotes cristianos, a que ellos llaman papaces, y contra los cuales, más que contra los demás, tienen terriblísimo odio y aborrecimiento increíble, y, por tanto, de muy mejor gana y más comúnmente los escogen y compran para quemar,

Y en tal caso andan por esas calles con tazas de plata demandando y cogiendo de todos limosna, tanto para pagar el cristiano a su patrón, de quien le tomaron, como también para la leña y otros gastos que se hacen en la fiesta. Y para eso son todos, generalmente, tan magnánimos y liberales, grandes y pequeños, como en las demás cosas avaros (como diximos) tan tenaces y mezquinos. Porque en tal caso aquel se tiene por más dichoso y bienaventurado que más participare en obra tan santa y de tan gran merecimiento. *Sosa*. Bendito y alabado sea Dios para siempre, pues que a sus amados hijos y electos dexa desta manera en las manos de los lobos para que sean desollados, y con odio tan extraño y aborrecimiento tan grande perseguidos de los malos, que piensan los que así los maltratan y en su sangre hartan su ferina rabia, que en cosa como ésta tan inhumana y de tan grande ofensa suya le hacen muy señalado servicio, y el más agradable sacrificio del mundo. Mas ¿para qué nos detenemos en carnicerías tan horrendas y tales que aun las orejas rehusan querer oírlas? Concluíamos todo esto con una sola palabra, que bastará por lo mucho que aún se puede decir, que realmente y en efecto de verdad, todo Argel y todas sus plazas, las casas, las calles, los campos, la marina y sus baxeles no son menos que unas herrerías propias y naturales del demonio, a do perpetua y continuamente otra cosa no se oye sino golpes, tormentos y dolores, tan abundantes y copiosos, de todas las invenciones de inhumanos y crueles instrumentos para matar cristianos, y aún más de lo que eran llenas las herrerías de Vulcano, de aquellos que fabricaron los ingenios infernales. Dos cosas solas hallo yo menos que les faltan (y me maravillo algunas veces que en ello pienso cómo en Argel no se usan), y son que, siendo todos estos bárbaros, moros y turcos, tan hambrientos de la sangre cristiana, y se regalen tanto con los tormentos y

Plutarch.  
in parallellis.

dolores de los pobres cristianos cautivos, cómo no han dado en lo que hacían los indios occidentales en los tiempos pasados y hoy día hacen los calibas, que comen a los que cautivan en la guerra. O a lo menos, ¿cómo no hacen lo que escribe Plutarco que hacía aquel fiero y cruelísimo tirano de Sigesta, que se decía Emilio, el cual, con grandes y públicos pregones, ofrecía grandes premios a quienquiera que inventase o le avisase de algún nuevo modo y género de tormento con que matase los hombres? Aunque a lo primero se puede decir que no falta sino porque no hay uno que lo empiece a hacer. Y cuanto a lo segundo, tienen esos bárbaros tanta copia y abundancia de tantos y tan diversos martirios, y ellos por sí mismos (sin ayuda ni favor de otros) son tan particulares y tan sutiles maestros de todo género de crueldad, que es superfluo querer avivar los ingenios curiosos para que les inventen algo en aquella arte, en la cual son ellos tan buenos maestros y diestros oficiales. Y considerando bien ¿cuál de los tormentos hasta ahora inventados o que usaron malos hombres y crueles tiranos en las edades pasadas, y aun los que fingieron los poetas ociosos por terribles y espantosos, les hace mengua o falta en Argel hoy día? No el de Tántalo miserable, al cual nos pintan tan lastimoso, que, atormentado de la sed muy cruelmente y tocando con la clara y dulce agua, no le dejan gustar della. No tampoco el de Sisifo, que imaginan tan fatigado porque continuamente anda revolviendo su piedra lleno de afán y de sudor. No el de Prometeo, el desdichado a quien en el monte Cáucaso el fiero buitro o quebrantahuesos, abre las entrañas con duras uñas y arranca con gran fuerza el triste corazón; ni tampoco, finalmente, aquellos tantos y diversos artificios de tormentos, de que usaban antiguamente los soberbios y horrendos tiranos de Sicilia, que andan en proverbio para el mundo, y el poeta en tanto grado

Tantalus.

Sisiphus.

Promethe.

encarece. *Inuediae siculi non inuenerunt tyrani maius tormentum.* Mas antes con mucha razón y verdad podemos decir que todos son muy pocos y muy leves en comparación de los que usan y cada día inventan estas bestias infernales. Porque si algunos fueron dolorosos y muy crueles, eran pero momentáneos, o se pasaban muy presto; más estos que los cristianos padecen en poder de una tan bárbara canalla enemiga de Dios y de la razón, son casi todos como los deseaba aquella cruel bestia sanguinaria Calígula, emperador, que con ellos se sintiesen morir los hombres, pero no acabasen tan presto su triste y desdichado día. Y por esta causa justamente, estos bárbaros, como gente cruel, fiera, inhumana, a todas las naciones son odiosos, de todas malquistos y aborrecidos, y aun pienso también que de los mismos demonios del infierno, aunque enemigos tan grandes de la naturaleza humana. Porque si es verdad lo que escribe Luciano, que el dios Apolo (el cual no era otro que el demonio, que debaxo de aquel nombre se hacía adorar de las gentes) no quiso aceptar en presente aquel famoso toro de bronce de que Falaris usaba (como antes hemos dicho) para atormentar a los hombres, y que inviaba con muy rico aparato para que le pusiesen en el templo del mismo dios que estaba en Delfo (como obra excelente, de raro ingenio, estraña invención y, por tanto, digna de estar en aquel lugar, para ser de todos vista, y quedar della una perpetua y eterna memoria), mas antes respondió muy indignado que tal instrumento de crueldad no le pusiesen en manera alguna en su templo, ¿con cuánta más razón debe aborrecer las invenciones y con ellas también los autores de tan horrendas y espantosas crueldades como estas de Argel? En todos los tiempos pasados fué muy notada de infame esta tercera parte del mundo llamada Africa, como della dan testimonio cuantos autores, cosmógrafos y geógrafos griegos y latinos

Horatius in  
episto.

Suetonius  
in Caligula.

Lucianus  
Dialog. in  
Phalar.

Phalaris.

Africa te-  
rra infamis.

y otros della han tratado. Y la causa desto es porque la misma propiedad del cielo de toda esta parte del mundo y la naturaleza y calidad della fué siempre de tal suerte, que parece no tener otra virtud ni ser para más que para producir espantosos monstruos, fieros animales, pestilenciales serpientes y mortíferos venenos. Y, por tanto, ser un aire y suelo tan nocivo y tan malo, de la misma naturaleza condenado (como decía Lucano) y que la misma naturaleza quería que estuviesen los hombres ausentes y muy apartado de tal tierra. Aquí se crían los soñolientos áspides, las escamosas emorrois, la inconstante quersidros, que habita unas veces en el agua y otras en la tierra. Los quelydros, que corriendo levantan el polvo; la ceneris, de muchos y varios colores; la anmodites arenosa; la cerastes, desconjuntada y que a todas partes se revuelve; la seytala, que en el invierno se despoja; la seca dipfas, la pesada anfisibena, de dos cabezas; la matrix gran nadadora; los iaculos, grandes bogadores; las foreas, de la cola levantada; el goloso prester, la ponzoñosa seps, el basilisco, matador con sola vista, y, finalmente, dos grandes y muy dañosos dragones y otras infinitas ponzoñas y pestilencias, que no son para otra cosa que para daño y ruina de la naturaleza humana. En tanto que por esta causa y por ser esta parte del mundo tan fértil para criar muertes, fingieron los poetas que, volviendo Perseo, hermano de Palas, de la muerte de Medusa, que mató con la espada corva de Mercurio, llamada Harpen, y con el favor del escudo reluciente de metal de la misma Palas, y trayendo colgada de la mano la cabeza de la dicha Medusa (cuyos cabellos eran muy ponzoñosas culebras, y cuya corrupción que della goteaba todo lo que tocaba volvía en muy terrible ponzoña), por ninguna otra parte del mundo quiso pasar sino por Africa, que era tierra arenosa, y adonde menos sería el daño que aquella cabeza haría; pero que fué tanta la

Lucan. li. 6.

Varias especies de serpientes.

Lucan. li. 9.

ponzoña que goteando de aquella sucia cabeza recibió esta tierra y el rocío de la sangre cruel de Medusa fué de tanta fuerza, que, recocado después con el calor de la región, produjo infinitas y venenosas serpientes. Y sin duda ninguna, de la constelación, naturaleza y propiedad tan mala del aire y tierra de Africa, todas las regiones y partes della fueron siempre y son hoy día muy abundantes de monstruosos y fieros animales, en tal manera, que por proverbio muy común se dijo siempre: Africa produce algún monstruo. Por tanto, los romanos, cuando querían hacer algún grande y maravilloso espectáculo en las fiestas que celebraban con grandísimo aparato y costa, en las cuales era costumbre, entre otras cosas, mostrar al pueblo en público algunos animales espantosos y nunca vistos (como era en los juegos circenses, locubres memorias fúnebres y otros extraordinarios) de Africa los procuraban haber (como dice Estrabón), y de allí llevaban las panteras, las onzas, los leopardos, las lyenaes, los camelopardos, los rinocerontes, las cebras y otros animales de extraña naturaleza y figura. De la misma manera y por la misma causa, es cosa muy cierta y notoria que, aun hasta los hombres nacidos en esta tierra y debaxo sus constelaciones, participan de su calidad y propiedades naturales. Porque siempre fueron gente monstruosa, mal proporcionadas, bárbaros, rudos, incultos, agrestes, ferinos, inhumanos. Y siendo las otras dos partes del mundo, Asia y Europa, pobladas casi todas de gentes, ciudades y pueblos, que viven en toda buena orden, gobierno y policía, sola Africa, al contrario, por la mayor parte siempre tuvo habitantes que en su vida no fueron ni son menos que animales, bestiales y sin razón; buen testigo desto fueron los numedios, los marmaridos, los mazas, los nasamones, los garamantas, los andróginas, los asbestas, los trogloditas, los erembos, los macrobios, los espibos, los bra-

Estrab.  
ii. 2.

Vide Estrabone. li. 1. 2.  
17 Plin lib.  
5 ca. 5. & 7.  
& li. 7. c. 2.  
Lucan. li. 4.

cobios, los antomelos y otras infinitas y muy bárbaras naciones, de las cuales los autores hacen mención como de gentes que no tenían más que el nombre, y lo son también tanta multitud de bárbaros que hoy día la habitan y dominan, de moros, alarbes, cabailes y algunos turcos, todos gente puerca, sucia, torpe, indómita, inhábil, inhumana, bestial, y por tanto, tuvo por cierto razón el que de pocos años acá acostumbró llamar a esta tierra Barbaría, pues su naturaleza es tal, que aun hasta los hombres que nacen y viven en ella son de tan extraña naturaleza y monstruosas condiciones, que siendo animales racionales en la sustancia, en lo demás y en las obras son leones, tigres, bestias salvajes y como brutos animales. De manera que la naturaleza humana, cuyo propio es que todo lo que en ella hubiere sea humano, en ellos, como vemos, anda todo al revés y como transfigurada en otra forma y vestida de propiedades bestiales. Pues no sé yo qué menos monstruosidad sea ésta que aquella de la quimera que fingen los poetas, parte hombre, parte león y otra parte dragón. *Antonio*. A mi juicio, hace muy grande agravio a la naturaleza humana el que a estos bestiales llama o tiene, no sólo por hombres, pero ni aun por heces de hombres. Hartos días ha que los trato, comunico y hablo con ellos todas las horas y momentos, y en verdad que tengo para mí que si Diógenes viviera ahora y se hallara en esta tierra, que tuviera muy más razón de hacer lo que hizo en Atenas (si bien me acuerdo haber leído), porque andando a medio día con una grande hacha encendida en las manos por las plazas mirando y remirando todos los lugares y rincones, y preguntado qué hacía, respondió que buscaba un hombre: porque, aunque veía a tantos con figura y apariencia de hombres, ninguno dellos era hombre. *Sosa*. ¿Y quien duda, que, pues Diógenes tuvo razón de decir eso de los atenienses, siendo gente de

Lucanus.  
Prima leo.  
postrema  
draco. media.  
ipsa chimera.

Plutarc. in  
apophthema.



tanta policía y razón, no la tuviese muy mayor para decir otro tanto de una tan fiera gente, tan inculta y tan bárbara, como turcos y moros de Argel? Y cuándo estos bárbaros, por sus fieras crueldades tan extrañas no mereciesen que los tengan en esa cuenta, ¿qué cosa hay en ellos por la cual no merezcan lo mesmo? ¿Y qué en ellos no sea todo monstruo, bestial y, al contrario, todo de hombres de juicio y razón? Tales son sus costumbres, sus pláticas, sus pensamientos, sus tratos, su modo de vivir y aun tal su ley, que profesan y adoran: de lo cual todo hablaremos otro día muy despacio, porque tengo sobre todo esto notado algunas cosas, las cuales creo que holgaréis de oír; una cosa no nos quede por decir ya que comenzamos a tratar de los martirios y tormentos que dan a los pobres cristianos, y ellos monstruosos engaños, disimulaciones, mentiras y falsedades tan extrañas que usan, tan sin vergüenza, cada hora y momento con los desdichados cautivos y con otros. Lo cual todo, a mi juicio, se ha también de contar entre los grandes tormentos y de grande aflicción que puede padecer un hombre de vergüenza, juicio, discreción y crianza, tratando y negociando con éstos. *Antonio.* Deso cuanto quisiéredes decir, porque por mucho que digáis, será la menor parte de lo que se puede decir. A lo menos yo no faltaré de ayudar, por mi parte, porque bien sabéis (como muchas veces os tengo avisado por escrito) lo que hasta ahora he pasado sobre mis rescates con mi amo y otros amigos nuestros con los suyos. Y, por tanto, ¿cuánto me ha cabido y he padecido hasta hora de todo eso que habéis dicho? *Sosa.* Tanto que mejor, pues seréis testigo de cuanto en ese caso dixere. Y porque mejor se entienda lo que quiero decir, ha de advertir primero; que la causa porque hizo Dios todos los hombres tan semejantes en todo, así en las cosas corporales como en el espíritu y alma, fué porque por este res-



peto, como por otros muchos infinitos que hay, se amen unos a otros. Este mismo intento tuvo aquel hombre que primero persuadió a los hombres se juntasen todos en uno (como dice M. Tulio), y que dexados los bosques do comían la bellota y yerbas, y las cuevas o cavernas de los montes a do como fieras se recogían, hiciesen vida común y sociable, viviendo en lugares poblados, porque haciendo desta manera un cuerpo de muchos, aquel amor natural (que los miembros de un cuerpo se tienen) tuviesen también ellos entre sí, ayudándose con amor y afición. De la misma manera, y no por otra causa, nos dió la naturaleza el uso desta voz distinta y articulada, y tan diferente de los otros animales, que la tienen indistinta y confusa, porque por tal instrumento nos entendamos unos a otros, y entendiendo nos manifestemos lo interior del alma y del corazón y de nuestros pensamientos por la orden y manera que allá dentro están formados y ocultos. Y, por tanto, llamó Aristóteles a las palabras notas y señales que representaban las pasiones y concetos de nuestra alma. Siendo, pues, esto así, no hay cosa más contraria, ajena y al revés de la misma naturaleza que usar los hombres entre sí de mentiras, falsedades y engaños, de manera que trastornando la orden que ella nos ha dado, esté uno en la lengua y otro en la alma escondido, y que digamos con los labios una cosa y otra sienta el juicio o quiera la voluntad. Y, por consiguiente, que habiendo de usar entre nosotros todo aquello que fuere causa de amor y evitar todo lo que diere ocasión para odio, nos engañemos y nos procuremos daño unos a otros y no haya lealtad. Porque todo esto, ¿qué cosa es sino meter entre los hombres una espantosa confusión? Y desta confusión, ¿qué puede nacer sino males infinitos para nuestra destrucción? Bien decía el venerable Beda, que engañarse los hombres no era otra cosa sino madre de disgustos y enfados, oca-

M. Tul. lib.  
de invent.

Arist. lib. I.  
de enunti.  
cap. I.

Nota.

Beda in  
cantic.

sión de sospechas, fuego de impaciencia, madrastra de amor y madre de desesperación. Una de las cuales cosas por sí sola basta para revolver a los hombres todos, perturbar la paz común, desterrar el amor y concordia y desbaratar todo bien y reposo de los corazones humanos, cuanto más tantas y todas juntas. Por tanto, dixo muy bien Homero: «aquel de mí es aborrecido y también del infierno, el cual una cosa dice con las palabras y otra encubre y oculta en su alma». La cual sentencia Filostrato, que traía muy continuo en la boca aquel excelente poeta Polemón, cómo es cosa muy digna de ser advertida y notada de los hombres. Tuvieron los antiguos por tan necesaria cosa tratar todos entre sí verdad, sin engaño o mentira alguna, que pusieron esto en religión, en fuero y opinión de cosa santa, religiosa y sagrada, y de la cual Dios tenía muy grande, muy continuo y particular cargo y cuidado. Y así tenían un dios que adoraban, y a quien los romanos particularmente hacían grandes y solemnes fiestas a los cinco del mes de junio, a quien llamaban semipadre santo y Fidio, y del cual decían que tenía a su cargo el castigo de las mentiras, falsedades y engaños y el premio para los que en sus obras y palabras trataban y decían verdad, y por este dios juraban todos en sus juramentos diciendo: *Medius fidius*. Como quien dice: Dios está por medio, que nos oye y nos ve y sabe ser todo esto verdad. A este dios pintaban desta manera. La honra de una parte, en hábito varonil de hombre, con la cabeza descubierta, y de otra parte, la verdad, en figura de mujer y cubierta con su manto la cabeza, y estos dos, la honra y la verdad, se asían de las manos derechas, y entre ambos, en medio, estaba el amor, en figura y hábito de lindo y hermoso muchacho, que abrazaba con sus brazos ambos a dos. Dando a entender por este ingenioso y singular emblema que la honra y la verdad andan siempre acompañadas y asidas

Homerus.

Polemon.

Phelostratus.

Ovidius li. 6 de fasti.

Plautus in asinari.

HONRA y verdad siempre andan juntas.

una de otra, de manera que no se pueden apartar. Y porque ambas se aman con grandísimo amor y se hacen también amar y querer de todos, por tanto, traen en su compañía el amor.

Mentira la  
acompaña  
deshonra.

Al contrario de la mentira, la cual no se acompaña sino con la deshonra y ambas a dos con el odio. Porque en todas las partes y lugares son de los hombres aborrecidas y desechadas. *Antonio*. Por cierto la imaginación, o emblema dese dios Fidio, a mi gusto fué ingeniosamente inventada, y tanto al natural y conforme las condiciones de la honra y verdad que no podía ser más. *Sosa*. Realmente, los ingenios de los griegos y romanos fueron admirables en estas cosas y en otras invenciones, y, por tanto, no me parece mal, más alabo el estudio y curiosidad de algunos que tan amigos se muestran de sus medallas, piedras y antiguallas, porque, sin duda, tienen todas excelentes cosas que notar y admirar. Mas volviendo a nuestra plática, es la mentira y el engaño tan aborrecida también de Dios, que si miráis la Escritura sagrada no hay cosa que con más grandes maldiciones y más continuas la reprehenda y maldiga el Señor. Pues los antiguos (aunque gentiles y sin luz o conocimiento de Dios), sólo con la razón natural, estimaban tanto observar los hombres la fe y la palabra que unos a otros se dan, y juzgaban ser de tanta importancia esto que, hablando deste negocio, Tulio decía: la fe es santísimo bien del pecho humano. Y Catón dexó escrito que los antiguos romanos pusieron una estatua particular y admirable a la fe, no sólo entre los dioses y como una de las demas cosas divinas, pero en el grande Capitolio y cabe la del supremo, óptimo y máximo Iove. Porque decían que la fe era cosa muy amada, muy querida y estimada del sumo dios, y, por tanto, que merecía aquel y no otro lugar. Así, según Plutarco escribe, Numa, segundo Rey de romanos, le hizo y edificó un muy grande y soberbio templo, que se le decía de la fe.

Ps 5. 11. 13.  
35. 51 & aliis

M. Tullius.  
li. 2. Retori-  
corum.  
Cato.

Plutarc. in  
Numa.

Y que los hombres guardasen la palabra que se daban entre sí, tenían por cosa tan santa y digna de no ser violada ni quebrantada (o fuese con juramento o sin él), que muchos de los romanos, como escribe Cornelio Nepos y lo refiere Aulo Gelio, autor muy grave y digno de mucha fe, los cuales el belicoso Aníbal tomó vivos en la batalla de Cannas (en que desbarató todo su poder y mató casi toda la nobleza romana), y que dexó ir sobre su palabra a Roma a tratar de la redención de los demás cautivos, con tal condición que si el Senado no venía en ello prometían de volver a la prisión, porque no volvieron (después que el Senado respondió que no quería rescatar alguno, pues habían mal peleado) ni quisieron cumplir lo que habían prometido, obligando su palabra; por sólo esto fueron tan generalmente aborrecidos y despreciados de todos por hombres sin fe y sin palabra, que ellos mismos (viéndose afrentados tan públicamente) se mataron con sus manos propias. Y al contrario, cuán celebrada fué hasta ahora y será cuanto el mundo durare, la fe del buen M. Atilio Régulo, de quien antes hicimos mención, el cual, no concluyendo los romanos el negocio que iba a tratar sobre su palabra que había dado a los cartaginenses, y sabiendo que si volvía le habían de matar con tan crueles tormentos como mataron, fué tan bueno y tan constante en la observancia de su fe y prometimiento, que pospuso todo temor de los tormentos al cumplimiento de su palabra, que había dado y prometido. Dionisio Siracusano, el mayor, fué (como diximos) uno de los inhumanos y crueles tiranos del mundo, despreciador de los dioses, público ladrón, aun hasta de los templos y sus estatuas, y en guardar la fe y la palabra muy infame, porque aun a Platón, excelentísimo y divino filósofo, a quien había dado licencia para que viniese a Siracusa sobre su palabra, sólo porque disputando un día en su presencia de la fortaleza dixo que la

Cornel. Nepos. lib. 5. exempl. Gellius. li. 7. noct. c. 8.

M. Tul. lib. I de off. Valerius Max. tit. de fide & patientia.

Dionisius maior.

Val. Max. lib. 1. & de contemptu deorum Platon. Vide Fazelum decad. 2. libr. 3.

Aristomaca. Dion.

Phazellus ubi supra.

Damon. Pitia.

vida de un bueno y virtuoso era beatísima y al contrario la de un tirano, infelice y desdichada, le quiso por sólo esto matar, sino fuera por Aristómaca, su mujer, y por Dión, su cuñado, discípulo del mismo Platón, y con ser desta suerte y condición es cosa muy digna de notar cómo y en qué grado estimó en otro la fe y el cumplir de la palabra. Lo cual, por ser caso muy extraño, así para propósito de lo que tratamos como para exemplo de la verdadera amistad que ambos a dos profesamos, os quiero decir en qué manera pasó. Eran en sus tiempos, y sus vasallos, dos amigos, uno de los cuales se decía Damón y el otro Pitia; queriendo, pues, hacer justicia de uno dellos, y condenado a la muerte, pidió al tirano tiempo para ir hasta su pueblo y casa para dar orden en algunas cosas della, dando por seguridad a su amigo y compañero, que dexaba en su lugar metido en la prisión y prometiendo de volver al tiempo y día determinado; habida la licencia, fué e hizo su negocio, y, según había prometido, volvió al mismo tiempo, cumpliendo su palabra, sin ningún temor de la muerte, que tan cierta y tan cruel le estaba aguardando. Viendo Dionisio tan grande bondad en uno y en el otro que había quedado en su lugar, una tan constante y verdadera amistad, mandó luego no se hiciese tal justicia, mas truxesen a los dos a su presencia, do llegados que fueron con mucha instancia y ruegos y muy ahincadamente les dixo le hiciesen tanto placer que, pues eran tan buenos amigos, le recibiesen a él por tercero en la amistad. *Antonio.* Por cierto tuvo él muy gran razón en hacer eso. ¿No se yo cuál sería el hombre que no tuviese por bienaventuranza muy grande topar con amigos como éstos; más ¿cómo la virtud aun a malos pone espanto y admiración y por fuerza se hace amar aun de aquellos que más profesión hacen de la aborrecer y perseguir? *Sosa.* Y aun por eso dixo

M. Tulio que era tan grande la luz y resplandor de la virtud, que con ningunas tinieblas se podía encubrir ni escurecer, pero de contraria condición y costumbre fueron entre todas las naciones los cartaginenses, los cuales, porque muy honradamente usaban no cumplir la palabra que daban, ni estar por lo que acordaban en sus pactos, adquirieron una perpetua infamia para sí y para su patria, y tanto que por proverbio se decía (queriendo significar la poca o ninguna fe de alguno) fe cartaginense. Pues aquel su famoso Annibal, ¿con qué maculó su persona y reputación (aunque dotado de raras y excelentes virtudes que la naturaleza le había dado) y con qué ensució tan ilustres y maravillosas victorias que hubo de sus enemigos, sino siendo pérfido y mentiroso? ¿Cuál es el escritor que trate de propósito o acaso de sus cosas, que luego no le note y publique al mundo por mal hombre, por ser en sus cosas sin fe y sin palabra? Y por ser Aníbal desta arte y condición, ¿qué de males tan grandes causó en cuanto vivió en el mundo? Buen testimonio desto son los valerosos e inmortales saguntinos, los cuales, al contrario, fueron siempre muy leales y muy constantes en la observancia de su fe y palabra, porque no los pudiendo apartar de la alianza y amistad que con los romanos tenían (como dice Tito Livio), les hizo cruel guerra y les dió ocasión (cuando al cabo se vieron sin remedio ni socorro) que hiciesen con admirable esfuerzo una tan espantosa cosa, como fué que en mitad de la plaza quemaron a sus hijas, mujeres y bienes todos, y delante sus ojos los hiciesen ceniza, y después a sí mismos arrojasen en las llamas vivas del fuego, a do con la perseverancia de su fe, ellos, su patria y bienes acabaron juntamente. Y si el tiempo nos diera lugar, otros exemplos, muchos de varias gentes y naciones, y aun de muchos de España, antiguos y modernos, os dixera para prueba de cuán estimado fué siempre en el mundo y

M Tul oratione pro Sexto.

Cartaginenses.

Annibal.

Saguntinos.

aprobado en gran manera el guardar fe y palabra, aunque también me diréis que sería esto, como dice el proverbio, querer con la candela dar luz al día claro. *Antonio*. No quiero más de lo que quisiéredes, aunque en la verdad es tan importante para la vida humana y nuestra conservación que los hombres traten entre sí en todo y hablen verdad, que no es posible haber hombre de juicio y entendimiento, por muy vil que sea en condición y estado, que no diga y sienta lo mismo.

#### DIVISIÓN DÉCIMOCUARTA

*Sosa*. Pues ahora quiero que veáis qué canalla y bestial gente son todos estos moros y turcos, porque ni son ellos desta opinión, ni les parece lo mesmo que decís, antes, como por experiencia, vemos cada hora de ninguna cosa más se precian en general que nunca hablar, ni tratar verdad alguna, ni estar por la palabra y fe que os han dado. Y de tal manera están persuadidos en este tan vil y bestial uso que ya lo tienen por blasón, y así lo pregonan por la boca y con las obras, como si en esto estuviese el punto de su honra y reputación. Que tormento sea éste para un espíritu noble y amigo de virtud que con ellos trata negocios bien se dexa entender, y lo vemos con la experiencia, que así lo cansan y de tal manera le fatigan que le hacen llegar a términos de desesperación. Y no apuntando en más que en lo común y más ordinario de cada día, vos mesmo quiero me digáis si tengo poca razón. Primeramente, en comprando ellos un cristiano, informados primero muy bien (como hacen con grandísimas diligencias) de quién es y qué ser tiene, qué calidad y qué arte, porque de otra manera no aman tan poco su dinero que le arrojen ansí y le pongan a riesgo y a peligro. Traído a casa, si costó



ciento, a la hora, con buena arte o manera, le dicen o le hacen entender por otro y quieren persuadir que les costó más de mil, y que por hacerle buena obra, porque no fuese a manos de algún mal amo que le comprase, han gastado su hacienda y quedan arruinados. Y tras esto (los que son tan astutos y mañosos como este mi patrón) le fingen una risa, muestran buena cara, publican contento porque le han comprado y traído a su casa, mándanle dar del pan blanco, con algunas aceitunas, o zafaz y cuzcuzu, sorba o pilao, y dicen que esté de buen ánimo: *non pillar fantasia, Dio grande mundo cosi, cosi, si venir ventura andar a casa tuya*; y otras palabritas dulces de bárbaros, mal mascadas y peor pronunciadas, y fingidas y todas a propósito, y sin que piense el pobre cristiano, viendo y oyendo esto, que le hizo Dios la mayor merced del mundo en topar con tan humano patrón, siendo muy grande traidor que le desea comer las entrañas y beber la viva sangre. Esta es, como sabéis, la primera mano y el primer hilo del ordiambre y de la tela de malicia que luego empiezan a texer. *Antonio*. ¿Y cómo si es eso la pura verdad? Pero como las ovejas de Cristo son criadas con la simplicidad cristiana, no advierten luego al principio la malicia destes lobos, hasta que a costa suya, con el tiempo, la conocen y no a muchos meses ni días. *Sosa*. Tampoco no es posible que lo que se finge y todo violento dure mucho, y, por tanto, no pasan muchos días que luego le llaman y le dicen (aunque sea un xabonero y pobre pastor) que ellos son informados cómo es hombre de calidad y aun pariente y sobrino del duque de Alba, que no es menester encubrirse ni negarlo, y juntamente con esto le echan luego una muy gruesa cadena o un par de buenos grillos con que no se puede mover; y si a esto le responde el pobre hombre afirmando y protestando que se engañan, diciendo la verdad de su poco ser y valor, y

cómo no es más que un pobre mozo o hombre sin remedio ni parientes, nada deso vale ni aprovecha, antes tanto más se endurecen, obstinan y emborrachan de la ira, de manera que a pesar vuestro, y de todo el mundo, y de cuantos dixeren otra cosa, ha de ser lo que ellos dicen. Desta suerte queda bautizado de nuevo el pobre cristiano cautivo, y con título y nombre que es lo que él ni todo su linaje soñó, pues si por mal de sus pecados olieron ellos un tantito de que en libertad el tal cristiano traía un sayo bueno o una capa negra y los zapatos limpios, y desto les dió alguna información (por muy poca que sea) algún moro o turco que le vieron en el baxel en que le tomaron, o (lo que es peor) algún ignorante, descuidado o malicioso cristiano lo afirma, ¿qué castillos de viento hacen luego sobre tan flacos fundamentos? ¿Y cómo suben esto al cielo, cómo lo engrandecen? ¿Qué título sobre otros títulos le ponen al desdichado cautivo? Con que juramentos per Dio y por Alá afirman que ellos saben muy de cierto, y de quien le conoce, que es muy grande hombre, hijo de un conde, pariente de un marqués y duque y un gran príncipe. Pues si es eclesiástico y tiene alguna apariencia buena, ¿a do le suben? No dicen menos dél, ni publican a la hora, sino que es un cardenal o cuando menos un arzobispo y patriarca. Y no pasa el negocio así sólo con palabras, sino que diciéndolo, afirmándolo y publicándolo por los corrillos y plazas, buscando modos y maneras con que parezca a la gente y a otros tales como ellos que es así. Y ni por esto tratan al pobre cautivo (que tan grande y tan principal han hecho y pregonado) con más respeto y humanidad; mas antes a este tal cargan entonces de más hierros y cadenas que a todos los demás, encerrándole más, dándole peor de comer y quitándole toda plática y conversación de cristianos y moros, y aun teniendo celos de los que echan los ojos y miran al

lugar donde le tienen. Y tras esto a boca llena y muy ufanos van pregonando por todo Argel que tienen en su casa un gran papaz, o un principalísimo caballero encadenado, como los reyes y príncipes tienen leones y fieros tigres en las xaulas encerrados. Y el fin de todas estas mañas y artificios no es otro, sino que cobre el pobre cautivo fama de ser grande hombre, y que esto se diga y publique por la tierra, para que ellos con esta ocasión lo puedan afirmar como cosa pública y muy averiguada. Y, al fin, sabiendo esto el pobre cautivo y viéndose tratado desta manera, y puesto en términos tan trabajosos y cansado de los tormentos, a lo menos les prometa tanta cantidad de dinero que harte su insaciable codicia. ¿Qué hará, pues, el desdichado hombre viéndose en tan grande aprieto, y tan pobre, que ni tiene rescate ni otro remedio más que el que de Dios puede esperar? ¿Qué sudores de muerte sudará cada momento, y qué aflicciones y agonía de la alma serán las que siente y padece? ¿Y cómo no se consumirá de pesar y melancolía, imaginando y pensando día y noche en trabajo y desdicha como ésta? Y cuando se pudiese esperar que el patrón adelante y con el tiempo se desengañaría de tan notable locura y sabría la verdad de aquel su pensamiento, sería esto muy gran alivio para el atribulado cautivo; pero bien sabe cuán bestiales suelen ser en esta parte, que si una vez se les puso en los cascos tal imaginación fantástica, y más si sirve para su interés y provecho (do continuamente en todas las cosas tienen puestos los ojos), ni se puede esperar ni es posible, que jamás con algún desengaño o verdadera información o relación de personas de crédito y honra, o, finalmente, con alguna arte y manera se la quiten, si no es que se muera en las cadenas el desdichado cautivo, o ellos enfadados de atormentarle y al cabo de muchos años aborridos de guardarle y gastar con él

dos panes de salvados cada día, desean echarle fuera de casa y quitarse esta carga y cuidado. *António*. Bien parece que habláis como hombre acuchillado, y decís de la feria, como os ha ido y va en ella. *Sosa*. ¿Y quién de cuantos estamos en Argel es el que deste cáliz no bebe sus tragos? Porque si a mí (que soy un pobre clérigo) han hecho de su propia autoridad & *plenitudine potestatis*, obispo y después secretario íntimo y de la puridad del Papa, que estaba ocho horas cada día encerrado con su Santidad en una cámara y solos, tratando gravísimos negocios de la cristiandad; y después me hicieron cardenal, y después castellano del Castilnovo de Nápoles, y ahora me hacen confesor y maestro de la Reina de España, y para esto han sobornado turcos y moros que lo afirmasen, y aun no faltaron malos cristianos (como sabéis) desta casa y de fuera, que por contentar a mi patrón le dixeron que era así, hasta traerme aquí delante turcos huídos de Nápoles poco ha (según tenían acordado), que dixeron y publicaron que en Castilnovo de Nápoles habían sido mis esclavos y servían de cocineros, a vos también hacen gran señor, riquísimo caballero de Malta, pariente de grandes señores y prelados de Italia y Portugal, y a Juan Botto (que está aquí), también riquísimo y gran comendador de Malta, y Antonio Garcés, nuestro compañero, caballero muy principal y muy noble en Portugal. Y, finalmente, tomando nuestra galera de Malta, *San Pablo* (en que todos fuimos cautivos), hasta a los forzados y buenas boyas no los bautizaron por caballeros. ¿Y cómo a tales no rescataron los más dellos que de aquí han salido pesándolos a oro y subiendo los rescates cuanto jamás en tantos años se ha visto en Argel? Y con tanta facilidad y poca vergüenza usan cada día esto (haciendo grandes a los captivos, a su modo y contento), como si en sus manos estuviese el hacerlos, como está el querer y de-

searlos. *Antonio*. Y aun bautizados, como dice, de esa manera, no tienen vergüenza de enviar a muchos hombres y mozos pobres a Constantinopla, al gran turco, y a sus baxás y a otros reyes y señores de tierras muy lexos, diciendo que les envían hijos de príncipes y caballeros y grandes capitanes de grosísimos rescates. Como los días pasados hizo este rey Asan, veneciano, que a tres pobres soldados cristianos que cautivaron en las dos galeras de Sicilia el abril pasado, uno español, otro griego y otro italiano, envió con estos títulos de muy grandes y señalados hombres a su patrón el Ochali, general del Turco en la mar, aunque luego allá en Constantinopla se supo la burla y la mentira, y se los volvió a enviar agora en esas dos galeotas, que de allí vinieron estos días, diciéndole por una carta que, pues, aquellos caballeros eran tan principales, como decía, y de tan grandes rescates, los rescatase él aquí en Argel, y el dinero se lo enviase. De lo que está él estrañamente corrido, aunque a otros no cabe tan buena suerte, sino que desterrados tan lexos a do ninguno los puede conocer, y con nombre, título, opinión y fama de gran ser y calidades, a la hora los encierran allá en los baños, prisiones o torres del mar Negro, cargados de hierros y crueles cadenas, de do jamás en toda su vida salen, más en los piojos, hambre, hedor y miserias envejecen y acaban sus tristes y cansados días. Y, pues, esta canalla es tan liberal con repartir tan fácilmente tantos títulos y honras, de verdad que hacen mal no venir a esta tierra los que en cristiandad, con ambición tan grande beben los vientos porque los tengan por grandes, de ilustres casas y alta sangre, porque es perder el tiempo por allá, pasando tan incomportables trabajos tras eso, pues en llegando aquí hallarán más de lo que apetecen y desean. *Sosa*. Buena burla sería esa; pero no por eso dexa de haber vicios en Argel, que así lo quieren

A 21 de Julio 1578.

A 15 de Abril 1578.

Primero de Noviembre 1578.

y huelgan muchos viéndose captivos (y aún desean con grande ansia) que sus patrones los tengan por muy más de lo que son, pensando que desta manera serán algo mejor tratados. Pero después, bien a su costa, conocen ellos este su yerro, principalmente cuando con sus patrones vienen a tratar de su rescate. Del Emperador Adriano dicen que a uno que publicaba muy a boca llena ser su privado no lo siendo (y con este título había engañado a muchos y sacado muy gran copia de dineros, prometiendo falsamente gracias y favores del Emperador), mandó le atasen a un palo piernas arriba y encendiesen abaxo mucha cantidad de leña verde, con cuyo humo le mataben ahogándole, con un título que le pusieron y con un pregón público que decía: «Muera con los humos el que vendió a otros los humos». De la misma manera algunos destes mal mirados, sin consideración alguna, pregonan humos, y siendo cautivos mueren después aquí dellos, acabando sus días en Argel con harto trabajo y miseria, sin poderse rescatar, o llegan a poco menos que esos términos y bien arrepentidos de su primer deseo y tan vana opinión. *Antonio.* ¿Mas cuántos hay desos que conocemos ambos y muy dignos de compasión por el cautiverio que por esa causa padecen? *Sosa.* Mas dado caso que ninguna destas cosas haya, sino que ellos tengan al cautivo en la posesión cierta de quién es (lo que o ninguna o muy raras veces acaece), al cabo de sus largos y trabajosos años de su largo cautiverio, con el cual y con las grandes crueldades que padeció tiene ya la complexión gastada, las carnes deshechas, los huesos molidos, los dientes caídos, las piernas podridas de los hierros y, finalmente, para toda cosa ya inútil, y de manera que está más para echar en un muladar que no para comer pan y ocupar un rincón de la caballeriza de casa, porque los hermanos, parientes o amigos (a los cuales importunó con muchas cartas escritas con letra de sangre representando

Adrianus  
Imperator.

Baptista  
Pius. Egnatius,  
lib. de Princip. Rom.

sus martirios) le enviaron alguna miseria de lo que cogieron de limosna blanca a blanca, y vendiendo toda la pobreza de sus casas; propone a su patrón, por sí o por medio de alguna persona, que se quiere rescatar, suplicándole por amor del gran Alá sea servido que antes de acabar sus días (que ya no pueden ser sino pocos), le deje ver sus amados hijos y darles el último beso y abrazo, acompañando estos ruegos con grande copia de lágrimas que corren hilo a hilo a gran priesa, y que bastan a enternecer un corazón aunque de piedra y acero sea. ¿Qué diré de la flema, del reposo, del descuido, de la desimulación que fingen luego al momento y que muestran en su cara y semblante? ¿Con qué engaños (en oyendo decir esto y hablar del rescate) se arman luego y se visten? ¿Y cómo quieren dar a entender que les pesa en el alma y no querrían por ningún caso que en tal caso les hablasen? Con otras cien mil mentiras que afirman. A la hora responden que aún no es llegado el tiempo de su libertad; *y que si estar escrito en esta forar, forar, Dio grande sentar, no pigliar, fantasia; anchora no estar tempo de parlar questa cosa*, y otros dos mil disparates, y tan fuera de propósito como ellos de razón y juicio. Entonces se acuerdan también de alabar su servicio, y que un tal esclavo por cosa del mundo no se ha de ir de casa, pues no hallará otro tal. Siendo cierto que en todos los años que le tuvo en su servicio y casa nunca jamás se mostró contento de cuanto el pobre cristiano hiciese. Otros, entonces, se acuerdan lo que nunca antes habían soñado y dicen que no le tienen para rescate, sino para trueque y cambio de un tal turco, que está, o en Malta, o en las galeras de España o de Florencia, o de un arráez a que Su Majestad nunca quiso dar libertad, y le tiene mucho ha en algún castillo, o de otros semejantes, y que si no lo hace venir primero no hay libertad que esperar ni hablar en rescate, aunque sea por todo

el dinero del mundo; siendo claro y tan manifiesto que todo esto es fingido y que ninguna cosa más desean que darles el cristiano dinero, y que aun tanta virtud no hay en ellos que siquiera los padres se acuerden de sus hijos o los hijos de los padres para hacerlos rescatar, como si nunca jamás los tuvieran. Rebotando pies desta manera al pobre y desdichado cristiano o a quien por él le habla con tal desvergonzada desimulación, y queriendo con todas estas mañas artificiosas encubrir su dañada intención (la cual, como diré, no es otra en efeto sino sacar más y más dineros), que desgusto y aflicción recibirá el que con tan grandes deseos trata y desea su libertad. Y ni con todo esto se contentan, más luego con otra que tal desvergüenza y maldad añaden otra y no menos barbaria y crueldad inhumana, porque vueltos a casa en el punto arrebatan al triste y desconsolado cristiano que trató de su rescate o les hizo hablar en él, y, sin ninguna piedad, sobre las cadenas o traviesas que antes traía le cargan otras mayores y más pesadas y le encierran do ninguno le hable ni le vea. Y desta manera y triste suerte le tienen muchos días y aun meses sin ninguna piedad, y como el cautivo continuamente suspira por su dulce libertad que pensaba ya tener negociada, y también los que le aman y tercián por él desean verle fuera y libre de tantos trabajos, ¿qué sentirá viendo que tanto más un bárbaro se la va dificultando? Más hace, que pasada esa furia, volviendo el pobre cautivo otra vez a tratar a las buenas el negocio con su bárbaro patrón, al cabo de muchos días y de muchos ruegos, de continuas importunaciones y de intercesiones de algunos particulares amigos (que también no cuestan poco), ya que se dexa el patrón persuadir y quiere dar a entender que, finalmente, es forzado con tantos ruegos a mudar de su intento, voluntad justa y firme propósito, y a consentir que su cristiano se rescate por dinero, sale enton-



ces el fingido con otras nuevas invenciones para del todo cansar el afligido espíritu del desventurado cautivo, porque para rescatarle ponen cien mil condiciones y piden no menos que millares de escudos y encarecen el precio y rescate todo lo posible del mundo, de manera que en tal caso no hay pobre cautivo; a todos tienen por riquísimos y, lo que es peor, que si luego en el punto no le prometéis y otorgáis todo lo que su insaciable codicia pide y quiere sin vergüenza alguna ni propósito, os dicen que os burláis dellos, y dando de la mano, fingiéndose muy enojados, se apartan muy indignados sin decir quedaos a Dios; tomando el camino derecho para su casa, al punto echan mano de las armas ordinarias y arrebatan otra vez al cautivo cristiano, y o le cargan de más hierros, o le dan buenos palos sin propósito ni más causa, o le encierran y aprietan con grandísimos rigores, o le quitan el pan y la comida, o le dicen mil afrentas, injurias y vituperios, o, finalmente, dan con él en la marina y le ponen a la cadena de alguna galeota de tantas como salen cada día en corso, en la cual vaya bogando y acabe con tormentos sus últimos y postreros días, y todo al fin de encarecerle más la libertad y que le parezca imposible el haberla. De manera que los martirios del pobre cautivo, que parecían olvidados, entonces se renuevan otra vez, y la muerte, tragada tantas veces, de nuevo y con más espanto se le representa delante de los ojos, y, por tanto, no le falta al pobre cristiano otra cosa más que acabar de desesperar y echarse a la mar. Pues decirme ahora qué tormento se puede imaginar o qué trabajo en el mundo que con éste se compare.

DIVISIÓN DÉCIMOQUINTA

*Antonio.* Aún muy más nos parecería si como otros desdichados (que vemos cada día morir desesperados) gustásemos de todo esto. *Sosa.* Bien lo creo, mas pongamos por caso que después de todas estas crueldades inhumanas y después de tantas mentiras, tantas malicias, tantas ficciones, tantos tratos falsos, tantos trabajos, tan continuas lágrimas, tantas importunaciones y ruegos, vengan en algún concierto y queden en algún modo acordados (con darles cuanto ellos piden y hartando su estraña y admirable sed y codicia de dineros), y que de todo esto pasen palabra; y aun para ello dan su fe y prometen, y se obligan a cumplirlo, cuan ordinario y cotidiano es decir luego lo contrario en volviendo las espaldas y no querer estar, por cuanto han acordado, prometido y obligado. Y aún hacen más querer, aunque en el instante le pongáis delante el rescate, en moneda de contante: cuantas veces afirman sin algún modo de vergüenza de los que allí se hallan y los oyen, que jamás tal cosa han prometido ni dado tal palabra, ni venido en tal acuerdo, ni pasado tal por la imaginación y pensamiento. Y, aunque acaso lo aceten y os concedan que es verdad haber dado tal palabra, decidme si acaso el juicio les dió alguna vuelta o se trastornó cegándolos la codicia, por la cual en todo y por todo se gobiernan, o si de nuevo y súbito les vino alguna imaginación o fantástico antojo, no responden luego con mucha flema y gravedad que no quieren estar por lo dicho y acordado, más que es su voluntad que si ciento querían antes, que les déis ahora ducientos, y si ducientos les dábais, que contéis luego quinientos. *Y si no andar con Dio non parlar priu parola.* Y no menos que esto es en todos cada día, y aun cada hora y

momento. Pues llegaos y preguntadles qué mudanza o inconstancia es ésta, y cómo o por qué causa no cumplen su palabra y lo que antes prometieron, ¿qué os responden sino ansí lo quiero, esta es mi voluntad? Y si no queréis va con Dio; de suerte que, como anguilas y culebras, cuando más parece que los tenéis obligados y asidos se deslizan, y se escapan de las manos, y cuando pensáis que habéis hecho el negocio y con ellos rematado, aun entonces no es comenzado, ni dada la primera puntada, que es un martirio y tormento intolerable; y si todavía con esto os quejáis, y les decís que no son aquellas cosas de hombres, ni de gente de juicio, de razón, ni de discurso, ¿qué responden? Dicen que no son ellos cristianos para mantener la palabra, ni cumplir la fee que os dan y os prometen. *Antonio.* Oh bestias, oh animales, y más brutos que la asna de Balaan; ¿qué respuesta tan ignorante y de cuánta vergüenza para ellos, si supiesen vergüenza? *Sosa.* Realmente es muy grande obligación, les somos todos los cristianos que respondan desa manera, porque ¿qué más ilustre testimonio ni más maravilloso y de gloria puede ser, que afirmar por su boca y pregonar ellos mismos por las plazas que, en efecto, los cristianos somos gente de verdad, que la hablamos y tratamos y observamos? De manera que ni el odio que nos tienen tan grande y tan entrañable, ni la envidia con que les pesa del bien nuestro y de nuestra gloria puede ser parte en ellos para que no manifiesten, y confiesen a boca llena la gloria del nombre cristiano. Alabado y bendito sea aquel Señor de cuyo nombre nos llamamos cristianos, nombre tan excelente y de tanta honra y gloria. Y por otra parte, muy a la larga manifiesta y pregona esta vil gente canalla, su vileza bestial, pues, tal virtud como ésta y tan digna de los hombres, confiesan que no la tienen, ni es suya, ni la aman, ni la quieren, sino aquellos que solamente son

cristianos. Y para más confusión suya habfan ellos de mirar lo que ellos procuran, lo que pretenden, lo que hacen y trabajan, porque en lo que tratan con otros les guarden a ellos la fee y observen la palabra que les dan. Mas que voces, que alaridos, que gritos dan, si en esto hay falta o mengua de aquellos con quien tratan; admirable cosa es que a ellos mismos parezca mal en sus personas lo que en otros alaban, y que aborrezcan lo que entienden claramente ser necesario para la conservación de la gente y para el bien de la república. Poco digo en decir esto, porque no lo aborrecen solamente, mas de tal suerte se alaban y se precian de la mentira, y de usar todo género de engaños y falsedad en sus tratos y negocios, que esto tienen por honra, por primor y por blasón. ¿Cuál de todos ellos por rico y poderoso que sea se afrenta si le dicen que ha mentido o que es falso en lo que dice? Pues usan otra cosa muy donosa a que ellos llaman observancia y cumplimiento de su palabra, siendo una muy desvengonzada maldad, que si rescatando, o tratando algún negocio con ellos, os piden 200 o 300 ducados por la cosa, y no siendo aquel el justo precio le replicáis que se pongan en la razón, os responden muy sin vergüenza, que lo que han dicho al principio esto mismo ha de ser y que no faltará un punto. Y preguntados ¿por qué? dicen que no han de faltar a su palabra. De manera que en caso de su interés, a la obstinación de su codicia y dureza de condición y cumplimiento de lo que quieren, llaman ellos observancia de palabra y cumplimiento de su fe; pero en lo que toca a otros lo que dicen, lo que prometen, lo que acuerdan, su palabra y su fe, dicen que no lo deben de guardar, pues que no son cristianos. ¿Qué paciencia (pues), y qué sufrimiento bastará a un hombre de razón, de vergüenza y crianza (cuales son los cristianos) tratando desta manera con unas tales bestias sin juicio? Y cómo experi-

mentamos esto los que somos sus cautivos y que forzosamente habemos de beber esta hiel, sin nos aprovechar la verdad, ni la equidad, ni justicia, sino que a tuerto y a derecho, o de grado o de fuerza ha de ser lo que una bestia de estas dice o acaso se le antoja; y si esto no quisiéredes, ahí os podéis morir sin remedio, sin esperanza alguna dél, y acabar la triste vida en los hierros y cadenas. *Antonio*. A propósito desto me contaban el otro día ciertos cautivos principales un caso maravilloso que en Constantinopla no ha mucho que acaeció, estando ellos mismos en aquella tierra. Y fué de esta manera. Tenía en aquella ciudad un turco por esclavo a un honrado soldado español (que en la Goleta se perdiera), el cual se decía N. Roales, mancebo hasta veinticinco años, alto de cuerpo, moreno de color, y de buen gesto y talle: a este pobre daba el turco muy mala vida, a causa que quería se rescatase, y siéndole cosa imposible por ser pobre, y más estando tan lexos y tan apartado de su patria y de su casa. Al último, viéndose tan apretado y tan mal tratado del patrón con continuas injurias, palos, azotes y tormentos, fué forzado a preguntarle que por cuánto le daría libertad. Porque dado caso que era tan sólo y tan pobre sin remedio, si se ponía en razón haría todas las diligencias posibles y procuraría por todas vías rescatarse; respondió el turco que querría ciento y veinte escudos, pero que éstos los había de pagar luego, y que en todo caso los buscase al momento, sino que a palos le mataría. Con esta respuesta y tan resoluta determinación de su patrón, se partió el pobre soldado temeroso, que si no hallaba remedio le matase aquel bárbaro, y, por tanto, fuese por todos los mercaderes cristianos y por todos los baños y casas de los cristianos, pidiendo por amor de Dios, demandando limosna con muy grande humildad para su rescate. Finalmente, al cabo de pocos días, bien contra su

Caso notable en Constantinopla. Año 1576 en el mes de Noviembre.

esperanza, juntó los ciento y veinte escudos y los truxo al patrón; el cual como vido el dinero le tomó en las manos, púsose muy despacio a contarlos sobre una tabla; lo cual acabado, muy callando y sin decir nada, echa mano a un bastón y arremetiendo al cristiano, dióle una muy gran carga de palos, dando voces y diciendo: cómo, *cane*, *perro*, *judío*, *cornudo*, traidor, ¿estos son los dineros que yo pedía del rescate? A esto respondió el cristiano: ¿y tú no me dexiste que truxese ciento y veinte escudos? Veslos ahí, ¿qué te queexas? Con esto volvió el patrón a molerle con porrazos, diciendo que no pidiera él ciento y veinte escudos, sino ciento y cincuenta. Viendo esto el cristiano y la maldad del patrón tan manifiesta, volvió otra vez a pedir por amor de Dios lo que faltaba para cumplimiento de los ciento y cincuenta escudos. Y muy contento después de los haber hallado, pensando que los trabajos se acababan, los presentó al patrón. No había hecho el cristiano esto y dicho a su patrón que ya allí tenía todos los ciento y cincuenta escudos, cuando aquella cruel bestia arremete otra vez a él y le dió otros tantos de palos diciendo: no me has de dar perro, sino ciento setenta, de otra manera *aea morir*, *cane cornudo*. ¿Qué haría el pobre hombre viéndose tan mal tratado, y, por otra parte, que aquel bárbaro, ni tenía palabra, ni constancia en cuanto trataba y pedía? Acusaba su fortuna, lloraba su desventura, importunaba a Dios, suplicaba a los santos, deshacía en suspiros y rompía los aires con sollozos y gemidos, y todo se deshacía en lágrimas, que de los ojos le corrían en arroyos; pero viendo que no había otro remedio, no pudo hacer otra cosa, sino que de la manera que pudo y con derramar muchas lágrimas, contaba a todos su desventura, y pedía que le valiesen. Y desta suerte, tan triste y tan digna de piedad, todavía movió los corazones de muchos para que le diesen los

veinte escudos que faltaban para la suma de los ciento y setenta, y traídos a su casa, una tarde pidió a su patrón le mandase hacer carta de rescate, porque allí trafa los veinte escudos que faltaban. ¿Quién no pensaría que ya todo era acabado, y que su patrón quedase más que satisfecho? No fué así, mas de nuevo y sin vergüenza ninguna le volvió a decir que en todo caso le había de dar doscientos escudos, porque quien hallaba ciento y setenta podría hallar los doscientos ducados. Y para esto comenzóle a decir que si no lo hacía que juraba por Mahoma y por su ley que le había de matar antes que pasasen dos días. Cuando el cristiano vió una maldad como ésta tan grande y que aquel infiel, bárbaro y borracho ni tenía palabra ni fee, y que sabiendo cuánto trabajo y lágrimas le habían costado aquellos escudos de nuevo le pedía más dineros; y considerando que tenía todos los amigos cansados, los mercaderes importunados y toda suerte de cristianos enfadados; finalmente, que de ningún modo o de ninguna parte era posible esperar modo o manera de remedio, acabó de perder toda la paciencia, y aborrido ya de la vida y como desesperado arremete a una espada que acaso allí había y cerrando con el patrón dióle veinte estocadas y otras tantas cuchilladas, hasta que tendido en el suelo se hartó de dar en él, repitiendo siempre a voces: «Toma, perro; estos son los doscientos ducados, hártate ahora con ellos». Estaban a este tiempo presentes en casa dos mozos renegados que eran del mismo patrón (y como ellos usan eran sus damas desbarbadas), que serían de diez y seis años o poco más cada uno. Estos, viendo matar al patrón, comenzaron a dar voces, a los cuales, arremetiendo el español (con intención también de matarlos si pudiera), se huyeron por la puerta fuera; y como fueron en la calle y que el cristiano no los seguía porque volviera acabar de matar al patrón si aún no era muerto, cerraron por de

fuera la puerta de la posada y con voces alteraron los vecinos y la gente que pasaba, de tal modo, que concurrieron luego muchos y rodearon la casa hasta veinte o treinta turcos. Bien entendió el cristiano que estaba desta suerte rodeado de gente, que no era posible escapar de la muerte que de hecho y muy cierto le darían; pero a lo menos determinó venderla, como dicen, lo más caro que pudiese. Y sintiendo que los turcos trabajaban por querer entrar por la puerta, al momento se fué a ella y con un palo muy grande la trancó, y tomando un arcabuz de su patrón lo cargó, determinado de matar con él al primero que entrase. Y porque aún su gran cólera (que tenía contra el patrón) no estaba harta y satisfecha, vuelto que fué do yacía tendido el cuerpo echó sobre él algunas esteras y pedazos de tablas que por allí pudo hallar, y poniendo a todo fuego y comenzando a arder, se levantó una gran humaza, la cual, saliendo por dos ventanillas de la casa y sus rexas, dieron luego voces los turcos de fuera, sospechando que el cristiano, con la rabia, quería aún hacer otro mal recaudo, quemando toda la casa; y, por tanto, comenzaron con más fuerza a combatir la entrada, unos por el terrado y otros por la puerta de la calle, y otros subiendo por algunas escalas hasta las ventanas y rexas, de do le tiraban de flechazos, con que le enclavaron los brazos; pero con todo esto (como si fuera un león) acudía el cristiano a todas partes con la espada en la mano y aun tiró dos o tres tiros con la escopeta que tenía, y fué mucho como no mató un par de turcos. Combatiendo, pues, desta manera un gran rato con tanta gente fué el último entrado, y atándole de pies y manos le presentaron al Ochali, Gran Baxá del mar, el cual informado del negocio, encareciéndolo los turcos todos por un caso espantoso, volvióse al cristiano y le dixo: *Brejupe* (que quiere decir, hola perro), ¿cómo mataste a tu patrón? ¿Qué te mo-



vió a hacer una maldad tan horrenda? No se turbó el cristiano con verse de aquella manera, que de todas partes sonaban voces y gritos que se hiciese dél espantosa justicia; mas con la cara muy serena, oyendo lo que el Ochali le decía, respondió y particularmente le refirió cómo todo el caso pasara y las causas y razones que a ello le movieron, viéndose tan desesperado con la maldad, crueldad y poca fe del bárbaro su patrón, suplicando a su alteza no se espantase si después de tanto mal tratamiento perdiera la paciencia y le fuera necesario que llegase a tales términos, y que si mereciese la muerte hiciese lo que más le pareciese, porque para todo estaba mucho de antes aparejado. Quedó maravillado el Ochali del semblante y constancia del cristiano y de cómo proponía su causa sin temor de la muerte. Y parando un rato estuvo suspenso considerando el caso y mostrando que no se sabía determinar qué hiciese; pero fueron luego tantas las voces y los gritos de los turcos, de los cuales algunos eran amigos del muerto, que sentenció (por no los desagradar y más en un caso tan horrendo y de esclavo cristiano) que con una maza de hierro (como se acostumbra entre ellos) le rompiesen todos los miembros, como brazos, piernas, espaldas y costillas, y que desta manera le dexasen allí en mitad de la calle, que va de la aduana hacia el baño de los esclavos del Aluchali, para que con el tormento acabase de morir penando y los esclavos cristianos con mirarle escarmentasen. Así se hizo luego, y me dixeron los que le vieron que no sólo sufrió todo con muy gran fortaleza de ánimo, pero también con muy singular devoción, alzando los ojos al cielo y llamando de continuo por Jesús y santa María. Desta suerte le dexaron en aquella calle tendido, más muerto que vivo, no osando llegarse alguno a él ni hablarle, porque le darían a él aquel mismo género de muerte y castigo. Y cuando muy de

mañana se abrió el baño do estaban los cristianos, los primeros que salieron al trabajo le hallaron casi junto con la puerta del dicho baño tendido, ya muerto y helado, habiendo de aquel lugar hasta do le rompieron los huesos y dexaron para morir un buen tiro, que aun casi muerto no le faltó de noche ánimo para acostarse como pudo, revolcando hasta do sus hermanos y amigos cristianos estaban, los cuales, queriéndole enterrar, a la mañana mandó el Ochali echar en el campo a los perros y aves. *Sosa*, Extraño caso por cierto, y no menos espantoso que el que escriben y cuentan del esforzado Mucio Scevola Romano, el cual, preso del rey de Porsena, confesó muy llanamente y sin temor que era muy gran verdad que no viniera a su campo (que tenía sobre Roma) a otra cosa sino a matarle a puñaladas, y porque entendiese su esfuerzo cuánto era, sufrió quemar la mano y sus carnes en la llama de una hacha; pero fué en esto más dichoso, que conocido de Porsena su gran esfuerzo y valor, no sólo le perdonó su gran atrevimiento y haber delante de sus ojos, y a su lado, y en su tienda, muerto a un privado suyo, pensando que mataba al mismo Porsena, más aún, le hizo libre; y por su causa levantó el sitio y dejó de tomar a Roma. Mas dexado esto aparte, puedo con verdad decir que es tan común entre estos bárbaros esta maldad y malicia de burlarse de los cautivos y de todos los cristianos, no les guardando la fe ni palabra, que hubiera más de dos pares de cautivos después que estamos en Argel, los cuales, según se han visto desesperados y que ni hay razón ni justicia para con ellos, hubieran hecho otro que tanto si la gracia del Señor, primeramente, y después los buenos consejos de algún amigo, no los hubiera quietado. *Antonio*. Bien creo esto, y si acaeciese de nada me maravillaría; porque, en verdad, en un caso como ése y para saber gobernarse y tratar con una tan bestial, tan bárbara, y irra-

Mucio Sce-  
vola.

Rey Por-  
sena.

cional gente, ninguna discreción ni prudencia humana basta si la gracia y luz del Señor no le alumbra y favorece. Bienaventurado por cierto y dichoso infinitamente el que con la vida escapa de las manos destos lobos carniceros, aunque les dexen en las uñas toda la lana y pellejo, no es menos sino que son muy grandes y muy graves los pecados por los cuales uno de nosotros merece que de tal suerte con tal rigor le dé a gustar Dios y a beber desta tan amarga hiel. ¡Oh libertad, oh libertad! ¡Y cuán poco estimada o conocida de los hombres! ¡Oh triste y desventurada esclavitud! ¡Oh cuánto fuera mejor haber perdido mil vidas y tragado otras tantas muertes, y aun ser comido y tragado de los peces en esta balsa y temerosa mar que no gustarte! Y por tu causa pasar cada hora y momento tan gran número de miserias, de trabajos, de aflicciones, de formentos y martirios que padece un esclavo, y que de continuo deshacen sus entrañas y corazón. ¡Oh muerte! ¡Oh muerte! Cuán dulce y agradable sucedes a tan grandes amarguras. ¡Oh y cómo en la verdad eres sueño y descanso para mi triste corazón, que tan triste y cansado vive! Llore y llámese desdichado y mal afortunado aquel que en las cosas de la tierra tiene fiucia y su contento, porque cuando más descuidado está y más vive a su gusto y en reposo, tú das del puntapié a las puertas de su casa; y no te estorban las torres y los grandes edificios, que no entres y echas todo por tierra. Pero el pobre y mezquino cautivo, tan ajeno de consuelo, tan deshecho con los trabajos y tan cansado de los martirios que padece, y con los cuales cada hora y momento le amenazas cruelmente, dichoso se puede llamar cuando con tu llegada se acaban estos temores y libras de tantos males. *Sosa.* Ta, ta, no pase más adelante con nuestras lamentaciones ni penséis que en tan pocas cosas como son las que diximos, y habemos concluído y de todo rematado los trabajos y miserias que

acompañan este tan triste estado; infinito es lo restante y de mayor importancia y calidad (sin ninguna comparación) lo que queda por decir que cuanto habemos tocado y tratado del cautiverio; porque si bien advertisteis no hicimos hasta ahora (en todo lo que diximos) mención más que de los trabajos del cuerpo o que dél traen su principio y origen, los cuales, aunque el alma misma es aquélla que propiamente lo siente y padece por ser fuente de do todo sentimiento y dolor nace; pero porque el cuerpo es el primero que recibe el encuentro dellos no se dicen males propiamente y particulares del alma (como otros que a ella sólo tocan en el vivo y dan en el centro de sus entrañas). El número déstos (y de aquéllos, que en sí son más terribles que los otros) es tan grande que espanta, y tanto que, para tratar solamente de algunos y decir, no lo que se puede, mas parte solamente y algo de lo que es más ordinario, sería imposible hallar fin a nuestra plática o poderlo decir ahora. *Antonio*. Bueno sería que habiendo comenzado quedase esto imperfecto; es necesario dar los colores postreros (como dicen) a la obra y poner en perfección la imagen deste triste cautiverio. *Sosa*. Eso había de ser de otra mano y de más excelente maestro en este arte de lo que Zeusis, Fidias, Parrasio y Apeles fueron en la suya. Porque si estos tales fuesen tan extramados en la arte de pintar y escultura, y esforzándose todo lo que humanamente era posible por llegar con sus obras a la perfección de la naturaleza que imitaban, con todo quedaban mucho atrás y confesaban que todo cuanto hacían era manco, falto, imperfecto; y, por eso, el Apeles, cuando en sus obras ponía su nombre, no osaba decir Apeles hizo esto, mas Apeles lo hacía; significando que aquello solamente era como un rudo modelo de lo que deseaba hacer, ¿cómo será posible que un negocio como éste y siendo el cautiverio tan abundante y copioso de tantas suertes de

Zeusis.  
Phidias. Parrasio. Apeles.

males (y éstos tan terribles y espantosos), y las miserias dél, dolores y aflicciones, angustias y martirios, tantos, tan varios, tan diversos y tan grandes, pueda yo con mi poco saber representar todo esto de tan vivos colores y al natural por muy mucho que me esfuerce? Pero por satisfacer como pudiese a lo que al principio prometí de hacer lo que mandáis, será desta manera: que diré alguna cosa de los muchos y muy grandes dolores interiores que la alma de un cautivo padece viéndose en un tan desdichado estado; lo que todo será un borrón y imperfecto rascuño de lo que se podía decir; y servirá solamente para que dese poco podáis juzgar qué tales son los tormentos de la alma de un desdichado cautivo. *Antonio*. No dudo yo que en esa parte debe de haber mucho más de lo que echamos de ver, y que por falta de entenderlo no conocemos la mayor parte y más importante de nuestra mala suerte y desventura. Y, por tanto, decid, decid, que si hasta ahora os he oído con atención y particular gusto, mucho más será ahora tratando de cosas en que tanto más nos va, cuanto más tienen su asiento en el interior de nuestra alma y corazón.

#### DIVISIÓN DÉCIMOSEXTA

*Sosa*. Quiero, pues, comenzar por aquí; entre todas las miserias del espíritu y del alma que padece un cautivo, la que se ofrece primero es aquella profunda, terrible y continua desconsolación que en todos sus trabajos le acompaña, la cual, a mi juicio, es uno de los mayores y más notables tormentos que un hombre de carne puede sentir. Y porque se entienda mejor lo que quiero en esto decir, habéis de saber que el deseo y amor natural (que la Naturaleza plantó en cada cosa para que procure su bien y conservación natural) es causa de

Tormentos  
espirituales  
de un cautivo.

Amor natural.

- que vléndose en algún aprieto y necesidad busque luego (como puede) su remedio. Desta suerte suele el ciervo herido de la saeta correr luego a las fuentes de frescas aguas, porque en ellas está el remedio de sus llagas; y el león fiero, indómito, que se ve herido, acostumbra también buscar con diligencia al hombre para que le sane, y, encontrando con él, con muestras de gran humildad extiende luego la mano o muestra la herida que le duele, demandando (como puede) le socorra y le ayude. Desta manera acaeció al Androdo Daco en los desiertos de Africa, como escribe Aulo Gelio. Y también Amentor, siracusano, cuya historia tenían los siracusanos maravillosamente pintada en una tabla, que Plinio celebra por una de las más raras pinturas y obras más señaladas y más excelentes que desta arte hubo en el mundo. Desta manera la golondrina, cuando se siente enferma de los ojos o que están ciegos sus hijuelos, busca la hierba hinojo o celidonia, de por instinto natural conoce que está el remedio de aquel mal. Lo mismo hacen las avezuelas y paxaritos del cielo cuando se ven aquexadas del halcón o gavilán que al momento se abaten y a gran priesa se meten en las manos de los hombres o debaxo de sus haldas. Porque la Naturaleza les dice que hallarán en los hombres piadoso amparo y defensa. Desta manera, cuando el elefante ha comido el camaleón (que debaxo de las hierbas y con el olor que dellas toma le engaña y para él es muy dañosa ponzoña), al punto busca la oliva salvática, la cual comida al punto le sana. Desta manera el oso, que comió de la mandrágora (que le es mortal veneno) come luego de las hormigas que le guarecen. También la tortuga, si come de alguna serpiente busca luego el orégano, porque en comiéndole sana. Y como digo destes animales dijera lo mismo de otros infinitos. Pues de la misma manera, cuando un alma se siente con angustia y aflicción, revuelve luego los ojos para buscar
- Propiedad del Ciervo. León.
- Gelius libr. 5. ca. 14 & lib. 5.
- Appianus de egyptia cuius.
- Plinius li. 8. c. 16.
- Golondrina.
- Paxaritos.
- Elefante.
- Oso.
- Tortuga.
- Alma.

do tenga algún abrigo, remedio y consolación, y para esto no sólo la fe que Dios nos dió, pero la misma naturaleza le muestra que alce sus ojos al cielo de do nos viene la ayuda y el favor, porque allá está el que se compadece de nuestras culpas, sana de nuestras enfermedades y nos libra de la muerte; y a los que confían en él de voluntad y corazón rodea de piedades y misericordias, y con ricos e infinitos bienes harta nuestro deseo y hambre. Recibida, pues, una alma afligida y angustiada so las alas del Señor y de su amparo, es inmenso el gozo y contento que tiene y gusta, como aquella que topó con la vena natural y fuente abundantísima de todo bien, y llegó al centro y reposo de sus deseos. Pues la seguridad, el ánimo y la confianza que recibe es tan grande que osa decir con David y muy segura: el Señor es defensor de mi vida, ¿a quién temeré yo? La causa desto es la gracia que Dios luego le da, la cual, como bien dixo Santo Tomás, aunque mínima y en muy pequeño, es en cierta manera de infinita virtud, porque siendo, como es, una participación del ser y naturaleza divina (como dice el apóstol San Pedro), es lo también del infinito poder de Dios y, por tanto, hace que un hombre, aunque de carne flaca, sea omnipotente, como San Pablo sentía de sí mismo, cuando decía: para todo soy poderoso en aquel que me conforta. Al contrario, si una alma desdichada acogiéndose a su Dios no halla este abrigo y favor, y como a otro Caín la desecha y aparte de su presencia, ¿qué asombrosamientos y qué angustias padeció el desventurado Caín, que se pueden comparar con los que en tal caso siente la infelice y desconsolada alma? Luego a dos pasos dan con ella aquellas infernales furias, temor, desconfianza, tristeza, las cuales como crueles verdugos enemigos la persiguen, perturban y deshacen con tormentos sin ninguna piedad. Porque en ver que Dios la deshecha y no la quiere mirar, ne-

Psalm 120.

Psalm 102.

Psalm 26.

S. Tho. I. 2.

S. Pet Can.  
I. c. I.

A d Philip.  
ca. 4.

Gen. cap. 4.

Nota.

césariamente imagina luego que debe estar con ella desgustado, y, por tanto, se le representa todo enojado, todo lleno de cólera indignado, y de ira inflamado. Y desta imaginación queda la alma asombrada y tiembla toda de temor grandísimo, recelando no cargue Dios sobre ella la furia de su ira, con que la destruya y consuma. Porque con ser David quien era decía: apartastes Señor de mi vuestros ojos y cara, y luego quedé conturbado. Y como esta novedad no puede ser sin alguna causa, y ésta no otra que las culpas y pecados con que Dios es ofendido, suele esta imaginación en los flacos y pusilánimes (si Dios no los previene con su gracia) causar una cierta desconfianza, dudando si la volverá a mirar Dios, y si habrá perdón cierto de las culpas con que le enojó y ofendió; como si no fuese tan cierto y tan experimentado, que cuando más airado se acuerda de sus misericordias. Tras esto viene luego un interior descontento, que poco a poco se va haciendo una muy grande y profunda tristeza que la entorpece, la quita todo gusto interior, la va gastando, secando y consumiendo hasta que la mata y ahoga del todo. Y al último (si Dios no vuelve por ella y la socorre) estas tres furias y crueles verdugos, temor, desconfianza y tristeza, la llevan al despeñadero y la entregan a la desesperación y a otro más terrible y más temeroso mal, porque ésta la persuade que ya no tiene remedio y que en Dios no hay misericordia, no piedad, no compasión, no bondad, ni aún ser Dios el mismo Dios que es y siempre fué. Desta manera se vuelve la desventurada alma loca, desatinada, sin juicio y tan trastornada, que en comparación desto es muy poco lo que fingen los poetas de Autonoe y Agaue, tía y madre de Penteo, Rey de Tebas; ni lo que dicen de Licurgo, Rey de Tracia, ni de otros llenos del espíritu de las furias, y, por tanto, no mirando lo que hace, al último se despeña, y viva se arroja en el

Psalm. 28.

Habacuc.

c. 3.

Poetae ponunt. 3. Furias. Alecto. Thesiphon. Megæra.

Ovid. lib. 4

de tristibus.

Enel. lib. 7.

Latantius,

lib. 6. de vero

cultu.

Lucan. lib.

I. & horat.

lib. 2.

Sermonum.

Ovid. lib. in

ibi.

Virg. 3. Ene-

id. de areste.

Ovid. 6. fas-

torum.



infierno. El santo Iob, aunque no llegó a tales términos, porque era varón simple, justo, recto, y en todo santo y muy allegado a Dios; pero cuando en sus trabajos (con que era probado) vido que Dios le negaba los acostumbrados favores y que parecía no le querer mirar, el sentimiento desto le hizo olvidar todos los otros dolores, aunque terribles, que sentía en su alma y en su cuerpo, y haciendo solamente desto caso, daba voces y decía: Llamo señor con clamores, ¿no me oís? Aposta me pongo delante vuestros ojos y ni mirar, ¿no me queréis? Extraña mudanza es ésta, que de padre piadoso y de amigo tan bueno, como siempre me fuistes, ahora os volvistes contra mi cruel enemigo y con duras manos (que antes solían ser tan piadosas en derramar abundante copia de consolaciones) ahora me contrariáis. Pues el mayor tormento de cuantos padeció aquella santísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, éste fué que en medio de sus trabajos se vió desamparada y sin favor del Padre eterno. Y, por tanto, fué forzada a romper en aquellas tan dolorosas palabras. Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me desamparaste?; a nuestro propósito, pues. No me negaréis siendo cosa tan manifiesta que este mesmo desdeño, este desamparo, este olvidar de Dios, este hacer que no ve, no sea la más ordinaria cosa y que más cotidianamente siente y experimenta un desdichado cautivo en todo su cautiverio, porque con andar rodeado de un número infinito de males y tormentos, como diximos, y que necesariamente acompañan este tan triste y desventurado estado, y padeciendo todo esto tan continuamente, que una hora ni momento no reposa, y no siendo esto limitado por algunos días, semanas, meses o años, sino que infinitos vemos en Argel y se hallan otros muchos y sin número por toda esta Berbería y por Turquía que llevan esta tan difícil carga muy largo tiempo y años; y que los cautivan

Plin lib. 34.  
c. 24 de atama.

D. Profed.  
lib. 3. de Ate-  
mæon. Job  
cap. 1.

Matf. c. 27.

- muchachos y aun vienen aquí niños y en la infelice esclavitud encanecen sus barbas y se hacen viejos decrepitos. Al cabo de tantos trabajos y de aflicciones tan grandes y de tantos tiempos los veréis tan sin remedio, tan sin consolación, tan desamparados de todos y tan sin bien alguno, como si por ellos solos se dijera aquello del psalmo de David, como los
- Psalmos 87.** llagados de mortales heridas, ya sin remedio ni esperanza, que duermen en los sepulcros, de los cuales, tú, Señor, no te acuerdas, y son ya de tu mano desechados. De manera que con haber Dios para todos y para todo, aunque mínimo, vil y muy baxo, y siendo de tan general y tan inmensa providencia que hasta los gusanillos pobres remedia y ampara, y
- Psalmos 144.** abriendo su mano hinche todo animal de bendición, para solo el mal afortunado cautivo parece que no hay Dios; tan olvidado está, tan desamparado anda y vive tan sin remedio, y como si él sólo fuese el que no merece se tenga cuenta con él como indigno y de todos reprobado. Pues esto no puede (a lo menos en todo) ser porque muy continuamente no llamen muchos por Dios y sus ojos no estén de llorar debilitados y enflaquecidos mirando siempre al cielo como otro
- Esai. ca. 38.** Ezequías. Por que ¿cuál cristiano hay que (cuando él no quisiese) los mismos trabajos no le fueren a hacer ésto? Pero (porque aun en esto se vea su triste suerte) cuanto más importuna los cielos con voces y suspiros, tanto parece más
- Jerem. ca. 3.** que el mismo Dios pone la nube delante, como dice Jeremías, porque no pase la oración que le mueva y a compasión le incline. Viéndose, pues, desta manera un cautivo, ¿qué sentirá su alma y su triste corazón? No hablo yo con los que siempre y en todo son regalados de Dios, ni saben más que estarse en sus casas muy contentos y muy ociosamente, porque ellos no me entenderán, sino con aquellos que alguna hora o bebieron deste cálix o gustaron a qué saben los trabajos. Si

un afligido corazón de un desconsolado cautivo se siente de todos, y aun de Dios tan olvidado, que dél sólo muestra no hacer caso ni cuenta; con la imaginación continua desto y con una aflicción como ésta, que de continuo le atormentan, ¿cuál se parará y a qué términos puede llegar? Que Dios tenga por empresa y por blasón de sus armas ayudador en las necesidades que ofrece liberalísimamente y de su propia voluntad su favor y gracia a los afligidos diciendo: llámame el día de la tribulación, porque yo te libraré y tú me alabarás; si a cada uno de nosotros dice: porque esperó en mí, yo le libraré, y porque conoció mi nombre yo le defenderé. Dió voces y clamores a mí; yo le oiré; con él estoy en la tribulación, y lo libraré y honraré y a la postre le daré muy largos años de vida y le mostraré a la clara mi salud. Y que también David de parte de Dios promete y nos certifica que no durará siempre el olvido del pobre, y la paciencia de los pobres que nunca jamás perecerá, y después con mucha alegría y confianza nos dice: Miren esto los pobres y alégrese de corazón. Buscad a Dios, y vuestra alma vivirá, porque el Señor oyó a los pobres y no despreció a los suyos que están encadenados. Es todo muy gran verdad, pero también esto es cierto que, todo al contrario deso, experimenta un triste y desventurado cautivo, y ninguno desos favores se mete jamás en su alma; mas antes importunando a Dios que no se alexe dél y ponga los ojos en su ayuda, se ve maltratado como si él sólo fuese el indigno de todas sus misericordias. Y siendo esto así (como la experiencia nos muestra en muchos cada día y cada hora), ¿cómo será posible que en un corazón y en una alma desta suerte no resulte de todo esto un perpetuo tormento y una muy amarga y profunda desconsolación? ¿Es, por ventura, la fortaleza de un cautivo alguna fortaleza de duras piedras (como decía Job), o su carne es de bronce y de metal? Cómo. ¿Y todo

Psalmo 9.

Psalmo 46.

Psalmo 90.

Psalmo 9.

Psalmo 68.

Psalmo 70.

Job. c. 6.

- Esai cap. hombre no es de carne? ¿Y toda carne no es seno? Toda su gloria no es como la flor del campo que basta cualquiera calor para del todo secarla y destruirla? ¿Pues que parte será un cautivo para en un desamparo tan manifiesto de Dios y en falta tan grande de su favor (que es sólo su remedio) poder conservarse en un perpetuo ser sin moverse ni ser vencido del dolor y aflicción? No digo yo que la fe cristiana no muestre y enseñe a un cautivo que es bueno esperar la salud del Señor
- Tren. cap. en silencio y callando, ni niego que hay muchos que conocen  
3. que éstos son los toques con que Dios prueba los quilates de su valor y que ésta es la disciplina de la paz, pues todo padecido con paciencia y perseverancia para en segurísima paz con Dios, y que finalmente se ha de sembrar con lágrimas
- Esai. ca 53. para coger con alegría. Pero ¿quién puede ser tan perfecto que de un vuelo llegue luego a tan alta y tan grande perfección? ¿Cuántas invernadas de aguas y qué hielos tan crueles pasa el pobre labrador antes que vea el fruto en la era? Y un cautivo cuántas veces comerá de aquel amargo pan de axenxos y a beber abundantemente de aquella agua de hiel que Dios da a beber a sus mayores amigos primero que llegue a este paradero deseado. *Antonio*. En cosa tan manifiesta excusado es poner duda, dado caso que el sentimiento y la impresión que los trabajos desta mísera esclavitud suelen causar no es de una misma manera en todos, mas conforme a la condición de cada uno, y cómo es el ánimo para pasarlos y el juicio que los juzga y estima. Pero ninguno (por de baxo juicio ser y consideración que sea) es tan insensible que, viéndose desfavorecido de Dios y como olvidado dél, esto sólo no le sea uno de los más terribles dolores que en el mundo puede ser; y ¿qué aprovecha todo lo demás si esto falta? O ¿de dónde se puede esperar remedio si no es de sólo Dios? *Sosa*. Pues aún otra cosa más hay en esto y que aumenta al dolor de un cautivo en

gran manera. Que viéndose tan desfavorecido de Dios y desechado, con sus ojos ve, por otra parte (y no puede dexar de verlo), que a los infieles, a los que profesan ser sus enemigos, a los que blasfeman de Dios, a los que ponen su boca en el cielo, a los que andan vestidos de impiedad, cuyos pecados nacen y salen afuera de la gordura grande de maldad de sus entrañas, que sin vergüenza y a voces osan decir que no hay Dios en el cielo, que no hay Cristo, que es burla Trinidad ni que Dios tenga algún hijo; a estos tales ve que Dios, no solamente los sufre, pero que los harta, que los regala, que los favorece, que los prospera. Ve que viven en toda paz, que no se tiene respeto a que mueran, sino que viven largos años y con salud; que sus llagas no permanecen, mas duran poquísimo; que ninguna parte tienen en los trabajos de los hombres, ni con ellos son azotados; que los hijos éstos se multiplican y nacen como los hermosos pimpollos de las plantas cuando brotan. Sus hijas andan compuestas y adornadas como están los templos en grandes y regocijadas fiestas; sus magazenes llenos abundantísimamente de toda suerte de bienes que no caben; finalmente, con toda felicidad del mundo y de la tierra, triunfando cada día de toda la Cristiandad y cargados de sus despojos y riquezas. ¿Quién será, pues, el que ve esto, y que Dios tan desigualmente reparte con los que conocen y alaban su santo nombre, que este pensamiento y consideración no le inquiete, desconsuele y aflija sumamente? Y dado caso que, en efeto y realmente, es muy grande temeridad y una presunción muy necia querer contender en juicio con Dios o querer entender sus pensamientos, regular sus juicios, ser su consejero y enmendar lo que él hace; ¿quién de cuantos somos flacos y para poco puede luego así irse a la mano y atajar el pensamiento para que no forme luego aquella antigua quexa con Dios y de tantos réplica?

Psalmo 72.

Psalmo 72.

Psalmo 143.

Iere. ca 12.

- Abacuc. c. I. ¿Hasta cuándo Señor llamaré y no me oiréis? ¿Daré voces siendo trabajado y no me libraréis? ¿Por qué, Señor, me mostraste una maldad y trabajo como éste, que me veo robado y tratado injustamente? ¿Por qué, Señor, estáis mirando los que
- Jerem. c. 12. desprecian vuestra santa Ley y nombre, y calláis? ¿Dando el impío de coces al que es mejor que no él? ¿Por qué el camino de los malos es prosperado y se están a placer los prevaricadores y que hacen malas obras? Plantásteslos, Señor, y echaron luego raíces, crecen y hacen fruto. ¿Cuántos santos hubo en el mundo que (por grande que fuese su gracia y perfición) este mismo pensamiento los inquietó y publicaron
- Job. cap. 21. a voces las mismas quejas? David, varón santísimo y cual deseaba el corazón de Dios que fuese un justo, llanamente confiesa que sintió su alma tan grande alteración considerando esto, que ya sus pies resbalaban y estuvo a punto para caer. ¿Pues cuánto más será en un pobre cautivo pecador? Diga cada uno lo que quisiere, no son estas cosas tan fáciles que un corazón humano y de carne las pueda desimular que primero no le cansen y fatiguen terriblemente. *Antonio.* Aún el poeta (y con razón) llamó dolor de los ojos el favor y regalo que delante y en presencia se hace al enemigo. ¿Pues cuánto más lo serán tantos y tan grandes favores y hechos a tantos y tan perversos enemigos? *Sosa.* Pues más habéis de considerar que tras estos pensamientos tan molestos luego nacen otros de varios y muy grandes tormentos, que a no estar un corazón humano muy asido de Dios, amparado de su gracia y fundado muy de veras en la firme y estable fe de Jesucristo Señor nuestro, tan furiosos son estos vientos y tan peligrosas estas tempestades, que por alta y grande que sea la torre a poco tiempo cae en tierra, como hemos visto a muchos, porque viendo un cautivo cómo Dios tan olvidado se muestra para él y tan favorable a sus propios enemigos, su
- Terent. in Phormione. Scena última.

flaqueza humana luego le hace pensar, y aun a muchos dudar, si hay Dios. Y si le hay, ¿qué providencia es la suya, con qué gobierna las cosas humanas? Y ya que las gobierne, ¿en qué razón cabe que dexé tan continuo afligir, robar, destruir y asolar la Cristiandad? Y como muchos son hombres animales, que ni entienden ni gustan las cosas de Dios, halla luego el demonio, que de continuo anda rodeando como bramoso león, deseando hallar a quien trague en ellos, y entrada para otros pensamientos blasfemos y aun para otras dudas muy graves cerca de nuestra santísima fe. Porque tras esto, poco a poco ponen duda si la religión cristiana es la buena y si nuestra santa fe es verdadera. Y si es posible que los moros vayan errados. Y por qué se ha de creer y decir que se vayan al infierno tantas gentes. Y solos los cristianos cometen estas y otras tales blasfemias, que es lástima y dolor oírles, como cada día me acaece con ellos, sin poderlos reducir ni aun quietar, hasta que desta manera se vienen hacer moros y turcos. Y aun tras esto (porque se entienda la infelicidad grande de un desdichado cautivo) que por muy indignado que Dios se mostró contra su pueblo los hijos de Israel, por las muchas abominaciones que hicieron y muy grandes ofensas que cometieron en desprecio de su nombre y aunque por esta causa los entregó en manos de sus mortales enemigos, que los llevaron (como diximos) cautivos a tierras extrañas de Asiria y Babilonia, con todo nunca sufrieron sus entrañas que del todo los desamparase ni dexase de consolar y animar continuamente por sus profetas, los cuales jamás les faltaron en todos los setenta años de su cautiverio. Y así, con favor y consolación tan grande como ésta, más era aquel cautiverio un regalado destierro que no trabajosa esclavitud. Porque siendo la palabra de Dios (como es) aquel pan del cielo que tan grandes fuerzas dió a Helías, que sin trabajo ni cansancio caminó has-

Math. c. 7.

Joan. ca 6.  
3. Reg. 19.

- Joan. ca. 4. ta el monte de Dios Oreb, y siendo aguas vivas que manan  
2. Reg. 23. del pecho divino que quien las bebe no siente más sed, porque  
son más frescas que las de la cisterna de Bethlem, y siendo  
Reg. 14. dulcísima miel que a quien la gusta abre los ojos y le da más  
Luc. ca 24. aliento que no aquella que gustó Jonatás persiguiendo los  
filisteos, y siendo fuego que enciende los corazones humanos  
en amor de Dios, como lo sentían en sí mismos los discípulos  
que iban para Emaus, y siendo el mismo contento, alegría y  
Jerem. ca. 5. gozo del corazón, como lo experimentaba el buen Jeremías.  
Y, finalmente, siendo la que propiamente da espíritu y vida  
eterna, como decía San Pedro, y la que resucita los muertos  
Joan. ca. 6. como nuestro Redentor lo certifica, ¿quién con tan buena provi-  
sión y con regalo tan grande y con favores tan particulares  
podía sentir trabajos ni cautiverio? Sola esclavitud del des-  
dichado cristiano de Argel es dura esclavitud, y aquélla en la  
cual todo eso falta y adonde ni hay profetas de Dios ni quien  
trate de su doctrina, ni aun quien anime y consuele a tantos  
corazones tan afligidos y desconsolados. *Antonio.* Hay una  
cosa que (cuando más no fuese) por sí solo basta abrir los  
ojos y darnos a entender a la clara la gravedad de nuestras  
culpas que aquí nos ha traído, y cuán indignado debe estar  
Dios contra nosotros, pues nos niega en esta esclavitud lo  
que en otras no negó a sus grandes enemigos, y, en efecto,  
nos tiene por indignos que comamos de las migajas que caen  
de su mesa. Y ésta debe ser la causa y no otra, porque si  
acaso viene a esta verdaderamente barbaría algún sacerdote  
ministro suyo con cuya doctrina se podía dar de beber aguas  
del cielo a estas ovejas de Cristo tan derramadas y de sed  
tan afligidas, a ese tal luego vemos que permite le sotierren  
en las mazmorras y baños y le carguen más que a otros de  
cruelles hierros y cadenas. Ahí tiene en su baño este bárbaro  
rey Asan lo que jamás se ha visto: más de treinta sacerdo-



tes, hombres casi todos principales, clérigos y religiosos de varias ordenes, y muchos dellos doctores y maestros doctísimos en teología, así españoles como italianos, la mayor parte de los cuales cautivaron este verano y el otro. Y con cuya doctrina abundantísima y excelente, no sólo Argel, pero toda barbaría se podría regar y recibir luz verdadera, mas como los tiene este tirano cruel encerrados, cargados de hierros, apaleados, hambrientos, encogidos, atribulados, llenos de temores y miserias. De manera que apenas tienen vida, cuanto más poder para aprovechar ni ser buenos para otros. *Sosa*. No pueden hacer los impíos palestinos enemigos del pueblo de Dios sino lo que es de su costumbre. Cegaron antiguamente con gran envidia y odio los pozos de aguas dulces que los santos patriarcas Abraham y su hijo Isaac habían cavado y abierto, y ahora lo mesmo hacen también a los de Cristo, llenos de aguas más abundantes y más claras que cuantas hubo en la tierra con que hartar sus ovejas. Y, por tanto, ordenando esto así Dios y faltando estas aguas vivas del cielo, ¿cómo es posible que no anden los cristianos cautivos, secos, mirriados y sin consolación alguna? Y si falta quien reparta el pan bendito de Cristo a los que están en desierto como estén hambrientos, ¿cómo es posible que no desmayen sus corazones? Y si jamás gustan la dulzura de la miel divina, ¿qué aliento ni qué fuerzas podrán tener? Y si no hay fuego con que calentarse, ¿cómo en todas sus obras y en todo amor de Dios, no andarán siempre fríos y helados? Y si la verdadera alegría, que es la palabra de Dios, les falta, ¿cómo queréis que no anden tristes? Y, finalmente, hallándose sin vida y sin espíritu, ¿cómo no han de caer muertos en el medio desas plazas renegando públicamente de Cristo y de su santo nombre y exhalando sus ánimas en los brazos de sus propias madres y a los ojos de sus hermanos y amigos? *Antonio*,

Año Domini, 1578.

Gen. ca. 21.  
& cap. 26.

Joan. ca. 6.

- ¡Oh, Dios! ¿Y cuánto más vemos deso por experiencia de lo que querríamos ver y más digno de llorarse que no cuanto vido Jeremías en Jerusalem y lloró con tantas lágrimas? *Sosa*, Pues aún no digo esto por sólo los muchachos mozos, vírgenes y doncellas cristianas, de los cuales todos vemos cada día infinito número (y no sin grandísimo dolor del alma), que como les falta lo mesmo y no hay quien les acuerde más aquel suavísimo y alegre nombre de Jesús, que antes sonaba tan continuo en sus orejas, fácilmente y en breve tiempo se olvidan del todo dél, y como les falta la leche de la santa y piadosa madre Iglesia que los regeneró y parió en Cristo, con cualesquiera amenazas o regalos les hacen luego tomar
- Jerem. ca. 2.
- Jerem. ca. 4.
- Daniel. c. 2.
- Psal. 136.
- las tetas destas monstruosas lamias, las cuales no están mucho en descubrir desvergonzadamente sus pechos, mas con la leche sucia y abominable con que crían sus cachorritos osan dar de mamar a los tiernos y delicados hijos de Dios. Pero hablando de los hombres robustos y mujeres ya grandes, a los cuales vimos con señales muy buenas y con muestras muy grandes de ánimo, fortaleza y constancia en la fe y virtudes cristianas, ¿cuántos dellos (en este tiempo que estamos en Argel y de quien vemos lo pensamos) por esta falta de la palabra de Dios y porque no hay quién los consuele con ella y anime, habemos visto desmayar con los trabajos y dar en el suelo con la carga? Van poco a poco menguando de valor y bondad, como los miembros de la estatua de Nabucodonosor, olvidando un día una virtud y otro día otra, y no haciendo desto caso al último parar en pies de bárbaro y en no tener firmeza y constancia en la Fe santa y amor de Dios. Principalmente que las voces y amonestaciones destes hijos de Edón son tan continuas y danse ellos tanta priesa en derribar y deshacer el edificio santo de Sión, morada de Dios, que no paran ni descansan, hasta que quitándole una vez una piedra y

otro día otra, y después otra, dan con todo en el suelo. Y juntando a esto que el mismo edificio de su propia naturaleza es movedizo y continuamente bambalea, de manera que, aun sin poner mano ni fuerza, suelen caer las piedras por sí mismas si un poco se descuidan. No puede ser menos, sino que, perdiendo un día una buena costumbre o virtud y otro día otra, en muy pocos días llegan luego al fundamento y a la piedra angular, que es Cristo, a quien les hacen reprobado y renegar. Pues qué diré de tantos y tantos que, sin fuerza y de su propia voluntad, ellos mismos importunan a sus amos y patrones que los hagan turcos y moros, y así, sin saber lo que dexan ni entienden lo que toman y lo que hacen, se arrodillan delante de la bestia infernal de Mahoma, reciben su carácter circuncidándose y su nombre llamándose Mahamet, Alí, Morat, Solimán o Mostafa, y de hijos de Dios, y hermanos de Cristo, y herederos del cielo, se vuelven demonios del infierno, enemigos de Cristo y hijos del diablo; todo esto que lo causa sino la falta que diximos de la palabra de Dios y de su consolación, que los había de esforzar y animar a ser constantes.

*Antonio.* Oh, cuán más estrecha y particular cuenta han de dar a Dios aquellos a quien toca remediar males tan grandes, que es posible que el enemigo de los hombres sea tan atento y vigilante, y que el hambriento león bramando rodee por todas partes y busque a quién tragar, y trague a tantos cada hora y momento, y que no haya en toda la Cristiandad quien despierte y socorra a tantos millares de ánimas y mate tan gran incendio.

*Sosa.* Allá lo hayan, a su tiempo lo verán. Y prosiguiendo nuestra plática, lo que digo deste pan celestial digo también de los sacramentos de Cristo, que son las fuentes patentes y abiertas para la casa de Jacob, cuyas aguas no proceden de la mar ni nacen de las venas o cavernas de la tierra, mas del pecho divino y del mismo costado de Cristo

I. Cori. c. 3.  
ad. Eph. c. 2.

Apoc. 13.

Ad Rom. c.  
8. ad Galat.  
cap. 4.

S. Pet. I. ca.  
no. c. 5.

Zacha. c. 13.  
Eccles. c. 1.  
Arist. Met.  
lib. 2 Joan. c.  
13.

- Jesús, de donde primero manaron, cuya virtud es tan grande que al sucio más que toda suciedad y a todo abominable pecador limpian, lavan y refrescan. Estos son aquel famoso convite que aparejó Dios para todos en el monte de Sión, de manjares muy gruesos, de hermosas medulas, que engordan, engrasan y esfuerzan divinamente una alma. Convite de vendimia, limpia y de purísimos vinos sin ningunas heces, que alegran el corazón humano, que quitan todo desmayo y destiebran toda tristeza. Pero ¿quién (como diximos) aparejará esta tabla y pondrá en orden este convite? Y cuando así fuese que no falten los ministros, ¿qué de estorbos tiene un cautivo y qué de impedimentos le ponen, qué poco tiempo le dan, qué mala comodidad halla, y qué de ruegos le ha de costar y qué de importunaciones con su patrón, para siquiera oír misa y siquiera una vez en el año confesarse y comulgar? Viviendo, pues, desta manera muchos tiempos y largos años, ¿cómo no estará peor que la mirice del desierto, la cual nunca participa bien del cielo, y habita en sequedad y en tierra arenosa, a do ni hay gente ni habitación? Sentía gran tormento el santo rey
- Esa. c. 25.
- Jerem. c. 17.
- Psal. 142.
- Psal. 191.
- David y, alzando sus ojos al Cielo, hablando con Dios decía: ¿Está mi alma como la tierra sin agua y seca sin consolación? Oyme, Señor, y sea presto, porque mi espíritu ha desmayado y desfallecido. Y en otra parte decía que, porque se olvidó de comer su pan (que ordinariamente le enviaban), su corazón estaba seco y se había vuelto, como el seno, sin verdura, ni humor, ni provechoso para más que con él encender el fuego de los hornos. Pues si esto sentía David, santo justo y que tan allegado estaba a Dios, y no puede su alma (siendo tan rica de bienes) comportar que un momento le falten las consolaciones y favores de Dios, qué tal estará una alma de un cautivo y un corazón de un cristiano si jamás en largos años come su pan ni bebe el rocío y aguas del cielo que le han de consolar y sustentar.

DIVISIÓN DÉCIMOSÉPTIMA.

*Antonio.* Claro está que de todo eso no puede resultar otra cosa más cierta que la muerte. La cual aún fuera menos mal si fuera del cuerpo sólo y no del alma, que es la más triste y digna de llorar. *Sosa.* A esta desconsolación interior, espiritual, tan importante y tan grande, juntad otra que, aunque no sea de la misma especie y calidad, no se puede llamar pequeña y hace mucho a nuestro caso, porque cuando más no fuese, basta para que cause un gravísimo dolor, que es como una llaga y herida sobre otra. Decidme, ¿qué estado tan infelice hay en el mundo y tan desventurado en el cual no se halle un hombre con el cual otro desconsolado pueda descansar y recibir algún alivio? Y cuando más no pueda ser ni que halle un corazón atribulado otro remedio, ¿cómo es poco bien contar a otro sus males? En nuestro romance decimos discreta y propiamente que es dar parte de los trabajos descargándolos en quien los oye para que los ayude a llevar, y queréis comunicarlos con otro haciéndolos de propios comunes, y cuando a este tiempo se halla (por buena suerte) algún buen y fiel amigo con el cual como consigo mismo (como dice Marco Tulio) pueda tratar y manifieste su corazón, ¿es, por ventura, menos esto (como dice el Espíritu Santo) que un remedio y verdadera medicina de la vida y de la inmortalidad? Y cuando de una amistad buena no se saque otro fruto más que éste, es bien tan grande, que por sólo esto se había de dar todo precio y todo el bien del mundo por adquirir un buen amigo. Y así vemos que todos los buenos autores que nos debujaron algún sabio y prudente, siempre le dan algún fiel y buen amigo con quien converse, trate y comunique. Desta manera dice Homero que el Rey Agamenón tenía por amigo

M. Tulio,  
de Amicitia.  
Eccl. cap. 8.

Homerus.

Eurípides al sabio Nestor; y el poeta Eurípides que Creonte tenía a Tyresia; y Hesiodo que Júpiter tenía a Prometheo; y Virgilio que Eneas tenía a Acates; Oristes tuvo a Piladis y Nisio a Eriolo y Teosio a Pereto, amigos muy señalados, como lo cuenta Virgilio, Sofocles y otros, significándonos que esto era una gran parte y muy principal de su bien y felicidad. Pues este humano remedio, tan común y natural para los hombres, aún no le halla el desdichado captivo. No por que esté Argel tan falto de captivos y que por buena cuenta no se halle dellos ordinariamente cerca de 25.000 cristianos; ¿pero cómo será posible que un captivo se consuele con alguno de todos ellos, pues cada uno aumenta más su pena y dolor? No trato yo de los hijos, padres, hermanos, parientes y amigos (que son aquellos con los cuales la persona más ordinariamente y con mayor voluntad y con más gusto se consuela en sus trabajos, porque de veras se los ayudan a llorar), los cuales, si alguno aquí los tiene (que son muchos), no le sirven sino para doblado tormento y martirio. Mas digo de los demás, los cuales también nos son hermanos, pues Dios la unidad de la fe y el bautismo cristiano nos los ha dado por tales, ¿qué consolación se puede recibir en tratarlos ni en contarles nuestros males y miserias y oír las suyas, que no sea eso encender (como dicen) más el fuego y renovar más las llagas del alma y del corazón? *Antonio.* ¿De manera que sólo el triste captivo cristiano ha de ser aquél contra quien todos los males se conjuren y que viva tan ajeno de todo bien y tan desamparado de todos, que ni aun los más comunes favores y remedios naturales (que no faltan a los demás por muy pobres y abatidos que sean) falten a solo él? Triste suerte, por cierto, y más que desventurada. *Sosa.* Que sea verdad lo que digo vos mismo sed testigo, ¿por que cuáles son aquellos en los cuales un afligido cautivo puede hallar consolación, alivio

Virgilius.  
M. Tullo de  
de Amicitia.

25.000 chris-  
tianos capti-  
vos en Berber-  
ría.

Ad Eph. c. 4.

y descanso para sus males en Argel? ¿Pueden, por ventura, ser sus concautivos, con los cuales está en una misma casa, encerrado en un mismo aposento, padeciendo unas mismas miserias y atados a las mismas cadenas, sufriendo los mismos palos, recibiendo los mismos azotes y oyendo las mismas injurias y afrentas? Pues decidme ahora: ¿es posible que le consuelen los que ve continuamente llorar y romper el cielo con suspiros? ¿Cuál es el hombre tan ajeno de humanidad y de corazón tan de tigre o de fiero animal que le den contento las lágrimas, dolores y aflicciones de sus compañeros y amigos? Cómo, ¿no son comunes todas las cosas de los amigos (como dice el proverbio griego) que sean males o bienes? Pues ¿cuál es el bestial y sin juicio que no tenga en esta cuenta y entregue su corazón con muy particular amor y amistad al que tiene por compañero en las miserias y trabajos deste triste cautiverio? Más diréisme que no con éstos, sino con los de fuera recibirá consolación. Veamos, pues, cuáles pueden ser esos sus consoladores. ¿Serán, por ventura, aquellos cuyas dolorosas voces y gritos muy terribles, luego que pone el pie fuera de la puerta de su casa en la calle, oye retumbar con gran estruendo al son de los fieros azotes y duros palos con que los deshacen y atormentan? ¿O serán infinitos otros que hinchen y ocupan todas las calles por do va, cargados de grandes barriles de agua, de piedras, de mucha arena y cal, de pesados haces de leña, y otras cargas a cuestras arrastrando grandes y grosísimas cadenas, gimiendo y suspirando sobla carga tan difícil y pesada? La consolación que destos tales puede recibir es que la alma y el corazón se le rompe viéndolos desta manera y mirando con sus ojos como los turcos y moros despiadados les escupen en la cara en pasando, diciéndoles cien mil injurias, llamándolos *chupech*, *guedi*, *raspeni*, *manaora*, *chefuti*, *errangil*, *aramuzada*, *mansis*, *dinimánioch*, que

Proverbium  
amicorum  
omnia sunt  
communia  
erasmus in-  
chiliad.

quiere decir: perro, cornudo, perdido, efeminado, judío, puto, traidor, sin fee, sin creencia, dándoles de pescozones, puntapiés y reempuxones, y aun dándoles de bofetones los más vi- les mozos y rapaces, sin que osen responder ni aun volver la cara. Los zapateros de sus boticas les tiran con las suelas de los zapatos viejos, los sastres con los estropajos, los carpinteros con pedazos de palos, los herreros con los carbones y aun los carniceros con los pellejos y suciedad de las carnes. De manera que aquél se tiene por más dichoso que más los lastima y afrenta. ¿O si serán por ventura otros muy muchos que dende que amanece hasta la noche los llevan al trabajo (aunque estén enfermos y debilitados) envueltos en grandes cadenas y con gruesas traviesas a los pies, y que para alivio de sus trabajos incomportables llevan detrás de sí uno y dos crueles moros o negros guardianes que con pesados bastones en las manos los van aporreando y, sin ninguna piedad ni misericordia, moliendo los huesos a palos? Decidme, ¿qué cosa hay en todo esto que le dé algún alivio, refrigerio o contento? ¿O qué cristiano de todos éstos (aunque tantos tope) será aquél con quien pueda consolarse? Pues si a las plazas públicas llega, do a grandes voces y con público pregón se venden cada hora infinitos cristianos, tanto número de vírgenes y doncellas de toda edad y nación, tantos mancebos, mozos y niños, y rodeados todos de un gran número de lobos y leones que con tan grande gusto y contento hartan en ellos sus ojos carniceros y que venden y compran con tan admirable codicia, así para instrumentos de sus vicios bestiales, como para hacer renegar y para seminario desta cruel ladronara, ¿qué lágrimas le podrían bastar para llorar un mal y desventura tan grande? ¿Habría corazón de carne (aunque sea de un bárbaro, cuanto más de un cristiano) que pueda mirar esto y no se rompa y deshaga? ¿Pues qué entrañas comportarán viendo



juntamente con esto las tristes y desdichadas madres en extremo desconsoladas y afligidas, estar allí abrazadas con sus tiernos hijos, tanto más desdichados cuanto aún no conocen ni sienten su mal, colgando unos de los pechos, otros de los brazos y otros que como medrosos corderillos van asidos a las madres de las ropas y llorando que por todo ese zoco se venden? Si se parare un poco, verá luego que cuando ellas están más descuidadas viene uno de aquellos crueles lobos y les quita el que está asido a las haldas, y otro que le toma el que tiene por la mano, y otro que sin ningún respeto o piedad y a fuerza, le rebata al que tira por el pecho. Y así la triste madre (sin que le den algún espacio, aunque breve, para siquiera dar el último beso y abrazo a los que parió de sus entrañas) ve apartarlos de sí con tanta fuerza y crueldad, quedando como atónita y como una muda estatua, sin saber para donde vuelva sus ojos, ni si jamás volverá a ver las dulces prendas de su alma que ve para tantas partes llevar. Cómo, ¿y será posible que mirando esto se consuele? Antes al contrario, ¿que no se le vuelva el corazón más triste y más cargado que la misma noche oscura? *Antonio.* No más, por amor de Dios no tratemos desto; la representación sola de una sin piedad y lástima tan grande como esa me enternece de manera que hasta las orejas rehusan y no sufren más oír. ¿Veis ahí la razón porque en tres años que ha que estoy en Argel, y casi libre, tres veces solas he pasado por el Soco, y sólo porque no miren mis ojos cosa tan digna de compasión y de lágrimas? *Sosa.* Vaya, pues, esto más adelante y pregunte a las puertas de los baños o de las casas destos bárbaros por algún cristiano que conoce para poder hablar con él, y después de tantas dificultades que le ponen, tantas excusaciones que ellos fingen y tantas mentiras que os dicen, déxenle entrar allá dentro; las lindas esta-

tuas, las hermosas pinturas, los excelentes cuadros bien labrados o los nobles y ricos aderezos y alhajas de la casa, que convidan a los ojos a mirar, no son otros ni ellos los tienen, sino manadas y rebaños de pobres cristianos cargados de cadenas, de grillos y de traviesas, con que no pueden dar un paso ni moverse, si no fuere a gran trabajo, y casi todos revolcando por el suelo, y todos envueltos en unos rotos, sucios y muy viejos capotes de vil sayal y grueso herbaje, y muchos destos, caballeros, doctores, sacerdotes y hombres muy principales, gemiendo todos y suspirando, y tan desfigurados de la hambre, frío y mal tratamiento, que no les quedó más que la figura y semejanza de hombres. Pues ¿qué consolación podéis tomar con éstos, que tanto o más que vos están necesitados desa mesma consolación? Si no sois tan necio y tan inhumano que (conforme a lo que ignorantes suelen decir) tengáis por consolación ver a otros también penados, lo cual es muy ajeno de hombres cuerdos y de juicio y muy falso en corazones cristianos do habita caridad. De la misma manera déxenlos salir fuera de las puertas de la ciudad a la campaña; la verdura, la alegre vista, el gracioso aspecto que os puede recrear, es la de un número inmenso de infinitos cautivos cristianos de toda suerte, nación y edad, viejos, varones y mancebos, más espesos que hormigas que hinchen estos caminos, y no hacen sino ir y venir; de los cuales la consolación que recibiréis es que no podréis en manera alguna tener las lágrimas viéndolos tan fatigados, tan oprimidos, tan trabajados, y cargados todos a cuestras de azadas, azadones, hocinos y otros varios instrumentos rústicos del campo, con los cuales deshacen los montes, rompen las matas, tallan los árboles, arrancan palmas, cavan las viñas, cultivan los jardines y labran los campos día y noche, y éstos descalzos, con los pies abiertos y hendidos, desnudos y, cuando mucho, echado a cuestras un pedazo de su-

cio sayal viejo, que apenas les cubre las carnes, negras del sol, mirrados de la hambre y quebrantados del continuo trabajo, que parecen lemures esqueletos o ánimas y cuerpos desenterrados. Pues si mira a la mar o ve por él venir las galeotas cargadas de infinitos robos y presas, metidas en el hondo con el peso de grandísimas riquezas y de tantas ánimas cristianas que cautivaron y traen a este matadero de Satanás, o le veis cuajado y los puertos todos llenos de gran número de galeras, galeotas, bergantines y fragatas, pobladas de infinitos cristianos cautivos y atados a la cadena, que en todo tiempo del invierno y verano, de noche y de día, sin cesar, ni algún reposo, bogan de continuo al remo, muertos todos de una perpetua hambre y sed y con las espaldas todas abiertas con azotes y porrazos, cuya sangre tan liberalmente tiñen los bancos y riega abundantemente las cruxías, como diximos. Y si vais al muelle del puerto veréis allí también desembarcar cada día infinitos cristianos, que las galeotas y bergantines han cautivado y tomados de sus casas como huevos de los nidos, según dice Esaias; y éstos de toda suerte: hombres, mujeres, viejos, mancebos, mozos, y aun muchas y muy tiernas doncellas, vírgenes y niñas de teta. Allí veréis cómo se abrazan unos a otros, porque como venfan debaxo cubierta y repartidos por diversos navfos y baxeles no se habían visto ni hablado después que fueron tomados. Y veréis cómo allí se apartan los padres de los hijos y los hijos de los padres; cómo llora la pobre mujer que la apartan del marido y la desconsolada madre que le llevan los hijos y no sabe para dónde. Verlos a todos atónitos con mirar a tantos turcos y a tantos moros que concurren allí a mirar qué cautivos han venido, y como pasmados y abobados con la vista de Argel y de sus casas, torres y puerto que tienen delante los ojos y como atordidos y sin sentido. Porque se ven en Babilonia y

Esai. ca. 10.

en aquella ladronera de que en tierra de cristianos oyeran tantas veces decir, que era carnicería de los míseros cristianos. Dígame, pues, ahora, ¿qué consolación hallará aquí entre tantas causas y ocasiones tan grandes de lágrimas y dolor? Y si aun con todo esto no está desengañado, vuélvase a la otra parte de la marina (que nos quedan no más de todas las estaciones y lugares de Argel), en la cual verá muchos cristianos; mas veamos si son los consoladores que busca. Allí hallará un gran número de cautivos que a fuerza de sus hombros y brazos descargan mucha y gruesa madera o tablazón que con sus manos fueron a cortar a las montañas de Sargel o de Gegari. Allí hallará otro número de serradores que la sierran sin reposar de mañana hasta la noche. Allí hallará a otra parte muchos y muy diversos oficiales y muy buenos carpinteros que la labran y la ponen en perfección. Allí a otra parte verá no pocos que son singulares maestros y muy ingeniosos en hacer todo género de baxeles, y los verá muy solícitos en hacer trabajar los otros y enarbolar los baxeles y comenzar a ordenarlos. Allí verá un gran número de calafates que no cesan de calafetear y empegar los navíos. Allí hallará otro número de herreros que hacen infinita clavazón y muy muchos remolares que labran de continuo los remos. Item más, hallará allí muchos que hacen barriles y otros muchos que hacen velas, otros que entallan las popas de las galeras y galeotas, otros que sacan los baxeles en tierra, otros que los echan a la mar, otros que los empalman y otros que la pez y brea hacen cocer. Verá muchos que llevan carga a los baxeles, otros que embarcan municiones, otros que limpian los navíos, que los barren y los friegan; otros que con las gumeras gruesas los ponen a recaudo y bien amarrados. Verá muchos que meten las jarcias, componen las sogas, meten las antenas y ponen todos los navíos en orden, porque

todo esto cristianos cautivos y no otros lo hacen. Y, finalmente, si pasa más adelante, hallará muchos que de continuo hacen espadas, otros escopetas, otros pelotas, otros las flechas y arcos, otros que pistan y hacen pólvora y otros tuercen el algodón para cuerda. Y aun también verá a muchos que funden toda suerte de artillería de recio bronce y metal, otros que hacen infinitas balas de hierro colado, de plomo y de recias piedras para matar cristianos, y esto a todas las horas y momentos, que no cesan ni descansan. Pero querría saber yo ¿qué alivio y consolación podrá un cristiano de juicio y discurso mediano recibir y esperar viendo delante sus ojos tan varias cosas, de tantos artificios, tantos ingenios y tantas máquinas infernales para destruir la cristiandad, y que los hijos mismos que ella engendró son aquellos que los hacen y fabrican, labrando las armas a los filisteos para destruir al pueblo de Dios? Mas antes, por lo contrario, ¿cómo ésto no será bastante para que de muy alegre (si lo fuese) se ponga triste, mudo, atónito y espantado? *Antonio.* Y que otra razón no hubiese para que mirando y notando todo esto se vuelva en pura tristeza un cristiano corazón, ¿cómo y no basta que ve con tan gran ofensa de Dios y con perdición de sus almas tan manifiesta, ocupados tantos hombres, y hombres que son cristianos, en hacer las armas y los ingenios con que los enemigos de Dios destruyan su Iglesia, derriben, asuelen y pongan por tierra la morada de Dios y el santo monte de Sión? ¡Desdichados y más que infelices hijos que con su madre son de tal suerte crueles! Y cuánto más bien para ellos fuera perder antes la vida que no vencidos de un vil temor de algunos azotes o palos, ser la causa ellos mismos de tantos robos, tantas muertes, tantos asolamientos de pueblos, tantas mujeres viudas, tantos huérfanos sin padres, tantos mozos renegados y perderse tantos millares de

ánimas, como y al punto que faltasen cristianos oficiales en Argel y Berbería no habría galeras, galeotas, ni cosarios y ladrones por la mar, ni se harían las monstruosas ofensas de Dios que se hacen cada día. *Sosa*. Siendo, pues, eso ansí y que en ninguna de esas cosas, no sólo no se halla consolación, pero sobran las causas y razones de tristeza y dolor, y, en conclusión, si en todo Argel y en todas sus partes que andamos y en cuantas personas vemos no se puede hallar consolación y alivio, ¿do queréis que el triste cautivo le vaya a buscar? ¿O cómo será posible que en este cautiverio se halle si no es que le enviemos a esas casas de juego y públicas tabernas de Argel, a do confieso que hallará muy de continuo a muchos que se dicen y se llaman cristianos, pero todos ellos tan olvidados del nombre y ser de Cristo y de llorar sus pecados que son causa de su cautiverio, que no se juntan allí sino para jugar cartas y dados, y para emborracharse, blasfemar de Dios, renegar de los santos y hacer otros infinitos y muy enormes pecados, sin vergüenza de Dios y de los hombres y aun de los mismos turcos y moros, que no jurarán ni blasfemarán por cuanto hay en el mundo?; no hablo de que en todo el año no oyen misa ni se confiesan en quince y veinte años; que son cautivos porque viven tan olvidados de Dios y tan hechos a los vicios de los moros que se burlan de la misa y confesión, y si no fuese el vestido y la barreta que traen, otra cosa no se ve en que se conozcan ser cristianos. En tal gente, pues, como ésta y tan digna de llorar, ¿cómo el desconsolado cautivo hallará consolación y no, por el contrario (lo que sin duda es más cierto), ocasión y causa de más desconsolación? Principalmente como ellos (como vemos) tienen ya las entrañas y los corazones tan duros y tan agenos de humana piedad que se alegran con los buenos sucesos y prosperidad de los turcos y se burlan de los mezquinos que de nuevo traen cautivos. Y,

finalmente, fáltales ya tan poco para ser moros, que si sus amos los dexasen renegar y retajar lo recibirían ellos por merced particular, porque muchos dellos importunan por ello a sus amos, los cuales, por no excusarlos del remo, no los quieren permitir; y otros, aunque les den libertad, no se quieren ir de Argel a vivir en cristiandad, do no podrán vivir (como viven en Argel) en sus vicios y maldades, sin castigo ni temor, y aun otros venden las cartas de su franqueza y libertad porque tengan que beber y jugar. Pero dexando esto, sea esto la conclusión que sin duda es muy cierto no haber más triste estado ni hubo suerte más desdichada en el mundo que la del cautiverio que se pasa en Argel. Y, realmente, aquel a quien sus pecados trajeron a un trabajoso y miserable estado como éste, se puede con toda verdad decir que es él solo el desdichado, el desfavorecido, el olvidado, el desamparado, el de todos aborrecido, el que no tiene amigo ni conocido que de sus males y tormentos tan continuos (siquiera) se compadezca. De manera que su triste corazón arde vivo en llamas de continuo sin hallar alivio para tantas angustias y dolores. *Antonio.* Por cierto y sin duda así es; triste, dura, infelice y desventurada suerte. *Sosa.* Cuando Job se vió desta manera y que aun los amigos que le habían de consolar le eran molestos consoladores que despertaban más su tormento, y que Dios no respondía por él, como le había suplicado, mas antes parecía que ya dél se olvidaba, rompió en aquellas palabras tan graves y tan dignas de notar: «Pedazos me ha hecho Dios y rotpido todos mis huesos; y como blanco me ha puesto do todos sus tiros asesta. Rodeóme de sus lanzas y con ellas alanceó a mis lomos; ninguna piedad ha usado conmigo, mas cruelmente deramó por la tierra mis entrañas. Sobre una herida me dió otra, y con furioso ímpetu me encontró como si fuera de grande y muy furioso gigante».

Job. cap. 16.

Bien sabemos cuánta razón tuvo Job para decir esto; pero después dél, ¿quién con más justas causas podrá decir lo mismo que un triste y desamparado cautivo? Este es, sin duda, y con mucha verdad en quien, según parece, asesta continuamente Dios sus tiros. Este a quien no cesa de alancear de todas partes con duras y con crueles lanzas de trabajos. Este en quien descarga los duros golpes de sus manos. Este a quien sobre unas heridas añade otras y sobre unos tormentos multiplica otros. A éste rompe los huesos y derrama las entrañas por tierra, sin alguna piedad o misericordia que dél tengan; a éste encuentra cada hora y momento con muy recios encuentros y con tantas aflicciones, dolores y angustias, siendo él tan poca parte para poder con el peso destes trabajos tan grandes, como lo es un flaco hombre para poder resistir a un fortísimo gigante. Siendo, pues, desta manera, ¿qué suerte más desdichada puede haber que la suya, ni qué estado más infelice o más lleno de miserias? Y, por tanto, ¿más digno de compasión puede ser en todo el mundo que es éste en que vivimos? Este sí que es cautiverio y ésta se puede decir y llamar esclavitud. Esta sí que es hornaza de hierro diferente de aquella de Egipto, pues abrasa almas y cuerpos. Esta sí que es la fragua de vivos fuegos de cautiverio, do apura el Señor todo el oro y quita la escoria de la plata y estaño, como él amenazaba por el Profeta Esafas. Este sí que es el juego, y no de burla ni pasatiempo, de pelota, a la cual, en muy ancha y grande plaza, a placer y a buena fuerza, dan rechazos, sin que un punto repose, como decía Dios que había de hacer al soberbio Sobnan. Este sí que es beber del cáliz de la ira del Señor y del cáliz del sueño mortal hasta el fondo, y tragar hasta las heces como hacen los enemigos de Dios. Este sí que es ventear el trigo con el fuerte ventilabro y horquilla, echándole a todos vientos de trabajos y tentaciones y apar-

Deuter. c. 4.  
& Jer. c. 11.  
Esai. ca. 1.

Esai. c. 22.

Esai. ca. 51.

Jerem. c. 15.  
& Ezech. c. 5  
& c. 22.



tándole, a fuerza y a mal grado suyo, de la paja con que se cría. Esta sí que es la herida dada a manteniendo y con brazo de enemigo, y el castigo cruel con que decía Dios que castigaría la multitud de la maldad y la dureza del pecado. Esto sí que es el despojar de todos los bienes y dar de coces, como al lodo de las plazas, a la gente mentirosa, engañadora y pueblo del furor de Dios. Estas sí que son las lágrimas con que Dios decía que emborrachaba a Efebón y Elfale, sus enemigos y tan grandes pecadores. Estos sí que son los días de los dolores y desmayos, como de la mujer que está de parto, y en que se mirarán unos a otros como pasmados y sus caras parecerán como algunos rostros quemados. Este sí que es el peregrinaje y muy lejos de sus casas, por tierras de los bárbaros y estraños con que amenazaba Dios a Tiro. Esta sí que es aquella maldición grande que Dios echaba a su pueblo pecador: que le despojaría de toda heredad y serviría a sus mismos enemigos, y en tierras no sabidas ni conocidas. Este sí que es el viento solano que abrasa, con el cual derrama Dios a los malos delante sus enemigos; y el día y tiempo de perdición en que Dios nos muestra las espaldas y esconde su divina y graciosa cara. Este sí que es la aflicción que hace tinir las orejas, y con que queda un hombre como atordido, como Dios amenazaba a su pueblo. Esta sí que es la fregilera en que Nabucodonosor frigió a Sedequias y Acab, como dixo Jeremías. Este sí que es el trueque y el cambio tan desigual que Dios decía que haría, quitando a los malos la libertad, y la daría a la espada, a la peste, a la hambre y trabajos para que libremente los persiguiesen, como hacen a nosotros hoy día. Este sí que es el aguijón muy agudo y penetrando que Dios decía que dende el Aquilón enviaría a Egipto linda y hermosa ternera para que la agujase, pungiase, lastimase. Este sí que es el tiempo cuando el Señor abre su tesoro y los

Jerem. c. 30.

Esai. c. 10.

Esai. c. 15.

Esai. c. 13.

Esai. c. 23.

Jerem. c. 17.

Jerem. c. 18.

Jerem. c. 19.

Jerem. c. 29.

Jere. c. 34.

Jere. c. 46.

- Jere. ca. 50. vasos de su ira. Esta sí que es la era y el tiempo de trillar el
- Jere. ca. 51. Señor a la hija de Babilonia. Este sí que es el espíritu de
- Jere. ca. 13. tempestades en el día de la indignación del Señor, y la lluvia de trabajos en su furor, y las piedras grandes con que descablaba en ira para matar y consumir. Y, finalmente, para decirlo todo en una palabra, éste es aquél montón de infinitos males y de todas las miserias juntas, no fingido más, en efecto y realmente, que imaginara el ingenioso y virtuoso filósofo Epicteto o, como otros dicen, el sapientísimo Solón, y de donde si los dioses repartiesen iguales partes a los hombres, que tanto y tan generalmente se quejan de los males que cada uno en particular padece, ninguno (según él decía) se contentaría dexar los que tiene por los que de aquel montón y a su parte le cabrían. Y en conclusión, éste y no otro es el estado, todo el revés y contrario de la bienaventuranza, cuanto en este mundo es posible. Porque así como aquélla es un estado perfecto por agregación y ayuntamiento de todos los bienes, según decía Boecio, así el estado deste nuevo cautiverio en Argel abraza en sí y comprehende todo género de miseria, todo trabajo, todo tormento, toda congoxa, todo dolor, toda aflicción y todo desconsuelo; de manera que por sí sólo es toda la desgracia, infelicidad y toda la desventura, do no hay bien que no falte ni mal que no se halle. Y si queremos hablar cristianamente, si en el mundo puede haber, ni hallarse algún estado, el cual, en su modo y con sus males, represente en alguna manera en una suma y por junto aquella tan dolorosa pasión del Hijo de Dios (que excedió todos los males y tormentos, según dicen los doctores, porque en ella padeció el Señor todo género de males y trabajos), éste, sin falta y sin duda, y no otro, será la esclavitud y cautiverio de Argel y Barbaría, cuyos males infinitos, terribles tormentos, miserias sin número, aflicciones sin medida, imposible es que aquí se
- Epitet. Phi. Vale. Max. lib. 7. ca. 2.
- Boetius. li. 3. de consol.
3. Sent. S. Tho. 3. p.

comprehendan en tan breve plática y tiempo. Sea esto por remate y conclusión deste negocio, que a quien los ve con razón ponen espanto y a quien los juzga sobra causa para maravillarse, cómo sea posible que un hombre cristiano, de flaca carne y de tierra, pueda con un peso tan excesivo. Y, finalmente, ninguno puede negar que el que sale con vitoria dellos merezca más justamente una estatua de oro o de metal en los públicos teatros y plazas de la Cristiandad, o que le alcen un eterno trofeo y memoria para siempre, que no cuantos griegos y romanos las tuvieron por vencer grandes batallas o por haber hecho otros heroicos y maravillosos hechos y hazañas.

#### DIVISIÓN DÉCIMOCTAVA.

*Antonio.* Maravillado quedo de oír todas estas cosas, a las cuales estuve hasta ahora como suspenso. Porque dado caso que todo lo que ha dicho experimentamos cada día y pasa por cada uno de nosotros, todavía o que sean los negocios, o el pensamiento y corazón distraído, o la poca advertencia, parece que no echamos de ver cosas tan graves y de tanta importancia; mas ahora que con una representación tan viva y tan natural me puso tantas y tales cosas delante los ojos, parece que he despertado de un sueño como mortal, y confieso que estoy como atónito imaginando en tan grande desventura como es esta en que vivimos con tan triste cautiverio, desgraciado estado, triste, miserable, sin ventura, infelice, desdichado, montón de males, hornaza, fragua, cáliz de amarga hiel, herida mortal, coces que nos da el Señor, dolores y desmayos de parida, pasmo, peregrinaje, maldición de Dios, viento caliente que abrasa, aflicción, tenir de orejas, frigidera

cruel en el fuego, trueque desigual, aguijón agudo y penetrante, efusión de los vasos de la ira de Dios, espíritu de tempestades terribles, lluvia de trabajos, pedradas con que Dios nos descalabra y, finalmente, suma y montón de toda infelicidad y miseria posible. Pero yo digo, y realmente es así, que todo esto aún es muy poco para lo que con razón se pudiera decir, mas llámese como quisiere, esto, a lo menos, es muy cierto y muy fuera de duda, que no es posible poderse imaginar o fingir cosa que más digna pueda ser de lágrimas, de pura compasión, las entrañas, la alma, y el corazón, sienta de tal suerte conmovidos con sola la imaginación y representación de tantos males, que realmente se me rompen de dolor. Principalmente, que juntamente con esto veo ser muy pocos los que caen en esta cuenta para conocer sus miserias, y que muy menos son aquellos que se compadecen de tantos hijos de Dios que viven y están en esta cruel Babilonia padeciendo tan inmensos trabajos, tormentos y aflicciones tan extrañas. ¿Cómo y son cosas éstas para que los príncipes cristianos, los grandes, los poderosos y los que tienen el gobierno y el poder en la tierra desimulen tanto tiempo? ¿Dónde está la caridad? ¿Do el amor de Dios? ¿Do el celo de su gloria? ¿Do el deseo de su servicio? ¿Do la piedad humana y la compasión de hombres para con hombres? *Sosa*. Esta cuenta sin duda a su tiempo se dará a quien la sabrá muy bien pedir y bien es hecha. Y cierto que siendo el redimir un cautivo y librarle de la miserable servidumbre la más principal obra de caridad de cuantas en el mundo puede haber, esté el cautivo entre cualquiera nación y gente que fuere; y como dice San Ambrosio, siendo esta obra la suma y a do se hallan juntas todas cuantas obras de misericordia y piedad cristiana hay, porque todas se ejercitan y se efetúan juntamente redimiendo un cautivo, es gran lástima y dolor que entre cristianos, gente que tan parti-

S. Ambrosius, 11b. 2.  
off. ca. 25.

cularmente profesa esta misma caridad y que la tiene por insignia, nota y señal propia, por la cual entre sí y entre todas otras gentes y de otras profesiones, ellos han de ser divisados y conocidos por tales, y, finalmente, estando en ella sola el cumplimiento y observancia de su ley y de toda la doctrina cristiana, esté dellos tan olvidado, como dice, este negocio, y que halla tan pocos o ningunos que se compadecen sobre la contricción de José, ni se acuerden de tan grande y tan infinito número de cristianos, que con tantas aflicciones, tantas miserias, tantos tormentos y martirios pasan esta tan miserable esclavitud en poder de infieles.

Ad Rom.  
cap. 13.

En tiempos pasados, entre griegos y romanos, que fueron los que más entre gentiles se preciaron de la virtud y bondad, la cosa que más se procuraba y de que se tenía más cuenta, habiendo dado una batalla, era enterrar sus muertos, y tras ellos rescatar sus cautivos o trocando unos por otros, o dando dinero y justo precio por ellos. Y la causa desto era porque tenían por gran vergüenza y afrenta, y por inhumanidad muy cruel desamparar a los suyos dexándolos en poder de enemigos, y que siendo libres viviesen en servidumbres y miserias de esclavos. A solos los traidores enemigos de la República y bien común, como indignos de la vida y dignos de todo tormento, y a los que desamparando sus banderas y capitanes desamparaban su patria, por la cual se ha de morir, tenían ellos por indignos (y con razón) desta tan natural y humana obligación. Esta fué la causa por la que no quisieron los romanos rescatar y librar del cautiverio a los que fueron con Lavinio, cónsul, vencidos de Pirro, ni a los que en la batalla de Cannas desampararon a sus capitanes y cónsules Terencio y Paulo Emilio. Pero la piedad fué también aquella que movió a Favio Máximo (el cual en todo fué y se mostró que era máximo), a que (según escriben Tito Livio y Plutarco) en-

Livius lib.  
2. belli Punici  
Plutarch. in-  
vitis. Vale.  
Maxi lib. 4.  
cap. 8.

Vale. Max.  
lib. 5. c. 2.

viase a su propio hijo desde el campo y ejército do estaba alojado, y contra Anníbal guerreando a Roma a gran prisa, para que vendiese luego todos cuantos bienes y posesiones tenía, y no una sola como dixo Valerio Maxinio, de las cuales haciendo seis talentos que el hijo le traxo, con aquel dinero rescató liberal y magníficamente los romanos que Anníbal tenía cautivos. Y de Mitridates, rey de Ponto, leemos que por dar libertad y redimir a Leonico, un valeroso soldado suyo que los rodios tenían cautivo, holgó de dar liberalísimamente todos cuantos cautivos de los enemigos tenía, como escribe Valerio Máximo. También los aqueos, gente principal entre los griegos, considerando como Plutarco escribe el gran bien que Tinto Quinto Flaminio, cónsul y capitán romano, hiciera a todos los griegos cuando los libró de la servidumbre de Filipo, rey de Macedonia, y que en los juegos gímnicos que en el Istmo se celebraban y do concurría toda la Grecia y otras infinitas gentes de muchas partidas del mundo a voz de trompeta había mandado pregonar que todos los griegos en general y sus tierras viviesen en sus leyes y gozasen de sus libertades; y deseando, por tanto, señalarse en alguna grande obra que fuese grata y de gran contento y gusto a los romanos, y, en conclusión, tal que pudiesen ofrecer en cambio y pago de tanto bien como habían recibido, hallaron que otra no podía ser más ilustre ni más grata y acepta, que rescatar ellos todos los romanos captivos que en la Grecia se hallasen. Y ansí, hallando hasta 1.200 de los que Anníbal y otros enemigos de romanos habían cautivado y vendido los tiempos atrás y pagando por cada uno a sus dueños 500 dineros, los que presentaron todos juntos a T. Q. Flaminio estando ya él de camino para Roma. Y este presente, dice Plutarco, que estimó T. Q. Flaminio de tál suerte y en tanto grado, que no

lo tuvo por cosa así de cualquier manera y precio; mas por un don y merced muy ilustre y por una cosa digna de presentarse a un hombre de tal grandeza y ser. Y de la misma manera, cuando el mismo Flaminio, entrando triunfante en Roma, llevó detrás de su carro triunfal todos estos rescatados con sus cabezas rapadas y sus bonetes o sombreros en las cabezas, como usaban los siervos que recibían libertad, dice que, no sólo esto fué lo que más ilustró aquel tan admirable triunfo, con cuantas coronas de oro, tesoros inmensos, riquezas admirables, arreos y aparatos extraños llevaba el triunfante delante de sí, mas que fué la cosa que más convirtió los ojos de todo el pueblo romano a mirar con grandísimo contento, alegría y aplauso. Desta misma manera escriben otros, que sólo Terencio Culeon, el cual fué un honrado caballero romano, siguiendo detrás el carro triunfal de Scipión Africano, que le diera libertad y llevara de Cartago, do estaba cautivo, fué el que más señaló y ilustró aquel maravilloso triunfo. Conforme a esto, los antiguos griegos a muchos ilustres varones, como fué Hércules, Teseo y otros, pusieron ricas estatuas, dedicaron soberbios y maravillosos templos, instituyeron divinas honras y no los llamaron hombres más héroes divinos, celestiales. Y para perpetua memoria de sus hechos y de sus nombres ordenaron fiestas generales y juegos cada un año. Como fueron los juegos Olímpicos, que por memoria de Hércules dedicaron al gran Júpiter, y los Istmicos, que por memoria de Teseo consagraron al dios Neptuno. Y la causa de ordenarles tantas honras no era otra sino porque estos hombres libertaron en sus tiempos muchas tierras y a muchos hombres de la servidumbre y opresión de tiranos, como libertó Hércules la España de los Giriones, la Italia de Caco, la Mauritania de Anteo y la Grecia de Busiri y Ciano; y Teseo, la Epidauria de Peripete y el Istmo de Simni Pizio Campta, Me-

Terentius  
Culeon. Vale-  
rius. Max. lib.  
5. cap. 2.

Hércules  
Theseus. Pe-  
rithesus.

Plutarchus  
in Theseo.

Tyranni an-  
tiqui.

gara de Scirone, la Arcadia de Cercione, y Hermione de Damastepro Exeste; hombres todos facinerosos y malos, que oprimían, cautivaban y robaban las gentes. Y particularmente lo que es digno de notarse, cuando Hércules libró al mismo

Theseo librado de prisión y cautiverio por Hércules.

Teseo su primo de las prisiones y cautiverio en que Aydoneo, rey de los molosos, le tenía, estimó (como dice Plutarco) Teseo en tanto grado esta obra y merced, y juzgola por beneficio tan inmortal, como en el hecho lo era, que no le pareció poder gratificarlo de otra manera ni con otra cosa, sino con hacer, como hizo, que borrado su nombre y memoria de

Gratitud de Theseo.

todos los templos y trofeos que los griegos por sus heroicos hechos le habían consagrado, de nuevo los dedicasen y consagrassen a la perpetua memoria y nombre de Hércules, autor de su libertad. Todo esto he querido decir porque se entienda

cómo aquellos gentiles, con ser gente que a sola la razón tenían por guía y maestra en sus cosas, y no todas, estimaban en tanto grado dar libertad a un hombre, redimir a los cautivos y librar a otros de la mísera servidumbre, que lo tenían por obra heroica y más que humana, pareciéndoles que no era menos que dichoso, felice, héroe, divino y bienaventurado el autor de tanto bien. Y, en la verdad, considerando bien esto tenían para ello muy bastante razón. Porque si es rara, grande y excelente gloria conservar un ciudadano en la batalla

Plinius lib. 7. c. 28.  
Gellius attic. noct. lib. 5. c. 6.

estorbando no le maten y, por tanto, los romanos premiaban esto con una corona de roble, que se estimaba por una excelentísima honra; y Scipión Africano añadía aún más, que estimaba tanto conservar a un romano que quería antes esto que no degollar cien mil enemigos o vencer una gran batalla, con cuanto por esto le habían de dar un gran triunfo. Y Lúculo afirmaba que quería más librar un romano de las manos de los enemigos que ganar todas las riquezas dellos; cuánto mayor ganancia, más excelente gloria y más que humana será redi-

Plutarchus in vitis.



mir a un cautivo, al cual quien le redime no le libra de una muerte, más de mil maneras de muertes y éstas continuas, y aun de mil aflicciones, mil miserias, mil tormentos y trabajos espantosos y más crueles que la misma muerte?

Un triunfo en Roma era la mayor honra y grandeza que podía alcanzar un romano, y tan maravillosa cosa, que de las tres que mucho deseó San Agustín ver con sus ojos en el mundo ésta era la tercera; es, a saber, ver a Jesucristo, redentor nuestro en la carne, a San Pablo en el púlpito, y la tercera, a los triunfos de Roma. Y toda esta grandeza, obra y honra y gloria de tan grande maravilla, si bien consideramos estaba en que el triunfante con los carros que llevaba delante sí cargados de despojos, y con las representaciones de los castillos, ciudades y batallas vencidas que artificiosamente hacían, y con el aparato grande de muchas armas y otros instrumentos de guerra que tomaron a los enemigos que allí mostraban, y con seguir tras esto las banderas ganadas y luego algunos de los enemigos maniatados, representaban con admiración a los ojos de cada uno que por el bien público habían degollado muchos hombres, derramado mucha sangre y, por tanto, hecho a muchas viudas, quitado a muchos hijos los padres, asolado muchas tierras, destruidos muchos pueblos, robado muchas haciendas, arruinado a muchos sin culpa, perseguido a muchos inocentes y desterrado a muchos viejos de sus patrias y casas. Todo esto con otra infinidad de horrendas crueldades que consigo trae la guerra, por las cuales el triunfo se concedía, ¿quién negará ser obras inhumanas éstas y más de fieras que de hombres? Y si es verdad que la honra es premio de la virtud y aquellos hombres justamente la merecen, que con sus obras y hechos (según el otro decía) son y se muestran dioses para con los hombres haciendo divinas obras, ¿cuánto más con razón se debe juzgar por hecho romano, he-

S. Agustín.

Plato.

Quanto bien hace el que a un cautivo redime.

roico y digno verdaderamente de un triunfo el de aquél que da libertad y redime a un cautivo? Porque con la libertad que le da vuelve el padre al huérfano, a la viuda el marido, al pobre su haciendilla, al desterrado la patria, al desamparado los parientes, al olvidado los amigos, al triste la alegría, al afligido el descanso, al desconsolado el contento, al deshonrado la honra, al abatido y sin ser el valor y primor. Y en conclusión, como la triste y infelice suerte del cautiverio en un instante, como diximos al principio, despoja al desventurado cautivo de cuantos bienes hay en el mundo y le deja más desnudo que el árbol a quien la helada y la tempestad de granizo llevó las flores y hojas, así el redimirle es renovarle y vestirle y restituirle todos cuantos bienes ha perdido y con una obra se le hacen cien mil buenas, y qué buenas. Tantas, tales y tan grandes, que si no es la salvación, no hay más que desear. Pues si a la gloria tan ilustre deste hecho que decís es tan heroico se junta más lo mucho que Dios nuestro Señor nos encarga esto y la cuenta y estima en que la tiene y cuánto le es más agradable rescatar a un cautivo que todo precioso sacrificio y, finalmente, lo mucho que a todos prometé por una obra de misericordia, ¿cuánto más por tantas juntas y tan grandes? ¿Qué excusa tendrá la tibieza, la floxedad, el descuido (no digo otra cosa más grave) de un hombre cristiano que tan poco caso hace en cosa que tanto se debe hacer? Clunia Facula Capuana, con ser mujer pública y ramera, gastaba sus bienes todos en sustentar a los cautivos romanos que los cartaginenses habían tomado y tenían con buena guarda en Capua, y mereció por esto que de los escritores sea tan celebrada y hable della el mundo hasta agora; y un cristiano rico y poderoso, un príncipe y Rey, que con los cristianos cautivos quiera ser y lo sea tan avaro y mezquino. Y cuando en esta obra otra cosa no hubiera más que librar como se libra

Esa. cap. 56.

Vale. Max.  
lib. 5. cap. 2.

una alma del peligro tan claro, tan manifiesto y tan cotidiano, y de la ocasión tan grande y tan aparejada de negar a su Dios y su santísima fe, como infinitos hacen cada día y cada hora, ¿no es para cristianos afrenta y afrenta muy vergonzosa que baxase su Dios, hijo del mismo Dios, del cielo, que sufriese tantos trabajos, que sudase tantos sudores, que derramase tanta sangre y que pagase tantos y tan divinos tesoros por redimir a una ánima y liberarla deste peligro, y que tantos desos ricos, tantos desos poderosos, tantos de esos señores, tantos príncipes y tantos reyes gasten tan profundamente los tesoros, destruyan profanamente tantas riquezas, y se consuman y deshagan con tantos y tan sobrados placeres y deleites, y que para socorrer a un cristiano cautivo y librar del infierno uno siquiera de tantos niños inocentes, tantos muchachos, tantos mozos, tantas vírgenes y doncellas que tan sin remedio y tan sin esperanza alguna dél viven entre moros y turcos, y en un riesgo tan evidente de sus almas, sean tan tenaces, tan duros, tan avaros y apocados? Si estos tales se precian ser cristianos, si celan la honra de Cristo, si miran por su gloria y desean su servicio; si aman a los próximos, si aprueban la piedad, si les agrada la misericordia y si les parece que es este el cierto camino del cielo, y aun si tienen algún sentimiento humano y de hombres para otros hombres que son de la misma carne y sangre, ¿en qué mejor mostrarán todo esto que en socorrer a los desdichados y cautivos? ¿Cómo y por ventura piensan que es tan ciego nuestro Dios que no ve su gran descuido, o tan ignorante que no sabe su avaricia, o tan injusto que no castigará su crueldad, o que, finalmente, aborrezca de tal suerte a los cautivos que, siendo su blasón padre de los huérfanos y amparo de los desamparados, no sienta su horfandad y tan grande desamparo? Y cuando ya esto no se hiciese por Dios y por su gloria, hágase por

la del mundo. Porque si los hombres grandes y ricos tan hambrientos se muestran todos y lo son, y así beben los vientos y aires por ser conocidos y afamados, porque (como el otro decía) no es rico el que por tal no es conocido, ¿qué los ciega que no miren, que con ninguna cosa serían ellos más grandes con cuantas invenciones vanas buscan y inventan cada día para serlo, ni con otra podrían hacer más célebre su nombre y afamado, ni aun con otro triunfo por soberbio y admirable que fuese podrían convertir los ojos del mundo a mirarlos con más amor y espanto que con una procesión de cautivos que llevasen a España? Y si no, dígame, cuál triunfo fué el de Cristo que reconocen por su Dios y su maestro, o con qué aparato se subió a los cielos o qué presentó delante su eterno Padre o qué fué lo que más alegró los cielos y los ángeles, después de verle a él, que aquella procesión bendita de cautivos que en el mundo rescató. Y si aun esto no basta, y quieren en este caso estar por el parecer y voto de un gentil y sin dios, oyan lo que dice Valerio Máximo, libro 5.º, capítulo 1.º, de los romanos, porque habiendo, según él dice, dado libertad el Senado romano a muchos cartagineses, sin por ellos querer dineros, llama él a esta obra, y dice que no fué liberalidad y clemencia, mas que fué acto liberalísimo y clementísimo, y aun magnificencia y grandeza de gente romana, y que una tal obra como esta igualaba con la benignidad de los dioses. *Antonio*. Y aun por eso tengo tan gran envidia a estos padres redentores de la orden de la Santísima Trinidad, porque ocupándose tan de veras como vemos y con tanto amor, tanto cuidado, tanta diligencia y tan de continuo en una tan santa y tan excelente obra como esa de redimir cautivos, no estimando peligros, no trabajos, no sudores, roban a los otros tanta gloria y triunfo. Dichosos padres, por cierto, que así suplen las faltas del mundo, que así honran, ilustran al nom-

Ephe. cap. 4.

Padres y  
Redentores  
de la Orden  
de la Santísima  
Trinidad.

bre cristiano entre las bárbaras naciones, y que así participan en el nombre y en las obras con aquel que fué Redentor del mundo, siendo herederos de su espíritu y sucesores de sus obras. *Sosa*. Tenéis más que razón en decir eso y nosotros mucho más de agradecerles merced y beneficio tan grande y de tanta caridad que han obrado, y ellos mucha mayor de dar gracias al Señor, que a tan divina y tan gloriosa obra los llamó. Envió el Santo Patriarca Jacob al hijo José, que más quería, a visitar sus hermanos, que, ausentes muchos días de la casa de su padre, andaban por los desiertos y despoblados fatigados con los ganados; y para el Señor consolar a su pueblo cautivo y trabajado y librarle del duro yugo de Faraón, que tanto los oprimía, escogió al mayor de sus amigos, Moisés. Y, finalmente, de los hijos de Isai, David, que era el más amado, más animoso y más estimado, ungido ya de la mano del Señor y escogido para ser el que después fué, es el que lleva el refresco a sus hermnos, que, puestos en escuadrón, combaten con filisteos, enemigos de Dios y de su pueblo. Y, por tanto, no puede ser otra mayor y más evidente prueba y señal de lo mucho que el Señor ama y quiere a esta santísima orden, y a los que debaxo de tan glorioso nombre y instituto militan, que haberlos escogido entre todos y primero que todos y servirse más que de todos en un negocio con que tan admirablemente es su nombre santificado y su gloria tan dilatada. Y así todos aquellos autores que desta santísima religión y su primera fundación escribieron, como fueron Filipe Bergomense, San Antonino, Casaneo y otros muchos, acuérdome que dicen que el autor della y el que la inventó y primero instituyó no fué hombre mortal, mas el mismo Dios y Señor nuestro, con una admirable visión del cielo, enseñó a los hombres esta obra tan divina.

Gen. ca. 37.

Exod. c. 3.

I. Reg. c. 17.

Philip. Bergom, in suple. chroni. S. Anto. 3. par. hist. tit. 16. c. 1. & 2. Cassa. lib. I. glori. mundi. 4. par con. 163.

DIVISIÓN DÉCIMO NOVENA

*Antonio.* Bien entiendo que con una tan larga plática y de tantas horas ya le debo haber cansado; pero con todo eso, si es posible, le suplico que no quede por decir cosa tan digna de ser sabida, siquiera porque hoy supla yo la pérdida de tan buena conversación que tanto tiempo he perdido. *Sosa.* En todo eso soy yo el que gano; cuanto más amando desde mi niñez con grande afición esta santa religión por su gran bondad y santidad, ¿puede ser sino gusto, contento y descanso para mí tratar de sus loores y gloria? Escriben, pues, los autores que dixe, como en el año del Señor de mil y ciento y noventa y ocho había en el reino de Francia dos varones de muy santa y virtuosa vida, uno de los cuales se decía Félix y el otro Juan de Mata, los cuales vivían haciendo rigurosa penitencia en unas fragosas montañas; y dado caso que cada uno tenía su casa o celda apartada del otro por grande espacio y distancia, visitábanse las Pascuas y las fiestas principales, en las cuales se confesaban uno con otro, porque eran ambos sacerdotes; y hecho esto y recibido al santísimo sacramento de la Eucaristía, el que al otro visitaba se volvía a su celda con muy gran consolación y contento. Desta suerte vivieron muchos años estos dos santos varones, creciendo cada día más en santidad y virtud, hasta tanto que el Señor, el cual los tenía escogidos para instrumentos de su gloria en otras cosas y ejercicios de más perfección y valor, les inspiró a cada uno por sí que, dexada aquella soledad y manera de vivir heremítico, en el cual por sí solos eran buenos y poco aprovechaban a sus próximos, tomasen la vida monástica, que, en efecto, es más segura gobernándose por otro, como lo escriben los santos, y se llegasen más a la ciudad y pobla-

Origen y principio de la Orden de la Santísima Trinidad.

dos do tenían ordinaria ocasión de emplearse en el provecho y bien de los próximos. Este pensamiento les duró algún tiempo, y no se asegurando si sería aquella la voluntad del Señor (pues toda mudanza de vida es sospechosa que nazca de inconstancia), tenían por esta causa interiormente un disgusto y descontento, que uno al otro no osaba descubrir; hasta que una noche, en una misma hora y en un mismo instante, el Señor que sembraba esta simiente y encendía tales centellas en sus pechos y corazones, con revelación más cierta les reveló a cada uno por sí que dexada aquella vida fuesen a Roma y demandasen al Sumo Pontífice les diese otro modo y manera de vivir. Con esta revelación, la cual en tres noches y por tres veces les fué hecha en sueños, ellos determinaron de hacer lo que el Señor les decía y mandaba. Y poniéndose primero ambos en oración, cada uno en su celda, una misma hora y a un mismo punto y momento, los dos siervos de Dios pusieron el pie fuera de sus cuevas y tomaron, sin el uno saber del otro, el camino para Roma. Deses manera y por diferentes caminos caminaron tanto que al último, ordenándolo así Dios, llegaron los dos a una misma puerta de Roma en un día, una hora y a un punto. Encontrados que allí fueron, y que mirando uno a otro se conocieron, quedaron ambos maravillados de una cosa tan no pensada. Y, por tanto, demandando uno al otro la causa y razón de su venida, cada uno llanamente dixo al otro todo y de la manera que pasaba acerca de la revelación y su santo y buen deseo. Por lo cual, tanto más quedaron maravillados los dos buenos amigos, y alabando al Señor se abrazaron, derramando muchas lágrimas de ternura y devoción, diciendo: que, pues, el Señor fuera autor y la gufa de su camino sería también el que efectuaría sus deseos. Era a este tiempo Sumo Pontífice y gobernaba la Iglesia de Dios Inocencio III, de nación romano, nobilísimo por sangre y de la

Revelación.

Inocencio  
III. Papa.

casa antiquísima de los Condes de Anagnia, pero muy más ilustre por su excelente bondad, prudencia y grande saber, como sus obras nos dan dello testimonio. Delante del cual llegados los santos varones, Félix, que realmente en todo fué felice y muy dichoso principio de una así felicísima cosa, como era más letrado y gentil teólogo propuso el caso a Su Santidad, dándole particular cuenta y relación tanto de la vida que hasta entonces habían vivido como de la revelación del Señor que a él les enviaba y de su camino y deseo tan inflamado, que traían, de que su Santidad, como vicario de Cristo, Profeta y Sacerdote del Señor y juez de su pueblo (a quien en las dudas de su ley y para saber su voluntad nos manda que recurramos), les dixese y enseñase en qué modo de vivir servirían más al Señor. El Papa, como varon prudentísimo que era y alumbrado del Señor, entendió luego que todo esto no era sino algún gran misterio, y, por tanto, mandóles que reposasen algunos días en un aposento que les mandó dar en su casa y sacro palacio, ordenándoles primero que encomendasen este negocio muy de veras al Señor, y con oraciones continuas suplicasen a la divina Majestad fuese servido de alumbrar su entendimiento y inspirar lo que más para su gloria, honra y servicio fuere. Hiciéronlo así los siervos de Dios siete días continuos, con muchos suspiros y lágrimas, y al cabo les mandó el Papa confesar y comulgar, lo cual hecho, Su Santidad, a los veintiocho de Enero, en el cual día se celebra la fiesta de Santa Inés, la segunda, y fué esto el año del Señor de mil y ciento y noventa y ocho, se vistió de Pontifical y celebró Misa con muy grande devoción en presencia de los Cardenales, que para este día mandó se juntasen allí todos juntamente con los benditos varones Félix y Juan de Mata y otra mucha gente del pueblo. Y procediendo en la misa, que se decía con muy gran solemnidad, cuando llegó a

Deutero. c.

17.



aquellas palabras del sacro Canon *et elevatis oculis*, etc., que el Santo Padre puso los ojos en el cielo, vió con una clara y evidente visión un Angel de Dios que bajaba del alto cielo y vestido de una celestial y muy resplandeciente luz y con un escapulario de la forma y manera que hoy día traen los religiosos desta santa y bendita religión, con una cruz en él, cuya mitad era colorada y la otra de color celestial, y que cruzadas el ángel las manos, tenía en la derecha un cautivo cristiano y en la izquierda a un moro. Desta celestial visión quedó muy contento el Santo Padre y su alma muy consolada, y entendiendo por ella lo en que el Señor quería se ocupasen aquellos benditos varones y sus siervos para honra de su nombre; acabado que hubo la Misa se volvió a todos los que allí estaban presentes, y con una admirable alegría de espíritu les dixo y declaró todo lo que del cielo le fuera revelado, diciendo que, sin duda, la voluntad del Señor era ésta: que aquellos santos varones, que tanto le deseaban servir, empleasen toda su vida en redimir cautivos y librarlos de poder de infieles, do vivían en tan grande y tan manifiesto peligro de sus almas y cuerpos. Y, por tanto, vuelto a los mismos siervos de Dios, que allí presentes estaban, les dixo en sustancia desta manera: «Veis aquí, hermanos y amigos de Dios, lo que con tanta ansia, deseo y trabajo habéis venido a buscar; veis aquí cumplidos vuestros deseos; veis aquí lo que el Señor quiere y la vida que os manda que viváis, y en que se tendrá por muy servido y glorificado de vos. Y porque en tal obra, como ésta de merecimientos, os acordéis que en vuestra manera hacéis el mismo oficio que el Hijo de Dios hizo en el mundo, que fué rescatar a los hombres en la Cruz, os envía del cielo para insignia y banderá, que llevéis y que tendréis siempre delante los ojos, esa misma Cruz. Y porque en vuestro cargo y oficio la caridad de vuestro

Visión del  
cielo maravi-  
llosa.

Significa-  
ción del há-  
bito y Cruz.

Dios y hermanos es aquella que os ha de mover y despertar para padecer (si fuere menester) la misma muerte y derramar vuestra propia sangre, como Dios hizo por nos, es la mitad de la cruz de color roxa y sanguínea. Y porque en el cielo habéis de poner siempre los ojos, considerando que servís aquel Rey y Señor de los cielos, cuya honra procuraréis, y del cual habéis de esperar el verdadero premio de vuestros trabajos, que será una eterna vida en el cielo, es la otra mitad de color celestial. Y porque tales pensamientos, tales deseos y tales obras y tan santas ocupaciones no pueden nacer sino de un pecho cándido y de un corazón todo lleno de pureza, es vuestro escapulario y hábito blanco. Y así, conforme a esto, luego Su Santidad les vistió sus hábitos blancos y les puso su escapulario de la forma y con las mismas insignias y cruz que el ángel santo traxera del cielo, y las capas o mantos quiso que fuesen los mismos que ambos vestían en sus celdas, que eran de lana pardilla aburriada, del cual color algunos años vestían los religiosos desta santa religión los mantos, hasta que creciendo mucho el número de religiosos y no se hallando así el burriel en toda parte, fueron forzados a suplicar al mismo Pontífice Inocencio III les permitiese truxesen las capas de lana blancas que más a la mano y en todo lugar se puede hallar, y desta color blanca la han traído en España y toda parte hasta el año de mil y quinientos y sesenta y dos, que Pío IV, Sumo Pontífice, a requerimientos de los padres de España, dió licencia, volviese a su antigua y primera costumbre, trayendo, como los traen hoy día, de la color de burriel, diciendo más, que él por el poder como Vicario de Cristo tenía en la tierra desde entonces, y en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, publicaba una Orden y religión que debaxo de tan glorioso y divino título militase, y se dixese la orden de la Santísima Trinidad de la redención

de cautivos, la cual no era aprobada o fabricada de los hombres, más de sólo el Sumo Dios. *Antonio*. De esa manera celestial llamaremos a esta santa religión, pues el Señor y Rey de los cielos, de allá de los mismos cielos, y por un ángel del cielo y con visión celestial y con una cruz labrada del color del cielo, la instituyó, ordenó y enseñó al mundo. Y si tanto más aceptación merece la cosa, cuanto el autor de ella es más célebre y acepto, ¿cuán justa razón será que ésta, aún sobre todas las otras, sea más acepta, más favorecida, más honrada y venerada de todos? *Sosa*. Bien dió a entender eso el Santo Padre y Sumo Pontífice, porque no contento de conceder a aquellos varones de Dios y a su santa y celestial religión muchos y muy grandes privilegios y gracias por sus bulas, escribió por ellos a Filipo, Rey que entonces era de Francia, muy valeroso, que así como él y los otros reyes de Francia en aquellos tiempos tenían a su cargo, más que todos los otros príncipes, favorecer y amparar la Iglesia de Dios (porque por eso habían los Sumos Pontífices a Carlomagno y sus descendientes concedido el nombre de Cristianísimos), mostrase esto mismo en favorecer y amparar esta santa religión. Lo cual hizo el cristianísimo rey Filipo, porque no fueron llegados los varones de Dios a Francia cuando él con liberalidad muy real les hizo edificar a su costa un grande y excelente monasterio siete leguas de París, cabeza de sus reinos, en una fragosa y alta más muy deleitosa montaña, que hoy día se dice Cerro Frígido. Que fué la primera casa y monasterio de la Orden y, por tanto, hasta hoy cabeza de toda ella. Esta misma devoción y liberalidad muy real del Rey de Francia a pocos días comenzaron a imitar otros príncipes cristianos, y particularmente los reyes de España, porque el Santo rey don Fernando, que ganó la gran ciudad de Sevilla de los moros, deseando ennoblecerla mucho más, pues la había elegido para su perpetua habitación,

Rey de Francia.

Primer monasterio de la Orden.

Santo Rey Don Fernando de Castilla.

teniendo noticia desta santa religión y padres de ella y de su cristianísimo instituto, los hizo ir a Sevilla, y en el año del Señor de mil y doscientos y diez y siete, que eran veinte de la fundación de la religión, les edificó el monasterio insigne que hoy día tienen en aquella ciudad, rogándoles mucho que pues allí estaban tan cercanos de los moros de Granada y Berbería, tuviesen (como hacían) cuenta con rescatar los cautivos cristianos que aquellos infieles cautivaban. Y para esto, por sus privilegios muy grandes que les dió, los recibió sobre su guardia, amparo y defensa, y dió orden, como en otros muchos lugares de sus reinos, se edificasen muchos otros monasterios. A los cuales muchos señores de España, siendo, como siempre fueron, y más en aquellos tiempos, tan en extremo liberales para las cosas de Dios, dotaron y enriquecieron con muchas posesiones y bienes. Desta misma manera, el rey don Alonso el II de Portugal, que en aquel tiempo reinaba, los llevó a Portugal y les edificó en la antigua y populosísima ciudad de Lisboa aquel excelente monasterio que hoy día allí tiene. Y porque sería cosa larga decir todo en particular, lo mismo hicieron los reyes de Aragón y Navarra, procurando cada uno ilustrar sus reinos y señoríos con los padres y religiosos varones desta santa religión. Y dado caso que toda la cristianidad en general recibió dellos siempre grandes y muy cristianos servicios, pero mucho más los reinos de Francia y España, porque como los reyes destas dos partes y provincias tenían más que los otros príncipes cristianos guerra y conquista con los moros y mahometanos infieles; los franceses en Asia y Tierra Santa, y los españoles todos en España y Berbería, era forzado que, cautivando mucha más gente de ordinario destas naciones, se empleasen ellos mucho más en su servicio. Y esta es la causa, porque así en las redenciones como en el número de monasterios y en la calidad de perso-

Don Alonso  
II. Rey de  
Portugal.

nas muy insignes y varones muy ilustres, esta santa religión floreció siempre mucho más en España y Francia que en otras provincias y reinos de cristianos. Largo sería y salir mucho de nuestro propósito si yo agora os dixese y contase los bienes, las libertades, privilegios y favores que después acá los sucesores destos príncipes que diximos, así Papas como Reyes, por el discurso de tiempos hasta estos en que vivimos, concedieron a esta santa y celestial religión. *Antonio.* Bien me parece lo que decís, que así la llamemos todos. *Sosa.* Pues muy más me alargaría y sería nunca acabar si me pudiese a decir lo que entendí en otros tiempos de las muchas y grandes y muy importantes redenciones de cautivos que en todas las tierras de infieles han hecho y acabado hasta ahora, librando infinitas almas del poder de Satanás. ¿Pues qué diré de los trabajos, sudores, molestias, persecuciones, tormentos y martirios que muchos varones de Dios y religiosos desta santa religión han pasado y padecido en las tierras de infieles, con caridad, ánimo y esfuerzo invencible para gloria del Señor?

DIVISIÓN VIGÉSIMA

*Antonio.* Bien se dexa entender que les sería forzado padecer todo eso, y mucho más, andando, platicando y tratando en tantos centenarios de años con tan bárbaras naciones, con gentes tan inhumanas, tan ajenas de bondad, de equidad y razón y tan inflamados en el odio inmortal que en la leche beben del nombre cristiano y de su ley. Y si no, mirese lo que el reverendo padre fray Juan Gil, procurador general desta misma orden y redentor de los cautivos de España, después que a esta tierra vino enviado por el rey don Filipe, nuestro señor, y su Real Consejo, y los padres de su orden, que no son más de

Fr. Juan  
Gil, Redentor

Sus partes  
y valor.

seis meses, con tan grande ánimo, exemplo tan cristiano y paciencia tan notable ha padecido. Que con proceder en todas las cosas y tratar con estos bárbaros con una prudencia tan grande, con una discreción tan rara, con una blandura y modestia tan notable y con un juicio tan singular, que confiesan hasta los mismos turcos y moros no haber aquí venido otro tal redentor de tales partes y valor, con todo eso, no una vez, mas muchas, ha estado en peligro de perder la vida. *Sosa*. ¿Cómo? ¿Y sabéis de qué manera pasó eso? *Antonio*. ¿Pues no lo he de saber, si me hallé a su lado, y más siendo tan público? *Sosa*. Veamos cómo lo sabéis, y si conforma con lo que el mismo padre y otros muchos me han dicho. *Antonio*. Soy contento, y diré primero lo que pasó en mi presencia en la casa del cadí o justicia de la tierra. Cuando este padre y fray Antonio de la Bella, ministro de la casa de Baeza, su compañero, llegaron a este Argel para hacer este rescate, que fué a veinte y nueve de mayo de mil y quinientos y ochenta, día de la Santísima Trinidad (cosa digna de notarse, no acaso, más ordenada de Dios, que aquellos que vienen a predicar la fe y doctrina de la Santísima Trinidad y a consolar, animar y librar a los que confiesan esta Santa Trinidad, y cuyo instituto y orden tiene el título de la Santísima Trinidad, llegasen también aquí en día de la Santísima Trinidad); a este tiempo como digo, estaba aquí en Argel en grande trabajo una pobre cristiana, de nación española y de la noble ciudad de Murcia, de edad de veinticinco años, que se llamaba Dorotea, y que por verse en poder de un bárbaro turco, de quien era muy mal tratada, y, por tanto, como entendió ser llegada la limosna, importunó tanto a su patrón y derramó delante dél tantas lágrimas y tantas veces porque la quisiese dexar rescatar, que el turco al último la prometió de hacerlo. Y así, llevándola a casa de los padres, y acordado, después de algu-

Fray Antonio de la Bella.

Dorotea cristiana.

nos días y grandes debates, el precio y rescate de la pobre cristiana, el turco recibió su dinero y la cristiana se depositó en la casa de un judío do también tenían los padres otras cristianas rescatadas. Habían ya pasado quince días después desto, cuando el demonio, enemigo de nuestro bien, persuadió al mesmo turco que se arrepintiese de haber rescatado la cristiana, y sin vergüenza ninguna vino a los padres redentores y les dixo que cuando le rescataron su cristiana estaba borracho de vino; que, por tanto, tomasen sus dineros y le devolviesen su cristiana, principalmente que ella era mora y no podía ir en libertad. Quedaron los padres en extremo maravillados de la poca fe y desvergüenza de aquel bárbaro turco, y lo que era peor, no se perdiese su alma, estando en tan manifiesto peligro; trabajaron en gran manera por todos los medios posibles de quietar y contentar aquel turco, pero todo fué por demás; tan determinado y del demonio persuadido estaba. Al último, ya que no hubo otro remedio, húbose de ir a la justicia, confiando, como era razón, que no valdría en un caso como este a aquel turco su inconstancia, borrachería y poca fe; la justicia, a que estos turcos llaman cadí, mandó que los padres llevasen a Dorotea delante dél, do llegada, el turco daba voces que quería su cristiana; el padre fray Juan Gil alegaba haberla él vendido de su propia voluntad y recibido su dinero, y como desta suerte debatiesen un gran rato, viendo el turco que el pleito iba, como dicen, mal parado, acordó de alegar que era mora la mujer y no cristiana. Lo cual, cuando la pobreta oyó, que estaba de temor temblando, comienza a grandes voces a decir que ella cristiana era y cristiana fuera siempre y cristiana sería toda su vida. No pudo sufrir esto su patrón; más arremetiendo a ella como un león bravo, dándole de golpes, decía: «Tú, perra, volverás a mi poder, y verás como lo pagas.» No faltaron allí algunos a quien

esto pareció mal, y particularmente el cadí le mandó que no maltratase a la mujer más; que presentase testigos de cómo era mora y no cristiana. Con esto el turco, turbado y borracho de cólera, fué y volvió al punto con dos moros, tan borrachos como él, que decía ser testigos, a los cuales, preguntando el cadí lo que sabían, y diciendo ellos que aquella mujer era mora y no cristiana, la pobreta, que esto oyó, comenzó otra vez a grandes voces decir que era aquella muy gran maldad y que los testigos eran falsos, porque ella cristiana era y cristiana había de ser, y en esto derramaba tantas lágrimas que era lástima muy grande verla en tan grande aflicción; sólo el bárbaro y borracho de su amo estaba como un toro muy feroz, y oyéndole decir esto asió de ella y dióle un muy grande bofetón, y le diera más muchos si el padre fray Juan Gil, que a todo estaba presente, no asiera luego del renegado, rogándole que mirase lo que hacía en tal lugar, y en tal tiempo, y a una mujer que ya no era su esclava, mas libre y cristiana. Con tan mansa y benigna amonestación no sólo aquel bárbaro ablandó; pero comenzó a grandes voces a decir que él era genízaro y que el padre le había dado de puños (mentira tan manifiesta), y, por tanto, que conforme a la costumbre y uso le ahorcasen o, a lo menos, le cortasen la mano derecha. Y porque se vea cuán vil canalla es toda ésta, no faltaron allí moros que confirmaban esta mentira y instaban al Cadí que el turco tenía razón y que, en todo caso, se hiciese la justicia del papaz. Atordido el Cadí con tanta grita y voces mandó luego a la hora se hiciese y que le cortasen (pues así quería) allí la mano derecha. Ya los moros, de que había allí un buen número, y algunos turcos, echaron mano al buen padre para le querer cortar la mano; cuando otro turco, principal letrado y compañero del Cadí en administrar justicia, los detuvo y les dixo que no se hiciese aquello; mas que si el papaz diese de puños



al turco, le diesen también a él buenas puñadas y le echasen de allí a moxicones, y que fuese uno por otro. Fué cosa por una parte para reír y por otra de gran lástima ver la gana con que aquellos bárbaros inhumanos, sin juicio, al punto y en súbito arremetieron todos de golpe al buen padre fray Juan, y cada uno, como podía, le daba tantas puñadas, tantos moxicones y pescozos, y de tal suerte le pararon que le sacamos de allí medio muerto y sin aliento. Y, sin duda, que si el juego durara más no saliera con la vida. Desta manera, dando muchas gracias al Señor, porque a imitación de sus apóstoles le tuviera por digno de padecer por el nombre de Jesús, se volvió a su casa y la pobre de Dorotea quedó como una oveja en mitad de aquellos lobos, los cuales la condenaron luego a que volviese a su amo y que por fuerza fuese mora. *Sosa.* Desta misma manera pasó, y se yo muy bien que el padre fray Juan dexara, no una vida, más cien vidas, si tantas fueran, porque aquella pobre mujer no quedara sin remedio. Pero juicios son de Dios; él sabe lo que hace; él se entiende; no le pidamos razón, pues en todo siempre la tiene. *Antonio.* Después desto no pasaron muchos días que, siendo llamado este padre del Rey por un chاوز o portero para averiguar ciertas cuentas, en llegando a ese soco encontró con él un turco, el cual, o de vino o de cólera, debía de estar tan borracho como el otro, porque habiéndosele huído un su cristiano cautivo, al punto que vió al padre se arrojó a él con una diabólica furia; y sin más esperar le comenzó a dar de puños, de tal suerte, que del primer golpe, si no le tuviéramos los que entonces le acompañábamos, le echaba en tierra de espaldas. Quedó el padre y todos los que se hallaron presentes maravillados de un tan súbito accidente y caso extraño; mas vuelto en sí el dicho padre comenzó ha hablar, y le dijo: «Hermano, ¿qué quieres? ¿Qué te he hecho?» Responde el borra-

Turcos y moros dan puñadas, moxicones, y pescozos, al padre Fray Juan.  
Acto. ca. 5.

Otro turco le maltrata y afrenta.

cho del turco: «Dame mi cristiano, que se me huyó esta noche». Quedamos maravillados de una tan necia demanda; y así el padre mansamente respondió: «Hermano, yo no sé nada de lo que dices. No tengo tu cristiano ni otro de algún turco o moro que no sea rescatado y pagado de mi mano. Busca tu cristiano, que yo no tengo culpa alguna». A esto el bestial turco le respondió con otra que tal puñada que ainas le derribara; y alzando ya el brazo para darle otra más, el chاوز del Rey, a gran fuerza, le sacó de entre las manos con que le tenía sido con gran rabia. El padre, así afrentado y alabando por todo al Señor, prosiguió adelante su camino; y no hubimos llegado a la casa del Rey que le llamaba, cuando el mismo chاوز, a quien pareció mal la soberbia y audacia de aquel turco, contó el caso al chاوز o mayordomo del Rey, sin que el padre lo supiese. El chاوز, como hombre de alguna razón, oyendo el caso escandalizóse en extremo; y mandó al propio chاوز que al momento le traxese a aquel turco. Hízolo así el chاوز, y traído el turco mandóle el chاوز, sin esperar más réplica, que allí do estaba el buen padre fray Juan (que ya había negociado con el Rey) se tendiese en el suelo y que cuatro chاوزes que allí estaban le diesen seiscientos palos, por haber tan sin respeto maltratado al papaz. No era bien acabado de pronunciarse esto, cuando el turco, sin osar abrir la boca, estaba en tierra, y se aparejaban ya los chاوزes para darle muchos palos, cuando el padre fray Juan, olvidado de su injuria y apiadándose de aquel bárbaro, con entrañas cristianas suplicó, con grande ansia, al chاوز que por amor del Sumo Dios no le hiciesen mal, porque su contento y alegría, y lo que mejor estaba a un cristiano, y demás de su hábito, oficio y cargo, era padecer mucho más, que no aquello, por Jesucristo, su verdadero Dios y Señor. Quedó el chاوز maravillado de ver una mansedumbre cristiana como ésta, pero

Su mansedumbre.

Su piedad grande.

queriendo todavía cumplir con su cargo y oficio instaba grandemente que le diesen los chaucos y moliesen a grandes paños. Lo cual, visto por el padre, se echó al momento sobre el turco que en tierra estaba tendido, y, cubriéndole con el manto o capa de su hábito, decía: «A mí, señor chaya, den y no a él»; y tantas veces repitió esto y con tan grande instancia, que perdonaron al turco, quedando todos atónitos y maravillados de un caso como éste; así turcos como renegados (de que había allí una gran copia) hablaban entre sí y decían: «Este sí que es papaz, ¿qué buen hombre? ¿Qué honrado cristiano? ¿Qué virtud? ¿Qué piedad?» *Sosa*. Veis ahí en obra y al ojo lo que San Pablo decía a los buenos y perfectos cristianos que entre los infieles vivían sin queja alguna, sin alguna malicia, como hijos de Dios, sin reprensión en medio de la nación prava y perversa, entre los cuales resplandecían como las luminarias en el mundo. Veis ahí cómo se glorifica Cristo en nuestros cuerpos. Y la manera cómo el Señor manifiesta el olor de su fe y conocimiento por los buenos y con sus obras en todo lugar. Y ellos son, no sólo a los buenos, mas también para los malos, suavísimo olor de Jesucristo. Y, finalmente, cómo la vida de Jesucristo, Señor nuestro, se ha de manifestar y enseñar a los infieles en nuestra carne mortal y ha de ser su nombre clarificado en nosotros y nosotros en él. *Antonio*. Pues aún más, después muchos días aquel turco andaba armado y buscando ocasión para matar al buen padre fray Juan, y, sin duda, según esta gente es tan bárbara y sin razón, lo hubiera hecho, si el padre, avisado de algunos turcos, no anduviera con el ojo, como dicen, alerta y a buen recado. Mas dexando esto, oíd otra cosa que es mucho de notar: saliendo el padre de su casa para los negocios importantes que se ofrecen cada hora, espanta la maldad tan bárbara de estos moros

Ad Philip.  
cap. 2. 1. Co-  
rint. 6. 2. Co-  
rint. 2.

2. Corint. 4.  
c.  
2. Ad Thes.  
c. 2.

infieles, porque sucede muchas veces, cómo yo lo he visto, que como lo ven con la señal de la santa Cruz, que en el escapulario lleva, unos le escupen en la cara, otros le dan rempuxones, otros le dicen mil injurias, y aun los morillos y muchachos y muchos de esos bárbaros alarbes a manadas corren tras él, y unos se ponen a mirarle muy atónitos, otros llaman a voces a otros que miren, que por allí va el papaz de cristianos, y muchos le dicen cien mil desvergüenzas y afrentas, sin alguno los contradecir. Y también muchos le tiran con estropajos, con suelas de zapatos y otras cosas inmundas, sin haber entre tantos turcos, moros y judíos quien les diga que mal hacen, y por otra parte no es menos de notar su modestia, mansedumbre y paciencia con que lo sufre, y aquella alegría tan continua y tan ordinaria, que con un ánimo cristiano muestra en estos trabajos, que nos tiene espantados, y porque sería largo de contar todas sus cosas por menudo, sólo diré una, que no ha muchos días que le sucedió, con este nuestro rey de Argel Iaferbaxa, renegado húngaro, el cual era recién venido de Constantinopla, y fué que tratando el dicho padre con él que le diese un salvoconducto para los padres de su Orden, que a esta tierra viniesen, más copioso que no el que Asanbaxa, renegado veneciano, su antecesor, había dado; después que el Rey le concedió cuanto pidió, rogábale muy de veras que se volviese turco, ofreciéndole mucha honra y riqueza, y que pues no tenía hijos le haría su heredero, y diciendo que siendo persona tan principal se maravillaba cómo era cristiano. Al contrario, y muy riéndose, le respondió el padre, diciendo: «Antes yo me maravillo que V. A. tal me diga. Cómo, las riquezas, las honras y todo cuanto hay en la tierra y en el cielo ¿qué es para que por ello se haya de dexar a mi Dios y mi Señor Jesucristo? Engañado estás, Sultán, si piensas que hay otra riqueza ni gloria sino esta cruz que aquí ves.» Y

Lo que le acaecía con los morillos y alarbes.

Su alegría con las afrentas.

Su fée y fervor en defenderla.

con esto tomó el escapulario y la cruz en la mano y le comenzó a dar mil besos. Quedó el Rey deste fervor de espíritu y viva fe maravillado, y díjole: «¿Por qué causa, papaz, besas desamano la cruz?» Respondióle: «Porque en otra tal como esta por mí y por V. A. y por todo el género humano murió el Hijo de Dios.» Merced grande que no se conoce ni sabe estimar como se debía. Oyeron esto muchos de los turcos y moros que estaban presentes con gran sentimiento y dolor, y particularmente el Rey, el cual, o porque se quisiese mostrar buen turco delante de aquellos que estaban presentes o porque así le pareciese, se mostró en grande manera alterado y, dando gritos, dixo: «Todo es gran mentira cuanto has dicho, nuestra ley sí que es la buena.» A lo cual el padre le replicó: «No es sino muy grande verdad todo lo que he dicho, y en cuanto a lo que toca a tu ley, vives, Sultán, y los tuyos que la siguen muy engañados, y tú y ellos a su tiempo lo veréis.» Quisiera el Rey con más cólera responderle, y por lo que en él se veía y notaba de su cara y bulto ya estaba enojado, aunque el padre fray Juan muy quieto y sin temor, cuando ciertos alcaydes de los más principales, entrando a hablar al Rey, interrompieron la plática, y el padre se hubo de ir y dexarlos. He querido decir esto porque se entienda cuántas y cuán varias ocasiones tienen los siervos de Cristo, y particularmente los que tienen este cargo y oficio de redentores entre tan bárbaras gentes, para cada hora y momento padecer por Jesucristo y por la gloria de su nombre. Porque no se maraville ninguno de lo que vos antes decíais, y con razón, que muchos varones de Dios y religiosos desta santa religión de la Santísima Trinidad, habiendo tantos centenares de años tratado entre estos bárbaros infieles y hechos tantos rescates, han padecido muchas molestias, persecuciones, tormentos y muertes. Bendito sea el Señor por todo, que les

ha dado y siempre da tanta gracia, tanto ánimo y esfuerzo. *Sosa*. Sea bendito para siempre, y todos le rindamos gracias infinitas, que tan misericordiosamente nos provee no sólo del remedio de los cuerpos para darnos libertad con los sudores y trabajos de tales siervos suyos, pero también del remedio de nuestras almas con nos dar tales, tan vivos y tan eficaces ejemplos de toda paciencia, caridad, bondad y esfuerzo cristiano. Muchos, grandes y terribles son los trabajos deste triste cautiverio, y si tan olvidados vivimos y tan sin remedio de los hombres cuanto otros jamás hubo en el mundo; mas no es agora tiempo para discurrir en tan lastimable cosa como ésta, sobre la cual hay también infinito que decir y que llorar como se ha dicho; baste por agora, que aun en esto (de que haya en el mundo tan pocos que se duelan o siquiera se acuerden de los tristes y desventurados cautiverios) se conoce la infelicidad de su triste y desdichado estado, y ser todo realmente permisión de Nuestro Señor, que, aunque piadosísimo, todo con su divina sabiduría lo ordena y permite para castigo y penas de las culpas que hicimos, si bien es verdad que en aquel Padre, y Padre de misericordias, y Dios de toda consolación, no se halla ese olvido, porque siendo quien Él es, no dexa ni dexará (como siempre) de consolarnos en toda nuestra y cualquier tribulación. Y porque ya es noche y este bárbaro de mi patrón es tan mal acondicionado, será bien que os recojáis, porque si viene no os vea estar aquí, y tengamos mala cena; quédese lo demás para otro día. *Antonio*. Sea así, puesto caso que fuera para mí particular consolación estar aquí días y noches; pero yo buscaré todos los medios posibles para que este bárbaro me deje venir aquí algunas veces a recibir tanta merced. *Sosa*. Yo soy el que siempre la recibo; Nuestro Señor vaya con vos. *Antonio*. Ese mismo quede con él.

2 Cor. c. 1.

# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Diálogo primero. —De la captividad de Argel.....	1
Divisio prima.....	1
División segunda.....	9
División tercera.....	19
División cuarta.....	24
División quinta.....	30
División sexta.....	44
División séptima.....	54
División octava.....	62
División novena.....	74
División décima.....	84
División undécima.....	95
División duodécima.....	104
División dècimotercia.....	119
División dècimoquarta.....	138
División dècimoquinta.....	148
División dècimosexta.....	159
División dècimoséptima.....	175
División dècimooctava.....	189
División dècimonovena.....	200
División vigésima.....	207



FUÉ IMPRESO ESTE SEGUNDO TOMO DE LA TOPOGRAFÍA E HISTORIA  
GENERAL DE ARGEL, DE FRAY DIEGO DE HAEDO, QUINTO  
VOLUMEN DE LA SEGUNDA ÉPOCA DE LA SOCIEDAD  
DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES, A COSTA DE LA  
MISMA, EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID,  
EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA DE DOÑA  
RAMONA VELASCO, VIUDA DE PÉREZ,  
SIENDO REGENTE D. FEDERICO  
SANTANDREU, Y SE ACABÓ  
SU IMPRESIÓN EL DÍA IV  
DE MARZO DEL AÑO  
DE MCMXXIX  
LAUS DEO









---

DIEGO DE HAEUD

---

TOPOGRAFÍA

E

ISTORIA GENERAL

DE

ARGEL

---

II

---

1929

**G 400029**